


UNA INVESTIGACIÓN QUE DEMUESTRA
LA EXISTENCIA DEL MÁS ALLÁ

LA PRUEBA

M A D O M A R T Í N E Z



 Planeta

La prueba

Mado Martínez

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño,
Área Editorial Grupo Planeta

© Mado Martínez, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Diseño de Diego Carrillo

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2016

ISBN: 978-84-08-15177-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

Sinopsis

La muerte no existe. Ha llegado el momento de descubrir, sin tapujos, la existencia del más allá con evidencias empíricas, testimonios asombrosos, casos inexplicables, entrevistas a científicos y grandes dosis de honestidad.

La prueba es fruto del trabajo de campo que la investigadora Mado Martínez ha llevado a cabo en los últimos años recorriendo buena parte del mundo en busca de respuestas a la mayor de todas las inquietudes del ser humano: ¿hay vida después de la muerte? La respuesta a esta gran incógnita se encuentra aquí, en este libro. Descubre las experiencias cercanas a la muerte y los mensajes del más allá como nunca antes te lo habían contado.

INTRODUCCIÓN

Tengo que hacerles una seria advertencia: en este libro van a encontrar una serie de casos que desafiarán su lógica, historias tan asombrosas como enigmáticas que la ciencia no ha podido explicar todavía. No pretendo adoctrinarlos, ni convencerlos de que el Más Allá existe, porque yo tampoco lo sé. No sé si creo en la vida después de la vida, pero sí creo en las personas. En la mayoría de las ocasiones, lo que realmente me llama la atención no es la experiencia cercana a la muerte (ECM) en sí, sino las inexplicables secuelas y efectos secundarios que provoca en los que las han vivido. Por ejemplo, ¿sabían que hay personas que tras sufrir una ECM no pueden ponerse relojes porque estos dejan de funcionar? ¿O que algunos supervivientes regresan a la vida encontrándose con una serie de habilidades psíquicas o extrasensoriales que antes no tenían? ¿Me creerían si les dijera que conozco a personas que, tras escapar de las garras de la muerte, fueron capaces de predecir con absoluta precisión hechos que era imposible que conocieran de antemano y cuyo posterior cumplimiento no podría achacarse de ninguna forma a la mera casualidad? No acaban aquí los sucesos misteriosos. ¿Cómo es posible que haya personas que puedan ser copartícipes de la ECM de otro sujeto que en esos momentos está muriendo, ya sea definitivamente o durante algunos instantes? De la misma manera, las visiones cercanas a la muerte que algunos moribundos tienen de familiares fallecidos o seres que parecen venir a buscarlos en el momento de la muerte son a menudo compartidas por sus cuidadores, familiares y otros presentes. Hay casos en los que un individuo, tras sufrir una ECM, empieza a experimentar episodios de mediumnidad espontánea con encargo de recado, uno de los efectos secundarios más inquietantes y olvidados. Más desconocidos son todavía los casos en los que una persona conoce al «otro lado» a alguien que, lejos de estar fallecido, está vivo, aunque ellos no los sepan, y acaban encontrándose un buen día por la calle o se convierte en su pareja. ¿Lo pueden creer? Más desconcertante resulta saber que algunas de las personas que logran salir fuera de su cuerpo, entre las cuales destacan las que han sufrido una ECM, son capaces de aportar datos verificables sobre su experiencia, pues, aun con los ojos tapados, privados del sentido de

la visión o incapacitados para alcanzar lugares de visión remota, son capaces de describir e identificar toda clase de situaciones y objetos, como un zapato sobre el tejado del edificio del hospital en el que se encuentran, que nadie, a no ser que tuviera un helicóptero, podría haber visto.

Me resulta difícil hablar de ECM, de personas que regresan a la vida trayendo mensajes y visiones del «otro lado» sin hacerlo de los que regresan «en espíritu». Me estoy refiriendo a los aparecidos, los espectros, fantasmas, «entidades» que de una u otra manera logran hacerse notar y transmitir un mensaje, comunicarse directamente, dar abrazos, estrechar la mano, escribir cartas delante de nosotros y dejarnos ese papel caligrafiado como muestra de su presencia. Precisamente eso fue lo que le ocurrió a la psiquiatra, escritora y tanatóloga —estudiosa de la muerte mediante el método científico— suizo-estadounidense Elisabeth Kübler-Ross (1926-2004), considerada la mayor investigadora de ECM de todo el mundo. Aparte de ser una persona extraordinaria, la doctora Kübler-Ross recibió un buen día, cuando estaba a punto de abandonar la investigación, la visita del fantasma de una de sus pacientes fallecidas, que no solo la acompañó hasta su despacho, sino que, además, le dio la mano y accedió a escribirle una nota delante de sus incrédulos ojos de científica escéptica. Pero existen muchos otros casos insólitos, emocionantes, asombrosos, inquietantes y enigmáticos ante los que solo puedo asegurarles una cosa: no quedarán impasibles. Ya les aviso de antemano que estos casos van a hacer que se replanteen muchas cosas.

Tengo estudios universitarios de Filología y Antropología, dos doctorados y muchas ganas de seguir aprendiendo, investigando y averiguando cosas, pero no me considero poseedora de ninguna verdad. De hecho, cuanto más camino hacia el conocimiento, más lejos me siento de saber nada. Por tanto, no pretendo adoctrinar a nadie. Usted es libre de pensar lo que quiera. Yo solo les invito a conocer.

Las ECM se identifican en el mundo occidental como aquellos episodios en los que una persona, tras haber sufrido una muerte clínica o haber estado a punto de morir, regresa a la vida convencida de haber estado en una dimensión en la que, supuestamente, la vida continúa a pesar del fallecimiento. La comunidad científica, representada por psiquiatras, neurocientíficos, psicólogos, médicos y un largo etcétera, lleva varios años observando, estudiando y debatiendo este fenómeno a partir de los testimonios de sujetos que han protagonizado una

ECM, principalmente en Europa y Estados Unidos.

Oí hablar por primera vez de las ECM cuando tenía en torno a dieciséis años de edad. Mi amigo Adolfo, mi profesor en el colegio donde yo había estudiado de pequeña, me regaló un ejemplar de *La muerte: un amanecer*, de Kübler-Ross, publicado en 1983 y traducido al español seis años después. Me di cuenta de que aquella obra la había escrito una médica psiquiatra con amplia experiencia en el campo de la tanatología y que, tras haber trabajado al lado de pacientes moribundos o protagonistas de ECM durante años, había reunido testimonios suficientes como para sugerir que la vida no se acababa con la muerte, que solo se trataba de una transformación, y que había un Más Allá. El libro me impresionó muchísimo. Le hablaba a todo el mundo de él. Yo tenía un enorme miedo a la muerte (en cierto modo, lo sigo teniendo), y leer sobre la posibilidad de que la muerte no existiera tal como yo, culturalmente, la había concebido hasta el momento, me hacía sentir más tranquila.

Pasaron los años y aquel ejemplar de Kübler-Ross pasó de unas manos a otras. Un buen día, se lo dejé a una enfermera que vino a hacerle unas curas a mi abuela y jamás volví a recuperarlo. Era una pena, porque mi amigo Adolfo me lo había dedicado con las siguientes palabras cuando me lo regaló: «Para que las moscas de tu mente no te distraigan». Años después, plenamente volcada en mi carrera literaria y periodística, escribiendo para revistas especializadas, me vi de nuevo seducida por la temática de las ECM, hasta el punto de que no solo llegué a escribir varios reportajes sobre el tema y a recopilar y entrevistar a sujetos que hubieran protagonizado un episodio de este tipo, así como a científicos que hubiesen investigado sobre él, sino que además realicé un estudio doctoral titulado *El espiritismo y su repercusión en el mundo científico* en el que dedicaba una buena parte a las ECM. Mi estudio fue galardonado en 2014 con el Premio Incógnitas Oblicuas al mejor trabajo de investigación, cosa que me animó muchísimo a la hora de seguir trabajando en esta línea. Hasta ese momento, mi conocimiento sobre la materia se limitaba, en cuanto al manejo de lecturas, bibliografía, testimonios y entrevistas, al mundo occidental. En este sentido, existía (y todavía existe) un debate en el ámbito científico sobre el origen de las ECM (consciencia *versus* cerebro) y una abrumadora cantidad de testimonios de personas más o menos culturalmente homogéneas, es decir, procedentes del ámbito occidental. Una de las cosas que más avivaba el debate, a raíz de los relatos de los sujetos que habían sufrido una ECM, era la

enorme similitud en el proceso y las descripciones del episodio. Los defensores de la supervivencia de la consciencia tras la muerte llegaron a argüir que estas experiencias se daban en todas las culturas por igual, y que incluso los niños pequeños, antes de haber sido socializados en ninguna religión, creencia o supuesto cultural, daban cuenta de los mismos relatos y realidades en el Más Allá. Como explico en diversas partes de este libro, esa afirmación no es del todo cierta y admite muchas matizaciones.

Antes de decidir seguir adelante con mis investigaciones, aunque sin limitarme ni encasillarme en el sesgo antropológico —que también existe, aunque algunos jamás lo reconocerán—, examiné el interés que durante años me había movido en mis investigaciones sobre las ECM: saber si había vida después de la muerte, algo que todavía no había averiguado y que, debo reconocerlo, estaba lejos de lograr. Así que, en lugar de seguir por ese sendero, en aquellos momentos me pareció mucho más interesante buscar explicaciones culturales a esa inquietud occidental contemporánea. Independientemente de si los sujetos son cristianos (religión por antonomasia del canon occidental, tradicionalmente asociado al hombre-blanco-heterosexual-cristiano) o ateos, esta inquietud sobrevuela la cultura de Occidente, una sociedad en la que la cultura científica podría considerarse casi otra forma de religión, a través de la cual se establecen creencias sobre lo que es y lo que no es, lo que puede explicarse y lo que no, lo demostrable y lo indemostrable, e incluso lo verdadero y lo falso. Así se entiende la ciencia a nivel popular, aunque, ciertamente, no funciona así a pesar de que muchas veces se tomen los discursos científicos como veredictos inapelables. Nada más lejos de la realidad, y esto es otra cosa que aprendí, también, estudiando antropología, en concreto antropología política, con un artículo del sociólogo francés de la ciencia Bruno Latour sobre el objeto de las ciencias y la objetividad en el derecho que comparaba las diferencias existentes entre la construcción de ambos discursos (el científico y el jurídico), habida cuenta del halo de poder y «sacralidad» que en nuestra sociedad se concede a ambos. Los científicos añaden conocimiento al conocimiento, alientan el debate, exponen su trabajo a la comunidad precisamente con ese fin, con el de someterse a prueba por sus pares, pero rara vez se alude a una sentencia definitiva sobre lo que efectivamente puede ser demostrado o no, ni existe un juez científico supremo que, remitiéndose a las pruebas de un expediente, diga que tal cosa está efectivamente demostrada mientras aquella otra no lo está.

Lo que entendemos por verdad admite una serie de consideraciones y variables (contexto, lenguaje, cultura, sociedad, lógica). ¿Cómo aceptar que hay verdades distintas a la nuestra? A esta pregunta, que Carlos Gershenson nos hizo a los asistentes a un curso sobre Pensamiento Científico impartido en la Universidad Autónoma Nacional de México, él mismo respondió: «Podemos empezar conociendo cómo adquirimos el conocimiento que consideramos verdadero». Y añadió: «¿Qué hacer si nos enfrentamos con ideas y conocimientos distintos a los nuestros? Primero debemos verificar si esos conocimientos utilizan nuestro lenguaje y si comparten nuestro contexto. ¿Qué sucede si no comparten nuestro lenguaje o contexto? No podremos comparar nuestras verdades y tendremos que aceptar distintas perspectivas del mismo fenómeno». Pues bien, partiendo de esta base, mi interés fue acercarme a las distintas perspectivas del concepto de ECM en otros contextos culturales, algo que me llevó inevitablemente a revisar también el concepto de muerte, el cual, por otra parte, ofrece más definiciones que las que se suelen considerar actualmente. Tampoco lo que los miembros de una determinada sociedad entienden por vida admite las mismas significaciones en todas las culturas. Por esa razón en este libro aparecen ECM tan chocantes, diversas e incluso contradictorias entre sí.

Me gustan los relatos de personas que aseguran haber visto a Jesucristo en un lugar de lo más parecido a un auténtico edén cristiano, al que llegaron después de atravesar un túnel al final del cual había una luz (este es el relato típico de una ECM occidental, especialmente a partir de la generalización del uso de Internet y del *boom* editorial de los relatos en primera persona de este tipo de experiencias), pero creo que es importante también explicar a la gente las experiencias de los indígenas mayas ch'orti, por ejemplo, pues hay que tener en cuenta la dimensión sociocultural de la ECM, y no siempre se le da el valor que tiene, tal vez debido a intereses creados, así como a la evidente manipulación que algunos hacen de la ECM movidos por un afán de proselitismo religioso, convirtiéndola en un instrumento de propaganda moral, religiosa o de otro carácter

Además, debe considerarse el factor psicológico o estado emocional de las personas que experimentan un episodio de estas características. ¿Por qué algunas tienen visiones absolutamente maravillosas mientras que otras viven un auténtico infierno? En la mayoría de los casos, obviemos las ECM negativas como si no existieran, a pesar de que no suceden de forma aislada, ni mucho

menos. Lo que sucede es que a nadie le gusta que le cuenten una historia sobre lo duro que es morir y el infierno que nos espera al «otro lado». Sean sinceros: ¿ustedes comprarían un libro en el que una persona les dice que, efectivamente, existe la vida después de la muerte, pero que es una existencia horrible llena de castigos y sufrimientos la que puede estar aguardándonos en el momento de perecer? Si alguien atraviesa una enfermedad terminal, próximo ya el momento de morir, o está lidiando con la muerte de otra persona, ¿sería el tipo de testimonio amable y esperanzador que podría anhelar? No, no lo sería, estoy de acuerdo. Y, por otro lado, tampoco a los que han pasado por una ECM de pesadilla les apetece hablar de ello. Sin embargo, son más frecuentes de lo que pensamos y algunos investigadores calculan, de acuerdo con sus estudios con determinados grupos, que se dan en un cincuenta por ciento. Por tanto, en caso de vivir una ECM, tendríamos las mismas posibilidades de vivir una experiencia absolutamente maravillosa que de padecer el peor de los viajes. No tenemos ni la más remota idea de por qué es así. Son las dos caras de la misma moneda, el mismo fenómeno, aunque en ambos casos suelen provocar consecuencias psicológicas a largo plazo en los sujetos.

Al principio puede resultar un poco desconcertante enfrentarse a testimonios tan dispares. Se lo digo por experiencia. Encontrarse con el relato de una persona que asegura que en el «otro lado» todo es felicidad, paz y amor, no se juzga a nadie, no hay nada malo que podamos hacer y la decisión de quedarte allí o regresar a la vida depende de ti —de modo que existe el libre albedrío en este sentido— entra en seria contradicción con los relatos de aquellas otras que aseguran que al «otro lado» somos juzgados, a veces castigados, nos fuerzan a regresar a la vida, o nos amenazan con no permitirnoslo a pesar de nuestras súplicas, y todo es miedo, desgracia y sufrimiento. De nuevo, debemos estar atentos no solo al filtro sociocultural de cada sujeto, sino más bien al psicológico. Da la impresión de que uno vive la muerte de la misma manera que vive la vida. Recuerdo que, en una ocasión, mientras realizaba un estudio universitario sobre ciencia y mediumnidad, le pregunté a un médium por qué algunos de los espíritus desencarnados con los que ellos se comunicaban y a los cuales trataban de ayudar parecían estar tan perdidos y desorientados. El médium me contestó que quizá muchos de nosotros también estábamos perdidos y necesitábamos ayuda. También recuerdo cuando le pedí a Mellen Thomas, superviviente de una de las ECM más famosas del mundo, que me definiese lo que popularmente conocemos como el «Más Allá». Su respuesta fue: «El

Más Allá es ahora. Ya estás viviéndolo. La muerte solo es un tránsito hacia otra reencarnación, como la que estás viviendo ahora». Por tanto, les invito a disfrutar de esta vida que estamos viviendo al máximo y a hacer de nuestra existencia un remanso de sensaciones agradables y placenteras, entre las cuales no encuentro otras mejores que las de estar agradecidos por el milagro de la vida, querernos tal y como somos, porque somos perfectos, amar a los demás y fomentar actitudes y comportamientos que nos hagan más felices. Desenmascaremos nuestros miedos, traumas, sentimientos de culpabilidad, envidias, odios, prejuicios, frustraciones, violencias y fanatismos, porque nunca llegan a buen puerto y son la causa de los mayores desastres, desgracias y sufrimientos del mundo.

Ahora bien, ¿admitir que las ECM tienen una dimensión social, cultural y psicológica es negar la realidad del fenómeno como un misterio que podría trascender las fronteras cerebrales y para el que todavía no tenemos explicación? No, desde luego que no, pero es importante dar visibilidad a estas dimensiones si queremos seguir ahondando en este tipo de fenómenos fronterizos. La explicación de las ECM sigue siendo un reto y están envueltas por una serie de hechos inexplicables y fenómenos fronterizos que desafían cualquier respuesta que podamos buscar. De hecho, hoy por hoy, es uno de los fenómenos más enigmáticos para la ciencia, aunque no todo en esta vida tiene que resumirse a ser debatido desde el punto de vista científico. Si estuviéramos dirimiendo la existencia de las ECM y los mensajes del Más Allá en un tribunal, ya habríamos ganado el caso a favor del sí. ¿Por qué? Porque en un juicio basta con el testimonio de un solo testigo para absolver o condenar. Pues bien, no tenemos un solo testimonio de ECM y mensajes del Más Allá..., tenemos cientos de miles, y muchos de ellos son tan insólitos, extraños y verificables que es difícil mostrarse escéptico, aunque se lleve el escepticismo en la sangre como yo. Por ejemplo, ¿sabían que hay espíritus que vuelven del Más Allá para ayudar a resolver su propio crimen? Tenemos casos judiciales, archivos policiales que lo demuestran. No solo eso, sino que algunas personas que han tenido una ECM han regresado a la vida con ciertas intuiciones y poderes de visión remota que han sido aprovechadas para resolver numerosos casos. Por ejemplo, Peter Hurkos vivió una ECM y llegó a resolver veintisiete desapariciones y asesinatos en diecisiete países. A lo largo de estas páginas, van a tener la oportunidad de asombrarse con estas y otras cosas increíbles a las que jueces, policías y abogados se han tenido que enfrentar en su carrera, admitiendo una realidad inexplicable y desconocida, pero

innegable.

Mientras el mundo occidental se desvive por cazar a los espíritus con toda suerte de herramientas científicas y/o paracientíficas, buscando una señal que dé respuesta a la ansiedad que les produce su incertidumbre cultural sobre el Más Allá, en otras culturas — como la de los fang, un pueblo bantú, por poner un ejemplo— la presencia de los espíritus es tan continua y primordial en su vida cotidiana que les parecería increíble que se pusiera en duda la existencia de estos. Asimismo, tampoco los estudiosos procedentes de distintas culturas que se vuelcan en las investigaciones sobre la muerte están a salvo de los problemas que surgen ante la diferencia de términos y concepciones. Un antropólogo occidental puede tener una visión radicalmente distinta de la de otro procedente de una cultura oriental. Lo que para el primero puede resultar extraño, para el segundo puede resultar irrelevante..., y viceversa. A mí me resultaron interesantes las ECM y las concepciones del Más Allá, porque lo que sucede para mí tras el momento de la muerte es un misterio que mi cultura y educación occidental y universitaria de corte científico no han podido resolver. Sin embargo, para un antropólogo procedente de un ámbito diferente, con pleno convencimiento cultural y social de la existencia del mundo de los espíritus, el culto a los ancestros y la existencia de una vida más allá de la muerte, lo misterioso sería mi duda existencial sobre la vida y la muerte. El antropólogo inglés Nigel Barley se dio cuenta de esto a raíz de su encuentro con un colega japonés.

“

La gran lección de una conversación entre antropólogos

—Yo tenía la intención de estudiar su religión —dijo el antropólogo japonés—, pero sencillamente carecía de interés, así que en vez de eso me fijé en su economía. Su sistema para fijar los precios de los ñames y su relación con los mercados urbanos era de lo más fascinante.

—¿Que la religión carecía de interés? ¿No tenían una forma bastante complicada de culto a los antepasados en la que se empleaban huesos y se destruía el cráneo y se realizaban toda serie de intercambios entre los muertos y los vivos?

—Sí, sí. Como ya he dicho, no era interesante.

Él era, por supuesto, un budista que tenía en su cuarto de estar un altar dedicado a sus padres desaparecidos, y en el cual realizaba ofrendas regularmente. Más tarde, dejó caer que se había llevado a África un trozo de hueso de la pierna de su padre, cuidadosamente envuelto en tela blanca, para asegurarse de que estaría protegido durante el trabajo de campo. Para mí, el culto a los antepasados es algo que hay que describir y analizar. Para él, sería la ausencia de tales lazos entre los vivos y los muertos lo que precisaría una explicación.

”

¿Hay vida después de la muerte? Es la pregunta que llevo haciéndome durante toda mi vida y de la que ahora les hago cómplices a través de este libro. Eso sí, quiero pedirles un favor. Es un favor grande, y tal vez no tenga derecho a pedirselo, pero igualmente lo voy a hacer. Me gustaría que no se dejaran seducir en demasía por los maravillosos relatos de personas que han viajado al «otro lado» y han regresado con una visión absolutamente paradisíaca del supuesto Más Allá; tampoco se dejen desalentar por los testimonios de aquellos que han estado en las profundidades de un inframundo infernal y horroroso, donde las almas son maltratadas y juzgadas sin piedad. No permitan que un científico o investigador les convenza a la primera de cambio de que las ECM son reales y constituyen una evidencia fehaciente de la supervivencia de la consciencia; ni permitan que les depriman arguyendo que se trata de fenómenos «científicamente» no demostrados, una pura falsedad, una mera fantasía o alucinación cerebral. Para empezar, la muerte es un concepto no exento de significado cultural, y si bien la muerte nos sobreviene a todos, no para todos es lo mismo. Y respecto a la consciencia, ni siquiera sabemos qué es en realidad. En todo caso, yo siento un profundo respeto por los testimonios y opiniones de todas las personas que han tenido una experiencia fronteriza, así como por el trabajo de aquellas cuyo único objetivo no es otro que el de conocer un poquito más de lo que sabemos hasta el momento.

Al final de este libro he incluido una completa bibliografía en la que figuran las referencias que he mencionado o consultado, así como algunos anexos que pueden resultarles de gran interés. También, en un apartado final titulado «La cine-biblio-disco-teca», facilito películas, música, series, documentales y libros recomendados y relacionados de un modo u otro con el tema tratado en cada capítulo. De hecho, cualquier excusa es buena para volver a ver una película como *Línea mortal* (1990), protagonizada por Julia Roberts, Kiefer Sutherland, Kevin Bacon y William Baldwin, entre otros, que dan vida a cinco estudiantes de medicina que deciden explorar qué hay más allá de la muerte provocándose a sí mismos la muerte clínica para ser posteriormente reanimados. No me digan que no es un buen plan para acompañar la lectura de este libro con una de estas películas y unas buenas palomitas.

Por último, deben saber que este libro no lo ha escrito una antropóloga, ni una periodista, ni una escritora, ni una investigadora, ni una científica... Bueno, sí, lo ha escrito una persona que es todas esas cosas y ninguna de ellas al mismo tiempo.

La palabra que mejor me define es «curiosa», y esa misma curiosidad es la que me ha llevado a investigar durante tantos años las ECM, a recopilar tantos testimonios, muchos de ellos exclusivos, y a entrevistar a científicos de diferentes lugares del mundo en busca de respuestas. ¿Creo en el Más Allá? No lo sé, pero es gracias a esa duda e inquietud por lo que tienen ustedes entre sus manos esta obra. Si hubiese tenido una idea clara sobre la existencia o no del Más Allá, jamás me habría embarcado en esta búsqueda de respuestas. Y creo que ese ha sido el gran mérito de esta investigación: una sed insaciable por querer saber, aunque como suele suceder en estos casos, cuantas más respuestas buscas, más interrogantes te surgen..., afortunadamente. Por eso al misterio lo llaman misterio. Sigo investigando. Les pido que, si tienen alguna experiencia que quieran compartir conmigo, se sientan libres de hacerlo a través del correo electrónico alaskaboreal@hotmail.com o me busquen en las redes sociales. Me interesa muchísimo escucharles, saber de ustedes, conocer sus impresiones y que caminemos juntos en esta gran búsqueda.

“

Estoy sentada en el balcón observando las luces nocturnas de la ciudad, estrellas hipnotizantes que me invitan a tocar el techo del cosmos desde lo alto de un rascacielos. Los grillos cantan ante los cerros mudos. ¿Hay un Más Allá? Suspiro.

Medellín, barrio del Poblado, Antioquia, Colombia
21 de octubre de 2015, 20:20 h

”

DESTELLOS DEL FUTURO: LA MUJER QUE PREDIJO LA MUERTE DE SU HIJO, Y OTROS CASOS ASOMBROSOS

Los supervivientes de una experiencia cercana a la muerte (ECM) jamás vuelven a ser los mismos. Algunos de los regresados no solo experimentan profundos cambios psicológicos, sino que además poseen extraños poderes psíquicos. La mayor parte de los que presentan este extraño efecto secundario de las ECM aseguran que recibieron este don mientras estaban muertos; otros no encuentran una explicación y, simplemente, tratan de deshacerse de este cambio no deseado.

La doctora Mary C. Neal, una cirujana ortopédica estadounidense, sufrió un accidente de kayak mientras se encontraba disfrutando de unas vacaciones en Chile. La embarcación volcó y su cuerpo, atascado, quedó sumergido bajo el agua durante el tiempo suficiente como para tener una ECM que cambiaría por completo su vida, especialmente porque la doctora Neal resucitó con el conocimiento de lo que habría de enfrentar en el futuro, un vaticinio que habría querido que no se cumpliera jamás.

A lo largo de mi carrera he entrevistado a muchísimos supervivientes de una ECM, pero pocas veces me he enfrentado a un caso tan descorazonador y a la vez tan conmovedor como el que le ocurrió a la doctora Neal. Su tránsito por los bordes de la vida y la muerte vino acompañado de algunas revelaciones sobre su futuro y el destino de su familia. Una de aquellas confidencias anunciaba un trágico suceso: su hijo Willie moriría a la edad de dieciocho años.

Después de aquello, siendo todavía Willie un niño, Mary afrontó los años más largos, aquellos durante los cuales vivió con la ahogada esperanza de que la profecía estuviera equivocada, o de que ella podría hacer algo para cambiar la suerte de su hijo. ¿Por qué tenía que morir un muchacho tan extraordinario, sano, lleno de vida y juventud, si ella estaba ahí para evitarlo? Sin embargo, el temido desenlace llegó cuando menos se lo esperaba, y la muerte de Willie selló la profecía.

Pasaron varios años hasta que Mary se atrevió a compartir su experiencia con el gran público en un libro titulado *To heaven and back* (2012), que tuvo gran repercusión en Estados Unidos y México, donde fue invitada a participar en alguna que otra entrevista en distintos platós de televisión, pero pasó prácticamente desapercibido en España, donde se publicó un año después con el título *Mi viaje de ida y vuelta al cielo*.

Me costó medio año conseguir que Mary me concediera una entrevista, y es que hacía ya algún tiempo que ella había dado por concluida la misión de divulgar su mensaje. Nos intercambiamos una serie de correos electrónicos en los que yo, principalmente, me dedicaba a recordarle el enorme interés que me había provocado su historia y lo feliz que me haría poder publicar una entrevista con ella en uno de los reportajes que habitualmente realizaba para las revistas *Año/Cero* e *Spectrum Magazine*. Mary se hacía la remolona y

se disculpaba por hacerme esperar, y yo, diré la verdad, comprendía que no debía ser plato de gusto para nadie sentarse frente a un ordenador a contestar una serie de preguntas sobre la muerte de tu hijo. Hay cosas que duele recordar y prefieres evitarlo. Tenía que esperar el momento apropiado, y ese día, finalmente, llegó. Me convertí así en la primera española, y hasta el momento, me parece, también la única, que consiguió publicar una entrevista con Mary C. Neal. Pero permítanme que les cuente su historia desde el principio.

La mujer que predijo la muerte de su propio hijo

Año 1999. El verano chileno acogía con los brazos abiertos a Mary C. Neal y a su marido, una pareja estadounidense. No era la primera vez que navegaban en kayak —de hecho, eran expertos en la materia—, pero aquel día esta cirujana de Wyoming iba a enfrentarse a la muerte en el río. Un accidente dramático la dejó atascada en una cascada. Sumergida bajo las aguas, trató desesperadamente de sacar la cabeza para poder respirar, pero comprendió enseguida que no había nada que hacer. Los intentos por rescatarla no fueron efectivos. Sus amigos se dieron cuenta pronto de que su empeño de salvar una vida se estaba transformando en la misión de rescate de un cadáver.

Nada más ahogarse, y a pesar de que su cuerpo estaba atrapado en el agua, sintió cómo salía del río flotando y acudía al encuentro de unos seres maravillosos: «Era como si me hubiera liberado de mi alma. Me elevé y salí del agua y, cuando mi alma atravesó la superficie, me encontré con un grupo de entre quince y veinte almas (espíritus humanos enviados por Dios) que me recibieron con el más grandioso júbilo que jamás hubiera experimentado o hubiera podido imaginar. [...] No logré identificar a cada uno de los seres espirituales por su propio nombre [...]. Pero sí conocía bien a cada uno de ellos y sabía que eran emisarios de Dios y que los conocía desde hacía una eternidad». Mientras tanto, sus amigos habían logrado sacar su cuerpo del agua. Estaba hinchado, morado y sin oxígeno. Habían transcurrido nada más y nada menos que catorce minutos desde que su amiga Anne había puesto en marcha el cronómetro. Empezaron a practicarle la reanimación cardiopulmonar, aunque alguno de los presentes incluso llegó a aconsejarles que no lo hicieran, pues si lograban reanimarla solo sería un vegetal. Paralelamente, la cirujana continuaba con su periplo en compañía de aquellos enigmáticos seres espirituales que irradiaban una luz tan potente como para inundar con ella todos sus

sentidos, y con los cuales podía comunicarse sin necesidad de hablar. Según la doctora Neal, estaban muy contentos de verla.

Siguió su recorrido acompañada por estos seres de luz, hasta llegar a una especie de salón hermoso, diáfano y resplandeciente. Allí, conforme narraba en su libro, Mary pudo palpar el amor puro, absoluto e incondicional que manaba. «Comprendí que estaba lista para entrar en el salón y anhelé volver a estar junto a Dios. Sin embargo, se interponía un importante obstáculo: Tom Long [un amigo que los acompañó durante el viaje] y sus hijos seguían pidiéndome que volviera. Cada vez que me imploraban que respirara y regresara, me sentía obligada a volver a mi cuerpo y a respirar una vez más antes de seguir mi camino. Esto se volvió tedioso y su insistencia me produjo bastante irritación [...], me enojaba el hecho de que no me dejaran ir. [...] No obstante, antes de que entrara, se abatió sobre mis acompañantes una opresiva sensación de pena y tristeza y la atmósfera se volvió densa. Me explicaron que no había llegado mi momento de entrar en el salón, que mi viaje por la tierra no había terminado, que me quedaba más por hacer y que debía regresar a mi cuerpo».

Efectivamente, Mary regresó, es decir, volvió a respirar. Se había roto las rótulas y los ligamentos de las rodillas. No quiso recibir tratamiento en Chile ni en ningún otro hospital de Estados Unidos que no fuera el Jackson Hole, donde tenía buenos amigos y podría estar con sus hijos, a los que ahora echaba muchísimo de menos. El viaje de vuelta no fue lo más recomendable en su estado. Perdía la consciencia por momentos. Llegó al hospital con una neumonía avanzada y síndrome de dificultad respiratoria aguda: «Este síndrome es una reacción inflamatoria severa de los pulmones debido a un trauma grave como el de estar a punto de ahogarse, una embolia grasa, neumonía o inhalación de humo. Esta reacción de inflamación del tejido pulmonar suele desarrollarse al cabo de veinticuatro o cuarenta y ocho horas, interfiere en la capacidad de intercambiar oxígeno y a menudo conduce a la muerte. Con tono solemne, mi internista le dijo a mi esposo que probablemente yo no sobreviviría a esa noche», recordaba en su relato. Sin embargo, antes de permitirle regresar a la vida, los misteriosos seres del «otro lado» le hicieron saber que pronto volverían a ponerse en contacto con ella, cosa que no tardó en suceder.

En el hospital de Jackson Hole, mientras se encontraba tendida en la cama reflexionando sobre el propósito de su accidente, recibió la visita de un «ángel», como ella lo llamó, aunque, como bien reconocería, no sabía qué era, si un ángel, un mensajero o el

mismísimo Cristo, aunque sí estaba segura de que venía de Dios. Ni qué decir tiene que Mary tenía y tiene arraigadas creencias cristianas y es lógico que interpretase aquella visita en clave religiosa. El misterioso visitante y ella tuvieron una conversación en la que Mary tomó nota mental de importantes enseñanzas espirituales que, de nuevo, interpretó en clave cristiana. En su segunda visita, este ángel le explicó algunas de las razones por las que había tenido que regresar a la vida. Debía cumplir una misión bien clara: cuidar de la salud de su esposo, ser un apoyo sólido para su familia después de la muerte de su hijo Willie y ayudar a otros a encontrar su camino hacia Dios, así como compartir su relato y experiencias. Le había dicho básicamente tres cosas, pero una de ellas no la esperaba: ¿cómo que debía apoyar a su familia por la muerte de su hijo mayor? ¿Desde cuándo estaba escrito en las hojas del destino que ella conocería el horror de enfrentarse a la prematura muerte de su hijo Willie? Pero aquel ser que conoció durante su ECM fue claro al respecto: el joven moriría a los dieciocho años. Probablemente fue la noticia más triste y sin sentido que Mary recibió en su vida, pero, por algún motivo, no la puso en duda. Muy auténtica debió parecerle la experiencia que tuvo mientras permanecía muerta, pues, al recobrar la consciencia y recuperarse, jamás dudó de que era totalmente verdadera y que los acontecimientos futuros que le habían anunciado tendrían lugar irremediablemente, por mucho que a ella le pesara y no quisiese que sucedieran.

Así pues, la doctora Neal volvió a la vida después de ahogarse en el río, pero no a una vida normal, sino a una existencia en la que vivió algún que otro encuentro con uno de aquellos mismos extraños seres que había conocido en el Más Allá, a los que ella identificaba con los ángeles. «Volví sabiendo que varias cosas iban a suceder, como la futura muerte de mi hijo mayor, y con expectativas sobre cómo debería responder a esos sucesos», me dijo. Saber que su hijo no llegaría a cumplir los dieciocho años fue una pesada carga para ella. Vivir bajo aquella espada de Damocles no era fácil para una madre. Los años fueron pasando, pero, lejos de borrar su angustia, esta iba creciendo a medida que se acercaba la fecha en la que aquel ángel le había dicho que Willie iba a fallecer, de modo que un mes antes de que Willie cumpliera los dieciocho años, la inquietud de su madre se multiplicó notablemente. Un día, su hijo tuvo un pequeño percance automovilístico y, mientras trataba de resolver el papeleo del seguro con el afectado, llamó a su madre para contárselo y pedirle consejo. Willie preguntó al otro

conductor si quería hablar con su madre por teléfono. El hombre sacó una pistola. Los momentos que siguieron fueron tensos. Mary, angustiada al otro lado de la línea telefónica, le gritó a su hijo que saliera corriendo de allí, y eso fue lo que el joven hizo. Por fortuna, el incidente no fue a mayores, y ese día no hubo que lamentar ninguna muerte, así que creyó que, a pesar de lo que le había dicho el ángel, Willie no moriría. Mary se convenció de que el destino de su hijo había cambiado porque ella había vuelto de la muerte aquel día en el río, y había estado allí, al otro lado del teléfono, para decirle a su primogénito que saliera corriendo aquel día, salvándole, tal vez, de un disparo mortal. Todavía no podía saberlo, pero estaba profundamente equivocada. Si bien Willie llegó a cumplir los dieciocho, no vivió mucho más: murió al año siguiente mientras esquiaba con su amiga Hilary. La profecía se había cumplido.

¿Cómo podemos razonar esta historia que, se mire por donde se mire, solo apunta a una irremediable explicación? La única hipótesis que tenemos es clara: Mary recibió un conocimiento sobre un hecho del futuro lejano a consecuencia de su ECM. Los seres humanos no podemos predecir esta suerte de sucesos, máxime cuando obedecen a circunstancias arbitrarias, y mucho menos con tanta precisión. Yo, que llevo años investigando toda clase de sucesos misteriosos y poderes extrasensoriales, jamás me he encontrado con un vaticinio tan incontestable y fulminante con relación al futuro de una persona, salvo los enunciados por grandes profetas como Baba Vanga (1911-1996; ciega y muda, predijo la muerte de Stalin, la Segunda Guerra Mundial y los atentados del 11-S). Y créanme, Mary C. Neal no es ninguna profeta. Por tanto, el trance de su muerte tuvo que ponerla en contacto, a la fuerza, con una fuente de conocimiento específico, superior y excepcional, capaz de prever el destino final de una vida. Mary reconoció que no sabía muy bien quién era ese ser que conoció durante su ECM y la visitó posteriormente durante su estancia en el hospital. Ella creyó que podía ser un ángel, o el mismísimo Cristo, algo, definitivamente, con carácter divino, de acuerdo a la idea cristiana que ella tenía de la divinidad.

¿Qué puertas se abren en la antesala de la muerte que hacen que muchos de los que han estado ahí vivan encuentros con seres que les regalan una visión del futuro? ¿Está nuestro destino escrito hasta ese punto? Con estas preguntas, entre otras, se escriben las baldosas del misterio por las que transitamos los seres humanos.

Mi entrevista con Mary C. Neal: confidencias en la distancia

- YO.** Tuviste un accidente mientras navegabas en kayak durante unas vacaciones en Chile, y experimentaste una ECM en la que aseguras que estuviste en un lugar que identificas claramente con el cielo, con Dios y con ángeles. ¿Es el Más Allá un paraíso cristiano?
- M.** Las ECM ocurren en todas las culturas, en todos los sistemas de creencias, e incluso se dan entre ateos. De hecho, el cincuenta por ciento de los ateos se encuentran con Jesús durante su ECM. La mía fue una experiencia cristiana, pero jamás me atrevería a decir cómo es la experiencia en el umbral de la muerte de otra persona. Lo que sí sé, sin embargo, es que Dios nos ama a todos y cada uno de nosotros de forma intensa y eterna, sin importar quiénes somos y cuáles son las circunstancias de nuestro nacimiento.
- YO.** Antes de experimentar la ECM, ¿creías que había algo más después de la muerte o eras escéptica cuando escuchabas este tipo de relatos similares al que viviste?
- M.** Antes de pasar por mi ECM habría dicho que creía en Dios y que tenía la esperanza de que hubiera algo más tras la muerte, pero era definitivamente escéptica en lo que concierne a los relatos de ECM. Siempre he sido una persona realista, y lo cierto es que me mostraba escéptica e incluso sospechaba que esas personas que tanto proclamaban que habían tenido una ECM podían tener intereses ocultos.
- YO.** ¿Qué se siente al morir?
- M.** Siempre creí que ahogarse sería una forma terrible de morir, pero para mí fue algo indoloro, sin temor, pacífico. No sentí en ningún momento miedo o ansias de aire. No sentí ningún dolor, a pesar de que mis piernas estaban rotas. Me sentía de maravilla.
- YO.** ¿Cómo es el cielo que tú conociste? ¿Qué viste allí?
- M.** No tengo palabras para describir adecuadamente cómo es el cielo. Es como si intentara describir un mundo tridimensional usando un lenguaje bidimensional. Dicho esto, lo que puedo decir es que estaba lleno de belleza, y de unos colores más vivos e intensos de lo que jamás hayamos podido experimentar en la tierra. Podía «ver» todos los colores del arcoíris y más, todo al mismo tiempo. Era como si pudiera ver, sentir, experimentar y entender la esencia de los colores y los aromas. El olor de las flores era igualmente grandioso e intenso, y todo allí parecía eclosionar con un amor de Dios gozoso, completo, penetrante y envolvente. Creo que Dios nos envía a sus más dulces mensajeros a recogernos en el momento de morir y nos habla a cada uno con formas que podamos entender y apreciar. Por ejemplo, todos los que viven una ECM describen grandes bellezas, pero los detalles de esa belleza varían de persona a persona, como sucede en la tierra. Yo soy sensible al color, las flores, los aromas, etcétera, así que esa es la belleza que yo describí en mi ECM. Otra gente es más sensible a la música o los animales, y eso es lo que cuentan que ven. Todos nosotros estamos refiriéndonos, al final, al amor envolvente y palpable de Dios.
- YO.** He entrevistado a muchas personas que tras una ECM han regresado a la vida con aptitudes psíquicas especiales, e incluso con una visión del futuro, como creo que te pasó a ti también, ¿verdad?
- M.** Yo volví sabiendo que varias cosas iban a suceder, como la futura muerte de mi hijo mayor, y expectante sobre cómo debería responder a esos sucesos.
- YO.** ¿Por qué decidiste compartir una historia tan íntima con el gran público?
- M.** No es algo que hubiera hecho en circunstancias normales, la verdad. Mi marido y yo siempre hemos sido muy celosos con nuestra privacidad, es cierto que no sé nada de escribir y tampoco me he sentido nunca cómoda hablando en público. Cuando me enviaron de regreso a la tierra, sin embargo, me ordenaron compartir mi experiencia con otras personas, entregarme a los demás de esta manera, ayudando a otros a convertir su esperanza o fe en las promesas de Dios en algo que pudieran creer como la más absoluta verdad. Escribir mi libro fue obedecer a Dios, hacer lo que Él esperaba de mí. Continúa siendo una historia muy personal y en ocasiones es doloroso compartirla, pero también es, al mismo tiempo, un gran privilegio poder ayudar a los demás en esa transformación.

YO. Como médico y cirujana, ¿tienes alguna teoría científica sobre las ECM?

M. Pasé mucho tiempo examinando los detalles de mi accidente; examinando el historial médico; escuchando a aquellos que estuvieron en el lugar del accidente en Chile y a los que estuvieron en la sala de urgencias; investigando sobre el proceso de morir. Consideré atentamente las posibilidades de que mi experiencia pudiera ser fruto de un sueño, una alucinación como resultado de anoxia, o del efecto químico de un cerebro moribundo, con la consecuente liberación masiva de neurotransmisores. Leí mucho también sobre ECM. Y después de analizar todo aquello, llegué a la conclusión de que mi experiencia estaba más allá de los límites de la medicina y la ciencia.

YO. ¿Estás deseando morir?

M. No temo a la muerte y, sí, espero con ansia el día en el que se acabe mi tiempo aquí. Jamás aceleraría mi muerte porque sé que, como todos los que estamos aquí, tengo más trabajo que hacer en la tierra. Sin embargo, uno de los sentimientos más embriagadores que tuve durante el tiempo que estuve en el «cielo» fue el de sentir que estaba «en casa», y definitivamente espero con anhelo el día en el que mi trabajo aquí se termine y pueda regresar a casa de nuevo.

YO. Las ECM son un tema muy controvertido. ¿Crees que llegará el día en el que la ciencia pueda probar la existencia del Más Allá, o que jamás será posible probar hechos espirituales con herramientas materiales?

M. Creo que los temas espirituales están fuera del alcance de la ciencia y la medicina. Pienso que nuestras observaciones en materia de muerte y ECM pueden aportarnos más detalles, pero seguiremos sin contar con una prueba definitiva. Y lo cierto, Mado, es que hay un poder implícito en el hecho de elegir creer en algo sin necesidad de verlo. En cuanto a las evidencias sobre la vida después de la muerte, no obstante, creo que son muchísimas. Los sistemas judiciales determinan la culpabilidad o inocencia de un criminal basándose en el testimonio de uno o dos testigos. Hay cientos de miles de testimonios de ECM. ¿Cuántos más hacen falta para ser suficientes? No creo que los científicos sean personas diferentes a las demás, pero sí que hacen gala a veces de una arrogancia intelectual con relación a que si somos lo suficientemente inteligentes podemos entenderlo (y controlarlo) todo; de cierta pereza (lleva tiempo y esfuerzo recopilar datos) y de miedo (si realmente existe un Dios y hay vida después de la muerte, entonces debemos rendir cuentas de nuestros actos, nuestro comportamiento, cómo tratamos a los demás y cómo gastamos cada momento de nuestras vidas). Los seres humanos tratamos de controlar lo que no entendemos.

YO. ¿Dirías que eres una persona diferente tras aquel episodio en el que cruzaste el umbral de la muerte?

M. Me gusta pensar que era «buena» persona antes de mi ECM, así que espero no haber cambiado de forma profunda, pero ciertamente he experimentado un gran cambio a nivel interno. La realidad de Dios, de la vida después de la muerte, y la confianza en su promesa cambian la forma en la que vivo cada momento. Vivo en un estado constante de gratitud y oración, dando gracias y dejándome guiar por Dios. Intento decir «sí» adonde creo que estoy porque debo estar, en lugar de buscar motivos para decir «no». Acepto que no siempre voy a saber la respuesta a los porqués, confío en los planes de Dios para cada uno de nosotros... Intento ver siempre el reflejo del amor y la belleza de Dios en los demás. Todavía soy una persona muy organizada y planifico a conciencia mi futuro, pero lo hago con flexibilidad, sabiendo que, tal vez, Dios tenga otros planes para mí.

”

El hombre que volvió de la muerte con el reloj del presente adelantado

Los enigmas relacionados con los efectos secundarios de las ECM,

en concreto los que tienen que ver con la adquisición de poderes psíquicos relacionados con la clarividencia, son inexpugnables, tanto como los que rodearon el caso que les voy a relatar a continuación. Conocí a Perfecto, habitante de La Romana (Alicante), hace ya algunos años mientras me encontraba trabajando en unos reportajes especiales para un monográfico dedicado a las ECM de la revista *Más Allá*. Mi amiga Yolanda Sánchez, al saber que me había embarcado en la misión de seleccionar algunos testimonios dispuestos a contar su caso, me dijo que un tío suyo había tenido una ECM y, aunque no era muy propenso a hablar del tema, podíamos intentarlo. Probamos suerte, y su tío Perfecto accedió a recibirme. Era una persona encantadora. Toda su familia lo era. Quedamos un par de veces, y confío en tener la oportunidad de poder volver a verlos algún día.

Llevo años escuchando a la gente, anotando sus vivencias, recopilándolas, estudiándolas y comparándolas, pero el caso de Perfecto me pareció fascinante en muchos sentidos, y ese es el motivo por el que me decidí a compartirlo. Este hombre estaba absolutamente convencido de que había vida después de la muerte porque él mismo, al parecer, había estado en el «cielo», o al menos así lo interpretó él, ya que no se le ocurría otra forma más adecuada de definirlo. Sucedió hace ya más de veinte años, cuando se envenenó sulfatando la viña y entró en parada cardíaca y coma. Sufrió una ECM en la que, tras atravesar un túnel, llegó por fin a un lugar lleno de luz donde le esperaba alguien, a las puertas del «cielo». ¿Quién? Pronto lo sabrán.

Perfecto había salido un buen día de camino al campo. Debía sulfatar las vides. Este habitante de La Romana, como tantos otros de la comarca del Medio Vinalopó, era veterano en las labores del campo, pero aquella mañana sería distinta, porque un grave descuido a la hora de manipular los productos fitosanitarios iba a poner su vida al borde del abismo. No era la primera vez que un agricultor se envenenaba sulfatando la viña. De hecho, como habitante de la comarca, yo había oído mencionar varios casos en los alrededores, pero sí era la primera vez que conocía a alguien que había logrado sobrevivir a la intoxicación, porque este tipo de herbicidas no suelen perdonar. Que Perfecto estuviera vivo era ya de por sí un milagro. No solo eso, sino que los médicos le advirtieron que el daño que sus órganos habían sufrido era irreparable. En pocas palabras, no le auguraban muchos años de vida.

Todo ocurrió cuando él tenía treinta y cinco años de edad. El

producto fitosanitario que estaba empleando penetró a través de sus poros, llegando rápidamente al interior de su organismo. Volvió a casa sin tener la más mínima sospecha de lo que ocurría dentro de su cuerpo. Sin embargo, no tardaría en sentirse cansado y sin fuerzas. Se acostó sin cenar, pensando que se había resfriado. A la mañana siguiente, su mujer, Pilar, le preguntó cómo se encontraba.

«Me dijo que se encontraba muy mal y que le diera un vaso de leche —me contaba su esposa—. Le pregunté si quería que llamase al médico y me dijo que no, que solo le había dado un enfriamiento. Así que me fui a la peluquería y cuando volví ya estaba al borde de la muerte. Lo llevé al hospital en el coche y entró en paro cardíaco». Cuando Pilar regresó de la peluquería, su marido ya no era Perfecto, era un hombre al borde del abismo. Probablemente vivió uno de los momentos más angustiosos de su vida mientras se dirigía en su coche al hospital. A su lado, yacía un hombre al que se le resbalaba la vida, luchando contra una imparable cuenta atrás. En el momento de ingresar en el hospital, su marido ya había entrado en paro cardíaco. Los médicos lo tenían claro. Perfecto se había intoxicado sulfatando la viña y el veneno había llegado a la sangre, el hígado, el riñón... Lo que más daño sufrió fue el sistema nervioso. Se había quedado sin fuerzas. Habían pasado varios años desde entonces cuando me lo contó, pero todavía se acordaba de lo que había vivido mientras se debatía entre la vida y la muerte: «No sufría nada, ni me enteré de nada, ni sé cuánto tiempo estuve en coma. Eso lo sabrán los médicos, pero yo viví y pasé cosas raras» me decía este agricultor romanero. Con «cosas raras» mi amigo se refería a una ECM y a lo que, como consecuencia de esta, vivió después.

Le pedí que me describiese la naturaleza de aquellas «cosas raras» de la forma más sencilla posible. ¿Qué le pasó? ¿Qué vio? ¿Qué explicación le daba? «Estuve en un túnel —me decía—. Había una luz honda, todo era correr, correr, correr, correr... Y nunca llegaba, y no había fin. Era un túnel oscuro con una luz en la punta». Mientras Perfecto corría por este túnel, sus familiares, especialmente su esposa Pilar, sufrían al pie de su cama ante el diagnóstico de los médicos, que no se mostraban optimistas ante la posibilidad de que Perfecto saliera de aquella. Se encontraba en la unidad de cuidados intensivos, había tenido un paro cardíaco y estaba en coma. «Me dijeron que no salía —recordaba Pilar—. Pero lo fue superando, mejorando... A la semana, mientras trataban de moverlo y reincorporarlo, volvió a recaer, porque el veneno había estado parado y volvió a hacer reacción. A los tres días recuperó la

consciencia y sus primeras palabras fueron: “He estado con san Pedro y le he dicho que no cruzaba la puerta, que me volvía. He caminado, caminado, no llegaba nunca, y cuando he llegado y he visto a san Pedro le he dicho: ‘¡Que no entro, que me vuelvo!’”. Eso me dijo». Imaginen la cara que debió quedársele a la esposa de Perfecto cuando este recobró la consciencia y lo primero que le dijo fue que había estado con san Pedro, quien había tratado de convencerle de que cruzara la puerta de la eternidad, y él se había negado tozudamente, obstinado en volver a la vida.

Perfecto había tenido durante su ECM un encuentro con un ser que, en cualquier caso, él identificó con san Pedro en un momento dado. Pero lo que más llama la atención de su relato es que, a diferencia de otros testimonios de personas con ECM, que declaran que al encontrarse con seres angelicales y en ambientes de paz y felicidad inmensa no desean volver a la vida y lo hacen a regañadientes o porque les impelen a volver, aquí no fue así. Al contrario, fue él quien se negó a quedarse a pesar de la paz de aquel lugar y de que fue invitado a permanecer allí: «Me decían: “Hombre, que aquí se está muy bien...”. Y la verdad es que era un sitio tranquilo, un relax... Pero yo dije que me iba, que no quería estar aquí... “Me voy —les dije—, me voy otra vez abajo y ya volveré, no te preocupes que ya volveré dentro de unos días”», relataba Perfecto. Pero ¿cómo era posible? ¿Por qué quería marcharse de un lugar tan idílico? Era una pregunta que no dejaba de hacerme, especialmente tras años de escuchar relatos cuyos protagonistas se quejaban de lo triste que fue saber que no podían quedarse en ese lugar tan maravilloso, que todavía no era su hora y debían volver. Algunos, incluso, se pasaron la vida intentando revivir aquello que sintieron estando «muertos», anhelando el momento de volver a sentir aquella sensación, y otros, en cambio, llegaron a discutir seriamente con aquellos seres que les impelían a volver, hasta al punto de tener que ser devueltos a la vida de forma abrupta. En todos los casos, el momento de la vuelta siempre era descrito como duro y terriblemente doloroso. Pero para Perfecto no fue así. A él le sucedió justo lo contrario.

«Él me dijo que había estado en un sitio... Me dijo: “Yo creo que he estado en el cielo. A mí me ha salido san Pedro...”», prosiguió contándome la esposa de Perfecto. Le invitaron a quedarse e incluso intentaron convencerle de ello. ¿Qué lo motivó a volver? Su respuesta fue bastante clara: «Yo, la verdad, es que allí no sufría nada, pero no me gustó, aquello no me gustó. Sufrimiento nada, no había sufrimiento, aquello era una vida sin sufrimiento, pero sin

ilusión. Y yo pienso que la vida es tener ilusión, aunque te vayan mal las cosas, tener ilusión, porque si no qué sentido tienen las cosas. La vida es tener ilusión; cuando uno es pequeño, hacerse grande, luego enamorarse, luego casarse, tener hijos, comprarse una casa, un coche... Eso es la ilusión. Entonces en aquel sitio no había sufrimiento, pero tampoco había nada de eso... Allí era como decir: yo estoy aquí ya y esto es la gloria y no hay nada más... Yo quería seguir la vida, la ilusión, no eso...». En definitiva, Perfecto sintió que todavía le quedaban cosas por hacer en la vida mundana. La justificación que él encontró para volver a la vida fue esa, la de no estar preparado para la tranquilidad de la Eternidad, la de seguir demasiado apegado a la vida terrenal. El «cielo» podía esperar.

Perfecto también se acordaba de que en aquel lugar había música, aunque la recordaba de forma confusa y le resultaba enormemente difícil encontrar palabras para describir la experiencia en su conjunto.

Ahora bien, ¿de qué forma le afectó la ECM? ¿Qué pensaba Perfecto que le había pasado? ¿Realmente creía que había estado en el «cielo», como le dijo a su mujer? ¿O acaso pensaba que todo había sido un sueño? «Hay algo, no sé lo que es, pero hay algo, aunque yo no he querido darle vueltas a la cabeza y querer saber nada de eso, porque no me quería volver loco. Pero para mí sí que hay vida después de la muerte. Y cuando veo ahora en la televisión que hablan del túnel.. Yo eso lo he vivido, es real», me confesó.

Una de las cosas que más me llamaron la atención en la historia de Perfecto fue, precisamente, el acento que puso en la necesidad de olvidarlo y no darle vueltas al asunto. No podía asimilar la ECM al no poder darle una explicación, especialmente por las secuelas extrasensoriales que le dejó y que desembocaron en una serie de sucesos extraños que relacionaba directamente con ella. Aquí es donde viene lo más interesante: Perfecto se había convertido en una especie de viajero en el tiempo, en una persona que había regresado a la vida con el reloj adelantado y que echaba de menos hechos y sucesos que él daba ya por sentados, pero que todavía no habían tenido lugar..., aunque acabaron sucediendo.

Entre las personas que, a raíz de una muerte clínica, se han encontrado atravesando los túneles que separan el Más Acá del Más Allá hay algunas que, como Perfecto, no solo regresan a la vida con la memoria de lo que han visto y sentido en el otro lado, sino que además se llevan consigo una maleta con regalos psíquicos que, según se mire, pueden ser considerados un don o, en el caso de nuestro amigo, una maldición. Perfecto trajo consigo una visión de

los acontecimientos que no se ajustaba con la realidad, pero que con el tiempo acababan teniendo lugar tal y como él los había visto. No era que pudiera ver el futuro, era simplemente que, para él, este ya había tenido lugar, de modo que Perfecto se encontraba desfasado y fuera de sitio, en un pasado que solo existía para él, pues los demás todavía se encontraban viviendo su presente. Así lo ilustraba: «Un día, en las fiestas de La Romana, me acuerdo de que vi a uno y dije: “Pero ¿qué hace este aquí si está muerto, si este se murió en un accidente?”. Y claro, me contestaban que si estaba tonto o qué. Y a los dos o tres meses ocurrió que se murió exactamente como yo dije, de la misma manera. Y me pasaba muchas veces, con muchas personas y con otras cosas...».

Lo que le ocurría, básicamente, era que traía el reloj adelantado y tenía estos particulares *déjà vu* del futuro, sin ser consciente de que estaba viendo atisbos de lo que vendría, simplemente preguntándose en qué momento habían cambiado el pasado. Fue horrible para él: «Pasé cinco años viviendo otra vida. Muchas noches me volvía loco pensando. Quise apartar el pensamiento y concentrarme solo en trabajar y en mis hijos. Siempre he tratado de olvidarlo porque ocurrían cosas raras y casi siempre cosas malas», decía refiriéndose a las desgracias que él anticipaba como ya vividas y que luego ocurrían.

Su mujer añadía: «Aquí en casa no se hablaba del tema porque él lo pasaba mal. Siempre estaba con lo mismo: “¿Cómo puede ser que yo supiera esto?”». En ocasiones, Perfecto pasaba por un lugar y se extrañaba al ver que no estaba el edificio que, para él, ocupaba aquel solar. Con el tiempo, descubría que la construcción se llevaba a cabo. Pero esta clase de visiones, más banales, eran lo de menos. Las que realmente le torturaban eran las que tenían que ver con desgracias o con el hecho de comentar algo delante de la gente y que luego aquello pasara de verdad, actitud que le granjeó no pocos problemas: «Lo malo es que si dices una cosa y luego pasa... Si hubieran sido alegrías..., pero siendo penas...».

Tras cinco años autoimponiéndose con auténtica fuerza de voluntad no pensar en aquellas cosas, centrándose en su trabajo y en su familia para distraer la mente cada vez que le daba por pensar, consiguió olvidarlo. Sin embargo, hasta que lo logró, lo pasó realmente mal. Justo es decir, por otro lado, que también hubo un aspecto muy positivo en la vida de Perfecto a raíz de su ECM, y es el profundo cambio de valores que experimentó, tal y como él mismo me aseguraba: «Mi pensamiento era trabajar noche y día, pero la cosa cambió. Empezamos a salir los domingos, a ver la vida

de otra forma. Me di cuenta de que la vida no es una cosa solo, y a partir de ahí ya me la tomé de otra forma. Me cambió eso, la forma de ver la vida».

Es muy común encontrar a personas que sufren los denominados *déjà vu* en un momento presente respecto a otro pasado, como si lo hubiéramos vivido ya o soñado antes... Lo que no es común es tener *déjà vu* en el momento presente sobre acontecimientos que acaban teniendo lugar en el futuro, y esto es lo que volvía loco a Perfecto. De cualquier manera, él lo relacionaba directa o indirectamente con la ECM que sufrió, pues fue a partir de entonces cuando empezó a sentirse como un viajero en el tiempo. ¿Sabremos algún día qué resortes se activan en nuestra psique durante una ECM? ¿Por qué deja estas raras secuelas en algunos de los supervivientes? ¿Existe un lugar en el que presente y pasado escapan a nuestro concepto del tiempo y desde el cual pueden verse como una amalgama indisoluble, en la que todo ha pasado ya y está teniendo lugar al mismo tiempo, incluso el mañana? Tal vez algún día lo sepamos.

La prueba...

Peter Hurkos (1911-1988) sufrió un accidente que le dejó tres días en coma. Tras él, volvió a la vida con extraordinarios poderes psíquicos, como predecir el futuro, averiguar las verdaderas intenciones de la gente o descubrir a los autores de los crímenes. Sus habilidades eran tan infalibles que no tardó en empezar a ayudar a resolver casos de personas desaparecidas y asesinatos, por lo que fue invitado en repetidas ocasiones por la Interpol y el FBI para ayudarles en su trabajo. Peter resolvió veintisiete casos en diecisiete países diferentes. En 1956 viajó a Estados Unidos a instancias del doctor Andrija Puharich, quien, tras someterle a un exhaustivo examen científico, concluyó que sus poderes psíquicos eran demostrables empíricamente y no podían ser refutados, pero tampoco explicados.

Volví a la vida para cuidar de mis hijos porque mi marido iba a morir

Justo cuando crees que ya lo has visto todo, llegan a tu vida nuevas revelaciones sobre lo asombroso de este mundo del que todavía sabemos tan poco. Eso fue lo que me pasó cuando recibí el boletín mensual que la Asociación Internacional de Estudios de Experiencias Cercanas a la Muerte (IANDS, por sus siglas en inglés) nos envió en septiembre de 2015 a sus miembros. El boletín llegó con el testimonio de una mujer —los casos reportados a la IANDS se mantienen en el anonimato— que había tenido dos ECM, siempre a raíz de un parto. La primera, acaecida en 1970, fue una experiencia extracorpórea o fuera del cuerpo (EFC). La segunda, y la que más

me llamó la atención por lo extraordinario de ella, ocurrió en 1979. La mujer había dado a luz sin muchas dificultades, pero, diez días después, empezó a tener fuertes dolores y graves hemorragias. La trasladaron urgentemente al hospital, donde le hicieron una transfusión de sangre. Sin embargo, el centro hospitalario en el que estaba era tan pequeño que pronto fue necesario avisar a la policía para que ayudase a recoger sangre por el vecindario. El tiempo corría en su contra, de modo que, cuando se recibió la sangre, le hicieron una transfusión sin practicar los exámenes pertinentes. La mujer tuvo una reacción alérgica grave. Empezó a convulsionar, al tiempo que la fiebre rozaba techos mortales. En un momento dado, sintió que dejaba su cuerpo e, inmediatamente después, el dolor cesó: «Entonces me encontré rodeada de amor puro, y sentí que Jesús me estaba abrazando. No podría decir qué aspecto tenía, pero sé con quién estaba. Me dijo que no era mi hora y que debía volver. Yo no quería. Recuerdo que vi mi vida pasar, y al principio me sentí avergonzada, pero luego me giré a mirar a Jesús, y la pureza de su amor me libró de toda culpa». Tal y como la protagonista de esta historia explicaba, la vergüenza inicial que la invadió al observar ciertos pasajes de su vida quedó rápidamente eclipsada por el manto de amor y gratitud que aquel ser irradiaba. Sin embargo, su mente racional le hizo preguntarse el por qué de aquel cambio de actitud, ese paso tan rápido desde el sentimiento de culpabilidad al de inocencia. Hizo partícipe de sus interrogantes a Jesús: «Le pregunté el porqué de aquello. Me dijo que, al ser mortal, yo me había comportado como tal, y que por su parte estaba libre de todo juicio. Entonces le pregunté por qué nos estábamos comunicando de forma diferente [telepáticamente] a la que hablábamos en la tierra, y me dijo que en el mundo espiritual nos comunicamos a través de nuestros corazones y sentimientos, de forma que jamás hay malentendidos».

Una vez más, el ser que ella identificaba con Jesucristo la urgió a regresar: tenía cosas que hacer en la vida terrena, tales como cuidar a sus hijos. Esa fue la razón que esgrimió. Pero ella no estaba dispuesta a volver, así que le replicó: «Le dije que mis hijos tenían un padre estupendo, y que estarían muy bien con él. Después de todo, ¿no se supone que tenemos libre albedrío?». El ser le respondió con gran sentido del humor: «No esperaba que me lo pusieras fácil, ¡sabía que lucharías por defender tu postura!». Aquella respuesta la maravilló, era como si la conociera a fondo: «Me sentí abrumada por la forma íntima en la que me conocía». Pero todavía le quedaba por descubrir algo mucho más impactante

que todo aquello: «Me dijo que debía enseñarme algo que yo tenía que saber. ¡Era la muerte de mi esposo! Iba a morir cinco años más tarde en un accidente. Tras ver aquello, decidí regresar a la vida y criar a mis hijos, no sin antes pedirle que me prometiera que yo volvería allí. Mi deseo fue concedido. Antes de marcharme, me dijo: “Recuerda que todo lo que traerás a tu regreso a este lugar será el amor que hayas dado: la vida en la tierra consiste en las relaciones de amor”. Y entonces volví a mi cuerpo, abrí los ojos y me reí a carcajadas con un gran sentimiento de gozo».

La regresada recordaba perfectamente todo lo que le había pasado, e incluso se lo dijo a su médico, con quien tenía bastante confianza al tratarse de un amigo íntimo, pero este no quiso escucharla. Lo único que le dijo fue que, ciertamente, había estado a punto de morir, y que sabía que ella creía que la experiencia que le había relatado era real, pero nada más. En definitiva, el médico no pareció darle mucho crédito. Pero ¿qué fue de aquel vaticinio del Más Allá relativo a la futura muerte de su marido? Según la protagonista de esta historia, acabó olvidándose de aquello. Pero el olvido no la salvó del inevitable destino al que tendría que enfrentarse unos años más tarde. Seis semanas antes del fatídico accidente que su marido habría de sufrir, tuvo un sueño lúcido en el que lo vio claramente. Entonces lo recordó todo. Trató de cambiar el desenlace, pero no pudo: «Se lo conté a mi marido, pero él me dijo: “Olvídate de eso. Estaré bien”. Sin embargo no fue así, y seis semanas más tarde tuvo lugar el accidente, justo como lo había visto». Su marido había muerto en un accidente de tráfico, tal y como se lo habían pronosticado y descrito durante su ECM.

Elementos más comunes en una ECM

- › **Inefabilidad.** Dificultad extrema para explicar su experiencia con palabras.
- › **Túnel.** Algunos sujetos refieren el paso a través de un túnel, cilindro o paso estrecho al final del cual hay una luz. El tránsito por este túnel se describe, asimismo, de distintas formas: mientras unos refieren sentirse aspirados por ese «tubo», otros sienten que se arrastran por él, o bien que simplemente deambulan por él en dirección a la luz, etcétera.
- › **Encuentro con otros seres espirituales.** Es común oír narraciones de encuentros con otros seres con características espirituales o identificados de acuerdo con patrones culturales, sistemas de creencias y religiones. En algunas ocasiones, estos seres son descritos como muy luminosos o seres de luz.
- › **Sinestesia.** Los protagonistas de una ECM pueden oír, oler o tocar colores o bien ver, oler y sentir sonidos, degustar objetos al tocarlos, etcétera. Es decir, sienten una experiencia sensitiva transversal.
- › **Intensidad.** La sensación de sentir que la experiencia es más real que la realidad, y

más intensa que cualquier otra sensación de la vida cotidiana.

- › **Puerta.** A menudo se encuentran testimonios en los que se hace alusión a una puerta y el deseo que muchos sienten de cruzarla, aunque en la mayoría de los casos no se les permite cruzarla, lo cual les provoca cierta frustración, mientras que, en otros, el temor consiste precisamente en cruzarla.
- › **Música.** Se percibe como viviente y extraña, incomparable a ninguna otra percepción musical. No todos los sujetos refieren oírlo, pero sí los suficientes.
- › **Experiencia extracorpórea o fuera del cuerpo (EFC).** Descrita frecuentemente en la primera fase de las ECM, en ella los sujetos se ven fuera de su cuerpo, flotan sobre él, lo observan, observan el entorno en el que se encuentra, las personas de las que está rodeado (si las hay en ese momento), las circunstancias, etcétera.
- › **Ausencia de restricciones físicas y psicológicas.** Una plenitud física y psicológica, en la que los ciegos pueden ver, los sordos oyen, los paralíticos andan, no hay dolor ni sufrimiento, sino una sensación de bienestar, felicidad y salud plenas.
- › **Terror y malestar.** No todas las ECM son placenteras y se ven acompañadas por una sensación de plenitud. Hay personas para las que la experiencia en el umbral de la muerte es una auténtica pesadilla infernal, llena de angustia, de visiones negativas, terrorífica. No sabemos por qué unas personas viven una experiencia positiva mientras para otras es negativa.
- › **Desapego.** Abandono del cuerpo físico y la vida material.
- › **Sentido del destino.** Su regreso a la vida se justifica porque todavía no era su momento de morir (generalmente porque así se lo dicen los misteriosos seres con los que se encuentran al otro lado), no era su hora y todavía tenían misiones que cumplir. Algunos son impelidos o forzados a volver, a otros se les da la libertad de elegir o bien se les trata de convencer de que se queden, y otros tantos se esfuerzan por huir.
- › **Impacto.** Las personas que han tenido una ECM, ya sea positiva o negativa, suelen experimentar cambios en su vida, a veces muy profundos: cambios en los sistemas de creencias, actitudes, estilo de vida, etcétera.
- › **Visiones del futuro.** Algunas personas regresan de la muerte con mensajes y vaticinios sobre el futuro, y poderes psíquicos o percepciones extrasensoriales que antes de la ECM no tenían.
- › **Encuentro con familiares fallecidos.** Muchos regresados aseguran haberse encontrado con familiares fallecidos, en ocasiones sin ni siquiera saber que esa persona había fallecido.
- › **Encuentro con seres vivos.** Aunque no es muy común, existen varios casos de personas que se han encontrado con otras que estaban vivas, sin que estas supieran que estaban formando parte de esa «visión del otro lado», o bien a las que todavía no habían conocido, pero habrían de conocer en algún momento de sus vidas tras superar la ECM.
- › **Tristeza y dolor.** Una sensación de malestar por tener que regresar al cuerpo físico, acompañada por un sentimiento de depresión que puede ser fugaz o prolongarse durante algún tiempo. No obstante, algunos testimonios experimentan justo lo contrario y, lejos de querer permanecer en ese estado, desean recobrar su vida.

**LA MORADA DE LOS MUERTOS Y LOS SERES DEL MÁS
ALLÁ Y EL MÁS ACÁ: REUNIONES IMPOSIBLES Y
REVELACIONES INEXPLICABLES**

Vivir y morir podrían ser conceptos basados en una mera ilusión. Las personas que caen en coma y vuelven a despertar mucho tiempo después suman un motivo más a la hora de envolver de misterio el fenómeno de la consciencia, tan desconocido aún en pleno siglo XXI. ¿Dónde estamos durante el coma? ¿En qué moradas reposa el alma cuando nuestra vida está en suspenso?

Son muchos los que regresan de las garras de la muerte convencidos de que han estado hablando con sus familiares fallecidos, y eso fue justo lo que le ocurrió a una de mis amigas colombianas, la directora de cine Tata Guzmán. Fue ella quien me relató una de las ECM más brutales que me han contado en la vida no solo por el encuentro que sostuvo al otro lado con los muertos, sino por el que tuvo con los vivos, concretamente con una muchacha a la que vio durante su estancia en la morada de la muerte, junto a conocidos suyos y familiares fallecidos, y que posteriormente llegaría a conocer en vida e incluso llegaría a ser su pareja. Pero déjenme que les cuente todos los detalles de esta historia, llena de matices y detalles fascinantes, porque estuvo marcada por otros muchos sucesos asombrosos. Así podrán vivirla como yo la viví mientras me la contaba, y dejarse maravillar por lo inexplicable.

No todo en la muerte son muertos

Hace unos cuantos años, la carrera profesional de Tata Guzmán se vio truncada a causa de un accidente que la tuvo en coma dos meses y en una silla de ruedas durante tres años. Su vida sufrió un paréntesis forzoso no solo a nivel laboral, sino también vital, durante el cual fueron necesarias grandes dosis de esfuerzo para lograr superar aquel trance y volver a tomar las riendas de su vida. En mitad de aquella tragedia, hubo un rayo de luz que jamás olvidaría: durante el tiempo que pasó en coma, Tata sufrió una ECM y estuvo en un lugar maravilloso, rodeada de seres muy queridos.

Corría el año 1998 y Tata se encontraba en su finca de Salento, en el departamento colombiano de Quindío. Estaba allí pasando unos días, haciendo una de las cosas que más le gustaba hacer por aquel entonces, montar a caballo. En aquella época tenía un ejemplar muy hermoso, que había ganado premios en algunas ferias ganaderas y caballerías, y al que ella le tenía muchísimo cariño. El equino tenía nombre de persona: se llamaba Israel del Trébol.

Llegó el fin de semana y decidió organizar una cabalgata nocturna con los amigos. Invitó a varias personas, alrededor de doce. Salieron a las siete de la tarde y el ambiente de alegría y disfrute que reinaba mientras bordeaban la montaña de aquella bellísima región no hacía presagiar lo que pasaría tan solo una hora

más tarde, cuando Alejandra, una de sus amigas, decidió hacer una fotografía. Así fue como empezó todo: «Una de mis amigas decidió tomar una fotografía, con tan mala suerte que su caballo, al sentir el *flash*, se asustó y se desbocó. Yo encabezaba la cabalgata. Sentí que su caballo golpeaba al mío y, en cuestión de segundos y sin poderme liberar de las espuelas, me enredé con él y caímos al suelo. Yo caí primero y él encima de mí... Fueron trescientos cincuenta kilos de peso sobre mis cincuenta kilos en aquel entonces. Uno de los golpes más fuertes lo recibí en mi cabeza. Después, solo recuerdo que algunas personas movieron el caballo de encima de mí y sentí como si me desbaratara por dentro», me relató.

Tras aquella caída, Tata no recuerda más que cosas confusas, los gritos de sus amigos... Afortunadamente, entre los miembros del grupo había una doctora que pidió que no la movieran. Llamaron a la ambulancia y fue en este vehículo, cuando la llevaban de camino al hospital, cuando perdió el conocimiento. No despertaría hasta dos meses después, en un hospital de Bogotá, rodeada de médicos. ¿Qué pasó durante todo aquel tiempo en el que estuvo en coma?

«Estuve en un parque muy hermoso, de color violeta. Era cálido. Y en aquel parque, al fondo, había una luz, y cada vez que yo trataba de caminar hacia esa luz, aparecían en una puerta mi abuelo, mi mamá, dos primos, mi hermano... Los seres queridos que yo tanto había extrañado y que habían fallecido años atrás —rememoraba—. También estaba allí conmigo mi amiga Laura. La veía siempre en aquel parque, conversando conmigo, como haciéndome compañía. Siempre me acompañaba a esa puerta iluminada en la que estaba mi familia», me explicó.

Tata se encontraba en la gloria en aquel lugar porque era un remanso de paz, un sitio sumamente agradable en el que no solamente se sentía tranquila y feliz, sino donde, además, se encontraban sus seres más queridos, aquellos a los que tanto había echado de menos, todos ellos fallecidos tiempo atrás. Por eso quería ir con ellos, pero nunca le dejaban cruzar la puerta: «Cada vez que quería ir con ellos, me decían que no con sus manos».

Durante el tiempo que pasó en aquel parque, solo veía eso, un paisaje violeta, la compañía de su amiga Laura (también fallecida tiempo atrás), una puerta de luz al fondo en la que estaban sus familiares y una sensación de paz infinita: «Había mucha paz, mucho silencio en aquel parque. No sentía ni frío ni calor, pero sí muchísima paz».

La puerta de luz tenía un efecto atrayente, seguramente incrementado por el hecho de que Tata podría pensar que si la

cruzaba podría estar más tiempo con sus familiares, que, al parecer, procedían del otro lado de la puerta. Ella quería entrar, quería cruzar, quería, en definitiva, ir con ellos... Pero siempre había una negativa, un gesto de «alto ahí», una advertencia de no pasar. Sin embargo, el anhelo de Tata era tan grande que incluso intentó pasar por la puerta a la fuerza: «La última vez que los vi en aquella puerta del parque discutimos, y cuando intenté entrar por la fuerza, me empujaron tan fuerte que creo que fue cuando desperté».

Sometí a mi amiga Tata a un exhaustivo interrogatorio con el fin de obtener más detalles, y no me costó obtenerlos, porque la experiencia fue tan vívida e impactante que podía recrearla en su mente con todo lujo de detalles. Así, averigüé que aquel parque era una especie de jardín lleno de luz violeta, aunque el lugar más luminoso y brillante era aquel donde se encontraba la puerta, al fondo. También averigüé que no solo vio a sus seres queridos, sino que pudo conversar con ellos, especialmente con su madre y su abuela: «Me hablaron mucho».

¿Era tal vez aquel lugar el cielo, su cielo? «Yo creo que sí», me contestó. Si había algo de lo que estaba convencida era de que lo que vivió fue real, una experiencia auténtica que en ningún caso tuvo nada que ver con la posibilidad de haber alucinado o tenido un sueño. Cualquier indagación que trataba de hacer al respecto terminaba siempre con la misma respuesta: «Estoy segura de que fue real».

Uno de los aspectos en los que más puso el acento mi amiga Tata fue en lo maravillosa que resultó su experiencia. Sin embargo, en contraste con toda la belleza, paz y tranquilidad de aquel tiempo que pasó en ese jardín de luz, estuvieron la dureza del momento en el que despertó y de lo que siguió al instante de recuperar la consciencia, así como el titánico esfuerzo que tuvo que hacer para sobreponerse durante los casi tres años que pasó en silla de ruedas.

Tata se había roto once partes de su cuerpo en aquel accidente de caballo que le produjo el coma. Se despertó dos meses después en la habitación de un hospital de la ciudad de Bogotá. Pesaba diez kilos menos y estaba rodeada de médicos, entre ellos una psicóloga que se quedó posteriormente a solas con ella para hablar. Tata se encontraba aturdida, sentía que tenía dos cabezas en lugar de una y no entendía qué estaba ocurriendo, pero estaba a punto de enfrentarse a una noticia muy trágica: «La psicóloga me preguntó cómo me sentía y me explicó toda la situación. Lo más duro de aquella conversación fue saber que mi amiga, la que había tomado la foto provocando con el *flash* que su caballo y el mío se

desbocaran, había corrido peor suerte que yo. Se había desnucado. Había muerto instantáneamente», recordaba con tristeza.

Intentó explicarle a los médicos lo que le había pasado y narró a la psicóloga todo lo sucedido, dónde había estado y con quién había hablado. Le dijo que no sabía muy bien cuánto tiempo había transcurrido en el jardín violeta, pero que estaba segura de que su experiencia había sido real. Tata se había sentido tranquila y feliz allí, sin dolor, ni frío ni calor, sin ningún tipo de sufrimiento, tan arropada por sus seres queridos... La vuelta a la vida fue dura y pasar tres años en una silla de ruedas le hizo atravesar momentos difíciles. Como ella misma me confesó: «Espiritualmente me pasó de todo. Mi reacción fue de rabia, decepción... Durante ese tiempo me dediqué a no hacer nada... En ocasiones creaba algún proyecto... Engordé veinticinco kilos, me volví neurótica, silenciosa... La recuperación fue muy dolorosa, física y emocionalmente hablando».

Existía un motivo que todavía aportaba más ingredientes a la hora de considerar la experiencia que tuvo Tata como algo real, alejado de lo que algunos podrían calificar de un puro sueño. En aquel parque violeta, además de encontrarse con seres queridos que ya habían fallecido, también vio a otras personas a las que acabaría conociendo. Parece increíble, un relato fantástico, milagroso y digno de un guion de película, y aún hoy en día se estremece al relatar cómo llegó a conocer a una de las personas que vio en su cielo púrpura, a enamorarse y a irse a vivir con ella. Así lo contaba: «Me pasó algo muy curioso. Durante mi estado de coma, en aquel parque, vi algunas personas, entre ellas a una niña muy hermosa de unos veinte años, la misma que conocí cuando todavía estaba recuperándome del accidente y aprendiendo a caminar de nuevo, ayudada por dos muletas. Viví con esa mujer siete años». ¿Cómo era posible? Científicamente, no podemos achacar a un mero sueño o fantasía un suceso de tal calibre: tener una ECM, permanecer en coma y encontrarse en un lugar en el que, aparte de estar conversando con sus seres queridos ya fallecidos, conoció a una joven que ella no había visto jamás en su vida y que llegó a conocer posteriormente en la vida real, algún tiempo después de despertar del coma. Sin embargo, aquella joven no recordaba haber visto a Tata jamás con anterioridad, y mucho menos en un «jardín violeta». ¿Puede nuestro subconsciente, otro «yo» desconocido del que no tenemos noticia, viajar sin nuestro consentimiento a lugares remotos, fuera del espacio y el tiempo, a esos «jardines violetas», como el de Tata, con el fin de conversar con alguien que se encuentra en coma o en uno de los estados más frecuentemente

vivididos por las personas que han tenido una ECM? Es una pregunta inquietante.

Es preciso ponerse en la piel de mi amiga Tata, pensar en lo que supone tener memoria de lo que para ti es el cielo, porque estuviste allí, estar convencido de que su existencia es tan real o incluso más que la vida misma, recordar nítidamente todo lo vivido allí, y de repente un día andar por el mundo y tropezarte con un rostro, una persona que ya habías conocido... ¡en el cielo! Aun así, esta directora de cine ha seguido intentando profundizar un poco más, saber, ahondar en los misterios de la vida y la muerte, el cielo y el infierno... Y es que aquella ECM la transformó completamente, y la mujer que cayó en coma era muy distinta a la que despertaría en una habitación de hospital y pasaría el resto de sus días movida por una nueva meta.

La vida de Tata cambió. Se sumergió en un proceso de búsqueda y desarrollo de inquietud espiritual que todavía lleva adelante. «Me fui a vivir definitivamente a Estados Unidos, comencé una búsqueda espiritual que hoy por hoy se encuentra en muy buen camino, comencé a creer mucho más en el cielo y el infierno. He realizado encuentros espirituales, he vivido momentos únicos... Y aquella imagen nunca se borra de mi memoria...». Probablemente fue este anhelo de búsqueda espiritual y deseo de reencontrarse con las sensaciones que vivió durante su ECM lo que empujó a mi amiga Tata a buscar en los indígenas de la región colombiana y en la ingesta de yagé —la ayahuasca o yagé es una bebida utilizada por algunos pueblos amazónicos para alcanzar estados mentales superconscientes— algunas respuestas: «Los indios de la región me dieron a beber soma sagrado. Fue algo muy aterrador al principio, porque no sabía qué estaba pasando dentro de mí, pero luego se convirtió en algo mágico, muy celestial. Y en algún momento me morí. Creo que me desdoblé y salí de mi cuerpo. Duró ocho horas, durante las cuales vi a Dios, al diablo, ángeles, muertos, a mi abuela... La experiencia que viví fue maravillosa. ¡Estoy segura de que fue real!», exclamaba.

La experiencia inducida que Tata Guzmán tuvo con los indígenas de la región le pareció tan maravillosa y real como su ECM, y aunque no la hizo regresar a aquel maravilloso jardín de luz violácea en el que estuvo mientras duró el coma, sí proporcionaba pistas suficientes como para interpretar que, al menos, contactó con el mundo de los espíritus y tuvo visiones de orden simbólico relacionadas con su cultura y su experiencia vital (Dios, ángeles, el diablo, su abuela) que podrían descifrarse como mensajes de su

propio ser interior, en el momento de conectar con esa fuente tan desconocida para nosotros y que muchos han dado en llamar mundo astral. Esta es, obviamente, una posible interpretación, y tan solo una interpretación de su experiencia con el yagé, y no pretende ser nada más. Por otro lado, si bien he podido conocer a muchas personas que han vivido sensaciones maravillosas a raíz de la ingesta del yagé, también tengo amigos que han tenido experiencias de auténtica pesadilla e incluso han estado a punto de morir, por lo que la decisión de tomar ciertas sustancias con el fin de experimentar determinadas sensaciones debe meditarse seriamente, sopesando riesgos y midiendo las posibles consecuencias. Yo, personalmente, no lo recomiendo.

¿Es el caso de mi amiga Tata el único que conozco de este tipo, en el que el protagonista de una ECM ve durante ella a un desconocido al que posteriormente acabará conociendo en la vida real? Sí y no. Me explico: tengo constancia de otros casos en los que supervivientes de una ECM han visto a personas vivas durante el episodio, no siempre allegadas, sino a las que conocían «de vista», como solemos decir. Pero nunca antes me había encontrado con el caso de alguien que durante la ECM viera a una persona viva a la que todavía no conocía y a la que acabaría conociendo. Por ese motivo, el testimonio de Tata Guzmán me parece verdaderamente valioso y podría significar mucho para el estudio y las investigaciones en torno a qué son exactamente las ECM, al aportar una nueva variable a este fenómeno.

El neurocirujano escéptico que estuvo en el cielo

El reconocido neurocirujano estadounidense Eben Alexander, hijo a su vez de otro neurocirujano, no creía en las ECM. Como científico, no encontraba nada que le aportara pruebas sobre lo que pasaba después del fallecimiento, y creía que la posible independencia de la consciencia respecto al cerebro no era más que una burda fantasía. Pero un día todo cambió. Él mismo sufrió una ECM, y todo lo que había creído hasta entonces se derrumbó. Tras varios meses en pos de conseguir una entrevista con él, por fin logré que contestara a mis preguntas. Me convertí en la primera y única española que había conseguido entrevistarle. Puede que muchos de ustedes ya conozcan la historia de Eben Alexander, o incluso hayan leído el libro en el que la relató, *La prueba del cielo*, pero déjenme que les ponga en antecedentes, que les explique en qué radica la importancia de su caso y cómo su experiencia desafía todas las

lógicas conocidas hasta el momento.

El 8 de octubre de 2008, Eben Alexander se despertó con uno de esos dolores de cabeza que te dan ganas de tirarte por la ventana. Dos horas después, tuvo un derrame cerebral y cayó en coma profundo. Lo que le había llevado a esa situación fue una meningitis originada por la bacteria *Escherichia coli*. Se trataba de un caso rarísimo en adultos y con pocas probabilidades de supervivencia. Aquella bacteria se había apoderado del espacio cefalorraquídeo y estaba, literalmente y por explicarlo de un modo sencillo, comiéndose su cerebro. Estuvo siete días en coma. Fue entonces cuando tuvo la ECM que cambiaría su vida e inspiraría a miles de personas a seguir hurgando en los velados secretos de lo que realmente pasa cuando morimos.

La prueba...

Si supiéramos qué es la consciencia, sabríamos cuándo el cerebro está consciente y cuándo no. Recientemente, la científica Marian Stamp-Dawkins afirmó que estudiar a las personas que recuperan la consciencia tras una anestesia nos permitiría responder a diversas preguntas: ¿cuándo cobramos consciencia?, ¿qué hace el cerebro tras la anestesia para recuperar la consciencia? Pero todavía somos absolutamente ignorantes en este sentido. De la misma manera, el modo en el que se recupera la consciencia tras un coma sigue siendo un auténtico misterio.

Ofreció las primeras pistas de lo que le había pasado publicando en la revista *Newsweek* un artículo titulado «El cielo es real: la experiencia de un doctor en el Más Allá», que fue portada. En él, este neurocirujano decidía confesarse delante de todo el país, a pesar de que sabía que iban a lloverle críticas, mofas y acusaciones. Él, el escéptico, el que siempre había reducido las ECM a una simple cuestión cerebral basada en la alucinación, estaba admitiendo en aquel artículo que había cambiado de opinión: él mismo había sufrido una ECM, y lo que había visto no podía ser producto del cerebro. Enseguida van a ver por qué, pero, antes, conozcamos el paseo que Alexander se dio por los bosques de otra aparente dimensión.

Mientras su cuerpo permanecía en una cama de hospital, controlado a cada segundo por los monitores de observación, y tras ascender a través de lo que él definió como un valle estrecho y oscuro, llegó a otro valle inundado por una luz espléndida, pintado de colores difícilmente descriptibles: «No podría describir ni un triste esbozo de su auténtica belleza». A su llegada a este espléndido

lugar, fue recibido por una música celestial, «un sonido viviente», y una luz blanca y pura que se iba acercando cada vez más, en cuyo centro apareció una puerta que no tardaría en atravesar. A sus pies se extendía un paisaje bellísimo: «Volaba sobre aquel lugar, por encima de árboles y campos, arroyos y cascadas, y, de vez en cuando, personas. Y también niños, niños que reían y jugaban. La gente cantaba y bailaba en círculos [...] Un mundo de ensueño increíblemente hermoso».

Con estas palabras, que tomo de su libro, trataba Eben Alexander de explicar qué le había sucedido. ¿Se trataba de un sueño, un estado de irrealidad, un truco de su mente? Nada de eso. Según Eben Alexander, se trataba de lo real, de algo más auténtico que la vida misma. En aquel lugar no estaba solo, como hemos podido ver. Es más, había alguien que lo acompañaba y le servía de guarda y guía, «una chica preciosa de pómulos altos y hermosos ojos. Llevaba ropa sencilla, como de campesina, similar a la que vestía la gente del pueblo que había visto abajo».

Se embarcó junto a esta chica en el ala de una mariposa que volaba, junto a una bandada de millones de mariposas de colores vivos y bellísimos, que descendían y volvían a alzarse a su alrededor. En ese cielo, los seres que encontraba a su paso eran igualmente divinos y angelicales, de acuerdo con sus descripciones, y se comunicaban con él a través del pensamiento telepático. «[Mi guía] me dirigió una mirada que habría hecho que cualquiera se alegrase de haber vivido hasta aquel momento, independientemente de lo que le hubiera pasado antes. No era una mirada romántica. Tampoco amistosa. Era algo que iba más allá de todo ello... Más allá de todas las tipologías del amor que conocemos aquí en la tierra. Era algo superior que contenía en su interior todas las demás formas de amor y, al mismo tiempo, era más genuino y puro que todas ellas. Sin utilizar palabras, me habló. El mensaje me penetró como una ráfaga de viento helado y al instante comprendí que era cierto».

“

Mi entrevista con Eben Alexander: lecciones del Más Allá

- YO.** Eres un famoso neurocirujano que en el pasado no creía en las ECM e incluso llegaste a escribir artículos mostrándote en contra de cualquier remota posibilidad de vida después de la muerte. ¿Cuál era en aquellos tiempos tu teoría?
- E. A.** Como cirujano, creía en lo que podía ver, sentir y medir. En aquellos tiempos, que las ECM y la consciencia fueran independientes del cerebro me parecía una idea ilusoria; en realidad, jamás me molesté en buscar evidencias de lo que ocurre después de la muerte. Pero después de mi experiencia empecé a interesarme de veras, a leer artículos científicos, y no estoy hablando de artículos de esos que

aparecen en las noticias, sino de aquellos respaldados por un trabajo de investigación riguroso. Encontré información abundante que venía a revelar la existencia de algunas nociones firmes en las que la ciencia y la creencia en las ECM no eran mutuamente excluyentes.

YO. Así que, hoy en día, defiendes las ECM como experiencias reales, más reales incluso que la propia realidad en la que vivimos. ¿Afirmas que la consciencia existe más allá de la vida, tal y como la conocemos?

E. A. La consciencia podría definirse como ser consciente de las cosas que nos rodean. Los filósofos llevan milenios debatiendo y buscando una definición más precisa, y aunque los matices son bastante complicados, el núcleo de la cuestión es sencillo: si estás leyendo esto, si eres consciente de que estás leyendo estas palabras que van a leer tus lectores, es que eres consciente. Lo difícil es saber —y eso es lo que aprendí durante mi experiencia— si la consciencia es esencialmente mecánica —es decir, emerge únicamente a partir de procesos físicos cerebrales— u holística —es decir, trasciende el cerebro—. Como neurocirujano, yo creía en la correlación entre el cerebro físico y la forma en la que la mente parecía funcionar. Por ejemplo, si tenía un paciente con un tumor que le afectaba la parte del cerebro asociada al lenguaje, sabía que iba a tener problemas para comunicarse. Pero ahora he aprendido que todo es mucho más complicado y no se reduce a eso.

YO. ¿Lo afirmas desde el punto de vista personal o científico?

E. A. Mientras que la ciencia avanzaba en estos temas, yo rehusaba seriamente considerar nada de esto hasta que sufrí una ECM. Desde entonces, he aprendido un montón; basándome tanto en mi experiencia como en la abundante colección de anécdotas y casos, así como en las últimas investigaciones en materia de medicina y física, acepto la hipótesis de que la consciencia existe más allá del cerebro físico.

YO. ¿Crees que es posible experimentar con las ECM en un laboratorio?

E. A. Desde luego. Sin embargo, como médico, mantengo el juramento hipocrático y le profeso el más elevado de los respetos. Los médicos y científicos no pueden llevar a cabo experimentos que puedan perjudicar a sus pacientes. Nuestras vidas son infinitamente preciosas, y a pesar de que la investigación en esta área me interesa muchísimo, la salud y el bienestar de los demás está por encima de cualquier cosa que podamos aprender usando ese método. Estoy en contacto con equipos de investigadores de todo el mundo que están llevando a cabo estudios muy interesantes, y todos ellos han encontrado formas creativas de aprender más cosas sobre la consciencia —desde el punto de vista neurocientífico al de la física teórica— sin arriesgar bajo ningún concepto la vida de los pacientes.

YO. ¿Puede la ciencia explicarlo todo o necesita abrirse a otras disciplinas de conocimiento para explicar los misterios de la vida y la muerte, la física y el universo?

E. A. Básicamente, la ciencia es el estudio del universo observable. Creo que la ciencia puede explicarlo todo, siempre y cuando encontremos formas de observar un rango más amplio del universo. Hace tan solo unos pocos cientos de años, la enfermedad era vista como efecto de una maldición y se consideraba que los enfermos mentales estaban poseídos. Ahora, tenemos el vocabulario adecuado y el marco conceptual necesario para hablar de virus y bacterias, y las herramientas apropiadas, como microscopios, para observarlos y medirlos. Pero las diferencias entre la «magia» y la teoría y los hechos probables no siempre están claros desde el principio, y lleva tiempo elucidarlos. Y a pesar de que hemos aprendido mucho, no hemos llegado a ninguna parte. Las cazas de brujas todavía tienen lugar hoy en día en países como Papúa Nueva Guinea, donde quemaron viva a una mujer en 2013. Sería increíblemente arrogante pensar que hemos descubierto todas las formas de ver el mundo y todas las herramientas para medirlo. Los científicos dan lo mejor de sí cuando están abiertos a todas las posibilidades, y se enfrentan a sus estudios sin asunciones ni pensamientos preconcebidos.

YO. Cuando una persona dice que ha tenido una ECM, los científicos no la creen. Cuando otra (como Louis Hay, Gregg Braden, etcétera) afirma que se ha curado de un cáncer con técnicas de pensamiento positivo, ¿qué creen los médicos como

usted?

- E. A. Como médico, he visto a gente cuyos exámenes médicos indicaban que tendría que haber muerto. Y he visto a gente deteriorarse sin motivo alguno, cuando tendrían que haber respondido al tratamiento. No lo sabemos todo con relación a las formas que el cuerpo humano tiene de curarse a sí mismo. Algunos estudios muestran que la gente en coma responde mejor cuando escucha palabras positivas de boca de sus médicos y seres queridos, gente que incluso «no debería» poder oír o procesar sonidos. Claramente, todavía tenemos que aprender mucho sobre cómo funciona nuestro cerebro, y cómo interactuamos con nuestro entorno cuando el cerebro está gravemente dañado. Sabemos que los tratamientos modernos para el cáncer, como la quimioterapia y la radiación, funcionan mejor que cualquier otro. Pero esto no significa que sean lo mejor para cada caso, y a veces no hay razones claras que revelen por qué en algunos casos sí y en otros no. No le aconsejaría a ningún paciente que rechazara la quimioterapia a favor de la meditación o de cualquier otro esfuerzo mental, pero tampoco desprecio el poder del pensamiento positivo.
- YO. Durante tu ECM conociste a otros seres, aprendiste que había otros mundos, otros universos, otras existencias. Entonces, ¿existen los alienígenas?
- E. A. Creo que hay más cosas en la tierra y en el cielo de las que la mayoría de las filosofías de la gente ha llegado a soñar. Hoy en día sabemos que hay otros planetas capaces de alojar vida. Estadísticamente, además, sabemos que algunos de ellos, de hecho, tienen que albergar vida. La humanidad es un auténtico milagro, pero no soy tan egoísta como para pensar que tenemos el monopolio de la consciencia.
- YO. En tu libro *La prueba del cielo* encontramos el testimonio de una persona que es neurocirujano, pero no un testimonio científico. ¿Estás más interesado en «difundir la palabra» o has pensado en comenzar a investigar las ECM desde el punto de vista científico y publicar también libros y revistas orientados a la comunidad científica?
- E. A. Quería que *La prueba del cielo* llegara a la gente sin conocimientos científicos. Hay muchos estudios sobre ECM, pero la jerga científica puede desalentar a los lectores.

”

Como en otros casos de ECM, Eben Alexander estuvo acompañado en todo momento por un ser guía, que le acompañó durante un viaje iniciático en el cual recibió mensajes y conocimientos que giraban en torno a la idea de la universalidad del amor como la auténtica y única fuerza motora del universo. En el caso de nuestro neurocirujano, este mensaje se dividía en tres frases: «Os aman y aprecian profunda y eternamente. No tenéis nada que temer. Nada de lo que hagáis puede ser malo». En *La prueba del cielo*, este neurocirujano habló también de una fuerza superior, una entidad a la que él llamaba «Om», que le mostró muchas cosas: «Om me reveló que no hay un solo universo, sino muchos más, de hecho, de los que yo podría llegar a concebir, pero que el amor reside en el centro de todos ellos». Posteriormente, una vez recobrada la consciencia y totalmente recuperado, se daría cuenta, al mirar una vieja foto de sus hermanos biológicos, de que aquel ángel que lo había acompañado durante su paseo era Betsy, una hermana fallecida a la que jamás había tenido la oportunidad de conocer. Increíble pero cierto.

Esta fue, a grandes rasgos, la ECM de Eben Alexander. Después de aquello, Eben se pasó bastante tiempo examinando los informes médicos de su caso. Había estado en coma siete días a causa de la meningitis y, durante todo aquel tiempo, su cerebro —su neocórtex— estuvo apagado. Es decir, su cerebro, y especialmente el área que comúnmente está implicada en los sueños lúcidos, no presentaba signos de actividad. Eso era lo realmente extraño para él, y fue el principal motivo que lo llevó a pensar que su caso era especial: puesto que descartaba cualquier implicación cerebral en la experiencia, no podía haberse tratado de una mera fantasía, sueño o alucinación. El dato es de suma importancia, porque si su cerebro no presentaba actividad, especialmente en la región cerebral vinculada a los sueños lúcidos, era imposible que la vivencia que él había tenido durante su ECM fuera un producto del cerebro. De ahí que su caso sea tan relevante para los científicos y médicos, que siempre han estado divididos a la hora de atribuir el fenómeno al cerebro o, por el contrario, al hecho de que la consciencia pervive a la muerte, aunque todavía no sepamos muy bien qué es eso a lo que llamamos «consciencia». Uno de los hechos más importantes es que el cerebro de Alexander estuvo monitorizado en todo momento mientras permaneció en coma. Los informes y exámenes médicos están ahí. Por tanto, esa documentación constituye un gran tesoro para la investigación, y todos los casos acaecidos en similares circunstancias que pudieran venir acompañados por este tipo de monitorizaciones cerebrales serían de gran ayuda para seguir ahondando en el gran misterio que nos ocupa: ¿adónde vamos cuando morimos?

Así fue como un neurocirujano que siempre se había mostrado escéptico ante la idea de que las ECM pudieran sugerir la existencia de un Más Allá, asegurando que se trataba de experiencias inducidas por una reducción de la cantidad de oxígeno del cerebro, entonó el *mea culpa* y confesó que había estado terriblemente equivocado, hasta el punto de asegurar que la muerte era una ilusión que de ninguna manera marcaba el final de la existencia personal. Y esta experiencia tan profunda fue la que le dio la «razón científica para creer en la pervivencia de la consciencia más allá de la muerte».

Coma: despertar o dormir

los comatosos están dormidos, pero no logran despertar, ni responden a estímulos. Miles de personas permanecen en coma alrededor del mundo sin que sus familiares sepan si van a recobrar la consciencia y recuperarse algún día. El coma puede durar días, semanas e incluso años. Hay personas que han logrado despertar tras muchísimos años de letargo. Hay otras que se encuentran en estado vegetativo, que parecen estar despiertas, pero no son conscientes de lo que sucede a su alrededor. Abren los ojos de vez en cuando y alternan periodos de sueño con otros de vigilia. Otras personas permanecen en estado de mínima consciencia, presentan muestras de actividad mental, pero no son capaces de establecer una comunicación coherente. El estado más trágico quizá sea el llamado «síndrome de cautiverio», porque en él el paciente es plenamente consciente de su situación, pero se siente enclaustrado en su cráneo y, a pesar de que conserva todas las funciones cerebrales, es incapaz de hablar o moverse. Tan solo puede abrir los párpados y mover los ojos hacia arriba, hacia abajo y al centro. Esto es lo que le sucedió a Jean-Dominique Bauby (1952-1997), editor de la revista francesa *Elle*, que aun así logró escribir su autobiografía *La escafandra y la mariposa* a través de un sistema de comunicación que su asistente ideó para que le dictara. Ella recitaba el abecedario y él parpadeaba si aquella era la letra que quería decir. Hay casos de personas como el polaco Jan Grzebski, un trabajador del ferrocarril que despertó tras diecinueve años en coma. Son casos raros, pero no imposibles. Lo que les espera al despertar es un inevitable periodo de superación de las trabas físicas, intelectuales y psicológicas que se presentan, que no siempre se salvan, dejando secuelas permanentes.

¿QUIÉN CUIDA DE LOS NIÑOS? LAS ECM DE LOS MÁS PEQUEÑOS

Los niños, incluso los más pequeños, también tienen ECM. La forma en la que interpretan sus experiencias o en que lo hacen los adultos que los rodean varía enormemente. Sea como fuere, lo cierto es que las aventuras de ida y vuelta de los niños son tan fascinantes o más que las de los adultos y aportan a la casuística de las ECM algunos de sus capítulos más prodigiosos.

Colton Burpo, un niño de un pueblo de Nebraska (Estados Unidos), tenía cuatro años cuando lo operaron urgentemente a causa de una apendicitis y se debatió entre la vida y la muerte. Unos meses más tarde, en el año 2003, empezó a hablar de los ángeles que le habían visitado en el quirófano, de los papás a los que había visto aguardando desconsolados en la sala de espera y de otras cosas extrañas. Su padre, Todd, le animó a seguir hablando de aquello, y así fue como el pequeño se fue soltando y contando todo lo que recordaba, hasta que empezó a hablar de su bisabuelo Pop, muerto desde hacía más de treinta años, o de la hermanita a la que también había visto en el cielo (que no llegó a nacer, puesto que la madre tuvo un aborto). ¿De dónde había sacado aquella información? ¿Cómo podía saber aquellas cosas? Todd y Sonja, la madre de Colton, alentaron a su hijo para que les contara todo lo que había visto. Lo que no podían esperar era que su pequeño les fuese a contar que había estado con Jesucristo, quien le había mostrado el cielo y el infierno, y que además lo había hecho depositario de unos importantes mensajes.

Colton Burpo: las emocionantes revelaciones de un niño

El padre de Todd, un pastor de la iglesia local, decidió revelar todo aquello en el libro *Heaven is for real* (2010), traducido al español como *El cielo es real* dos años después. En 2014 incluso se estrenó una adaptación cinematográfica. Colton y su familia vinieron de gira a España a propósito del lanzamiento de su segundo libro. Decidí que aquella era mi oportunidad para entrevistarme con él y me puse de acuerdo con la editorial para ver qué podíamos hacer, pero acceder a Colton no era fácil y nuestras agendas no terminaban de casar. Al final, la jefa de prensa de la editorial me propuso participar en un encuentro digital organizado por una famosa librería, en el que diversos internautas tendrían la oportunidad de preguntarle lo que quisieran. La jefa de prensa me dijo que aprovecharía ese momento para hacerle llegar mi lista de preguntas. Como decimos en mi pueblo, a falta de pan, buenas son tortas, así que accedí, un poco a regañadientes, pero lo hice. De todos modos, tengo que decir que tampoco me habría ido mucho mejor si le hubiera entrevistado en persona, puesto que un compañero mío que

sí lo consiguió apenas tuvo un par de minutos con el muchacho. No le permitían más. Era comprensible: se trataba tan solo de un niño. Aun así, el dispositivo mediático era más digno de Justin Bieber que de otra cosa. Estaba claro que Colton Burpo era, en aquel momento, la gallina de los huevos de oro.

La ECM de Colton Burpo estaba llena de matices, fundamentalmente cristianos, pero siendo hijo de un pastor de la iglesia local y trabajando su madre en la parroquia, no podía ser de otra manera. El lugar en el que estuvo fue claramente definido como el «cielo», y los seres que allí le recibieron eran ángeles y el mismísimo Jesucristo en persona. Pero antes de llegar a ese punto, Colton había tenido que pasar por el filo de la cuchilla de la muerte. Los médicos no dieron muchas esperanzas a sus padres. De hecho, no respondía al tratamiento. Un apéndice perforado amenazaba con llevárselo al otro lado para siempre. Los padres de Colton, Sonja y Todd, cristianos devotos y fervorosos, llegaron incluso a ponerse realmente furiosos con su Dios cuando vieron que el pequeño se les iba de las manos, pero, al final, no les quedó otra y acabaron rezando empedernidamente. Era lo único que les quedaba. La buena noticia es que Colton no llegó a morir en ningún momento —según los informes médicos—, así que estuvo bajo los efectos de la anestesia general (algunos relatos de ECM no se producen durante una muerte clínica, sino bajo los efectos de la anestesia). Se recuperó, salió de aquella y vivió para contarlo: había estado en el cielo y conocido a Jesús, un tipo con barba y cabellos castaños y largos, de ojos hermosos, ataviado con ropas blancas cruzadas por una faja púrpura y que, además, conservaba las marcas rojas de la crucifixión. A medida que Colton contaba aquellas cosas, Todd se iba quedando cada vez más perplejo. Después, el niño le explicó a su padre que Jesús le había encomendado una tarea que hacer, como un profesor de colegio que manda hacer unos ejercicios: «Jesús me dio tarea para hacer, y eso fue lo que más me gustó del cielo. Había muchos niños, papá». La descripción de aquellos niños era totalmente angelical y cristiana, pues si había algo que los caracterizaba era que tenían alas. Ante las descripciones de Colton, Todd fue identificando a todos aquellos seres que poblaban el cielo en el que había estado su hijo con toda suerte de referencias bíblicas.

Colton les comentó a sus padres que había logrado sobrevivir gracias a sus oraciones, y que por eso Jesucristo le había dicho que debía regresar. También les explicó que en el cielo había visto a Pop —el abuelo de Todd— y a su hermanita, la que había muerto en la

barriga de su mamá. Aquello les sacudió de pies a cabeza. Era cierto que Sonja había tenido un doloroso aborto. Se lo habían explicado a Cassie, otra hermana de Colton, porque ya era más mayorcita y tenía edad para entenderlo, pero jamás se lo habían contado al niño. ¿Cómo podía saberlo? Su hijo dio más detalles: «En el cielo, esta niñita vino corriendo hacia mí y no dejaba de abrazarme». Sus padres le preguntaron por el nombre de aquella niña. Colton respondió: «No tiene nombre. No le pusisteis nombre». De nuevo, volvía a acertar. Aquello era tan emocionante como inexplicable.

Pasaban los días y Colton seguía dando información esporádica sobre su experiencia, con detalles relativos incluso a cómo era el trono de Dios, que Jesucristo estaba sentado a su lado, qué lugar ocupaba el arcángel Gabriel, etcétera, y diciendo cosas como «Dios y Jesús iluminan el cielo, nunca oscurece, siempre está claro», «nadie es viejo en el cielo ni nadie usa gafas», «los ángeles llevan espadas para mantener a Satanás alejado del cielo» o los que no llevan a Jesús en el corazón «no pueden ir al cielo». Cuando Todd y Sonja decidieron poner por escrito la aventura de su hijo, sugirieron veladamente que la religión cristiana era la triunfante y verdadera. Voy a ser sincera: el relato de la familia Burpo es un auténtico panfleto de proselitismo cristiano y, si leen sus libros, encontrarán una cita de la Biblia en cada página. Una de las últimas entrevistas que se le hizo a Colton en España tuvo lugar en 2013. El muchacho tenía ya trece años de edad y cada respuesta era prácticamente un aleluya. Decía cosas como que el arcángel Gabriel era un bromista, que el arcángel Miguel llevaba una gran espada en llamas, que Dios había elegido a su familia. De él mismo afirmaba que tenía aquí, en la tierra, la misión de divulgar la palabra, por así decirlo: hablar de Jesús con todo el mundo y conceder entrevistas. El complejo mesiánico que arrastra y sigue arrastrando este chaval es bestial. Sin embargo, no podemos negar su experiencia, ni la de ningún otro testimonio por la interpretación en clave cultural, religiosa o de acuerdo a su sistema de creencias, pues ninguna ECM está desprovista de ese envoltorio interpretativo: unos ven ángeles, otros ven extraterrestres, otros divinidades hindús, y así sucesivamente. Creo al cien por cien que Colton vio lo que dijo que vio, como creo en tantos otros casos que me han llegado de otros niños. Lo que sí puedo decir es que, en todos los años que llevo recogiendo testimonios de personas que han tenido una ECM, jamás me había encontrado con nadie que hubiera instrumentalizado la vivencia de una forma tan bestial, sacándole tanto rédito religioso. Tampoco sé si esa pesada carga es la que deberían soportar los hombros de un

niño, aunque él parece realmente cómodo con el papel.

En cuanto a las preguntas que lancé durante el encuentro digital (bastante inquisitivas, he de reconocerlo), creo que fueron más elocuentes las que decidieron no responder que aquellas a las que sí contestaron, aunque no me corresponde a mí juzgarlo.

“

Las preguntas que los Burpo respondieron... y las que no

YO. Colton, pasado el tiempo desde la operación que sufriste de pequeño, ¿recuerdas todavía nítidamente aquel episodio?

COLTON. Sí, recuerdo la mayor parte de mi experiencia.

YO. Los expertos y estudiosos de las ECM dicen que el «cielo» se presenta tal y como uno espera que sea. Para la mítica Kübler-Ross, eran sus amadas montañas suizas. Un musulmán tiene muchas posibilidades de ver a Mahoma, y Colton habla de Jesús y los ángeles, de los que seguramente había oído hablar a usted, su padre, que es predicador. ¿Es el cielo como uno espera que sea?

TODD. No estoy de acuerdo con el hecho de que el cielo se presente a la gente tal como se lo esperaba, por varias razones: Colton era demasiado joven para esperar nada en especial. Él no sabía que habíamos sufrido un aborto y, por tanto, no podía esperarse encontrar allí a su hermana. Y también mi abuelo, que murió cuando yo era muy joven, y Colton no podía esperarse encontrarlo, y tampoco reconocer unas fotografías de él tomadas en los años cuarenta, mucho antes de que naciera. En segundo lugar, muchos otros niños a los que Colton no conocía dieron los mismos detalles del cielo que dio mi hijo. Es imposible creer que tanta gente tan diferente pudiera esperar lo mismo. La única explicación es que fueron al mismo lugar, pero no tenían las mismas expectativas. Y en tercer lugar, Akiane Kramarik, la niña que pintó el retrato de Jesús, venía de una familia que nunca iba a la iglesia. Lo que dice sobre Jesús en el cielo contradice lo que podría esperar, siendo su madre atea y su padre agnóstico.

YO. No todas las personas que han tenido una ECM relatan el episodio como algo agradable, sino que lo viven como una auténtica pesadilla. Para todos ellos, cielo o infierno, la experiencia fue real y supuso un cambio radical en sus vidas. A su juicio, ¿estarían viendo lo más parecido al infierno en lugar del cielo? ¿Lo que uno ve en la ECM es un reflejo de lo que lleva dentro? Es decir, si uno vive atemorizado, con culpas, miedos, ¿tendrá una experiencia horrible? ¿O piensa usted que las personas que ven el infierno están siendo avisadas de lo que les puede venir en el Más Allá si no tienen una vida entregada a Dios?

TODD. Colton estuvo en el cielo, pero pudo ver el infierno desde el cielo. Jesús también le enseñó a Colton imágenes del diablo. Colton dijo que también vio como Jesús, en el futuro, mandaba al diablo y a sus seguidores al infierno. Sé que este es un pensamiento muy desagradable, pero es real. Jesús también le dijo a Colton que, si la gente escoge creer en él y seguirlo, entonces irá al cielo. Si el Jesús al que conoció Colton es el mismo Jesús que describe la Biblia, es lógico que le enseñe lo mismo que enseñe la Biblia. Las enseñanzas de Jesús en la Biblia se corresponden con lo que dijo Jesús a Colton en el cielo.

YO. Todd, en el libro usted habla claramente de cristianismo y las referencias a la Biblia con constantes. Básicamente, la historia está enmarcada en la fe cristiana. A su juicio, ¿es el cristianismo el único vehículo para llegar a Dios? ¿O se puede llegar a Dios mediante el judaísmo, el islamismo, el budismo, las religiones panteístas, etcétera?

SIN CONTESTAR

YO. Hay pasajes en sus libros en los que se leen unas palabras de Colton en las que

advierde, a raíz de un fallecido que no lleva a Jesús en el corazón, que este no irá al cielo, cosa que Todd relaciona más adelante con un pasaje de la Biblia en el que Jesús se proclama como la puerta del cielo. La cuestión es que la gente suele tomarse las cosas muy al pie de la letra, incluso la interpretación de la Biblia, y a mí me gustaría aclarar si esto debemos tomarlo al pie de la letra o no. En su opinión, y especialmente en la de Colton, con toda sinceridad, ya que parece tener información privilegiada, ¿va uno al cielo si en lugar de tener a Jesús en el corazón tiene a Mahoma o a una divinidad hindú?

SIN CONTESTAR

”

La niña que pasó tres días y tres noches perdida en la sierra

Algunos de los casos más famosos de «damas blancas» o «damas protectoras», en los que los niños perdidos en el bosque sobreviven gracias a los cuidados de una enigmática señora que cuida de ellos, según sus testimonios, quizá sean ECM en realidad. Tal podría ser el famoso caso de Antonia Tamayo Beteta, acaecido hace ya algunos años, que me propuse investigar personalmente con el fin de ahondar en los detalles de esta historia.

Sucedió una fría mañana de diciembre del año 1979, cuando el helaje del invierno se cebaba en la sierra albaceteña de su tierra natal, Arroyo Sujayal. Los padres de Antoñita se ahogaron en el pozo de la desesperación. ¿Dónde estaba la pequeña? Los aldeanos organizaron batidas de búsqueda, la Guardia Civil registró cada rincón y Saturnino, el padre de la niña, incluso anduvo buscándola descalzo por los montes, con las esparteñas al hombro, en señal de ofrenda y sacrificio. Tal vez así Dios se compadeciera de las llagas de su sufrimiento y le devolviera a su hija. Al segundo día de búsqueda infructuosa, nadie conservaba ya la esperanza. Si aparecía, había de ser muerta, porque aguantar la helada de la noche parecía cada vez más improbable, máxime cuando, al parecer, la niña apenas llevaba ropa. Las horas pasaban haciendo crecer la angustia. La Guardia Civil barruntaba que la habían asesinado y empezó a señalar a sus principales sospechosos; el mayor de todos ellos, el propio padre de Antonia, Saturnino Tamayo. Al tercer día, ocurrió el milagro: unos aldeanos la encontraron a tres montes de distancia. A pesar de que había pasado tres días y tres noches sin comer, ni beber, ni otro cobijo que el de un agujero que medio escarbó en la tierra, entre una sabina y un enebro, la niña parecía estar bien, como así lo certificó el personal médico del hospital al que la llevaron para hacerle los reconocimientos y exámenes pertinentes. Nadie se explicaba el prodigio de aquella aventura que había acabado con un final feliz,

pero lo más insólito de todo fue lo que la reaparecida contó a todos los que le preguntaron por la odisea de aquellos tres días. Según ella, el terror que había pasado se difuminó con la visita de una señora muy guapa y vestida de blanco, que la arropaba con su manto, infundiéndole paz y calor, y le daba de beber para que no pasara sed.

La historia era tan impactante y caló tan hondo en la sociedad española en general, y en la de Albacete en particular, que el hospital se llenó de gente, y las monjas organizaron una comida en la aldea, porque a pesar de que Antonia jamás hizo mención alguna a cualquier referente cristiano, muchos asumieron, o quisieron asumir, que aquella «señora guapa» que la había estado cuidando no podía ser otra más que la mismísima Virgen. Otros, como el padre de la niña, atribuyeron el milagro de la salvación a un ángel, tal y como lo expresó en su día en declaraciones a Televisión Española: «Dijo en la residencia que la tapaba una virgen con un manto blanco. Nosotros, yo por lo menos, creo que hubo un ángel con ella». Con ángel o sin él, lo cierto es que el personal sanitario que la atendió no salía de su asombro. El doctor Lázaro Fernández Viñado encontraba difícil explicar médicamente su estado, teniendo en cuenta que, como él mismo expresó, «una niña de esta edad necesita mucho más calor que una persona mayor». Los síntomas de deshidratación, por otra parte, eran mínimos.

Acudí a la pequeña aldea de Arroyo Sujayal con el fin de reconstruir esta historia plagada de interrogantes y recabar más datos sobre qué fue lo que realmente ocurrió durante aquellas tres noches en las que Antonia Tamayo estuvo perdida. No es fácil llegar hasta esta pequeña aldea de la Mancha profunda, situada en el corazón de la sierra de los Molares; tampoco ayudan mucho los sistemas de localización por satélite, pero como preguntando se llega a Roma, me detuve en los campos y aldeas de los alrededores para averiguar el camino que debía seguir. Así fue como conocí a Juana Fernández Lozano y a su marido Indalecio Novo Alarcón, quienes, nada más preguntarles por dónde podía llegar a Sujayal y quién podría darme pistas de la historia, trajeron a la memoria el suceso como si acabara de ocurrir ayer: «La chiquilla se fue detrás de su padre. Su padre se fue a hacer leña, porque entonces se salía a hacer leña con las bestias, y se perdió. Y estuvo perdida tres días», comentaba Indalecio. Su esposa, Juana, me contaba: «Se pensaban que la habían matado. Aquello fue muy sonado. El padre se colgó las esparteñas a la espalda para encontrar a la chiquilla». Se estaba refiriendo al hecho de que el progenitor de la pequeña

desaparecida, en un acto de desesperación, decidió andar descalzo por la sierra, a modo de sacrificio, mientras buscaba a su hija, para ofrendar así su sufrimiento a cambio de que Dios le devolviera a la niña. ¿Qué opinaban del hecho de que al final la encontraran sana y salva, después de pasar las noches al raso a unos ocho grados bajo cero? «Aquello fue un milagro, aparecer así la chiquilla», opinaba Indalecio. «Eso ya no lo sé yo —comentaba Juana—, ya estaría la Virgen con ella».

La prueba...

El color azul está presente en muchos de los relatos narrados por los protagonistas de ECM, EFC, encuentro o abducción extraterrestre, casos de damas blancas, etcétera. Muchos testimonios aseguran que la luz que irradian los seres con los que se encuentran tiene algún destello azul; en ocasiones, las damas blancas tienen un manto azul, motivo por el que, frecuentemente, se las ha identificado con imágenes marianas (la Purísima y otras imágenes virginales). Cuando le preguntaron a Colton Burpo cómo era el Espíritu Santo, al cual, presumiblemente, había visto durante su ECM, dijo que era «medio transparente, medio azul, y se nota su fuerza y su potencia». La dama blanca que cuidó a Trinidad Collado, una niña del pueblo conquense de El Picazo que se perdió el 31 de diciembre de 1943, durante toda la noche en que estuvo perdida fue descrita como «una mujer alta con un vestido azul». Y Antoñita Tamayo afirmó que la enigmática figura que la estuvo cuidando durante sus tres días y tres noches en la sierra era «una mujer alta que parecía tener un vestido azulado».

Mis recién conocidos amigos Juana e Indalecio me indicaron cómo llegar hasta Arroyo Sujayal. Allí me dirigí, con la esperanza de encontrar algún aldeano que recordara la historia o me pudiese ayudar a localizar a su protagonista. Al llegar, me di cuenta de que el lugar conservaba todavía intacta la impronta de la sierra y el mismo aire campesino que debió tener a finales de los años setenta. Con apenas unas decenas de habitantes y una economía sustentada en la agricultura y la ganadería, la pequeña localidad rebosaba vida y dinamismo, pero, sobre todo, gentes de suma simpatía y hospitalidad. La primera persona con la que me paré a hablar se llamaba Emilia. Recordaba bien la historia de la niña perdida, porque ella misma había participado en las labores de búsqueda: «Aquella noche salimos a buscarla todos los que éramos. Estuvo desaparecida tres días. Cuando apareció, estaba medio desnuda. Y ella decía que la Virgen se le presentó, y que le daba agua, le mojaba los labios y la tapaba con un manto. Quién sabe. Yo digo que tuvo que ser un milagro para que una criatura tan pequeña estuviera tantos días con el frío que hacía, sin que le pasara nada.

Un algo tuvo que haber, y más de la manera que iba, sin apenas ropa». Emilia me indicó por dónde se llegaba a la casa en la que Antonia vivía con su familia cuando era pequeña. Llevados por el sendero, me encontré con otro vecino, Manuel Sánchez. Grande fue mi sorpresa al descubrir, cuando me detuve a hablar con él, que fue el primero en llegar hasta la niña el día que la encontraron: «Yo fui uno de los primeros que llegué adonde estaba. Había un señor haciendo leña que dijo que la oyó llamar. Yo estaba en uno de los bancales. Así que subí adonde él estaba y desde allí la observamos. Salí y cogí camino con él, y el primero que llegué fui yo». Según Sánchez, la pequeña estaba medio enterrada entre una sabina y un enebro, con el rostro un poco demacrado. «Se asustó —continuaba relatando—, pero yo le dije que no tuviera miedo, que la íbamos a llevar con su madre. Se había pasado tres días y tres noches en pleno mes de diciembre, por Navidad. Por esas fechas, aquí hace un frío muy seco. Y no llevaba ropa ninguna, nada más que un trapico, unas sandalias y ya. Ni calcetines, ni bragas ni nada más. Yo creo que participó Dios o que la Virgen la acompañó, porque con aquella temperatura una persona mayor no lo habríamos aguantado, y por donde ella anduvo, todavía más difícil. El terreno que ella recorrió, si lo ves, no te lo crees. Habrías dicho que aquello era imposible».

De acuerdo con los protagonistas de aquella historia que vivieron la angustia de la búsqueda, si ya era insólito que la niña hubiera aparecido sana y salva con semejantes condiciones atmosféricas y sin agua, ni ningún alimento que echarse a la boca, más imposible les parecía teniendo en cuenta que no solo no llevaba prendas de abrigo, sino que apenas llevaba ropa. La mayor sorpresa, sin duda, fue encontrarla viva: «Todos pensaban que había muerto». Manuel Sánchez también hizo referencia al clima de tensión que se generó durante aquellos días de incertidumbre, cuando las fuerzas de seguridad empezaron a presionar: «La cosa se puso muy jodida. La Guardia Civil empezó a apretarnos; registraron las casas... Encima que estuvimos noche y día buscándola, e incluso acompañándoles, porque ellos no conocían los caminos». Y si la primera sorpresa fue encontrarla viva, la segunda sorpresa fue escuchar cómo había logrado aguantar aquellas noches: «Decía que una mujer la había tapado con su vestido», insistía Manuel.

La única persona con la que me quedaba por hablar era con la propia protagonista de esta historia. Antonia ya no era aquella que se perdió en el monte, y lo seguía siendo, al mismo tiempo, porque aquellas noches bajo las estrellas de la sierra albaceteña se grabaron en el rincón más profundo de su alma con tinta de miedo. Y es que

cuando la señora de cabellos largos y vestido blanco no estaba con ella para consolarla con su compañía, Antonia tenía que vérselas con la soledad de la montaña. Lo primero que me llamó la atención cuando la entrevisté, aparte del encanto que desprendía como persona, fue lo fresco que tenía el terror de sus recuerdos: «Oía a las zorras y los mochuelos y me ponía a llorar. Sentía miedo. Pasé miedo, mucho miedo. Horror». Tanto trauma le causó la experiencia, según me contaba, que desde entonces no había podido volver a pisar el campo, ni salir de casa por la noche. Sencillamente, era incapaz de enfrentarse a la oscuridad, o al espanto de oír los ruidos que emitían las alimañas nocturnas. Tampoco soportaba ver películas de miedo o leer libros de terror. Los miedos que pasó de pequeña durante aquellos días en los que estuvo perdida enraizaron fuerte en su alma, y se hicieron mayores con ella. De hecho, a la pregunta de qué era lo primero que le venía a la mente al recordar aquella historia, no dudaba en contestar: «Mucho miedo». Aquel pánico solo desaparecía cuando recibía la visita de una señora vestida de blanco: «Me producía una sensación de paz. No tenía miedo cuando estaba con ella».

Otra de las cosas a las que Antonia dio más importancia fue a la sesión de hipnosis clínica a la que fue sometida cuando Iker Jiménez la llevó al programa *Cuarto Milenio*. Allí, el psicólogo transpersonal Fernando Martínez la indujo a un estado de conciencia en el que Antonia pudo revivir la experiencia con todo lujo de detalles y de forma muy vívida. «La regresión me ayudó mucho —me confesaba—, marcó un antes y un después en mi vida. Me veía como iba vestida y todo». Efectivamente, aquella experiencia a la que ella se refería como «regresión» la ayudó a superar algunos miedos y a resolver ciertas incógnitas que se habían quedado ancladas en la parte trasera de su memoria sin poder salir a flote. Así, mediante esta terapia, fue capaz de recordar que aquella señora de blanco era una «luz grande, cálida», que le gustaba y la hacía sentir bien. Cuando veía aquella luz, no sentía frío. La hacía sentir protegida. Lo revivió todo con la misma carga emocional. De hecho, Antonia temblaba y convulsionaba en el diván mientras revivía la experiencia, guiada por el terapeuta Fernando Martínez. Solo cuando la dama de luz se acercaba, su cuerpo se libraba de los temblores: «Se acerca otra vez la luz. Es una señora que está ahí con manto azul. Me dice que no tenga miedo. Me coge. Es muy bonita. Tiene la cara blanca. Es muy suave. Su mano es muy suave. Me dice que no tenga miedo. Me acaricia la cara, me pregunta si tengo frío, me tapa con su manto. Me pregunta

si tengo sed, me da agua». De esta guisa se expresaba Antonia Tamayo en plena sesión de hipnosis clínica emitida el 19 de septiembre de 2007, en el programa 82 de *Cuarto Milenio*, perteneciente a su tercera temporada. La experiencia sirvió, entre otras cosas, para arrojar luz sobre algunos detalles. El primero fue que la niña realmente vivió aquella experiencia. El segundo, que la blancura de aquel ser obedecía más bien a que era descrito como un ser de luz. Y el tercero, la capa o manto de color azul, un dato bastante relevante y común en los relatos de damas blancas y ECM.

La hipótesis que Fernando Martínez ofreció tras realizarle a Antonia aquella sesión terapéutica fue que esta había vivido una ECM, debido a las condiciones extremas de hambre y frío que la niña había padecido, y tengo que decir que estoy bastante de acuerdo con esa posibilidad. Es aquí donde las fronteras de la interpretación y la casuística se tocan en líneas tangenciales: apariciones de la Virgen, ángeles guardianes, encuentros y abducciones extraterrestres, damas blancas, espíritus de seres fallecidos, figuras folclóricas, etcétera. Todo tiene cabida en el imaginario popular de las gentes. ¿Estaremos hablando todos de lo mismo, pero con diferentes idiomas culturales? Es posible.

Las damas blancas en España

A modo de curiosidad, les diré que algunos casos de niñas perdidas tienen bastantes cosas en común con los casos de supuestas abducciones extraterrestres. De hecho, el caso de Trinidad Collado, la niña perdida de El Picazo (Cuenca), podría entrar en esta casuística, según los expertos en ufología. Los extraterrestres nórdicos de las Pléyades, también conocidos por los expertos como «Hermanos del Espacio», son descritos como seres altos, de cabellos largos y rubios, piel clara o translúcida, mirada oblicua de ojos azules y extraordinariamente bellos. ¿Damas blancas? ¿Ángeles guardianes? La doctora Elisabeth Kübler-Ross y otros expertos en relatos de ECM afirman que los niños, cuando no tienen ningún referente de familiares fallecidos que pueda acompañarlos en momentos de agonía o venir a buscarlos en el momento de su muerte, ven a unos seres bellísimos y luminosos, de aspecto angelical, que actúan como sus ángeles de la guarda. En España se conocen otros casos de damas blancas. He seleccionado dos de ellos, convencida de la apreciable riqueza de estos acontecimientos que jamás deberíamos dejar de documentar.

La dama del delantal (Rojales, Alicante)

El 18 de enero de 1896, la niña Encarnación Hernández se perdió. La encontraron en un lugar alejado, el Barranco del Búho, y a pesar de la helada y el frío de la época, la joven aseguró que no había tenido frío porque una señora la había estado tapando con su delantal por la noche.

La niña de las peras (Tenerife)

No se sabe muy bien si la historia de la niña de las peras pertenece al mundo de la leyenda o si realmente llegó a pasar, pero cuentan que, a finales del siglo XIX, unos padres enviaron a su pequeña a buscar fruta en un paraje cercano conocido como el Barranco de Badajoz. La niña se perdió, y a pesar de que sus padres la buscaron sin descanso, no lograron encontrarla. Algunas décadas más tarde, la niña regresó al hogar, ante el gesto atónito de sus padres, pues seguía teniendo el mismo aspecto que presentaba el día de la desaparición. ¡No había crecido! Y es que, de hecho, para ella no habían pasado más que unos minutos. Contó que se había quedado dormida junto a un peral, donde la despertó un ser muy alto vestido de blanco, que la llevó consigo al interior de una cueva por la que descendieron por unas escaleras hasta un lugar idílico, un jardín en el que había otros seres blancos como aquel. Tras charlar unos minutos con ellos, su inmaculado acompañante la llevó de regreso a la entrada de la cueva y se despidió de ella. Para la niña de las peras habían pasado tan solo unos minutos. Para sus padres y el resto del mundo, habían pasado ya más de veinte años.

**EXPEDIENTE X. ENCUENTROS EN LA TERCERA FASE:
ALIENÍGENAS EN EL MÁS ALLÁ Y EL MÁS ACÁ**

¿Habrían imaginado alguna vez que en la antesala de la muerte hay alienígenas dispuestos a acompañarnos en nuestro tránsito mortuorio? ¿O que el Más Allá es, en realidad, una colonia de extraterrestres y naves espaciales? ¿Y si los antiguos dioses fueran una raza alienígena? Muchas de las personas que han sufrido una ECM regresan a la vida con una visión del otro lado muy distinta.

Conocí a Dimitre S. Assenov a través de la revista de divulgación científica que dirijo, *Spectrum Magazine*, en la cual colaboró con un artículo. Afincado en Salt Lake City, en el estado de Utah (Estados Unidos), este ingeniero búlgaro en Geología e Hidrogeología realizó estudios doctorales de Ingeniería Nuclear y Medioambiental, y acumula grandes conocimientos de ingeniería y física nuclear. Además, tiene un máster y pronto obtendrá su merecido título de doctor (Ph.D.). Una de las cosas que más le interesan es la desaceleración de partículas. Terriblemente preocupado por el impacto medioambiental de las energías nucleares, Assenov se encuentra muy comprometido con la búsqueda de soluciones al respecto. Fue él quien diseñó y patentó la tecnología Nano Flex HLW, un medio seguro para reciclar y deshacerse permanentemente, y de forma mucho más barata, de todos los residuos nucleares de alto nivel tóxico. Para que se hagan una idea del potencial que Dimitre tiene en sus manos, les diré que su tecnología puede convertir todos los residuos del desastre nuclear de Fukushima en feldespatos y dejar totalmente limpias las áreas de cultivo, porque eso es lo que hace su Nano Flex HLW, convertir los residuos tóxicos (de varios tipos) en feldespato (piedras de lo más común en nuestro planeta). Honestamente, conozco pocos hombres tan inteligentes como él. Se estarán preguntando a santo de qué les estoy contando todo esto. La razón es sencilla: según me confesó Assenov, estos y otros descubrimientos forman parte de una misión que los extraterrestres le encomendaron. Y todo por culpa de una ECM.

El hombre que tuvo una ECM extraterrestre y otros relatos

Todo empezó en 1967, el día en el que Assenov tuvo una ECM que cambiaría su vida para siempre. El joven, de diecisiete años, tenía el oído dañado y tomaba un medicamento llamado Torecan. Assenov ingresó en el hospital con síntomas de rigidez y dificultad para respirar, hasta que perdió el conocimiento y se sintió morir. En un primer momento, salió de su cuerpo y fue capaz de contemplarse a sí mismo yaciendo sobre la cama del hospital. El médico le decía a su padre que Dimitre se estaba muriendo, y que no podían hacer nada para salvarle, porque no sabían lo que le estaba pasando y los

exámenes médicos a los que le habían sometido no arrojaban ninguna luz. En un momento dado, una enfermera le dijo al médico: «Dele un belonal [atropina, un compuesto a base de belladona] a la pobre criatura para que por lo menos tenga una muerte decente». Fue lo último que Assenov alcanzó a oír. Estaba flotando a ras de techo, observándose tirado en la cama, viendo llorar a su padre mientras su amigo, el médico y la enfermera lo observaban, pero no oía nada. No sentía su cuerpo, ni se sentía conectado a él. Solo tenía sensación de tranquilidad. Notó que el aire estaba como electrificado y vio unos pequeños destellos luminosos. Después, todo cambió drásticamente. Entró en un túnel oscuro con una especie de fuerza centrífuga y rotatoria. Le dio la impresión de que en el interior de aquel túnel había una especie de anillos a través de los cuales volaba. Se dio cuenta de que podía ver a través de las paredes de aquel túnel, de que podía ver el espacio, pero también era un lugar oscuro. A medida que su tránsito por aquel túnel se aceleraba, vislumbró a lo lejos, frente a él, un punto muy brillante. Inmediatamente, vio pasajes de su vida que se sucedían cada vez más deprisa, a medida que se iba acercando al momento de sus diecisiete años. Al terminar el último de aquellos pasajes de su vida, saltó desde el túnel hacia un espacio de luz brillante, blanca y fluorescente. «Aquel espacio era tan brillante y relajante. La luz era tan brillante y electrizante que podía ver como destellos de pequeñas partículas rotando lentamente. Yo iba volando lentamente a través de esta luz, como un banco de niebla pudiera hacerlo a tu alrededor», recordaba Assenov. Fue entonces cuando vio aquel ser que se presentó ante él vestido de blanco: «Apareció de la nada ante mí, era un anciano ataviado con un vestido largo. Ofrecía un aspecto húmedo, sin líneas definidas en el rostro, como si fuera una holografía. Empezó a hablarme, aunque yo no podía oír su voz, pero todo lo que decía resonaba dentro de mi cerebro como un eco. Estuvimos hablando durante mucho rato y, al final, me dijo que no podía quedarme más tiempo allí, que tenía una misión que cumplir y que debía volver. En aquel momento no me dijo en qué consistía la misión, pero me comunicó que me lo harían saber llegado el momento, con todo lujo de detalles. Entonces sabría todo lo que necesitaría saber. Fue desapareciendo lentamente en la luz brillante. Traté de preguntarle, pero él me interrumpió diciéndome que sabría todas las respuestas cuando llegase el momento».

Assenov se quedó a solas en aquel espacio de luz, tratando de investigar todo lo que había a su alrededor, la naturaleza de aquel resplandor, etcétera. Su empeño en querer ver más cosas, pues

aquello era en lo que su mente se había centrado, se vio saciado con la aparición de una pequeña ventana que se abrió ante él, a través de la cual era capaz de ver en una dimensión diferente que a duras penas era capaz de explicarme, aunque sí me dijo que era parecido a estar dentro de un hexágono: «Y allí era como verlo todo bajo la lente de un supermicroscopio, todo tenía dimensiones más amplias y detalladas, diferentes estructuras de movimiento que no lograba comprender. Varias décadas después, volví a verlas en sueños». Al cabo de un rato, aquella ventana se cerró y fue absorbido de regreso por el túnel. Los efectos secundarios de aquella hazaña fueron varios. En primer lugar, y después de aquello, Assenov fue capaz de abrir la ventana a voluntad y asomarse a ver cualquier cosa que quisiera. Después esa ventana desapareció y fue reemplazada por una habilidad insólita: «Podía ver a través de la ropa de la gente, incluso a través de su cuerpo. Si había algún área del organismo que no funcionaba bien, la veía de color marrón brillante y con una textura esponjosa [...]. No tardé en perder el interés en leer libros, porque, tras las diez primeras páginas, ya sabía cómo seguía la historia y cómo acababa, de forma inexplicable, como si ya lo hubiera leído antes. Con frecuencia era capaz de predecir lo que los demás iban a decirme, qué pensaban o cuáles eran sus intenciones. Esto me parecía tan fascinante que disfrutaba secretamente jugando con esta habilidad. Otro de los cambios que acusé es que empecé a tener sueños en los que predecía qué iba a pasar, en muchos casos con varios días de antelación. Los sueños, además, se convirtieron en una gran fuente de conocimiento. Veía dibujos, explicaciones, formas de hacer las cosas. Fui capaz de anticipar la muerte de mi madre. Mi comportamiento se tornó analítico, como si no existiera, calmado y frío, nada me sorprendía».

La prueba...

La escritora mexicana Lucy Aspra lleva años asomándose al mundo del esoterismo angélico. En su libro *Batalla cósmica* (2007), comentó que ese túnel-tubo que describen las personas que sufren una ECM tiene mucha similitud con aquel descrito por los abducidos por extraterrestres: «Algunos investigadores sugieren también la posibilidad de que el túnel que reportan las personas que han tenido ECM es un conducto que conecta el mundo físico con otras dimensiones, a las que se accede al dejar el plano material —ya sea por ECM, viajes astrales, vivencias como las que manifiestan algunos abducidos por extraterrestres, o consumo de drogas. Es un camino que de manera forzosa —consciente o inconscientemente— se debe transitar para entrar a otra dimensión, o si se procede de allí, debe ser recorrido para acceder a nuestro espacio».

Assenov me dijo que había estado hablando sobre muchas cosas y durante un buen rato con ese ser que iba vestido de blanco, y aquí es donde entramos en el meollo de la cuestión, en las cosas que le dijo y en lo que pasó después: «El hombre de blanco me contó en detalle que la tierra ya había sido visitada cuatro veces con anterioridad. La razón: un experimento transicional, a grandes rasgos. La raza humana fue implantada. No viene de los monos. Esas cuatro veces correspondían con cuatro razas. La quinta fue a partir de una mutación. Esta visita se correspondería con el final del año solar, cuando todos los objetos del sistema solar se reúnen a un lado del Sol. También se correspondería con la reubicación del sistema solar en el brazo galáctico. [...] Actualmente estamos casi al final del último ciclo. Queda un 5,5 % para que termine de transcurrir». Cuando este ingeniero me contó todo aquello de las cuatro razas anteriores a la nuestra, enseguida me acordé de la famosa teósofa Madame Blavatsky (1831-1888), una masona cofundadora de la Sociedad Teosófica y su más grande divulgadora. Blavatsky defendía en su libro *La doctrina secreta* una antehumanidad con bastantes puntos en común con las antiguas leyendas arias. Hablaba de cuatro razas anteriores a la nuestra. La quinta raza sería la que se originó en la Atlántida. Lamentablemente, estas historias tuvieron mal calado en las mentes nazis. También los mayas, aztecas y otros pueblos mesoamericanos creían que habían existido otros mundos o soles anteriores a este, cada uno identificado con una determinada raza de humanos.

Posteriormente, Assenov entró de lleno en materia extraterrestre: «Los alienígenas vinieron a la tierra e implantaron el embrión humano. Una vez que empezó a reproducirse, dejaron que el proceso siguiera su curso. Esperaban que la esperanza de vida fuera mayor, pero no fue así. Al principio los alienígenas dejaron a algunos de los suyos al cargo de la misión. La esperanza de vida era tan corta que casi se abocó a la extinción. Fue necesaria una extensión genética. Se mezclaron con las hembras humanas para reproducirse, pero tampoco hubo mucha suerte y, a los 43.200 años más o menos, también se extinguieron. El siguiente paso fue programar a algunos humanos mediante un complicado proceso de abducción. Muchos de estos casos se encontraban en el grupo de ECM. Estos humanos fueron programados y “soltados” discretamente como miembros de un clan de supervivencia. En la actualidad, no llegan a un cinco por ciento del total de la población mundial, pero este número ya es capaz de gobernar el mundo llegado el momento [...]. Los alienígenas que hay entre nosotros

trabajan para establecer un contexto de orden antes de que llegue el momento del contacto, con el fin de evitar el pánico y los altercados que tuvieron lugar en visitas anteriores. Trabajan diligentemente para implicar suficientes mutantes en el sistema a través de las ECM con el fin de establecer el citado orden».

Tras estas confesiones, el ingeniero me desveló la naturaleza de aquella misión que el «hombre de blanco» que se encontró durante su ECM le dijo que sabría a su debido tiempo: «Hasta este momento he recibido dos instrucciones. La primera fue mudarme a vivir a Salt Lake City para formar parte de un grupo de contactados — Assenov guardó el nombre de este grupo en el anonimato—. La segunda instrucción que recibí fue que me dedicara a desarrollar la tecnología para reciclar los residuos tóxicos. Para hacerlo, recibí información en sueños: detalles, dibujos, explicaciones teóricas, etcétera. Así lo hice. Y en la actualidad estoy a la espera de nuevas instrucciones, aunque no dejo de recibir información cada noche».

El relato sobre los planes de los alienígenas para la humanidad que este ingeniero me desveló casi me produjo pavor. Lo primero que hice fue ponerme en contacto con la IANDS, entidad de la que soy miembro, y sentarme a revisar su archivo de testimonios cuidadosamente. Y lo segundo, consultar el archivo de la Fundación para la Investigación de Experiencias Cercanas a la Muerte (NDERF, por sus siglas en inglés), con la que mantengo un contacto constante desde hace años. Me llevó muchísimo tiempo descubrir otras narrativas cósmicas relacionadas directamente con alienígenas, pero el esfuerzo tuvo su recompensa, pues encontré muchísimos más casos de los que esperaba.

“

Una ECM con alienígenas y naves espaciales. Relato anónimo de una mujer que tuvo una ECM a causa de un intento de suicidio. Archivo de la IANDS

[...] Recuerdo que me precipité a través de un túnel negro y, a medida que iba acelerando, escuchaba voces. Yo esperaba mi turno ante la luz. De alguna manera, se me hizo saber que no era mi hora. Yo me quejé, y entonces me sacaron del final de la cola y me hicieron una visita guiada por la ciudad de la luz. Había una biblioteca llena de una apabullante cantidad de libros. Me mostraron un río que parecía de cristal. También me mostraron una inmensa puerta con símbolos, y recuerdo que identifiqué uno de ellos, aunque ahora mismo no podría decir cuál era. También tuve una visión panorámica de mi vida. Y recuerdo que estuve con alienígenas en una nave espacial [...].

”

“

¿Ángeles o extraterrestres? ECM de Jacqui C. (Estados Unidos). Archivo de la NDERF

[...] Hiperventilé y dejé de respirar. Sentí como si unos extraterrestres me alejaron de la tierra en dirección a la luz, que era como un túnel, pero a lo mejor eran ángeles guardianes. Sentí mucho amor y belleza. Fue una sensación de paz. No quería que se acabara. Me dieron a elegir: volver por el túnel y vivir o seguir adelante a través de este túnel. Entré en una especie de tratos de negociación porque quería saber qué pasaría con mi madre, mi marido y mis seres queridos si yo decidía morir, y entonces vi mi futuro, un futuro que todavía no había vivido, me vi teniendo hijos y haciendo todas las cosas que todavía me quedaban por hacer. Me di cuenta de que todavía no era mi hora. Me acuerdo de que estaba pensando en cómo vivíamos en la tierra, y cómo éramos los humanos, y cómo era nuestra existencia en el planeta, pero lo estaba pensando desde un nivel superior. Sentí que debía volver [...] y empecé a respirar de regreso a la tierra [...].

”

“

El espacio sideral. ECM de Curtis P. (Estados Unidos). Archivo de la NDERF

Una tarde, iba conduciendo mi Harley de camino a casa a sesenta millas por hora cuando un viejo Buick se saltó un stop. Apenas tuve tiempo de tocar los frenos [...]. Me ingresaron en la UCI y me sometieron a una operación de cuerpo y cerebro que duró ocho horas, seguidos por siete días de coma, en los que mis amigos y familiares no se separaron de mí en un solo momento. No sabía nada de esto, porque no me acuerdo de nada de lo que pasó tras el impacto, pues yo estaba flotando en el espacio exterior y veía la tierra abajo. Yo diría que estaba a unos seiscientos o mil kilómetros por encima de la tierra. Una cosa de la que no me di cuenta, pero en la que pienso mucho ahora, es que no había estrellas. O sea, la tierra estaba allí, y lo demás era todo oscuridad [...]. Yo seguía flotando hasta que observé que algo se me iba acercando y, al aproximarse más, vi que se trataba de una puerta como la de esa serie, *The Twilight Zone* [conocida en España como *Dimensión Desconocida*]. Cuando estuvo frente a mí, llamé a la puerta y, al abrirse, vi una luz pura y brillante saliendo a borbotones. Me moría de ganas de entrar, lo deseaba con todas mis fuerzas, como nunca he deseado nada en mi vida. Era como un sentimiento de volver a casa.

”

“

Dios es extraterrestre. ECM de Lynne H. a consecuencia de un parto. Archivo de la NDERF

[Una mujer explica que su sensación al volver a la vida fue de tristeza, especialmente porque nadie creía en su relato de ECM.] Quise volver con aquellos ángeles, o extraterrestres, lo que fueran. [...] Creo en los ángeles, los extraterrestres y otras dimensiones. [...] [Al responder el cuestionario de la NDERF, y ante la pregunta de si durante su experiencia adquirió algún conocimiento especial de orden

universal o personal, o relacionado con alguna misión, Lynne respondió:] Sí, supe cómo funcionaba el universo, que Dios es probablemente extraterrestre, que la negatividad solo es cosa del cuerpo y que, fuera de él, solo eres amor del más puro [...].

”

¿Forma este libro parte de unos supuestos planes extraterrestres? Al fin y al cabo, según Assenov, los alienígenas utilizan las ECM para programar a algunos humanos con el fin de divulgar ciertos mensajes y llevar a cabo sus planes. No lo sé, y si me parase a pensarlo mucho, creo que me volvería loca. Y ustedes, ¿qué piensan?

Agujeros negros y de gusano: los túneles de la muerte

La tanatóloga holandesa Maureen Venselaar llevó a cabo recientemente un estudio sobre ECM desde puntos de vista poco explorados y francamente innovadores. En un libro publicado en 2011, la doctora Venselaar menciona, tras examinar los casos de setenta y ocho personas, hasta diez características con las que poder abordar las ECM. Entre ellas destacan la sensación de viajar más rápido que la luz, sentirse atrapado por una fuerza magnética, atravesar un vórtice u observar la Tierra y otros cuerpos celestes desde el espacio exterior. Venselaar se inclina por una teoría cosmológica. Ella opina que, en situaciones de peligro y angustia, los fotones liberados por las células actúan como transportadores físicos de la mente o «consciencia», que parece abandonar el cuerpo. A partir de aquí, su argumento se centra en la idea de que los elementos más comunes de una ECM, por ejemplo el viaje a través del túnel, encontrarían una explicación en conceptos astronómicos como los agujeros negros y los de gusano.

EXPERIENCIAS CERCANAS A LA MUERTE COMPARTIDAS

Las ECM compartidas siempre han existido, y aunque eran menos conocidas que las tradicionales ECM, no resultan menos sugerentes. Las viven familiares y personal sanitario que comparten lo que está viendo el moribundo antes de dejarse ir, las sensaciones y percepciones que impregnan el entorno, los espíritus de familiares que se despiden y otra serie de fenómenos, algunos de ellos tan estremecedores como bellos.

Siempre que escucho un relato de alguien que ha vivido una ECM, me quedo pensando en lo maravilloso que debe ser pasar por una experiencia tan trascendental, tanto como para transformar los valores y convicciones de los individuos, que en ocasiones incluso cambian radicalmente de vida y se orientan a una existencia con sentido de propósito. Pues bien, hay personas que, sin necesidad de casi morir, logran experimentar esa misma vivencia gracias a una suerte de conexión telepática con el moribundo que la está viviendo en ese preciso momento.

¿Qué pasa cuando dos personas tienen una ECM compartida?

El célebre médico e investigador estadounidense Raymond Moody fue quien tipificó y popularizó, a partir de su libro *Destellos de eternidad* (2010), las ECM compartidas. Gracias a él, este tipo de fenómenos abrió un campo muy novedoso en el ámbito de los estudios relacionados con las ECM. Básicamente, se trata de experiencias en las que un familiar, cuidador o ser querido comparte la ECM del moribundo junto al que se encuentra. Es decir, una hija que está cuidando a su madre agonizante en la habitación de un hospital puede vivir un fenómeno sobrenatural y telepático, en el que siente cómo la realidad cambia (las dimensiones físicas de la habitación del hospital cambian, las formas se transforman, el lugar se llena de luz), ve lo mismo que está viendo la persona que en ese momento está teniendo la ECM (revisión panorámica de su vida, seres fallecidos que vienen a buscarla, etcétera), siente lo mismo (oye la tan famosa música celestial, por ejemplo) e incluso viaja momentáneamente a esa dimensión que solemos conocer como el Más Allá, a la que viaja su familiar en el momento de fallecer.

El siguiente caso fue documentado por el pediatra Melvin L. Morse, conocido investigador de las ECM, en su libro *Parting visions* (1994), publicado en español dos años después con el título *Últimas visiones*. Karl Skala (1924-2006) era un poeta austríaco que empezó a escribir en Rusia durante la Segunda Guerra Mundial: «[Skala] y su mejor amigo estaban refugiados en una trinchera durante un bombardeo de la artillería. Las granadas caían cada vez más cerca, hasta que una de ellas mató al amigo de Skala, haciéndole saltar

por los aires y aterrizando en sus brazos. Supo que había muerto. Entonces, ocurrió algo raro. Se sintió como arrastrado hacia arriba junto a su amigo, por encima de sus cuerpos, elevándose sobre el campo de batalla. Skala pudo verse ahí abajo a sí mismo sujetando a su compañero. Entonces miró hacia arriba y vio una luz brillante, hacia la cual se fue acercando junto a su amigo. De repente, se detuvo y volvió a su cuerpo. [...]». Al parecer, la experiencia le marcó tanto que Skala escribió un poema sobre ello, cuyo verso final decía: «La muerte es un despertar».

Otro de los casos más famosos recogidos por Morse es el de Olga Gerhardt, de San Diego, California. Ocurrió en 1988, cuando un virus atacó su corazón, dejándola tan débil que su única esperanza de sobrevivir dependía de un trasplante, así que la pusieron en la lista de espera. Un año después, la llamaron para decirle que habían encontrado un donante para ella. Olga y su marido se marcharon rápidamente al hospital, mientras sus hijos telefoneaban a otros familiares para comunicarles la noticia. La cadena de avisos se expandió como la pólvora y en cuestión de horas la habitación del hospital se llenó de familiares. El único que no pudo acudir fue su yerno, quien tenía auténtica fobia a los hospitales. Llegó el momento de la operación, pero se presentaron complicaciones y fueron necesarias varias horas para que su corazón volviera a latir. Sin embargo, sus familiares dormitaban en la sala de espera, ajenos a estas complicaciones. Hacia las seis de la mañana, los médicos le dijeron a la familia que la operación de Olga había sido un éxito, pero por poco, puesto que su corazón había fallado en algún momento. La hija de Olga corrió a telefonear a su marido para darle las buenas noticias, pero su respuesta la dejó atónita: «Sé que está bien. Ya me lo ha dicho ella». Por lo visto, el yerno de Olga se había despertado sobre las tres de la mañana y había visto a su suegra a los pies de su cama. La visión era tan real que llegó a pensar que realmente estaba allí y, por un momento, creyó que no había ido al hospital a operarse. Fue por eso que le preguntó cómo se encontraba, y ella le dijo: «Estoy bien. Voy a estar bien. No hay nada de qué preocuparse». Y desapareció. Lo más impactante vino después, cuando los familiares entraron en la habitación para ver a Olga y esta les dijo que había tenido un sueño muy extraño, en el que había salido fuera de su cuerpo y había visto a los médicos trabajando y a sus familiares en la sala de espera, pero como se sentía tan frustrada ante la imposibilidad de poder comunicarse con ellos, decidió viajar a casa de su hija y conectar con su yerno. Olga les aseguró que estaba totalmente convencida de que había estado

allí, a los pies de su cama, diciéndole que todo iba a salir bien.

Los archivos de Burgess, Barret y Osis

En 1908, el doctor O. O. Burgess escribió, en el mítico *Journal of the Society for Psychical Research*, un artículo titulado «Hallucinations experienced in connection with dying persons» en el que expuso algunos casos que hoy podríamos incluir fácilmente entre las ECM compartidas, pero que en aquellos años eran llamados simplemente «alucinaciones», eso sí, muy extrañas. El primero hace referencia al caso de un hombre (cuyo nombre no se difundió) que, en 1902, durante las cinco horas previas a la muerte de su esposa, estuvo observando a unas figuras neblinosas y brillantes, algunas de ellas lo bastante definidas como para adivinar su sexo y de qué forma iban vestidas, que se agruparon alrededor de la moribunda.

“

Caso 1. Archivo de O. O. Burgess

No sé si fue locura o un regalo de clarividencia lo que yo vi durante las cinco horas previas al fallecimiento de mi esposa, [...] una duda que pienso que jamás podré llegar a satisfacer. Antes de contarles la historia, y para beneficio de cualquiera que pueda leer estas líneas, debo declarar que no soy adicto al alcohol, la cocaína o la morfina, siendo prácticamente abstemio; tampoco tengo tendencias nerviosas o imaginativas. Tengo un carácter más bien frío, calmado y reflexivo, y soy absolutamente escéptico en lo que a materializaciones espirituales se refiere, o a la existencia de cuerpos espirituales visibles a ojos mortales; y me declaro incluso hostil ante tales teorías. Como bien saben mis amigos, mi esposa murió a las 23:45 el pasado viernes 23 de mayo de 1902; aquel día, a partir de las 16:00, empecé a aceptar que su muerte era cuestión de horas. No me separaba de su lado. Junto a nosotros, se encontraban algunos de sus más íntimos amigos, el médico y dos enfermeras. Yo estaba junto al lecho sujetando la mano derecha de mi esposa. Nuestros amigos estaban repartidos en grupos por la habitación, algunos de ellos sentados, otros de pie, sin mediar palabra, atentos a la respiración dificultosa de mi esposa, aguardando su deceso, ese deceso que indicaría que su alma ya había abandonado su cuerpo. Las horas pasaron sin que hubiera ningún cambio. La sirvienta anunció la cena. Nadie se animó a participar en el refrigerio ofrecido. Pasadas las 18:00 urgí a nuestros amigos, el médico y las enfermeras a que cenaran algo, puesto que la vigilia podría alargarse demasiado como para pasarla sin comida. Todos, excepto dos, abandonaron la habitación obedeciendo a mi requerimiento. Quince minutos después, a las 18:45 más o menos (la razón por la que estoy tan seguro de la hora es porque tenía un reloj a la vista), miré hacia la puerta y vi tres nubes separadas entre sí flotando a través del umbral. [...] Mi primer pensamiento fue que algunos de nuestros amigos (y debo pedir su perdón por esto) estaban fumando fuera de la habitación, justo delante de la puerta, y que aquel humo provenía de sus cigarrillos, entrando en la habitación. Con esta idea en la cabeza, me levanté para reprenderles, cuando, ¡oh!, descubrí que no había nadie ni en el pasillo ni en las habitaciones contiguas. Vencido por la sorpresa, me fijé en las nubes; y lentamente, pero con firmeza, se fueron acercando a la cama de mi esposa

hasta cubrirla por completo. Entonces, vislumbrando a través de esa niebla, contemplé la figura de una mujer junto a la cabeza de mi moribunda esposa [...]. Era transparente, pero con un lustre del oro más brillante; una figura tan gloriosa en su apariencia que no hay palabras para describirla. Iba vestida con ropajes griegos, con mangas largas, sueltas y fluidas, y llevaba una corona brillante ciñéndole la cabeza. En medio de todo su esplendor y belleza, la figura permaneció inmóvil, con las manos levantadas sobre mi esposa, pareciendo expresar una bienvenida con un semblante de alegría silenciosa, con una dignidad de calma y paz. Las dos figuras de blanco se arrodillaron a ambos lados de mi esposa, inclinadas ante ella; otras figuras se cernieron sobre la cama, más o menos definidas. Sobre ella flotaba en posición horizontal lo que yo diría que era como su cuerpo astral, desnudo, blanquecino, flotando, conectado por un cordón [...]. Esta visión, o como quiera que se llame, la estuve viendo de forma continua durante las cinco horas previas a la muerte de mi esposa. Ni las interrupciones, como las charlas con amigos, cerrar los ojos o sacudir la cabeza, lograron desvanecerla. [...] Durante todo ese tiempo, tuve una sensación de opresión, de peso sobre mi cabeza y mis miembros; mis ojos eran pesados, como si tuviera mucho sueño, y las sensaciones eran tan particulares y la visión tan vívida y continua que creí que me había vuelto loco, y, de vez en cuando, le decía al médico que estaba al cargo: "Doctor, creo que me estoy volviendo loco". Llegó el momento final; con un jadeo, la figura astral pareció esforzarse; mi esposa dejó de respirar; estaba muerta, aparentemente; sin embargo, durante unos segundos, volvió a respirar, dos veces, y luego nada. Con su último suspiro y su último jadeo, conforme el alma dejó el cuerpo, el cordón se cortó de repente y la figura astral se desvaneció. Las nubes y las formas espirituales desaparecieron instantáneamente, y, aunque suene raro decirlo, toda la opresión que sentía se esfumó; volvía a ser yo, frío, calmado, reflexivo [...]. Dejo a juicio de los que lean esto determinar si fue objeto de una alucinación causada por la ansiedad, la pena y la fatiga, o si acaso fue un destello de un mundo espiritual de belleza, felicidad, calma y paz que mis ojos mortales tuvieron la fortuna de ver.

”

El segundo caso hace referencia a una aparición similar, aunque la sombra era menos definida, presenciada por una enfermera llamada V. Z., que estaba cuidando a una paciente en su lecho de muerte en el hospital. Ocurrió el 1 de noviembre de 1905 (día de Todos los Santos, para más inri). Antes de aquello, la enfermera ya había visto morir a otros pacientes, pero siempre se lo había tomado como algo normal, como parte de su trabajo. En ningún momento había prestado más interés a esta paciente del que pudiera haber prestado a otros. Su caso encaja perfectamente en el fenómeno de las ECM, pues no solo fue capaz de ver la famosa niebla con apariencia de ser, sino que además también percibió la intensa luz brillante tan frecuentemente mencionada en este tipo de testimonios.

“

Caso 2. Archivo de O. O. Burgess

El 1 de noviembre, mientras trabajaba de aprendiz de enfermera [...], me ocurrió algo interesante. La señora S., una paciente con cáncer, había sido admitida en el hospital hacía cinco meses, y en la mañana del 1 de noviembre parecía estar

expirando sus últimos alientos vitales; estuvo inconsciente durante cinco horas [...]. Se le tomó el pulso [...] y me dejaron sola con ella, a la espera de instrucciones, con el fin de notificar cualquier cambio sobre su estado y evitar que las moscas la molestaran. Estaba sentada junto a su cama leyendo una revista, echándole un ojo de tanto en tanto. Sobre las doce y pico (no había reloj), levanté la mirada y vi que había una figura en el extremo opuesto de la cama; digo figura porque tenía la forma de una persona, aunque no tenía características distintivas y ofrecía el aspecto de una espesa niebla sin bordes afilados, sino más bien difusos. [...] Había una ventana al lado de la cama y un biombo con marco de madera [...] Me di cuenta de que los bordes del biombo eran visibles a través de la forma de niebla. No sentí miedo al ver la figura, aunque tampoco sentía inclinación alguna por dirigirme a ella. Dejé mi revista y la observé durante un rato, unos quince minutos más o menos, tras los cuales entró otra enfermera en la habitación y la figura se desvaneció. La paciente todavía tenía pulso, pero ya no respiraba, aunque cuando vi la figura todavía lo hacía. De pronto se hizo una luz, como si el día se cargase de brillo [...]. No se lo conté a nadie en el hospital.

”

Visiones en el lecho de muerte

En 1926, tras la muerte de su autor, el físico y parapsicólogo inglés William Fletcher Barrett publicó un bonito libro, *Deathbed visions* —impreso en español con el título *Visiones en el momento de la muerte*—, que recopilaba una serie de hechos sobrenaturales y del todo inexplicables experimentados alrededor del lecho mortuario. Entre ellos, Barrett recogió casos en los que algunas personas veían a moribundos que ignoraban que estaban fallecidas o que vivían a gran distancia; otros, en los que el moribundo o las personas que estaban presentes alrededor del lecho de muerte oían música; y visiones del espíritu de un moribundo abandonando el cuerpo en el momento de morir. Como podrán ustedes imaginar, el libro no tiene desperdicio, pero yo he decidido rescatar uno de sus casos en concreto, en el que tanto la persona moribunda como los acompañantes compartieron la misma visión.

Sucedió alrededor del lecho de una mujer moribunda que estaba siendo cuidada por sus tres sobrinas y un ama de llaves en la casa que, durante años, compartió con su hermana Ann, ya difunta. Lo contaba Emma Pearson, una de las sobrinas que vivió el suceso en su propia piel: «Mi tía, la señorita Harriet Pearson, cayó gravemente enferma en noviembre de 1864 [...]. Sus otras dos sobrinas (la señora Coppinger y la señora de John Pearson), Eliza Quinton —el ama de llaves— y yo misma nos encargamos de cuidarla. Fue empeorando cada día. La noche del 23 de diciembre, la señora de John Pearson estaba sentada junto a ella, mientras la señora Coppinger y yo estábamos echadas en la habitación de al lado.

Habíamos dejado la puerta abierta de par en par para oír cualquier sonido procedente de la habitación de mi tía. Ninguna de las dos estábamos dormidas. Nos levantamos de la cama de repente porque vimos pasar a alguien por la puerta envuelto en un viejo chal [...]. La señora Coppinger me llamó: “¡Emma, levántate, es la vieja tía Ann!”. Yo dije: “Y tanto que sí, ¡será porque tía Harriet morirá hoy!”. [...] La señora de John Pearson salió corriendo de la habitación de tía Harriet diciendo: “Era la vieja tía Ann. ¿Adónde ha ido?”. Intenté calmarla diciéndole: “¡Tal vez era Eliza, que ha venido a ver cómo estaba su señora”. La señora Coppinger corrió escaleras arriba y encontró a Eliza durmiendo. Buscamos en cada una de las habitaciones, pero no había nadie, y desde aquel día no hemos encontrado explicación alguna a lo que vimos, excepto que la tía Ann vino a llevarse a su hermana con ella. La tía Harriet murió aquel mismo día, a las 18:00». Por su parte, cuando el ama de llaves dio su versión de los hechos, añadió: «Buscamos en todas las habitaciones, pero no pudimos encontrar a nadie en la casa. La señora Harriet murió esa misma tarde, pero antes de hacerlo nos dijo a todas que había visto a su hermana, y que había venido a llevársela», un dato que también fue confirmado por la sobrina, Emma Pearson, quien recordaba haber oído a su tía decir que «su hermana había venido a buscarla, porque la había visto».

El psicólogo e investigador letón Karlis Osis (1917-1997), quien llevó a cabo un estudio sobre las visiones en el lecho de muerte, también descubrió que había casos en los que estas eran compartidas de forma colectiva por otros miembros presentes (médicos, enfermeros, cuidadores). Tales apariciones fueron descritas por Osis como «alucinaciones colectivas». Llegó a mencionar cuatro casos que le llamaron poderosamente la atención.

“

Las ECM compartidas que llamaron la atención de Karlis Osis

En uno de los casos, el paciente y la enfermera vieron la misma alucinación: una difunta hermana de la paciente. La enfermera la vio con toda claridad durante unos instantes; no había otros testigos. La paciente está muerta. El caso ocurrió en 1949 y fue anotado en su cuaderno de registros.

El otro caso ocurrió en 1950. Una enfermera se encontraba sentada junto al lecho de muerte de su propio marido. Vio a «gente vestida con ropas de la época de Cristo atravesando la pared». Después, el paciente le describió a ella la misma escena. No hay testigos ni otras notas escritas.

El tercer caso le ocurrió a una de las enfermeras encuestadas, durante la enfermedad de su propio abuelo, quien murió en el año 1951. En la habitación se encontraban presentes la enfermera, cuatro parientes y una monja. Todos ellos vieron aparecer sobre la cama una nube, y en medio de ella, la imagen del Sagrado Corazón, un símbolo católico. No fuimos capaces de encontrar a los testigos.

Nuestro último caso de este tipo es el de una enfermera que reportó haber visto una luz brillante que se apareció durante dos segundos, justo en el mismo instante en el que el paciente murió. Pasó en el año 1950. Dos parientes, un cura y dos monjas se encontraban presentes rezando. Todos ellos vieron la luz. La enfermera fue rotunda a la hora de aclarar que la luz no podía provenir de las luces de la calle porque el fenómeno tuvo lugar en una habitación de la tercera planta a la que no llegaban aquellos reflejos. Entrevistamos al cura, pero no recordaba el incidente.

”

Oír la misma música

Uno de los elementos comunes que suelen presentarse en las ECM compartidas es la música. En 1886 los investigadores ingleses Edmund Gurney, Frederic W. H. Myers y Frank Podmore publicaron *Phantasms of the living*, un libro en el que ya se recogía este tipo de fenómeno. Le ocurrió a una familia de Didsbury, un suburbio de Mánchester, durante la primavera de 1863. Tenían una pequeña llamada Lilly que había caído gravemente enferma. El relato de su madre, Sarah A. Sewell, decía así: «Mi marido llegó sobre las tres y, para complacer a Lilly, pidió tomar la cena en la habitación con ella. Me senté junto a Lilly y le tomé las manos entre las mías. Mi marido estaba cenando, y otro de nuestros hijos estaba hablándole a Lilly. Estábamos intentando entretenerla cuando, de repente, el sonido de una música, como de arpa eólica, que procedía del armario de una esquina de la habitación llamó nuestra atención. [...] Dije: “Lilly, ¿oyes esa música tan hermosa?” y ella dijo: “No”, cosa que me sorprendió bastante, porque ella era una gran amante de la música. El sonido fue en aumento, hasta que la habitación entera se llenó de aquella melodía, para ir después bajando por las escaleras, hasta que cesó. La criada, que andaba ocupada en sus tareas en la cocina, dos plantas más abajo, oyó los sonidos, y nuestra hija mayor, que justo en ese momento se dirigía a la alacena, se detuvo en el pasillo para escuchar, preguntándose de dónde procedía aquella música. La criada la llamó y le preguntó: “¿Oyes esa música?”. [...] Al día siguiente, domingo, mi tía vino a ver cómo se encontraba Lilly. Estaba en la habitación con mi marido. Yo había bajado a la cocina a prepararle a Lilly algo de comer cuando los tres escucharon el sonido de la música eólica. Yo también lo estaba oyendo en la cocina [...]. El martes, a la misma hora, volvimos a oír aquel lamento musical eólico que parecía proceder del mismo lugar de la habitación; y de nuevo fue aumentando en volumen hasta inundar toda la habitación; y de nuevo el sonido pareció pasar a través de la puerta, bajar las

escaleras y salir por la puerta delantera. La escuchamos tres días distintos, a la misma hora, y no solo los que estaban en la habitación con la niña, sino yo misma también, mi hija y la criada, dos pisos por debajo de la habitación [...]. Lo que más me llama la atención es que la niña, que sentía auténtica pasión por la música, no la oyera [...]. Aquellos sonidos no eran un error, no hay instrumento en el mundo que unas manos humanas pudieran tocar para producir sonidos semejantes al lamento de aquella arpa éolica».

Por su parte, su marido, Mathew Sewell, confirmaba el relato y aportaba su punto de vista a partir de su propia experiencia: «La única confirmación que puedo ofrecer es la mía, y lo digo con toda sinceridad. Escuché aquella música dulce igual que mi mujer. Sonó el sábado dos de mayo, poco antes de las cuatro de la tarde, también al día siguiente sobre la misma hora, y el siguiente martes a la misma hora. Los que escuchamos la música fuimos mi esposa; yo mismo; la tía de mi esposa; la enfermera; nuestro hijo Richard, de siete años; nuestro hijo Thomas, de nueve [...]; nuestra hija mayor, de once, y la criada, que no tardó en abandonar la casa y marcharse a Irlanda [...]. Mi hija mayor vive ahora en Nueva York, pero estoy convencido de que se acordará perfectamente de aquello. Sé que la música no provenía del exterior, porque nuestra casa está bastante aislada, en un vasto jardín, a cincuenta metros de distancia de la calle principal, y la casa de al lado estaba desocupada en aquellos momentos. No era un sonido ahogado, sino suave, con notas salvajes, como de arpa [...], y aumentaba gradualmente, hasta que la habitación se llenaba con aquel sonido, como el crescendo de un órgano, e iba bajando lentamente escaleras abajo, muriendo suavemente en el oído con cadencias extrañas. Estoy seguro de que no hay dedos humanos capaces de tocar algo así».

Los investigadores Gurney, Myers y Podmore lograron contactar, asimismo, con la hija mayor de los Sewell, quien les escribió una carta desde Nueva York en la que les contaba cómo recordaba ella aquella experiencia: «Me acuerdo perfectamente de la música que oí antes de la muerte de Lilly, así como de la impresión que nos dejó entonces a mí y a mi hermano, que apenas éramos unos niños, porque nos produjo miedo y terror, al no entender de dónde podía proceder aquella música y qué tipo de sonido era».

Cabe destacar que los familiares escucharon esta música durante los últimos tres días de vida de Lilly, pues esta falleció la misma tarde en la que la música se oyó por última vez. Siguiendo con las músicas *pre mortem* y *post mortem*, Gurney, Myers y Podmore

anotaron todavía un caso más, acaecido en Pentonville. Su protagonista fue la señora Yates: «En 1870 perdí a una adorada hija de veintiún años; murió a mediodía de un aneurisma. Por la noche, mi única otra hija y yo estábamos juntas cuando prestamos atención y escuchamos la música espiritual más dulce que jamás haya existido, y aunque parecía provenir de un lugar remoto, casi hería mis oídos de escucharla con tanta intensidad. Mi hija y yo no nos atrevimos a mediar palabra hasta algunas horas después, por temor a estar siendo presa de una alucinación, pero nos dimos cuenta de que habíamos sido bendecidas y privilegiadas». Los investigadores conminaron al señor Yates a que les escribiera una carta dando su versión de los hechos, aunque fue la señora Yates quien escribió la carta, al estar su marido incapacitado para usar su mano derecha: «El señor Yates recuerda perfectamente cómo mi hija y yo nos vimos afectadas por la música que oímos aquella noche, una música como jamás ningún mortal ha logrado cantar». Y la hija del matrimonio Yates, ya convertida en la señora Beilby, confirmó los hechos con las siguientes palabras: «Puedo hablar con certeza respecto a la bella música que mi querida madre y yo escuchamos el 26 de noviembre de 1870. Jamás lo olvidaré; teníamos miedo de hablar, era tan exquisita...».

Yo también he podido recoger a lo largo de mi búsqueda algún que otro testimonio de estas músicas que familiares y acompañantes de moribundos aseguran haber oído. Conocí a Duncan S., un muchacho de Londres que me aseguró haber sufrido una ECM compartida con su madre, en la que el elemento primordial fue la música. Esto fue lo que me contó: «Mi experiencia se remonta al año 2006. Yo estaba trabajando en Luxemburgo como consultor de IT. Alrededor de octubre recibí una llamada de mis padres. Me dijeron que mi madre había sido diagnosticada de esclerosis lateral amiotrófica (ELA). Tan solo tenía sesenta y siete años de edad, pero yo sabía que se trataba de una enfermedad terminal. Me afectó muchísimo. No podía concentrarme en el trabajo, así que decidí volver a casa y pasar tiempo con mis padres. Mi padre cuidaría de ella y yo ayudaría con la comida e intentaría pasar tiempo con mi madre. Encontré otro trabajo en Londres, y todo se volvió muy agotador. Cuando volvía a casa, me tiraba en la cama muerto de cansancio y me quedaba dormido, despertándome a la mañana siguiente con la ropa puesta. Solía leerle poesía a mi madre. Al cabo de un tiempo, perdió la capacidad de hablar y caminar. Tengo que decir que había un fuerte sentimiento de amor entre nosotros. Por aquel entonces yo no sabía nada de las ECM, así que no le pregunté

si estaba experimentando algunacosa extraña. Pero una de esas noches en las que llegué a casa exhausto y caí rendido en la cama, me desperté de repente al oír una canción. Era como un canto que decía «Amor, amor, amor, amor». Era muy claro y reconfortante, y me hizo sentir relajado y en paz. Mi madre no tardó mucho en morir. Todo sucedió muy rápido. Y eso es todo. Solo después de su muerte empecé a interesarme por el Más Allá. Quería saber más. Leí muchos libros, y cuando encontré información sobre las ECM compartidas, enseguida sentí que yo había vivido lo mismo».

He podido constatar que este tipo de música no solo la oyen los que tienen una ECM o ECM compartida, sino también los que se encuentran enfermos o reponiéndose de una grave enfermedad. Hace años, en Málaga, una señora cuyo nombre debo guardar en el anonimato, pero a la que llamaremos Helena, me contó que había sobrevivido a un cáncer. Lo curioso es que durante el tiempo en el que afrontó la enfermedad, especialmente en los momentos más duros del tratamiento, estuvo escuchando todas las noches una música extraordinariamente bella, pero tan única, rara y compleja como pocas. Jamás había escuchado algo así; no podía ser de este mundo. Llamó a su hijo, que casualmente era músico, para intentar describirle cómo era aquel sonido y qué melodía tenía, por si él pudiera crear algo parecido con sus programas de edición musical asistida por ordenador, pero fue imposible. Lo que Helena tenía claro era que, cada vez que oía aquella música, le parecía como si la hubieran hecho especialmente para ella con el fin de curarla de su enfermedad. En todo momento la percibió como algo que la hacía sentir bien, un sonido que alguien le enviaba, desde algún lugar del universo, para curarle el cáncer.

La prueba...

En su libro *Learning from the light* (2009), el renombrado doctor John Lerma recogió una ECM increíblemente asombrosa. La protagonista era una joven musulmana llamada Syriana, una libanesa que, después de que un misil impactase en su casa cuando toda la familia estaba reunida a la hora de la comida, tuvo una ECM en la que vio como todos sus parientes abandonaban sus cuerpos y ascendían a través de un túnel hacia una luz en la que se encontraban con otros familiares fallecidos. Estos los informaron telepáticamente de que ella y su padre debían volver. Al instante, ambos se encontraban bajo la mesa, rodeados de escombros. Padre e hija recordaban haber vivido aquella ECM de forma idéntica.

El colombiano Daniel Enrique Bernal Henao es, aparte de un colega de profesión de Bogotá, el protagonista de esta ECM compartida de la que un día me hizo partícipe de forma espontánea y voluntaria. Él no tenía ni idea de que yo andaba interesada en este tipo de testimonios, ni mucho menos de que estaba escribiendo un libro al respecto. Le había sucedido apenas unos meses antes de contármelo, concretamente el 4 de marzo de 2015, mientras su padre se sometía a una operación de estómago de cuatro horas de duración. Los médicos habían sido sinceros desde el principio: era muy posible que Evelio, así se llamaba el padre de Daniel, no superara la cirugía debido a su avanzada edad. La espera fue dura. A medio día, el doctor les indicó que todo había salido bien y que iban a trasladar a su padre a planta: «Efectivamente, sobre las 16:30, mi padre estaba ya en la habitación 307 de la clínica Reina Sofía de Bogotá. Lo dejaron al cuidado de una enfermera durante la noche y la madrugada. Debido a los costes, se decidió contratar a otra acompañante para la noche del viernes 6 de marzo y la madrugada del día 7. Yo salí de la oficina a eso de las 6:15 porque trabajo en un *call center* en turno de noche de 22:00 a 06:00. Nada más salir, me fui para la clínica. Al llegar, la enfermera me dijo que mi padre había pasado mala noche y que se iba a morir ese mismo día. La verdad es que le vi mal; mal es mal», relataba Daniel.

Ante este panorama tan pesimista, su prima acudió también al hospital. Decidieron sentarlo en el sofá de la habitación. «Yo me senté a su izquierda y le tomé la mano, que estaba muy fría, y comencé a mimarlo. Casi se desmayó, pero reaccionó; luego hubo otro amago de desmayo, pero todavía aguantó un poco, hasta que su cuerpo se fue. Descansó...», continuaba relatando. «Tenía mi mano izquierda sobre su corazón y mi derecha en su nuca. Sé de primeros auxilios, y puedo afirmar que el corazón de mi padre se detuvo. Mi prima salió despavorida a buscar ayuda. Yo me quedé contemplando el cuerpo inanimado de mi padre sin el latir de su corazón». Fue justo en aquellos instantes cuando tuvo lugar la ECM compartida, aunque Daniel no sabía que lo era cuando me contó su historia. Así me relató la experiencia la primera vez que hablamos de ello: «Mi padre se quedó sin respiración y los ojos se le pusieron en blanco. En un momento, sentí cómo el cuarto se transformó. Estaba blanco, y yo me encontraba guiando a mi papá de la mano hacia un ser de luz lleno de amor. Nunca olvidaré esa paz tan infinita. Yo miraba a mi papá y él ni me prestaba atención, tenía la mirada puesta en ese ser. Notaba que caminábamos, pero no me sentía moverme, ni tampoco mi papá, y tampoco podría decir si

acaso estábamos flotando. Solo sé que yo le iba guiando y mi papá sonreía. Luego, sentí como si me tiraran de la nuca hacia atrás y me vi con mi papá cara a cara. Tenía el susto en los ojos». Habían vuelto al plano de realidad inicial, coincidiendo con la recuperación de la consciencia por parte de su padre, quien, nada más recobrar el sentido, se volvió hacia su hijo para preguntarle. «¿Qué fue eso, mi hijito?», fueron las palabras exactas de Evelio, a las cuales Daniel respondió: «¿Se refiere a ese señor de blanco con luz amarilla?». Evelio contestó afirmativamente, pero Daniel no supo qué responderle. Él tampoco sabía quién era aquel ser que habían visto, ni qué era lo que acababa de ocurrir. «Yo estaba perplejo —añadía Daniel—, no podía entender lo que había pasado. ¿Acaso mi padre y yo habíamos visto lo mismo al tiempo? ¿Cómo era posible? ¿Qué fue en realidad eso?».

Mientras Daniel se devanaba los sesos con aquellas preguntas, bajaron a su padre a la unidad de cuidados intensivos, donde permaneció durante cuatro días. En aquel periodo, tuvieron la oportunidad de seguir conversando sobre lo sucedido. Fue así como descubrieron que realmente habían visto al mismo ser de luz, solo que en un contexto narrativo distinto. Daniel había vivido y visto unas cosas y Evelio otras. He aquí las dos versiones que pude recoger sobre esta misma ECM compartida, aunque en su conjunto la narrativa es casi idéntica, diferenciadas tan solo por el hecho de que en la experiencia de Evelio este no parecía ser consciente de que su hijo le iba acompañando de la mano.

“

Versión de José Evelio Bernal Bohada

Yo estaba sentado en el sofá, me sentía muy mal y la noche que pasé fue terrible. A mi lado estaba mi sobrina Lilo y mi hijo Daniel; él me tenía la mano en el corazón y la otra en la nuca. De un momento a otro me empecé a sentir débil, muy débil, y poco a poco fui perdiendo fuerzas hasta que sentí que no pude más y me dejé llevar. ¡Me desmayé!, según el dictamen médico. De repente, me vi en un cuarto cuyas proporciones de ancho, alto y largo no sabría describir, eso sí, era blanco, muy blanco. Estaba solo, no caminaba, estaba quieto, pero no sé si levitaba. Al fondo, no sé a qué distancia, se encontraba un ser con características humanas definidas, pero no sé si era humano; no sé si era Dios. No percibí ningún olor, o sabor o algo más en ese lugar, éramos él y yo. El blanco de él era más fuerte que el del resto de la habitación. Desde que entré allí sentí miedo, no sé por qué, tal vez miedo a morir, no lo sé, pero más miedo me dio cuando este ser me llamó por mi nombre: «¡Evelio! ¡Evelio!». Su voz estaba en mi cabeza, no sé si era de mujer o de hombre, era una voz que me llamaba. Sentí deseos de correr, pero me faltó el aire y volví a la misma posición en que estaba cuando llegué a ese lugar. Sentí que algo tiró de mí y desperté desconcertado en el sofá, con la doctora haciéndome las preguntas de rigor. Luego, reconocí a mi hijo Daniel. No supe qué fue eso, pero mi hijo también lo vivió.

“

Versión de Daniel Enrique Bernal Henao

Mi mano izquierda no sentía su corazón y comencé a buscarle el latido. Mi mano derecha estaba en su nuca. No me preocupé, pero sí me pregunté: «¿Y ahora?»... De repente, todo comenzó a oscurecer, toda la 307 del Reina Sofía se puso oscura y luego blanca, un blanco hermoso. Sabía que estaba en una habitación con alguien, al mirar mi mano derecha sostenía la mano izquierda de mi padre, quien en ningún momento se percató de mí, solamente sonreía y veía un punto fijo en la distancia. Me di la vuelta para ver a qué le sonreía y lo vi, ese todo y la nada, ese amor y esa paz, esa luz y esa bondad, un ser maravilloso cuya energía me golpeó en el buen sentido, es decir, me hizo notarla, pero me debilitó. Aun así no solté a mi padre. No sé si yo llevaba a mi padre o él a mí. Sentí paz y alegría, sin problemas, sin nada de qué preocuparme, me sentí muy vivo (como en las tomas de ayahuasca después de morir a lo que no debemos ser). Sabía que ese ser era Dios o el Gran Espíritu, pero nunca se me había manifestado con tanta fuerza. No sé las dimensiones del cuarto, tampoco había olores o sabores, éramos los tres en ese lugar. Luego lo escuché: «¡Evelio!». Y vi su mano extenderse llamando a mi padre... Volvió a llamarle: «¡Evelio!»... De un momento a otro noté cómo tiraban de mí hacia atrás por la nuca y, al enfocar, encontré la mirada desconcertada de mi padre.

”

No todas las ECM compartidas desembocan, necesariamente, en la muerte del enfermo. Tampoco es preciso que la interpretación y contexto de la experiencia sea exactamente la misma o una réplica absoluta para poder considerarla compartida. Así lo he podido constatar durante mis pesquisas en torno al fenómeno.

Coincidencias en ECM compartidas (según Raymond Moody)

- › **Cambio de geometría.** Los que acompañan al moribundo perciben que la estancia cambia de forma repentina, transformándose sus dimensiones.
- › **Luz mística.** La estancia y/o el moribundo o fallecido se ven inundados por una luz que también impregna positivamente a los acompañantes.
- › **Música y sonidos musicales.** Tanto el moribundo como los acompañantes escuchan una música viviente, celestial, mística, dentro de la estancia, pero en ocasiones el acompañante puede oírla aunque se encuentre en otro sitio o no esté junto al moribundo.
- › **Experiencia extracorpórea.** El acompañante experimenta la sensación de estar fuera de su cuerpo observándolo todo desde un lugar elevado. En este momento, en ocasiones, observa también el cuerpo extracorpóreo del moribundo o fallecido, quien, a menudo, presenta además un aspecto rejuvenecido.
- › **Correvisión de la vida del moribundo.** El acompañante comparte la revisión panorámica de la vida del moribundo o fallecido, llegando a conocer detalles de su vida que, anteriormente, le eran desconocidos.
- › **Viaje a otro plano y encuentro con otros seres.** El acompañante viaja junto al fallecido a una dimensión no terrenal donde, en ocasiones, se encuentran con otros

seres, pero siempre hay un punto fronterizo en el que el fallecido debe continuar solo y el acompañante no puede seguirle.

- › **Niebla.** En el momento del deceso, el acompañante observa una especie de neblina o vapor blanquecino que asciende desde el cuerpo de la persona fallecida.

VISIONES CERCANAS A LA MUERTE

Algunos vuelven de la muerte sin apenas dejarnos una pista de adónde han ido ni con quién, legándonos solo el trazo de sus visiones, si es que acaso las tienen, cuando las cuentan o hay alguien junto a ellos para escucharlas. Son muchos los moribundos que manifiestan tener visiones en su lecho de muerte, en su mayoría de seres que vienen a buscarles, quizá para hacerles más grato el camino a la morada de los muertos.

Nada más empezar a escribir las primeras palabras de este capítulo, pienso en mi abuela Dolores, quien pasó postrada en una cama los últimos años de su vida, aunque, ya antes de aquello, entró en un estado de consciencia extraño en el que, las más de las veces, no me reconocía y me llamaba «señora». Una de las cosas que más llamaron mi atención en aquella época era que mi abuela empezó a explicarme que iban a ir a buscarla: «Dicen que van a venir a por mí». Entonces yo rondaba la veintena y ya sabía algo de las ECM, pero no se me ocurrió pensar ni por un segundo en que mi abuela pudiera estar experimentando una de las llamadas «visiones» en el lecho de muerte o visitas cercanas a la muerte. Pensé que estaba delirando. El alzhéimer, enfermedad cruel donde las haya, se había llevado uno de los mayores tesoros que pueda tener una persona: los recuerdos. En julio del año 2001, a mi abuela se le encharcaron los pulmones y la llevamos al hospital. Mi madre y mis tíos se turnaban para estar con ella. La última en acompañarla durante sus momentos finales fue mi madre. En el cruce de turnos, yo debía relevar a mi madre. Pero algo salió mal, porque, cuando mi madre regresó, yo todavía no había salido para el hospital. Mi abuela murió justo en aquel corto espacio de tiempo, completamente sola. Nadie esperaba que fuera a ocurrir, pues mi madre no la habría dejado ni un instante, pero lo cierto es que falleció. El sentimiento de culpabilidad que me invadió por el hecho de saber que murió sola me ahogó por dentro. Con el tiempo aprendí que muchos moribundos esperan a que sus familiares se vayan para poder morir, como si su presencia en la habitación fuera un peso que les impidiera despegar. Otras veces, al contrario, esperan a que un familiar que está lejos llegue junto a ellos para poder despedirse, y no se marchan hasta después de ese momento.

Vienen a por mí

Una de las personas que más me ayudó a comprender estas cosas fue Martine Rast Boillat. La conocí por medio de unas amigas comunes que, conscientes de mi interés en torno a los procesos de la muerte, la tanatología y la vida después de la muerte, decidieron que Martine y yo teníamos que hablar, algo que no tardamos en hacer. Las cosas que decía mi abuela no eran distintas a las que

afirmaban los moribundos con los que había tratado Martine: «Recuerdo a una señora a la que yo le estaba diciendo que tenía que dejarse ir y me dijo: “Martina, me estás diciendo lo mismo que esos tres que han venido esta mañana”. Le pregunté quiénes eran, cómo eran; ella me explicó que eran dos hombres y una mujer que le decían que su tiempo aquí se había acabado y que se tenía que ir. Es verdad que en ese momento su cuerpo tenía morfina, pero no al máximo [...]. Y la señora me decía: “Ya me estoy enfadando porque ya es la segunda vez que vienen a buscarme. Dicen que me vaya con ellos”. Y entonces le pregunté: “¿Te han explicado adónde te llevarían?”. Y dijo: “Sí, a casa, pero yo no quiero irme, quiero estar aquí, porque aún tengo muchas cosas que hacer”».

También los niños experimentan visiones en el lecho de muerte, en la mayor parte de los casos absolutamente emotivas y conmovedoras. Precisamente uno de los primeros campos en los que Martine empezó su andadura profesional, a los dieciocho años, fue el de acompañar a niños que padecían leucemia. La media de edad de estos pequeños era de seis años. Su labor consistía en acudir a leerles libros. Sucedió en Suiza, país en el que nació Martine. Lo verdaderamente extraordinario de esta experiencia de juventud eran las visiones de las que estos niños la hacían partícipe: «Muchas veces, mientras les leía, me decían: “Eh, que vienen”. Y, claro, yo les preguntaba: “¿Quién?”. Ellos me decían: “Los que nos vienen a buscar”. [...] Esos niños fueron un regalo, porque ellos me describían la luz, muchas veces veían a otros niños que venían a buscarlos y les cantaban canciones. Yo, en ocasiones, les preguntaba qué habían vivido durante el día o durante la noche con esos seres, y la mayoría me decían que eran sus angelitos y que los cuidaban. La mayor parte de los niños eran católicos, supongo que habrían oído hablar de los angelitos que te protegen. Pero era curioso porque decían: “Me cantan con una música que yo nunca... No sé...”. Cuando yo les preguntaba con qué instrumento, o cómo sonaba, me decían que se parecía al arpa, pero que no lo era. [...] Muchos me decían: “Dile a mi mamá cuando me vaya que estaré ahí con ella y que todo va a ir bien”. Y recuerdo que uno me dijo: “Dile a mi mamá, cuando me haya ido, que yo le enviaré un hermanito desde allá arriba”. La cuestión es que la madre lo había tenido a él, tras diez años de intentos fallidos, por un tratamiento de reproducción asistida y había necesitado varios intentos para quedarse embarazada [...]. Tres meses después, la mujer se quedó embarazada por sí misma. [...] Todos los niños que tuve ese año me avisaron dos días antes de irse: si iban a entrar en coma, qué les iba

a pasar. Todos. Y claro, para mí esa experiencia fue un despertar. Gracias a ellos supe que quería dedicarme a ayudar a morir a la gente».

La prueba...

Casi todos los moribundos reciben, en sus últimos momentos de vida, la visita de familiares ya fallecidos. Así lo confirma el estudio llevado a cabo por científicos en el Canisius College de Nueva York. Entrevistaron a sesenta y seis pacientes. La mayoría de ellos aseguró estar recibiendo la visita de familiares o amigos fallecidos, a razón de una vez al día. Según los investigadores, el número de visiones aumentaba a medida que se iba aproximando la fecha de la muerte, aunque estas podían producirse meses, semanas, días u horas antes de la muerte, preparando a los enfermos para un tránsito mucho más llevadero.

Años después, ya en España, Martine comenzó a desempeñar su labor en el hospital Vall d'Hebron, en Barcelona. De entonces, recordaba otro caso que la marcó especialmente. Se cruzó con una niña de doce años que cautivó su atención, de tal manera que no pudo resistir la tentación de pararse a hablar con ella. Lo que esta joven le dijo jamás se le borraría de la memoria: «Yo iba a visitar a un bebé de cinco meses al que le habían quitado un tumor y, al salir de la habitación, me crucé con una niña de unos doce años en silla de ruedas [tenía cáncer]. La niña y yo nos miramos y conectamos enseguida. Yo le dije: “Hola, guapa, ¿me permites que te dé un abrazo?”. Nos dimos un abrazo, me emocioné muchísimo. Me dijo al oído: “Me vienen a buscar. Lo sé”. Y me lo dijo con una sonrisa, con doce años... Yo le pregunté quién. [...] Me dijo que eran dos personas con traje de luz, que tenían como un sombrero brillante, trajes plateados; eran un blanco y un negro, y también me dijo que eran dos chicos y muy guapos [...]. Le pregunté cuándo se iba a ir, y me dijo que después de que su abuela la viera. Y así fue. [...] La abuela venía en coche desde Galicia. Murió media hora después de que llegara su abuela, un día y medio después de nuestro encuentro. Solo puedo decir que, cuando hablé con la niña, la vi serena y tranquila. No estaba en un estado de delirio ni mucho menos».

En el extremo contrario al expuesto por Martine está el caso de Sebastián (pseudónimo con el que me permitió reproducir su testimonio), quien trabaja en un centro geriátrico como técnico sociosanitario para el cuidado de personas dependientes en instituciones sociales, y compartió conmigo sus experiencias. Esto fue lo que me contó: «La cuestión de las visitas es muy corriente. Muchas veces los abuelos lo dicen, pero como vivimos en un mundo

tan materialista, lo llevamos más por la cuestión de la enfermedad y la demencia, y no le hacemos mucho caso. Pero yo lo he visto. Algunos casos obedecían a la enfermedad [eran meras alucinaciones], y otros a visitas en las que he podido constatar que las visiones que estaban teniendo eran completamente reales. Por ejemplo, fue el caso de una viuda que recibió la visita de su marido ya fallecido y hablaba con él; otros casos de familiares que vienen; y claro, esas personas mayores se emocionan mucho al ver gente de la que no se acordaban, que había fallecido en la época de su infancia, la adolescencia, etcétera. Reencontrarse con toda esta gente les hace muy felices. Pasa muy a menudo». Sebastián no solo pudo constatar que las visiones que tenían muchos moribundos en el lecho de muerte correspondían a visitas de seres fallecidos que venían a acompañarlos en su proceso de muerte, y a recibirlos cuando esta ocurría, sino que, además, fue capaz de observar una serie de hechos singulares durante el periodo en el que el momento del fallecimiento se hace más inminente: «Las visitas del mundo espiritual son más largas y constantes en el momento del fallecimiento, como preparando al moribundo para el instante. La habitación se va llenando de estos seres que están esperando al moribundo con ansiedad. Yo supongo que tiene que ser para ellos [los seres espirituales] lo más parecido a asistir a un nacimiento [...]. Es muy bonito».

Cazadores de visiones cercanas a la muerte

Existen cazadores de sueños, psicofonías, tornados, fantasmas, mariposas, experiencias cercanas a la muerte, volcanes en erupción, ovnis... Y cazadores de visiones en el lecho de muerte o cercanas a ella. Son personas que se han dedicado a recopilar, examinar y debatir de forma rigurosa las visiones que una inmensa mayoría de moribundos de todo el mundo manifiestan tener en la última etapa de su vida. Estas visiones son definidas, generalmente, como visitas de seres que vienen a buscar al moribundo para llevárselo con él. No sabemos muy bien lo que son, pero a lo largo de la historia y dependiendo del contexto cultural se las ha llegado a denominar de muchas formas: visiones, alucinaciones, delirios, etcétera. Los investigadores que más atención han prestado al fenómeno han sido, en orden cronológico, sir William Fletcher Barrett, Karlis Osis, George N. Tyrrell y, en la actualidad, Peter Fenwick.

Barrett (1844-1925) fue un físico inglés muy interesado en el mundo espiritual y en lo que podríamos llamar «fenómenos

sobrenaturales», que llegó a publicar varios libros dedicados a la materia (véase el capítulo 5). A pesar de que el trabajo de Barrett fue publicado en el primer tercio del siglo xx y de que muchos de los casos que relata ocurrieron a finales del siglo anterior, sigue estando vigente, pues el contenido de sus historias varía poco de aquellas que todavía seguimos escuchando en pleno siglo xxi.

“

Caso de Louise F., fallecida en 1896 (recogido por W. F. Barrett)

Louise F., de cuarenta y ocho años, murió tras una operación abdominal. Mientras estuvo enferma, manifestó en diferentes ocasiones que, cuando se curase, iba a llevarse a su sobrina Lily, de tres años y tres meses, y con la cual se encontraba muy unida, a vivir con ella en el campo. Al mes de morir, Lily, una niña inteligente, precoz y en estado de buena salud, perdió el interés en el juego un buen día y se quedó mirando fijamente a través de la ventana. Su madre le preguntó qué estaba mirando, y ella le respondió: «A la tía Louise, que me está esperando con los brazos abiertos, llamándome». Su madre, muy asustada, trató de distraerla, pero la niña continuó mirando a través de la ventana durante unos minutos. Su hermano, M. F., que fue quien me dio estos detalles, dijo: «Por entonces yo contaba con once años, y mi hermana dijo: “¿Es que no ves a la Tata?”, que era como llamaba a mi tía. Yo no vi nada, claro está». Pasaron algunos meses y la niña no volvió a tener aquellas visiones. Hacia el 20 de mayo, la pequeña Lily cayó enferma. Estando en cama, miraba al cielo y decía que veía a su tía llamándola, rodeada de ángeles. «Mamá, ¡qué bonito!», solía decir. Su enfermedad fue empeorando, y ella siempre repetía: «Mi tía ha venido a buscarme; me está abriendo los brazos»; y cuando la madre lloraba, le decía: «No llores, mamá, es muy hermoso, estoy rodeada de ángeles». Murió el 9 de junio de meningitis, cuatro meses y medio después de la muerte de Louise F. La historia fue confirmada por su hermano, M. F., la hermana, G. F., y la madre.

”

En algunos casos, la visión en el lecho de muerte no tiene nada que ver con un familiar fallecido o ser espiritual que viene a recoger al moribundo, sino con alguien que está vivo y en la distancia. No pocas veces, además, la persona que está viva también asegura haber visto al moribundo momentos antes de morir. Barrett lo explicó de la siguiente manera: «Conocemos un gran número de casos en los que las almas de los moribundos parecen transportarse a diferentes lugares de la tierra, siendo capaces de ver a personas que se encuentran a distancias remotas. [...] Hay casos en los que los moribundos no solo parecen hacerse visibles en la distancia, sino que también informan de dónde han estado y que han visitado a aquellos a los que deseaban ver. Uno de los aspectos más destacados de este fenómeno es cuando nos encontramos con casos recíprocos [ambos se ven]». El propio Barret había conseguido recopilar varios casos, entre los cuales rescato uno en el que una señora moribunda,

que deseaba con fervor ver a sus hijos, se desdobló y logró estar con ellos en otro lugar. Lo curioso es que, aquella misma noche, sus tres hijos estuvieron con el misterioso doble materno, aunque ellos, en aquel momento, creyeron que estaban con su madre, la de carne y hueso, que había ido a visitarlos.

“

La madre que se desdobló en el lecho de muerte para ver a sus hijos y se llevó a uno de ellos al Más Allá

El incidente pasó hace ya dos centurias, pero tal y como el señor Myers dice, la familia Fox es de las que recuerdan este tipo de cosas. Como ejemplo de ello, debo decir que la narración que la señorita Maria Fox me dio era prácticamente idéntica a la proporcionada por la señora Charles Fox, la cual reproduzco a continuación: «En 1739, la señora Birkbeck, esposa de William Birkbeck, banquero de Settle [...], cayó enferma y murió en Cockermouth, mientras regresaba de un viaje por Escocia que había realizado a solas, ya que su marido y sus tres hijos, de siete, cinco y cuatro años, se quedaron en Settle. Los amigos en cuya casa aconteció la muerte y que atendieron a la señora Birkbeck durante sus últimas horas anotaron todo el proceso de la enferma [...]. Una mañana, entre las siete y la ocho, la pariente que estaba a cargo de los niños en Settle, y que guardaba un registro de todo lo que a ellos concernía, fue a echar un vistazo a la habitación de los pequeños, como solía hacer, y los halló saltando en sus camas con gran júbilo y emoción.

»«¡Mamá ha estado aquí!», gritaban; y el pequeño dijo: “Y ha llamado a Esther. Le ha dicho: ‘Esther, ven conmigo [Esther era la hija menor]’”. Nada les hacía dudar del hecho de que su madre había estado allí, así que la mencionada pariente al cargo lo anotó en su registro, porque pensó que la anécdota divertiría a la madre a su regreso a casa. Aquella misma mañana, en su lecho de muerte, en Cockermouth, ella había mencionado: “Estaría lista para dejar este mundo si tan solo pudiera ver a mis hijos una vez más”. Entonces cerró los ojos, y volvió a abrirlos. Pero al cabo de diez minutos, su rostro pareció iluminarse y dijo: “Ya puedo irme tranquila; acabo de estar con mis hijos”; y en ese preciso instante murió. Cuando los cuidadores de la difunta señora Birkbeck compararon las notas con las de la pariente que había estado cuidando de sus hijos, se dieron cuenta de que ambos sucesos habían tenido lugar el mismo día, a la misma hora y en el mismo minuto.

»De aquellos niños, una era mi abuela, Sarah Birkbeck, posteriormente la esposa del doctor Fell, de Ulverston. Fue de sus propios labios que yo oí esta historia que acabo de repetirles. El mayor era Morris Birkbeck, después de Guildford. Ambos tuvieron una vida larga, y jamás olvidaron este suceso del que, a pesar de todo, raramente hablaban. Esther, la más joven, sin embargo, murió poco después. Sus hermanos la oyeron decir que su madre la estaba llamando [...]».

”

Sigamos avanzando en la historia de los cazadores de visiones insólitas en el lecho de muerte. En los años cuarenta del siglo pasado, Karlis Osis, un parapsicólogo obsesionado con este fenómeno y con la vida después de la vida, llevó a cabo —bastante inspirado, por cierto, por la obra de Barrett— un estudio de considerables dimensiones. Envío cientos de cuestionarios a

médicos y enfermeros de Estados Unidos y el norte de la India en los que les preguntaba por sus observaciones respecto a pacientes moribundos. Los resultados arrojaron una muestra significativa, pues alcanzaron a cincuenta mil pacientes, y Osis concluyó que una gran proporción de adultos había tenido visiones justo antes de morir. En aquella misma época, George N. Tyrrell recogió en su libro *Apparitions* (1943) un curioso caso de visión en el lecho de muerte, en el que su protagonista se desdobló remotamente para obtener información en tiempo real de lo que estaba ocurriendo en dos lugares diferentes y transmitírsela a su padre, quien se encontraba con él junto a la cama del hospital.

“

El soldado que murió, se desdobló, resucitó para dar un comunicado y volvió a morir (caso 58 del archivo de George N. Tyrrell)

Otro caso de Illinois, de la época de la guerra civil estadounidense. El sargento del regimiento de infantería de voluntarios ingresó en el hospital en estado agonizante. «En toda la tarde —decía el cirujano asistente— no fue capaz de hablar más que en susurros, y a las 23:00 tenía toda la apariencia de estar muerto. Yo estaba junto a su padre, a pie de cama, y cuando le creímos muerto, se dispuso a taponarle la boca al cadáver, y yo, pensando que se desmayaría por la intensidad de su pena, dije: “¡No lo haga! A lo mejor vuelve a respirar”, e inmediatamente lo conduje hacia un asiento que había en la parte de atrás de la habitación, y regresé al lecho de muerte para cerrarle los ojos y apretarle la mandíbula al cadáver por mí mismo. Cuando llegué junto a la cama, el que supuestamente estaba muerto me miró de repente y dijo: “Doctor, ¿a qué día del mes estamos?”. Le dije el día y respondió: “Pues ese es el día en que morí”. El padre entró corriendo a la habitación, y el resucitado le dijo: “Padre, nuestros chicos han tomado Fort Henry, y Charlie [su hermano] no está herido. He visto a mamá y a los niños, y todos están bien”. Después le dio instrucciones precisas para su funeral. Volvió a preguntar qué día era; y luego dijo: “Ese es el día en el que morí”. Y al instante, murió». El narrador de la historia añadió que, efectivamente, Fort Henry había sido tomado, y que el hermano había salido ileso.

”

En la actualidad, uno de los investigadores que más ha aportado al estudio de las visiones cercanas a la muerte ha sido, sin duda alguna, Peter Fenwick, neuropsiquiatra y neurofisiólogo, de la Universidad de Cambridge. Es presidente de la Horizon Research Foundation, dedicada a la investigación de las ECM, y ha publicado diversos libros sobre ello junto a su esposa, la enfermera Elizabeth Fenwick. Se dice que sus trabajos han conmocionado a la comunidad científica. Lo cierto es que está considerado una autoridad en la materia. Fenwick prestó atención durante mucho

tiempo a lo que ocurría en las 24-48 horas previas al momento del deceso. Llegó a la conclusión de que las experiencias que algunos moribundos tenían podían resumirse en tres categorías:

- 1) Visiones desde la cama, en las que la gente ve a sus familiares fallecidos que llegan a la habitación para decirles que han venido a recogerlos.
- 2) Coincidencias, cuando la persona que muere acude en el momento de su muerte a contactar con alguien conocido y que puede encontrarse a muchos kilómetros de distancia o incluso en un país diferente.
- 3) Experiencias compartidas, en las que los familiares y/o acompañantes aseguran, en el momento de la muerte de su ser querido, que ven figuras que surgen a los pies de la cama o sobre el moribundo. En algunos casos, la gente que rodea y acompaña al que está a punto de morir comenta también que la habitación se llena de luz en el momento de la muerte, una luz llena de amor y compasión.

Estas son, a grandes rasgos, las conclusiones generales a las que Fenwick llegó tras sus estudios, aunque, como puede verse, no averiguó nada que no se hubiera dicho ya antes, solo que con palabras distintas, y es que la forma en la que los investigadores y científicos construyen su discurso varía a lo largo del tiempo. Al fin y al cabo, todo se reduce a una cuestión de imágenes y representaciones.

A la caza de visiones cercanas a la muerte: modelo de cuestionario para el personal sanitario (Karlis Osis)

- › Caso:
- › Hospital:
- › ¿El paciente se encontraba en casa?
- › Fecha del suceso:
- › Hora:
- › Sexo:
- › Edad:
- › Estudios:
- › Diagnóstico:
- › ¿Estaba bajo sedación o mediación que pudiera afectar su estado mental?
- › Temperatura:
- › ¿Cuál era el estado de consciencia del paciente?
- › ¿Entendía el paciente las preguntas y/o proporcionaba respuestas coherentes?
- › ¿Tenía dificultades cognitivas?
- › ¿Fallaba el paciente en el reconocimiento de las personas o tenía dificultades para la

comunicación?

- › ¿Qué comportamiento indicaba que el paciente había tenido una visión?
- › ¿Cuánto duraba la visión?
- › ¿Describió el paciente la visión? ¿Cómo?
- › ¿Qué efecto tuvo la visión en el paciente? ¿Apaciguante? ¿Excitante? ¿Sin efecto aparente? ¿Otro?
- › ¿Cuánto tiempo después de la visión tardó el paciente en morir?
- › ¿Cree que la condición física del paciente o la medicación pudieron causar esta visión?
En caso afirmativo, diga por qué.
- › ¿Cuál era la actitud del paciente hacia la religión: positiva, negativa, neutral o no sabe?
¿Estaba afiliado a alguna iglesia o similar?
- › ¿Creía el paciente en la vida después de la muerte? ¿No lo sabe?
- › ¿Alguien más presencié el incidente? Nombres de los testigos.

LAS MUERTES QUE SANAN: PERSONAS QUE SE RECUPERAN MILAGROSAMENTE TRAS UNA ECM

Entre las secuelas más gratificantes que puede vivir una persona que ha sufrido una ECM se encuentra la de recuperarse milagrosa e inexplicablemente de una enfermedad terminal o hereditaria. Algunos de estos casos suponen un auténtico reto para la comunidad médica.

A lo largo de mi investigación, he visto a personas a las que una ECM les ha cambiado la vida de múltiples formas: algunos regresaron con poderes psíquicos, otros con el regalo de conocer algunos detalles del propio futuro; muchos recibieron instrucciones precisas relativas a la misión que debían llevar a cabo; hay quienes incluso conocieron en la muerte a la que habría de ser su media naranja, sin que nunca antes la hubieran visto. Y en todos los casos he podido advertir, en mayor o menor medida, un indiscutible antes y después de la experiencia, que en muchos de ellos desembocó en una profunda transformación de sus sistemas de creencias. Sin embargo, también conozco casos en los que algunos supervivientes de una ECM se recuperan milagrosa e inexplicablemente de una enfermedad terminal como el cáncer.

Señora, ¡usted debería estar muerta! El increíble caso de Anita Moorjani

Nacida en Singapur, criada en Hong Kong y educada en colegios e instituciones británicas, Anita Moorjani era de origen hindú y, como ella misma confesaba en su libro autobiográfico *Dying to be me* (2012) —publicado en español, al año siguiente, con el título *morir para ser yo*—, tenía un elevado nivel de hipocondría respecto al cáncer: «[...] cuanto más sabía de la enfermedad, más miedo me daban todas las cosas y circunstancias que podían causarla potencialmente. Empecé a creer que todo provocaba cáncer: los pesticidas, los hornos, los conservantes, la polución del aire, los recipientes de plástico para los alimentos, los móviles, etcétera. Mi temor fue en aumento, hasta que, finalmente, comencé a sentir miedo de la vida misma». Por otro lado, Anita había vivido siempre atrapada, en cierta medida, por las convenciones sociales, actuando conforme a las expectativas de los demás, soportando el peso de la presión cultural-familiar. Estas cuestiones serían de vital importancia para entender su ECM.

En el año 2002 le diagnosticaron un linfoma, un cáncer del sistema linfático. Lo tenía a la altura del cuello. Los exámenes médicos mostraron que se encontraba en fase 2, es decir, que la enfermedad se había extendido por el tórax y la zona de la axila. Le aconsejaron empezar con quimioterapia y radioterapia de

inmediato, pero ella se negó en rotundo. Había visto a algunos amigos muy cercanos pasar por ese calvario y no estaba dispuesta a vivirlo en sus carnes. En su lugar, dejó el trabajo y le dijo a su marido, Danny, que se iba a la India para someterse a un tratamiento de medicina tradicional ayurvédica. Y eso fue lo que hizo. Durante los meses que Anita estuvo allí, sintió que se recuperaba. Meses más tarde, regresó a Hong Kong con el convencimiento triunfante de que había superado la enfermedad. Decidió ponerse entonces en manos de la medicina tradicional china, pero las pautas de esta tradición respecto a la dieta que debía seguir, por ejemplo, eran opuestas a la tradición ayurvédica. Anita empezó a sentirse confusa. Probó con la naturopatía occidental, pero se encontró con el mismo problema. Su grado de confusión fue en aumento, en paralelo al de su miedo, y con estos ingredientes la enfermedad volvió a hacerse patente. El declive fue lento pero progresivo e imparable. Cuatro años más tarde, se encontraba entrando y saliendo del hospital, exhausta, derrotada y sin fuerzas. Los médicos dijeron: «Le quedan tres meses de vida, en el mejor de los casos. Los últimos escáneres muestran que los tumores han crecido y han aumentado de número y que el cáncer se ha extendido de forma bastante agresiva por su sistema linfático. Es demasiado tarde hasta para hacer quimioterapia. Su cuerpo no podría soportar la toxicidad en esta fase. Está demasiado débil para cualquier tratamiento. Ahora se irá debilitando cada vez más hasta que se vaya acercando a la muerte. Lo siento».

Anita vivía en estado de desahucio, deprimida, hundida, hasta que, un buen día, se despertó sintiéndose diferente. Un inexplicable sentimiento de euforia se mezcló con la resignación ante su muerte: «[...] sentí que estaba bien abandonarse, que todo iba a salir bien». Físicamente se encontraba en las últimas, pero emocionalmente se encontraba de maravilla. Estaba abrazando la enfermedad sin miedos por primera vez. A la mañana siguiente, ya no abrió los ojos. Ingresó en el hospital en coma. Y fue entonces cuando dio comienzo su ECM, pasando en una primera fase por una EFC en la que se observó a sí misma y vio en detalle cada actuación de los médicos, cada conversación. Cuando la trasladaron a la UCI, siguió siendo testigo privilegiado de cómo los médicos la desahuciaban. En concreto, uno de ellos le estaba diciendo a su marido: «No podemos hacer nada por su esposa, señor Moorjani. Sus órganos no funcionan. Tiene tumores del tamaño de limones por todo el sistema linfático, desde la base del cráneo hasta debajo del abdomen. Ha desarrollado lesiones en la piel que están cargadas de

toxinas. No creo que consiga sobrevivir a esta noche».

Mientras tanto, ella se encontraba ya entrando en otro estado de consciencia, sintiéndose ligera, envuelta por una sensación de paz y alegría inconmensurables, moviéndose por un mundo inédito, embriagándose de una sensación de amor puro e incondicional. Fue entonces cuando tuvo un encuentro con su padre, fallecido años atrás. Pudo comunicarse con él sin necesidad de palabras. También vio a su amiga Soni, fallecida años atrás a causa del cáncer. Incluso vio a su hermano viajando en avión para ir a verla al hospital. En aquel lugar todo era distinto, incluida la dimensión temporal, aunque de un modo difícilmente inexplicable. En ese estado, que ella describió como de consciencia expandida, tuvo una revelación: comprendió por qué había venido a la vida, cuál era su propósito, e incluso dónde descansaba la causa de su cáncer: «[...] comprendí que el cáncer no era un castigo por algo que hubiera hecho mal, ni tampoco un karma negativo como resultado de alguna de mis acciones, tal como había creído antes. Era como si cada momento albergara infinitas posibilidades, y el hecho de que me hallara en ese lugar en ese punto del tiempo era la culminación de cada una de las decisiones, elecciones y pensamientos que había tomado y tenido a lo largo de toda mi vida. Y en mi caso, mis muchos miedos y mi enorme poder se habían manifestado adoptando la forma de esa enfermedad».

En definitiva, su hipocondría, expresada por un miedo exacerbado a padecer un cáncer, que vino acompañada por una serie de rituales de intento de evitación de la enfermedad, así como sus inseguridades, confusiones y falta de confianza en sí misma, tratando de complacer a los demás en lugar de dejar que su verdadera esencia se expresara debido a las enormes presiones culturales, fueron las que, en conjunto, acabaron provocándole aquel cáncer terminal. Al menos esto es lo que Anita dio a entender tanto en su libro *Morir para ser yo* como en las múltiples entrevistas y conferencias en las que ha participado hasta el momento.

Pero ¿qué más le dijo su padre durante su ECM? Le hizo una pregunta: ¿permanecería con él o regresaría a su cuerpo? Anita no tenía muchas ganas de volver. Después de todo, su cuerpo estaba sumamente deteriorado. ¿Para qué regresar a una carcasa de carne, hueso y agonía? Su organismo estaba en las últimas y ella ya no podía más. Prefería quedarse. Los médicos ya le habían hecho las pruebas del funcionamiento de sus órganos y redactado su informe, pero en ese mundo en el que ella estaba, en aquel estado de consciencia extraña (en realidad, no sabemos qué es) al que

llamamos ECM, supo que el resultado de aquellas pruebas ya escritas dependería de si ella elegía morir o vivir, de modo que los resultados mostrarían un fallo orgánico si decidía morir; por el contrario, si elegía vivir, serían una señal de que sus órganos empezaban a funcionar de nuevo. Aun así, Anita seguía anclada en la idea de quedarse con su padre, pero este le advirtió de nuevo que, si seguía reafirmando en su voluntad de morir, ya no habría vuelta atrás. Con cada afirmación de su deseo de morir, accedía a un nuevo nivel de verdad, y al darse cuenta de quién era ella realmente, de la grandeza de su ser, pudo entender por primera vez lo rápido que recobraría la salud física si decidía seguir viviendo. Entendió que lo que verdaderamente quería era regresar a su cuerpo, totalmente convencida de que se recuperaría en tan solo unos días. También supo de forma anticipada que los médicos no serían capaces de explicarse su recuperación y que su caso daría la vuelta al mundo. Y así fue como regresó para vivir la vida sin miedo, y he aquí que, en efecto, se produjo el milagro de su asombrosa recuperación, un hecho que ningún médico ha podido explicar todavía.

La primera sorpresa que se llevaron sus médicos y familiares fue enterarse de que Anita guardaba un meticuloso registro memorístico sobre todo lo que había pasado y qué conversaciones habían tenido lugar tanto en la habitación como en los pasillos no solo porque estuvo en coma todo el tiempo, sino porque, además, estuvo con los ojos cerrados. Lo segundo que les maravilló fue que sus órganos, concretamente el hígado y el riñón, habían empezado a funcionar de nuevo, algo que ella ya sabía. Un par de días después, empezó a alimentarse por sí misma desechando la alimentación asistida por sonda. Cuando el oncólogo pasó a verla, unos días más tarde, no podía ocultar su sorpresa. Estaba a punto de comunicarle algo que todavía no acababa de creerse: «En los últimos tres días sus tumores se han reducido de modo muy considerable, y la inflamación de sus glándulas ha ido remitiendo hasta que ya casi se han quedado en la mitad de lo que eran antes». Aun así, los médicos actuaron con cautela y le administraron un tratamiento de quimioterapia, aquel mismo tratamiento que en el pasado tanto había temido Anita. A ella ya le daba igual si se la administraban o no. Estaba convencida de que todo iba a salir bien; se recuperaría, recobraría su salud. No sufrió ningún efecto secundario asociado a la quimioterapia. Ni siquiera se le cayó el pelo: «Me inundó una sensación de victoria. Había superado de forma tan absoluta el miedo a todo, desde el miedo a morir de cáncer hasta el terror a

la quimioterapia, que lo que estaba pasando servía para demostrarme que era el miedo lo que me había estado destruyendo».

Unos días después, los médicos le practicaron una biopsia en la médula ósea para determinar qué fármacos iban a administrar y en qué dosis, pero el oncólogo se encontró con un problema: no había ni rastro de cáncer en la médula. Anita le reprochó su incredulidad, pero él se reafirmó en la idea de que era imposible que la enfermedad hubiera desaparecido de un día para otro. El linfoma debía estar presente todavía, solo que no habían podido encontrarlo, y aquello eran malas noticias, porque, si no lo detectaban, no podrían determinar qué tratamiento seguir. Le hicieron otra biopsia, esta vez en el nódulo linfático. Anita sabía que no iban a encontrar nada. Y así fue. Los médicos no se dieron por vencidos. Allí tenía que haber un cáncer que se resistía a dar la cara. Le hicieron otra biopsia en un nódulo de difícil acceso. Nada. Anita protestaba y protestaba. ¿Por qué tenía que seguir tomando fármacos si no tenía cáncer? Pero los médicos seguían empeñados en demostrar que sí lo tenía. Finalmente, le hicieron una tomografía por emisión de positrones. Nada. Los médicos no tuvieron más remedio que admitir que había sucedido lo imposible. El 9 de marzo de 2006, tras varios años de sufrimiento, Anita recibió el alta.

La prueba...

Los datos y casos recogidos por la antropología y el anecdotario médico sugieren que las personas pueden morir de pura sugestión. En 1992 el científico Clifton K. Meador, médico de la Escuela de Medicina de la Universidad de Vanderbilt, exponía el caso de un hombre llamado Sam Schoeman, que había sido diagnosticado de cáncer terminal con metástasis. Le dieron un mes de vida. Murió en el tiempo previsto, pero la autopsia reveló que los médicos se habían equivocado. Solo había un pequeño nódulo canceroso de dos centímetros y no había metástasis alguna. Meador dedujo que la creencia del hombre en su inminente muerte fue la causa del fallecimiento: «No murió de cáncer, sino de creer que estaba muriendo de cáncer. Si todos te tratan como si te estuvieras muriendo, uno acaba por creérselo. Todo dentro de tu ser se vuelve hacia la muerte».

Médicos como el oncólogo Jeffrey Long, quien, además, es un gran estudioso de las ECM, no ocultaron su asombro ante este insólito caso de recuperación espontánea. Conozco bien al doctor Long porque llevo varios años en contacto con él intercambiando información sobre las ECM. Otro oncólogo que se interesó en conocer la historia de Anita fue un tal Peter Ko, quien por lo visto

tenía un interés especial en los casos de remisión espontánea como el suyo. Anita le mandó sus informes médicos. Ko, según ella, se quedó tan intrigado que fue personalmente a Hong Kong para ahondar más en la historia. Jamás se había enfrentado a un caso de remisión espontánea desde un estado tan avanzado. La cuestión es que yo traté de averiguar por todos los medios quién era Peter Ko, sin éxito alguno. Cuando me puse en contacto con el equipo de asistentes de Anita Moorjani, me dijeron que no tenían sus datos de contacto, cosa difícil de creer, porque si ambos se habían intercambiado correos electrónicos, habían hablado por teléfono, él fue a verla a Hong Kong e incluso participaron en conferencias públicas y entrevistas juntos, lo lógico es que los tuviera. No solo eso, sino que, además, me fue imposible encontrar el vídeo en el que aparecían juntos en la conferencia en que participaron. Si alguna vez estuvo en la página web de Anita Moorjani, lo han eliminado. Opté por ponerme en contacto con el oncólogo Jeffrey Long, pues, al parecer, él mismo había tenido la oportunidad de hablar por teléfono con Ko. No quise mostrarme inquisitiva, así que lo primero que le pregunté fue su opinión personal sobre el caso. Esto fue lo que me dijo: «Revisé la ECM de Anita y su increíble recuperación. Es médicamente inexplicable. Los médicos no solemos hablar de “milagros”, pero esta es la palabra más apropiada para describir su experiencia». También le pregunté si conocía otros casos como el de esta mujer. Me dijo que, en efecto, se había encontrado con otras ECM cuyo principal efecto secundario fue una curación inexplicable: «Son raros, pero existen». Y respecto al enigmático doctor Ko, me dijo que él sabía que este había estudiado los informes médicos de Anita, pero que, lamentablemente, no tenía sus datos de contacto. Aquí fue donde me puse pesada, debo reconocerlo, pero es que la intriga ya tocaba techos altos. Insistí en que me ayudara a localizarlo. Le expuse claramente mis dudas respecto a la existencia de este hombre, e incluso le dije que me habían llegado rumores de que él mismo había discutido el caso de Anita por teléfono con el ya misteriosísimo doctor Ko. ¿Era tímido? ¿No quería darse a conocer? ¿No era un poco raro todo aquello, teniendo en cuenta que, según Anita, Peter Ko había enviado su informe a una batería de medios de comunicación e institutos de investigación sobre el cáncer, e incluso había participado en una conferencia grabada (¿dónde está ese vídeo?)? Además, en el especial que National Geographic grabó con relación al caso de Anita en su serie documental *Paranatural*, tampoco vi a ningún Peter Ko: salían Anita, su marido y el mismo Long. Ni rastro de

Peter Ko. Long me confesó que no era la primera persona que le preguntaba por este misterioso oncólogo al que nadie podía localizar, y que él, hasta donde podía recordar, no había hablado con él jamás. De hecho, hizo una búsqueda por palabras en su programa de correo electrónico para mí, usando las palabras «Dr. Ko» y «Peter Ko». No encontró ni un solo correo suyo, únicamente los de otras personas que preguntaban a Long si sabía de su existencia.

A estas alturas, dudo seriamente de la existencia del doctor Ko. No estoy diciendo que su ECM no sea cierta, ni que no se recuperase de un cáncer, pero la negativa del equipo de asistentes de Anita Moorjani a la hora de ayudarme a localizar a Peter Ko me siembra serias sospechas. Y, francamente, en los años que llevo recorriendo el mundo tras la pista del misterio, este tipo de actitudes suele esconder algo. ¿Qué? Me gustaría saberlo. Es decir, si el doctor Ko quisiera pasar desapercibido y no vincularse con este caso por temor a alguna represalia en su lugar de trabajo, por ejemplo, al menos podrían darse pruebas de su identidad tras la firma previa de un contrato de confidencialidad con los periodistas, como en otras ocasiones se me ha ofrecido en casos no relacionados con las ECM, pero sí con temas tan delicados como la arqueología extraterrestre. De cualquier modo, que yo no haya sido capaz de contactar personalmente a Peter Ko no significa que no exista, pero el equipo de Anita Moorjani tampoco me ha ayudado mucho. Ojalá en el futuro sean capaces de aclararme este punto. Mientras tanto, y por la honestidad que les debo, prefiero no reproducir el informe que el supuesto doctor Ko realizó tras investigar los expedientes médicos de Moorjani, puesto que no estoy segura de quién lo escribió en realidad. Sigo, eso sí, tratando de localizarle en persona. Si eso llegase a suceder, me retractaré inmediatamente de mi actitud recelosa.

Por otro lado, he leído las investigaciones en torno al cáncer linfático del Programa de Vigilancia, Epidemiología y Resultados Finales (SEER, por sus siglas en inglés), en el marco del National Cancer Institute estadounidense, y hablan de tasas de supervivencia y remisión espontánea bastante elevadas, incluso en etapas avanzadas. Aun así, tal y como constatan este tipo de instituciones y observatorios del cáncer, «las tasas de supervivencia se basan en resultados previos de muchas personas que han tenido la enfermedad, pero no puede preverse qué le sucederá a una persona en particular. Hay muchos otros factores que podrían afectar el pronóstico de una persona, como la edad, el estado general de salud

y cómo responda al tratamiento contra el cáncer».

A mí, como siempre, me gusta exponer los hechos y frutos de mis investigaciones sin aleccionar ni adoctrinar a nadie. Siempre he animado a la gente a pensar por sí misma, aportándoles pruebas tanto a favor como en contra. Siendo así, no podía dejar de mostrarles las dos caras de este caso. Las conclusiones, eso sí, deberán sacarlas ustedes mismos. ¿Qué opinan?

Mellen-Thomas Benedict, el vidriero con cáncer cerebral terminal que se recuperó tras una ECM

El artista vidriero Mellen-Thomas Benedict, residente en California, pasó por la década de 1970 terriblemente preocupado por los problemas de la contaminación del planeta, hasta el punto de pensar que los seres humanos eran un cáncer para la tierra. Así lo veía él: el planeta era un organismo vivo comido por la invasión cancerosa de todos y cada uno de los seres humanos. A principios de la década siguiente, Benedict perdía la batalla contra un cáncer cerebral terminal. Se había convertido en lo que pensaba que era, nunca mejor dicho: un cáncer. Según él mismo confesaba, su negatividad fue lo que le llevó a aquel punto: «Eso es lo que me mató. Ten cuidado con cuál es tu visión del mundo. Se puede volver contra ti si es una visión negativa». Los médicos le habían dicho que su caso era inoperable. Tampoco podían tratarle con quimioterapia porque, al parecer, no habría hecho más que complicar su situación convirtiéndole en un vegetal. Le dieron ocho meses de vida. Un buen día, se despertó a las cuatro de la madrugada con el convencimiento de que sería su última jornada en la tierra, y en cierto modo así fue: «De súbito, me encontraba totalmente consciente y de pie, pero mi cuerpo seguía en la cama. Estaba aquella oscuridad a mi alrededor. Estar fuera del cuerpo era una experiencia aún más vívida que la ordinaria. Era tan vívida que podía ver cada habitación de la casa, podía ver el techo de la casa, podía ver los alrededores de la casa, podía ver por debajo de la casa. Vi una luz brillante. Me volví hacia ella [...]. Era tan magnífica. Tangible. Se la podía sentir. Era atractiva. Querías ir hacia ella como querías hacerlo a los brazos de tu madre o padre ideal. Cuando empecé a acercarme a la luz, supe intuitivamente que, si iba hacia ella, moriría. Así que, mientras me acercaba, dije: “Por favor, espera un momento. Quiero pensarlo; me gustaría decir algo antes de partir”. Para mi sorpresa, toda la experiencia se paró en ese punto. Tú controlas tu experiencia de vida tras la muerte. No vas montado en una montaña rusa. Así que, mi petición fue

atendida y tuve algunas conversaciones con esa luz, que se iba transformando en diferentes figuras, tales como Jesús, Buda, Krishna, mandalas, imágenes arquetípicas y signos. Le pregunté a la luz: “¿Qué está pasando aquí? Por favor, luz, explícamelo. Quiero saber la verdad”. En realidad no puedo reproducir las palabras exactas que dije en ese momento, porque era una especie de telepatía».

Mellen-Thomas se había atrevido a pedirle explicaciones a la luz, y esta le correspondió transmitiéndole una vasta información. Lo primero de lo que se dio cuenta fue de que, según las creencias de cada cual, la luz se revelaba o interpretaba de una forma u otra. La naturaleza de su esencia, para Mellen-Thomas, no era otra más que la matriz de nuestro Yo Superior. Tras darse cuenta de que todos estamos conectados mediante nuestros respectivos Yoes Superiores, le dijo a la luz que estaba listo para partir. Podía llevarle consigo: «Entonces la luz se transformó en la cosa más hermosa que he visto jamás: un mandala de almas humanas en este planeta [...]. El alma humana, la matriz humana que formamos todos juntos, es absolutamente fantástica, elegante, exótica, todo. Apenas puedo describir lo mucho que cambió mi opinión sobre los seres humanos en aquel instante. Dije: “¡Oh, Dios! ¡No sabía lo hermosos que somos!”. A cualquier nivel, alto o bajo, en cualquier forma en la que estés, eres la más hermosa creación, lo eres. Me asombré al ver que no había mal en ningún alma. Dije: “¿Cómo es posible?”. La respuesta fue que ningún alma es intrínsecamente mala. Las cosas terribles que les pasan a los seres humanos pueden llevarlos a hacer cosas malas, pero su alma no es mala. La luz me dijo que todo lo que los seres humanos buscan, lo que los sostiene, es el amor. Lo que desvía al ser humano es la falta de amor. Las revelaciones procedentes de la luz parecían seguir y seguir. Entonces le pregunté: “¿Significa esto que la humanidad será salvada?”. Entonces, como un toque de trompeta con una lluvia de luces en espiral, la gran luz habló diciendo: “Recuerda esto y no lo olvides nunca; tú te salvas, tú te redimes y tú te curas a ti mismo. Siempre lo has hecho. Siempre lo harás. Fuiste creado con el poder de hacerlo así desde antes del principio del mundo”».

A continuación, Mellen-Thomas fue absorbido por aquella luz intensa. El amor que emanaba y lo contagiaba era indescriptible. Entró ¿en otra dimensión?, un lugar que él describió como otro «reino», en el que había otra luz todavía más brillante y poderosa, que, según le indicaron, era el río de la vida. Le invitaron a beber de ella hasta que su corazón se regocijara, y eso hizo: «Era como

beber la vida misma. Estaba en éxtasis». La sabia luz parecía saberlo todo de él, incluso era capaz de adivinar sus deseos, y como respuesta a su deseo de conocer y explorar el universo, Mellen-Thomas fue expulsado al espacio atravesando el centro de la galaxia. Allí, siempre según su versión, adquirió nuevos conocimientos sobre el universo: «Aprendí que esta galaxia, y todo el universo, es una explosión de diferentes variedades de vida. Vi muchos mundos. ¡La buena noticia es que no estamos solos en este universo! [...] Al principio pensé que iba a algún sitio, viajando realmente. ¡Pero entonces me di cuenta de que, a medida que la corriente se expandía, mi consciencia también se expandía hasta englobar cada cosa del universo! Toda la creación pasó por mí. ¡Era una maravilla inimaginable! ¡Yo era realmente un niño maravilloso, un bebé en el País de las Maravillas! Era como si todas las creaciones del universo desfilaran por mi lado y se desvanecieran en una mancha de luz. Casi inmediatamente, una segunda luz apareció ante mí. Venía de todas partes. Era tan diferente, una luz compuesta de frecuencias más numerosas que las presentes en el universo. De nuevo, sentí y oí múltiples dulces explosiones sonoras. Mi consciencia, o mi ser, se expandía para entrelazarse con todo el universo holográfico y más allá».

Aquella segunda luz con la que se encontró en el espacio sideral le permitió acceder a un nuevo nivel de verdad: «En este punto, sentí una profunda calma, más allá de todo silencio. Podía ver o percibir más allá del infinito, eternamente. Estaba en el vacío, en la precreación, antes del Big Bang. Había cruzado el principio del tiempo, la primera palabra, la primera vibración. Estaba en el ojo de la creación. Sentí como si tocara la cara de Dios. No era un sentimiento religioso. Simplemente era uno con la vida y la consciencia absolutas. Cuando digo que podía ver eternamente, quiero decir que podía experimentar toda la creación generándose a sí misma. No tenía un principio ni un fin. Es un pensamiento que expande la mente, ¿no? Los científicos perciben el Big Bang como el suceso que creó el universo. Pero yo aprendí en mi ECM que el Big Bang es solo uno de un infinito número de Big Bangs que crean universos de forma simultánea y constante. Las únicas imágenes que se les aproximan en términos humanos serían aquellas creadas por supercomputadoras utilizando ecuaciones de geometría fractal. Los antiguos ya lo sospechaban. Ellos decían que Dios creaba nuevos universos periódicamente al exhalar, y destruía otros tantos al inspirar [...]. ¡El vacío es menos que nada, pero es más que todo lo que es! El vacío es el cero absoluto; un caos formando todas las

posibilidades. Es la consciencia absoluta; mucho más incluso que la inteligencia universal [...]. El vacío está dentro y fuera de todas las cosas. Tú, en este mismo momento, mientras estás viviendo, eres permanente y simultáneamente, por dentro y por fuera..., vacío. No tienes que trasladarte ni morirte ni ninguna otra cosa para ir allí. El vacío es la vacuidad o la nada entre todas las manifestaciones físicas. El espacio entre los átomos y sus componentes. La ciencia moderna ha empezado a estudiar este espacio entre todo. [...] Lo que los místicos llaman «vacío» no es un vacío. Está repleto de energía, una clase diferente de energía que ha creado todo lo que somos. Después del Big Bang, todo es vibración».

Fueron muchas más las increíbles peripecias estelares que Mellen-Thomas vivió durante su ECM, así como las revelaciones que obtuvo en ellas, que son numerosas, pero creo que este preámbulo basta para ponernos en situación sobre lo que vino después, mientras él estaba en la escuela del Más Allá conociendo los misterios de la vida, la muerte y el universo. Mientras tanto, en el planeta Tierra y, concretamente, en el hospital para enfermos terminales en el que estaba ingresado, su cuidadora ya llevaba más de una hora y media velándole en la más absoluta soledad, y es que estaba realmente muerto, como así lo atestiguaban el monitor cardíaco y otros aparatos de monitorización. Sin embargo, al cabo de esa hora y media, volvió a la vida. Al despertar, el mundo le parecía un sueño, comparado con la realidad que él había conocido al otro lado. Fue digiriendo lo que había experimentado lenta y progresivamente, día a día, al tiempo que iba sintiéndose mejor. De hecho, ¡se sentía muy bien! Tres meses más tarde, los exámenes médicos le dieron la mejor de las noticias, y también la más inesperada: ya no tenía cáncer. Mellen-Thomas le replicó a su médico: «¡Pero eso es un milagro!». El facultativo respondió, sin mostrar el menor signo de sorpresa: «No, estas cosas pasan; se llama remisión espontánea».

Y esta es la historia de un hombre que volvió de la muerte más vivo que nunca, profundamente transformado, positivo, eufórico... Sano. Aunque yo tampoco me obsesionaría con la palabra «sano», ni me obcecaría en vivir para siempre. Como el mismo Mellen-Thomas dijo en una ocasión, el truco no consiste en vivir eternamente en un cuerpo —algo que, según él, podrá lograrse en el futuro con los avances genéticos que se irán dando (aunque, tras sobrepasar los ciento cincuenta años de edad, se tendrá el anhelo intuitivo de querer cambiar de canal)—, sino en hacerlo como lo estamos haciendo hasta ahora, de reencarnación en reencarnación, porque

ya somos eternos.

Lo curioso es que, gracias al conocimiento que adquirió en aquel increíble viaje a los confines del universo y la inteligencia universal, Mellen-Thomas fue capaz de teorizar, desarrollar e incluso patentar algunas tecnologías, tal y como le sucediera a otros supervivientes de una ECM. ¿Realmente quienes viven esta suerte de experiencias son personas privilegiadas, capaces de alcanzar unos sofisticados niveles de conocimiento y verdad? No lo sé. Tal vez, algún día, lo sepamos todos. Su relato puede parecernos demasiado fantástico, una historia de ciencia ficción. Sin embargo, los que más estudiaron el caso de Mellen-Thomas fueron los doctores Kenneth Ring y Janice Holden, ambos con una gran trayectoria de rigurosidad en el estudio de las ECM y con un exhaustivo trabajo de investigación a sus espaldas. Los dos expertos encontraron pruebas suficientes para apoyar la credibilidad de la historia de Benedict.

“

Transcripción de mi entrevista con Mellen-Thomas Benedict

YO. Tu caso me llamó mucho la atención porque parece que tu ECM tuvo como consecuencia que te curaste de un cáncer terminal. ¿Se suponía que debías morir o te habían dado alguna esperanza los médicos?

M. T. Me habían diagnosticado un cáncer cerebral terminal. Me dieron ocho meses de vida. No había esperanza. Aun así, querían que me sometiera a radiación, una operación... Pero, tras hablarlo con mi médico, decidí que lo mejor era encontrar algún lugar donde morir. Acabé en un pequeño centro de cuidados paliativos, que en Estados Unidos llamamos «hospice», una organización sin ánimo de lucro, un lugar al que puedes ir para quedarte y recibir cuidados hasta el momento de tu muerte. Allí es donde tuve mi ECM.

YO. ¿Qué dirías que fue lo que más te impactó de ese mundo al que fuiste?

M. T. Mi ECM tuvo lugar antes de la generalización del uso de internet [...], fue bastante diferente a las que usualmente se reportan ahora, en la era de las nuevas tecnologías. Hoy por hoy, todos parecen tener el mismo tipo de experiencia, el túnel de luz y todo eso. Antes de que llegase internet, el túnel de luz no era un elemento común en las ECM. Hay una gran diferencia entre las ECM anteriores y posteriores a internet.

YO. ¿Así que internet ha influido en estos tipos de experiencias?

M. T. Se ha vuelto un círculo cerrado. Antes de la era de internet, una persona que había pasado por una ECM tardaba cinco años en poder hablar de ello, mientras que ahora, estornudas, tienes una ECM y escribes un libro. Es como ir a un parque de atracciones. Creo que cada persona tiene una ECM diferente dependiendo de su trasfondo religioso o su experiencia vital, así que lo que yo esperaría es que cada uno tuviese su propia experiencia única. Llevo treinta años investigando el fenómeno alrededor del mundo, y siendo investigado asimismo. Trato de hacer entender a la gente lo que está pasando, que es una experiencia natural, que no es física. Algunos lo consideran casi religioso, casi metafísico o espiritual. Y realmente no es ninguna de estas cosas. Es un hecho muy natural. Doy conferencias sobre la materia y puedo decirte que las ECM son tan comunes en humanos como en plantas, animales y estrellas. Cuando una estrella muere, crea otras estrellas nuevas. Eso es reencarnación. Yo fui el primero, que se sepa, que detuvo la experiencia y empecé a interactuar con ella de un modo completamente diferente. Me di cuenta de que

estaba teniendo una experiencia que parecía interactiva, y por eso le pregunté a la luz: «Hey, ¿puedes parar aquí? Tengo algunas preguntas». Y la luz dijo: «Sí, claro. ¿Cuáles son tus preguntas?». Y así fue como tuvimos una larga conversación. No vi a nadie que conociera, a ningún miembro de mi familia ni nada de eso, pero sí me encontré con un par de personas interesantes; eran patrones encarnacionales: Walter Russell, un gran científico, y Ghadiali Dinshah, un terapeuta famoso en los años veinte del siglo pasado. Me encontré a estos dos al otro lado y me educaron. Le hice a la luz un montón de preguntas significativas que jamás había hecho antes, y no sé muy bien por qué, pero como yo creía que la humanidad era un asco y que íbamos a destruir el mundo, lo primero que le pregunté fue por qué los humanos éramos tan oscuros, peligrosos y malvados. Entonces la luz me puso dentro de ella, era como un mandala, y entonces vi las almas humanas, porque sentí que podía ver en todas y cada una de ellas, incluida la mía. ¡Jamás había visto mi propia alma! Lo que vi fue que el alma humana no es oscura. No me importa quién eres, qué has hecho, tus acciones oscuras... Todo está hecho de luz, ya seas Adolf Hitler o el Papa. Todos tenemos esa pureza en nuestro interior, y no podemos corromperla. Esto me dejó muy tocado, y empecé a ver la humanidad de otra manera, porque mientras miraba estas almas, la luz me decía: «Oh, bellas almas», la luz nos veía bellos.

YO. Sé que creaste algunas nuevas tecnologías gracias al conocimiento que adquiriste durante tu ECM...

M. T. Me volví inventor tras mi ECM, pero de niño siempre me gustaba arreglar los juguetes rotos del vecindario; yo era el que siempre los reparaba, así que ya había algo de inventor en mí, no es algo que me dieran por arte de magia. Cuando le pregunté a la luz qué podría hacer cuando volviera a mi nueva vida, me dijo que mi talento estaba en la invención, ya fuera la escritura, el arte, inventar cosas... Lo que pasa es que yo creía que no iba a volver a mi cuerpo, pensaba que iba a reencarnarme en un nuevo ser.

YO. ¿De veras? Así que al principio tú creías que ibas a regresar en otro cuerpo.

M. T. Bueno, eso creía... La luz me explicó que la reencarnación era la forma más natural a través de la cual el universo hace las cosas. Por eso las plantas también tienen ECM, los animales... Todo el universo está hecho para regenerar y reencarnar, de una forma u otra. Muchos sobreviven a la muerte de diferentes formas hasta que entran en una nueva encarnación. Lo que a mí me pasó es que, a pesar de que entendí de qué iba la reencarnación, no volví en un cuerpo nuevo, sino que regresé al viejo. Unos días más tarde, me encontraba pensando: «Vaya tela, he tenido una experiencia de la leche, y aquí estoy otra vez, ¡justo donde empecé!».

YO. ¿No se sorprendieron los médicos cuando te recuperaste? ¿Qué te dijeron? ¿Que era un milagro?

M. T. No, no dijeron nada de eso. Yo les había dicho que no quería que me reanimasen si moría, y se dieron cuenta de que estaba vivo porque, al volver en mí, traté de levantarme y me caí al suelo. Entraron al oír el ruido. Mi cuidadora dijo que yo no dejaba de murmurar: «¡Amo mi vida!». Esa frase se convirtió en mi mantra. Estaban bastante sorprendidos. No sé cómo empecé a sanar, si al tener la ECM o después, pero un día me dijeron que ya no me iba a morir y que podía volver a casa. Me hicieron pruebas. Yo no quería que me las hicieran porque acababa de tener una experiencia maravillosa y ya no me importaba nada, porque me sentía genial. No quería saber si todavía tenía cáncer o no, e incluso me negué durante meses a que me hicieran pruebas, pero luego mis amigos me convencieron y me las hice. Ni rastro de cáncer. Fui el único que dijo que aquello era un milagro. Pero los médicos dijeron que no, que aquello no se llamaba «milagro», que ellos lo llamaban «remisiones espontáneas». Pasa más de lo que piensas. Hay gente a la que le dan un diagnóstico terminal y, de repente, el cáncer desaparece. Han pasado treinta años y jamás he tenido una recaída.

YO. ¿Tienes alguna teoría sobre lo que son las ECM?

M. T. Sí. Lo que nos creó a nosotros fue la tierra. No fueron los extraterrestres, ni un dios, ni nada de eso. Somos una expresión natural del universo. Nuestra galaxia es una

de las más antiguas, y somos más viejos de lo que pensamos. La luz no es Dios, y creo que esa palabra, «Dios», es un poco comodín y la gente la usa cuando no entiende lo que es el universo. Mueres y te reencarnas. Puedes influir en este hecho si te vuelves más consciente y aprendes cómo guiar tu consciencia, e incluso naces con más consciencia, cosa que estamos viendo mucho ahora con los llamados «niños índigo». En estos momentos estamos muriendo siendo más conscientes y naciendo siendo más conscientes que nunca. Se trata de un tema evolutivo. Cuando le pregunté a la luz cuál era el plan para poder seguirlo, me dijo que no había ningún plan. Debemos apreciar el universo, explorarlo, vivir nuestra magnífica vida. Ese es el regalo que tú le retornas al universo.

YO. Entonces, ¿qué dirías tú que es esa palabra que la gente tanto usa preguntándose si existe: el Más Allá? ¿No hay un Más Allá?

M. T. Hay una cosa muy interesante que aprendí sobre el Más Allá: es la vida que estás viviendo ahora. Vivimos en el Más Allá a causa de la reencarnación. El otro lado es solo un punto de transición porque tu energía regresa adonde debe, que en nuestro caso, para los humanos, es el planeta Tierra, porque todavía no hemos terminado en este camino. Algún día puede que ya no necesitemos un cuerpo, y que tengamos un aspecto bastante distinto al que tenemos ahora... ¡Hace un millón de años también éramos bastante diferentes! Hemos evolucionado. Yo no quiero volver atrás. Solo quiero ir hacia delante. Por eso la luz dijo que debíamos amar esta vida que tenemos ahora tal y como la conocemos, porque es un gran logro.

”

El hombre que sanó de una parálisis cerebral tras una ECM: el paciente 10 de Penny Sartori

Entre los supuestos de personas que se han recuperado de forma milagrosa e inexplicable de una dolencia o enfermedad a raíz de una ECM está el de un paciente que se curó de una parálisis congénita. El historial médico de este hombre fue investigado por Penny Sartori, una de las jóvenes promesas en el estudio de las ECM. Esta británica estuvo trabajando como enfermera con pacientes que recibían cuidados intensivos y, en la actualidad, se dedica a la investigación médica, concretamente, en el campo de las ECM. Hace unos años, mientras realizaba un estudio sobre EFC, Penny se encontró casualmente con una persona que no solo había tenido una EFC verificable, sino que, además, se curó de una afección congénita a raíz de una ECM o, por lo menos, así lo sugerían las evidencias relativas a este caso. Tras estudiarlo en profundidad, Sartori publicó un artículo en la revista especializada de la IANDS.

Ocurrió de la siguiente manera. La investigadora estaba realizando una serie de preguntas al hombre —conocido en el ámbito de los estudios sobre ECM como el Paciente 10— sobre su EFC cuando, en un momento dado, este entendió mal una pregunta y le contestó algo que no tenía nada que ver con ella. Penny se quedó atónita al oírlo: «Siempre he tenido la mano izquierda bien,

pero la derecha solía estar así [hizo un gesto de contracción en puño]. Y así la he tenido durante toda mi vida, y ya van sesenta años. Jamás pude abrir la mano. [...] Y ahora puedo abrirla. Me dijeron que mis riñones no funcionaban bien. Y ahora también están perfectos. Además, he perdido peso. Antes, tenía las piernas entumecidas e hinchadas, y ahora las siento como si tuviera dos años, están delgadas. Hasta mi hermana se ha quedado de piedra con lo de mi mano. Tengo parálisis cerebral, tenía la mano así [cerrada en puño], y ahora puedo abrirla. La noto un poco tensa, pero puedo abrirla [...]. Ha sido a raíz de la experiencia. Ahora puedo hacer de todo con mi mano, cocinar, etcétera. Le dijeron a mi hermana que ya no era necesario que me sometiera al tratamiento para los riñones, porque funcionan perfectamente [...]. También he notado, desde que volví a casa [...], que ahora camino más tieso que un palo. Antes no podía. No sé por qué, pero me he vuelto más alto... Es decir, no soy más alto, pero camino derecho, ya no voy encorvado. Padecía caída del pie [un trastorno neuromuscular que afecta a la capacidad del paciente para levantar su pie desde el tobillo], pero eso también se me ha quitado. No sé por qué... Dicen que eso no se cura, pero...».

“

Mi entrevista con Penny Sartori: «Algunas personas dejan de usar relojes tras una ECM porque estos se paran»

YO. ¿Cuántos años llevas ya investigando las ECM?

P. S. Llevo alrededor de veinte años. Son un objeto de estudio fascinante y lo cierto es que las ECM me han abierto la mente a cosas que jamás había considerado seriamente. Empecé a investigar las ECM para aprender más sobre la muerte y el proceso de morir, y lo que pasó fue que las ECM me enseñaron la maravilla del vivir. Estudiarlas ha transformado mi vida y mi actitud ante ella. Aprender sobre la muerte te enseña mucho sobre la vida y, sobre todo, te enseña a vivirla plenamente.

YO. ¿Dirías que la curación espontánea es uno de los posibles efectos secundarios de las ECM?

P. S. Sí, creo que sí. Desafortunadamente, hay pocas personas que estudien las ECM en profundidad, especialmente en el ámbito hospitalario, así que, cuando estas curaciones se producen, es fácil que pasen desapercibidas y los médicos piensen que se deben a un error de diagnóstico o a que el paciente, en su día, exageró los síntomas. Lo que a mí me parece particularmente intrigante es que la gente invierta mucho tiempo en intentar desacreditar estos casos cuando se informa de ellos. Yo siento una enorme curiosidad por esos mismos casos, y creo que, antes de desacreditarlos, sería importante examinar bien los hechos. Puede que haya un vínculo entre la curación y las ECM, y creo (especialmente desde el punto de vista de alguien como yo, que he sido enfermera durante muchos años) que podemos aprender muchísimo al respecto si lo estudiamos más en profundidad. Si estas personas se han curado espontáneamente, podría deberse a algún tipo de mecanismo que no alcanzamos a entender todavía muy bien; si lográramos entenderlo, podríamos aplicarlo a otras personas con un diagnóstico similar. Creo que el tiempo que la gente se pasa intentando desacreditar los casos debería ser

invertido en tratar de encontrar una explicación más profunda. Un mayor conocimiento de cómo se producen estas curaciones espontáneas podría llevarnos a avanzar en la forma en la que tratamos a los enfermos.

YO. ¿Has conseguido registrar otros casos de curación espontánea tras una ECM similares al descrito en tu artículo?

P. S. El único caso que he estudiado en el hospital es el del Paciente 10. Este hombre estaba diagnosticado con una parálisis cerebral de nacimiento, y su mano derecha siempre estuvo, durante toda su vida, contraída. Sin embargo, tras su ECM (a la edad de sesenta años), fue capaz de abrirla totalmente. Jamás había podido hacerlo antes y tengo una declaración firmada de la hermana de este hombre que lo confirma. La contractura de su mano estaba diagnosticada desde su nacimiento. Les pregunté a los médicos y fisioterapeutas cómo pudo producirse aquello, y ninguno fue capaz de darme una explicación. Tal y como un fisioterapeuta me explicó, un hombre que había pasado toda su vida, durante sesenta años, con la mano así no podría abrirla porque sus tendones estarían permanentemente contraídos en esta posición. Tengo fotografías del Paciente 10 abriendo su mano tras la ECM. No podemos darle una explicación [...].

Hay muchos otros que me han escrito describiendo curaciones espontáneas, pero el momento en el que me las comunicaron era posterior a los hechos, así que no tuve posibilidad de investigarlas en profundidad. Creo que es importante que haya más investigación en el ámbito hospitalario para que los detalles puedan examinarse lo antes posible cuando un paciente informa que ha tenido una ECM.

Los casos de curación espontánea son emocionantes porque nos brindan la oportunidad de aprender mucho de ellos. Creo que existe la posibilidad de que podamos llegar a desarrollar técnicas de curación no invasiva con las que apoyar nuestras intervenciones médicas convencionales.

Cuando leo sobre casos como los de Anita Moorjani y Mellen-Thomas, se me hace más que aparente que estas personas cambiaron radicalmente sus patrones de pensamiento como resultado del conocimiento que adquirieron durante sus ECM, lo cual viene a reiterar el hecho de cuán poderosas son nuestras mentes y qué poco nos damos cuenta de cómo influyen en nuestra salud.

YO. ¿Qué otros efectos secundarios de las ECM te llaman más la atención?

P. S. Hay varios efectos secundarios bastante inusuales con relación a las ECM. Uno que realmente me fascina es que algunas personas desarrollan un cambio en sus campos electromagnéticos y se dan cuenta de que no pueden usar relojes porque estos dejan de funcionar al ponérselos y, sin embargo, vuelven a ponerse en marcha cuando otros se los ponen. Pueden llegar a tener problemas con los aparatos eléctricos, los ordenadores, las luces, etcétera, que no funcionan bien en su presencia.

Otros se encuentran con que han desarrollado habilidades psíquicas: pueden leer las mentes o incluso tienen premoniciones. Se trata de habilidades no deseadas y aquellos que las experimentan no están a gusto con ellas. Una mujer con la que hablé tenía este mismo problema tras su ECM, y le asustaba salir y ver gente porque podía adivinar lo que iba a pasarles aunque fueran completamente extraños. Trató de bloquear este poder por todos los medios, usando auriculares y escuchando música muy alta cada vez que iba a algún lugar público.

YO. En tu opinión, ¿existe el Más Allá? ¿Cómo describirías, en cualquier caso, lo que hay tras la muerte?

P. S. Siempre me hacen esta pregunta y creo que es errónea. Lo que deberíamos estar preguntando es: ¿existe la consciencia? Es importante que consideremos esta cuestión más profundamente. Los minuciosos estudios que he llevado a cabo en materia de ECM a lo largo de mi carrera me han dado una visión diferente sobre la consciencia. Creo que nuestra actual creencia científica reduccionista sobre la consciencia como producto del cerebro tiene muchos defectos. Yo no creo ya que la consciencia sea producto del cerebro. A la luz de mis investigaciones, lo que tengo cada vez más claro es que el cerebro media en la consciencia, pero no la produce. Hay momentos en la vida de una persona, por ejemplo, cuando se encuentra

próxima a la muerte, en los que ese filtro de acción se relaja y el cerebro, en lugar de crear una experiencia, permite a esta consciencia manifestarse con plenitud. Básicamente, lo que esto sugiere es que somos seres espirituales que tienen experiencias humanas. Parece que nuestra consciencia es eterna.

”

Penny no salía de su asombro. Sé que es una persona extremadamente rigurosa en sus investigaciones, así que tampoco me sorprendieron las posteriores pesquisas que llevó a cabo. Consultó los expedientes médicos de ingreso en el hospital. Efectivamente, los documentos probaban que el Paciente 10 tenía una parálisis cerebral con hemiplejía espástica derecha. El paciente le había asegurado que su mano era como una garra antes de la ECM, y siempre lo había sido, durante toda su vida. La hermana ratificó el testimonio. Además, Sartori corroboró, con el fisioterapeuta del hospital, que era imposible que aquel hombre hubiese podido abrir la mano sin cirugía. Habría necesitado una operación con el fin de liberar unos tendones que habían estado contraídos durante sesenta años. Ni que decir tiene que jamás le habían realizado tal operación quirúrgica. La conclusión de Sartori no podía ser otra: el motivo por el que el paciente fue capaz de abrir la mano era un misterio. Sartori tampoco pensaba que aquel hombre y su hermana se lo hubieran inventado todo, especialmente por la forma casual y azarosa en la que descubrió aquel insólito efecto secundario de su ECM.

¿Milagros o placebos?

En cierto sentido, tal como ya me advirtió Irving Kirsch, director asociado del Programa de Estudios de Placebo de la Harvard Medical School y el Beth Israel Deaconess Medical Center, y a quien tuve el placer de entrevistar en su día, la manera en la que nos sentimos depende en gran parte de cómo anticipamos que nos vamos a sentir. La forma en la que el efecto placebo está asociado a nuestro sistema cultural y de creencias es brutal. Algunas personas aseguran que se han curado espontáneamente y de forma inexplicable de enfermedades de todo tipo, incluido el cáncer, mediante métodos de afirmación positiva, hipnosis, rituales, terapias alternativas, etcétera. El efecto placebo podría estar detrás de estas recuperaciones. Es muy posible que el sentimiento de euforia por haber vivido una experiencia tan epifánica, mística y transformadora como la que algunas personas experimentan a raíz de una ECM incremente la posibilidad de respuesta del efecto placebo. El nocebo, por el contrario, se produce cuando experimentamos el efecto contrario. Es decir, de la misma forma que podemos experimentar mejoría o incluso curarnos debido a nuestra expectativa y convencimiento de que así será, también podemos enfermar, empeorar o incluso morir si pensamos que todo va a ir mal.

CUANDO LA MUERTE TE CAMBIA LA VIDA

Las personas que han tenido una ECM experimentan cambios profundos y transformadores, de forma que, en muchos casos, les es imposible continuar con su vida anterior. Los regresados vuelven a la vida reorientados espiritual y/o vitalmente, dispuestos a revisar sus relaciones, creencias y estilo de vida hasta límites insospechados.

Son muchos los que conocen a la famosa actriz estadounidense Sharon Stone por su papel en *Instinto básico*, entre otras películas, pero pocos son los que saben que tuvo una ECM que le cambió la vida. La historia se remonta a octubre del año 2001, cuando Stone empezó a sufrir fuertes dolores de cabeza. Su marido, Phil Bronstein, la llevó al hospital de San Francisco y allí le diagnosticaron una hemorragia cerebral originada por un aneurisma. Debía permanecer ingresada. En aquel momento, Stone declaró a la prensa que su lesión podría deberse probablemente a un accidente de equitación que había sufrido.

La ECM que le costó el divorcio a Sharon Stone y otras historias de famosos que cambiaron

Afortunadamente, Stone se recuperó de aquel trance no sin antes sufrir una ECM, durante la cual, según declaró, vio una luz blanca —que ella definió como una frontera con el Más Allá— y se encontró con su madre fallecida y con las voces de sus hijos muertos (durante el embarazo), animándola a regresar a la vida. Desde entonces, la actriz jamás volvió a ser la misma. En una entrevista concedida en el famoso *show* de Oprah Winfrey, declaró: «La muerte es un lugar cercano, no está lejos. Está justo ahí. Es amor, es agradable, bueno. No hay nada de lo que sentir miedo. Me sentí bien, en paz». La experiencia la transformó profundamente, orientando su vida hacia el despertar de la consciencia, la búsqueda del conocimiento y la ayuda al prójimo. Dos años después, su marido, incapaz de aceptar a la nueva Sharon Stone, y como resultado directo de aquella búsqueda espiritual en la que su esposa se había embarcado a raíz de su ECM, solicitó el divorcio alegando incompatibilidad de caracteres. Sharon le confesaría un día a la periodista Katie Couric: «[...] hice un viaje real que me llevó al mismo tiempo a lugares aquí y más allá, que me ha afectado tan profundamente que mi vida nunca volverá a ser la misma... Ya no tengo que sentirme asustada de morir y tengo que contar a la gente que es algo fabuloso y que la muerte es un regalo. No es que debas suicidarte, desde luego, pero cuando te llegue la muerte, como te llegará, es algo hermoso y glorioso [...]».

En España, el famoso escritor español Antonio Gala tuvo una ECM. Cuando le preguntaron si aquella experiencia le había

cambiado la vida, fue tajante. Así lo recordaba en el programa *Negro sobre blanco*, cuando Fernando Sánchez Dragó se refirió a ello: «No me ha cambiado la vida, pero sí me ha cambiado la muerte. Yo ya no tengo el *horror vacui*. Sé que la muerte, lo que asusta al ser humano, lo que a mí me asustaba también, era ese salto al vacío. El salto no es desagradable, sé que el salto es acolchado, sé que se salta con paracaídas [...]. Vi esa sonrisa, y vi que se me acogía, vi toda mi vida como en un retablo gótico de esos que cuentan la vida de los santos, en distintas estampas simultáneas, y lo que vi no era nada de lo que yo creía en mi vida que era fundamental. Nada que fuese impresionante. Vi a mi padre enseñándome a cerrar los ojos para pedir el sueño, enseñándome a sonarme las narices, alguien que me daba un vaso de agua, yo que atendía a alguien que estaba postrado [...]; gestos absolutamente humanos, pequeños, cotidianos, absolutamente sin importancia».

El actor tejano Garey Busey, que ha participado en películas como *Arma letal* o *Depredador 2*, era el «malote» de Hollywood hasta que tuvo un accidente de moto en 1988. Se fracturó el cráneo y tuvo una ECM mientras le realizaban una cirugía cerebral. Durante su ECM, Garey se encontró rodeado de ángeles, aunque, según sus propias palabras, no tenían el aspecto típico de los que aparecen en las tarjetas de Navidad, sino que eran bolas de luz flotantes repletas de amor incondicional. No era la primera vez que Busey había estado al borde de la muerte porque, de hecho, había tenido otros accidentes y enfermedades extremas, pero sí fue la única en la que tuvo una ECM. El actor declaró en repetidas ocasiones que volvió a nacer después de aquello. Como resultado, dedicó su vida a Jesucristo y se convirtió en una prominente figura de Promise Keepers, un movimiento religioso cristiano.

La actriz británica Jane Seymour, protagonista de la famosa serie *La doctora Quinn*, enfermó de gripe grabando unas escenas exteriores, así que decidió ir al hospital. Allí le recetaron un antibiótico. Nada inusual. Sin embargo, aquel día la enfermera encargada de inyectárselo debía tener la cabeza en otro sitio, porque se equivocó y se lo pinchó en la vena en lugar de en el músculo. Lógicamente, la actriz entró en *shock*. Así lo explicaba: «Salí de mi cuerpo, literalmente. Me vi a mí misma en la cama, rodeada de gente. Estaban tratando de salvarme. Yo flotaba sobre ellos, en una esquina de la habitación, mirando hacia abajo. Vi como me ponían agujas, todo lo que me hacían. Recuerdo que vi pasar toda mi vida delante de mis ojos, pero no cuando gané los Emmy ni nada de eso. Lo único que me importaba era vivir para

seguir cuidando de mis hijos. Estaba ahí arriba pensando: “No, todavía no puedo morir. No puedo dejar a mis hijos”. Fue entonces cuando le dije a Dios: “Si estás ahí, Dios, si realmente existes y sobrevivo, jamás volveré a decir tu nombre en vano”. Y aunque creo que morí durante treinta segundos, recuerdo que le suplicaba al médico que me devolviera a la vida. Estaba empeñada en vivir». Fue entonces cuando Jane Seymour se encontró de nuevo en su cuerpo. A partir de aquel día, la actriz cambió su forma de vivir, convirtiéndose en una persona profundamente comprometida con el mundo espiritual. De hecho, ha publicado varios libros de superación personal, espiritualidad y otros temas similares, y en ningún momento ha ocultado que una gran parte de su dedicación a esta labor se la debe a la ECM que le cambió la vida y le hizo ver las cosas de la siguiente manera: «En primer lugar, me dio esta increíble sensación de libertad, porque yo sé que no duele morir. No sufres un ataque de pánico, tienes un ataque de pánico antes y todo el mundo a tu alrededor sufre un ataque de pánico, pero simplemente vas a un lugar realmente sereno. Y, de verdad, lo que somos no está en nuestros cuerpos. Es algo fuera del cuerpo, algo que no puedes tocar o sentir. Eso es lo que eres, no tu cuerpo».

La cantante y compositora mexicana Lorena Tassinari sufrió un profundo cambio a raíz de un atraco en el que le dispararon. Estuvo en un estado de muerte clínica durante varios minutos y, tras sentir que algo tiraba de ella, se vio en el interior de un círculo de luz que definió como «el Creador», sintiendo una paz inmensa. «Yo platico con él, pero no con palabras, sino con telepatía», declaraba Lorena en un programa de televisión. «No es que Dios tenga un rostro, y estaba feliz. La gente a veces no te cree, pero yo en ese momento estoy con él [el Creador] y me dice: “¿Y tu misión?”. Y yo le dije: “No sé cuál es mi misión. No me acuerdo. Ya la hice”. [...] Y entonces él me hizo ver como una película [...], vi toda mi vida, y me dije: “Caray, yo había venido aquí y me había ofrecido para hacer algo, y no lo he hecho”, y empecé a sentir como que tenía que volver, pero aún en ese momento tenemos el libre albedrío de regresar o no, porque Dios te da la oportunidad de que, si tú quieres venir, vienes, pero si tú no quieres ya regresar... Tú eliges. A mí me faltaba la sabiduría. Yo le dije: “Voy a volver, solo necesito que tú me des el don de la sabiduría, y que cuando regrese me tomes de tu mano y me guíes, porque no voy a saber cuál es mi misión”. Me dijo: “Tu misión va a ser ahora que vuelvas y va a ser en la música. Todo te será revelado a su tiempo”». Desde entonces, Lorena Tassinari ha consagrado sus discos y su obra a los «ángeles», y si nos

fijamos en sus álbumes, podemos observar que las contraportadas están flanqueadas por dos columnas que ella identifica con dos alas angelicales, y que simbolizan su regreso a la vida. No solo eso, sino que ha escrito un libro titulado *El secreto de los ángeles* (Océano, 2013).

La prueba...

La diva del cine Elizabeth Taylor tuvo una ECM durante una operación quirúrgica. Entró en muerte clínica e incluso fue declarada muerta. Taylor aseguró que vio una luz blanca al final de un túnel y que se encontró con Michael Todd, quien había sido su tercer marido y había fallecido en un accidente aéreo. La actriz aseguró que Todd le habló y la animó para que volviera a la vida.

Soy otra persona: aproximaciones psicológicas a los cambios producidos tras una ECM

Anita Muñoz, una amable anciana residente en Jaén, me contaba un día, a propósito de la ECM que había tenido hacía años estando embarazada, la forma en la que aquel suceso que jamás podría olvidar cambió su vida radicalmente: «[A raíz de aquello] he hecho muchas obras de caridad, todas las que se me han presentado en la vida o incluso lo que no se me ha presentado. Cuidar a un anciano que no me tocaba nada [...]; y porque ya no se me han presentado, porque soy muy mayor ya, pero si se me presentan, no las rechazo». Su ECM le había aportado el convencimiento total y absoluto de que en esta vida estábamos para ayudar a los demás, no había que tener miedo a la muerte, sino muy al contrario, y era más que posible que en esta vida tuviéramos una misión clara y definida.

El espectro de profundas transformaciones que una persona que ha sufrido una ECM puede llegar a experimentar tras ella es tan variado como desconcertante, pero abundan los casos en los que las personas sufren grandes cambios espirituales y de actitud. Predomina también la pérdida del miedo a la muerte. No faltan, tampoco, los ejemplos de personas que experimentan cambios físicos e incluso psíquicos.

Los psiquiatras estadounidenses David Raft y Jeffry Andresen realizaron un trabajo en el que analizaban estas transformaciones, particularmente cuando se referían a cambios de actitud respecto al autoconocimiento. Para ello, estos investigadores se fijaron en los casos de personas que, tras sufrir una ECM, «descubrieron aspectos de sí mismos que deseaban integrar», pero también se enfrentaron a

otros que deseaban erradicar: «Estas personas se vuelven muy curiosas respecto a sí mismas, y crean estados mentales especiales en los que encuentran acceso a experiencias de cambio y autoconocimiento». Pero ¿por qué interesaba tanto a los psiquiatras este efecto secundario de las ECM? Precisamente porque los cambios experimentados en estas personas eran muy similares a los inducidos mediante psicoanálisis, sobre todo en lo que a métodos de búsqueda de autoconocimiento se refería. Lo que muchos terapeutas y pacientes, trabajando codo con codo, tardaban años en conseguir, los supervivientes de una ECM podían lograrlo en un abrir y cerrar de ojos. ¿Cómo lo hacían? «Lo que verdaderamente llama la atención en estos supervivientes es que, aparentemente, consiguen entender la naturaleza de estos métodos en cuestión de instantes; de hecho, en lo que les dura la muerte», afirmaron.

Especialmente interesante resultó el estudio sociológico y demográfico que la psicóloga Cherie Olga Sutherland llevó a cabo en Australia con un buen grupo de supervivientes de una ECM, con el fin de analizar los cambios sociológicos que se producían entre estas personas. Una de las cosas que más me llamó la atención de su investigación, por ejemplo, fue su descubrimiento en cuanto a los divorcios: la tasa de divorcios entre las personas que habían vivido una ECM era el triple que la del resto de la población. Me acordé enseguida del caso de la actriz Sharon Stone, quien experimentó un cambio de personalidad tan profundo tras sufrir una ECM que su marido se divorció de ella a raíz de aquello alegando incompatibilidad de caracteres. Así fue también como los sujetos que habían participado en el estudio de Sutherland lo explicaron: rompieron con sus parejas debido a su total incapacidad para aceptar y comprender su «nuevo yo». Podríamos pensar que, cuando una pareja experimenta un cambio radical en sus vidas, la cosa puede acabar en divorcio sin necesidad de que una de ellas haya sufrido una ECM, pero la terapeuta Sandra Rozan Christian demostró que no es así. Escribió nada más y nada menos que una tesis doctoral, en la que comparó dos grupos de parejas divorciadas. El primer grupo estaba comprendido por parejas en las que se había producido un cambio en la relación a causa de una ECM; mientras que el segundo estaba compuesto por personas que habían experimentado otro cambio radical en sus vidas, pero no debido a una ECM. Pues bien, en el primer grupo la tasa de divorcios fue del sesenta y cinco por ciento frente al diecinueve por ciento del segundo. De nuevo, los sujetos del primer grupo aseguraban que el cambio de valores de las parejas que habían sufrido una ECM les

impedía seguir entendiéndose. ¿Tanto habían cambiado? Al parecer, sí. El filo que separa la vida de la muerte no deja títere con cabeza. ¿Y los que siguieron casados a pesar de la ECM? Buena pregunta, especialmente porque la respuesta que dio Sandra Rozan fue muy interesante: siguieron casados gracias, también, a la ECM, pues había sido el cambio producido en el sistema de valores lo que había facilitado la reconciliación, el perdón y la consolidación de la relación. En conclusión, las transformaciones originadas por la ECM ocasionaban un proceso de reestructuración en la relación, que podía desembocar en el divorcio o, por el contrario, reafirmar el matrimonio.

Cambios y transformaciones más comunes tras una ECM desde el punto de vista psicológico y sociológico

- › Crecimiento espiritual.
- › Amor.
- › Conocimiento trascendental.
- › Paz interior.
- › Adquisición de más sentido de la responsabilidad y cuidado por los demás.
- › Autoconocimiento.
- › Aumento de la tasa de divorcios.
- › Sed de conocimiento y sabiduría, curiosidad.
- › Cambios o consolidación en los sistemas de creencias.
- › Transformación del sistema de valores.
- › Cambios de propósito en la vida.
- › Reorientación de la trayectoria o carrera profesional.
- › Cambio social positivo.
- › Emergencia o aumento de la percepción de fenómenos psíquicos.
- › Cambio de actitud hacia uno mismo y hacia los demás.
- › Actitud más abierta.
- › Personalidad más extrovertida.
- › Aumento de la autoestima y confianza en uno mismo.
- › Aumento de la capacidad de sentir.
- › Disminución en la tasa de intento de suicidio.
- › Pérdida del miedo a morir.

LOS QUE MUEREN TRES DÍAS: ECM ENTRE LOS MAYAS CH'ORTI Y OTROS PUEBLOS INDÍGENAS

Las ECM ocurren a lo largo y ancho de todo el planeta con una serie de características comunes, pero también con diferencias culturales en cuanto al contenido de las narrativas. Las ECM occidentales del mundo judeocristiano guardan muchas semejanzas entre sí, mientras que son muy diferentes de las de los pueblos indígenas u orientales.

Uno no va por la vida preguntándose cómo serán las ECM de los mayas ch'orti. Especialmente, si no has oído hablar en tu vida de este pueblo indígena de Guatemala y Honduras. Pero el destino quiso que yo estudiara Antropología, descubriese su existencia y me diera cuenta de que ellos tenían un suceso bastante institucionalizado en su comunidad, conocido como «los que mueren tres días», que en realidad es una ECM en toda regla.

Recuerdo perfectamente aquel momento. Me encontraba leyendo un material bibliográfico para una de mis asignaturas de la carrera de Antropología, en la que estábamos estudiando algunos aspectos de los mayas ch'orti. El profesor Julián López nos había pasado unos artículos que él mismo había publicado a raíz de sus investigaciones con esta comunidad. Casi me caí de la silla cuando llegué al párrafo en el que mencionaba a «los que mueren tres días». No podía creerlo.

Los mayas ch'orti: muertos visitantes

Tras leerlo siete veces, acabé convenciéndome de que «los que mueren tres días» son personas que tienen una ECM, aunque ni los antropólogos que los han estudiado ni los propios mayas ch'orti las han llamado ECM, ni tienen por qué estar al corriente de este concepto, claro está.

Lo que más me llamó la atención de estos relatos del mundo de los muertos que los ch'orti describen, a partir de ese trance que les hace estar muertos por un tiempo, y del que afortunadamente salen vivos, fue la riqueza de matices culturales relacionados con su cultura y su tradición oral. A pesar de que ya están muy influidos por el cristianismo, sus historias están llenas de elementos y personajes propios y exclusivos de su cultura. Por ejemplo, en el seno de su sociedad, la reciprocidad respecto a la comida es algo institucionalizado. La costumbre es regalar comida, pero el regalo implica un compromiso para el destinatario, quien, a su vez, debe repartirla entre sus semejantes.

El artículo de mi profesor Julián López se titulaba «Dar comida obligando a repartirla», y en él se analizaba la importancia de los regalos de comida para el mantenimiento de la cohesión comunitaria entre los mayas ch'orti del oriente de Guatemala. Eso

se percibe en los regalos cotidianos de comida, pero, sobre todo, en aquellos que se producen como consecuencia de actos rituales trascendentes como el recubal (regalo de comida de padres a compadres). En el recubal se regala tal cantidad de comida y de una cualidad tan particular que el receptor se ve obligado a repartir la ofrenda. Veamos qué elementos culturales relativos a sus sistemas de creencias se reflejan en esta práctica, con el fin de apreciar en qué medida se reproducen en sus relatos de ECM. Así lo explicaba López: «Una realidad novedosa, que nos permite enfatizar la necesidad de regalar comida, tiene que ver con el deseo de “ganar la gloria” tras la muerte, porque desde hace tiempo los ch’orti saben bien qué le puede suceder después de muerto a quien no ha regalado comida. En la mayoría de las comunidades se conoce directa o indirectamente a alguien que “murió tres días” en los que visitó los lugares donde se puede ir tras la muerte: la gloria o el infierno. A esos muertos-visitantes, que luego resucitan, se les encomienda que, a su regreso al mundo, traigan “los contados”, “las noticias” de cómo es “el estilo de Dios”, es decir, qué quiere Dios que se haga en el mundo para ganar la gloria y cómo se castiga a quienes tienen comportamientos incorrectos en el mundo. Aunque existen variaciones en los relatos de diferentes personas que han muerto tres días, se da un extraordinario consenso respecto a dos tipos de acciones que no son del agrado de Dios y que motivan que quienes las realizaron en el mundo estén, a su muerte, en el infierno. Esas dos acciones se refieren al mal uso de la palabra (por burla, insulto o chisme) y a la ruindad respecto al uso de la comida. Es evidente que ambas acciones permiten llenar de sentido la metáfora de la corrupción social. Ahora solo aludiré a la segunda. Por ejemplo, don Ricardo López [un maya ch’orti entrevistado por Julián López], de Tunucó Arriba, cuenta al respecto: “Los que no hicieron bien en la tierra se van por poniente. Esos que no regalan sus tortillas arriba están también, pero aparte...; si [una persona] tenía alguna cosa de comida y no hizo regalía con ella a otra persona, ese en la otra vida es un gusanero lo que tiene. Si uno que maneja fresco de chicha, cuando viene un paseante lo embroca [lo vierte para no regalar]..., en la otra vida un gusanero tendrá en el jarro, porque no hizo su regalía..., allá [en el otro mundo] está con los miserables... Por eso aquí en la tierra hay que extender la mano, hay que regalar; si hay chilate [bebida hecha con chile, maíz tostado y cacao], regalar un traguito de chilate a otra persona. Por eso en un sikín [convite de ánimas] los visitantes están con guineos [plátanos], panes...; si hay chicha, también..., porque uno quiere

tener su traspatio [aposento] en la gloria, no la vaya a perder”».

La gloria o el infierno del mundo de los muertos de los mayas ch’orti se parece bastante, por no decir que son idénticos, a la que ellos piensan que es, según su sistema de creencias. Es decir, los que no regalan comida van al infierno, que, según sus creencias, es un gusanero, un lugar donde solo hay gusanos y comida agusanada. Precisamente por eso cuando se hacen ofrendas de comida, esta suele ser perecedera, para que no se pueda acumular, de modo que, si no la compartes con los demás, se pudre o, lo que es lo mismo, se agusana. Cada vez que un resucitado vuelve a la vida para dar noticias, lo primero que hacen es preguntarle qué ha visto durante su experiencia, con el fin de reafirmar su postura respecto al modo de conducirse socialmente, y lo que los supervivientes cuentan de sus visiones del mundo de los muertos es que aquellos que fueron ruines no se han ganado la gloria y están en el infierno, junto a otros de la misma calaña. López seguía explicando: «El miserable, el ruin, aquel que esconde el comal con tortillas [el disco de metal o barro donde se cuecen] o embroca [vuelca] la olla cuando llega un caminante, aquel que no atiende a las visitas con un bocadito siquiera; aquel que no recibe a las almas con comida, aquel que no ofrece a sus compadres o a sus consuegros las dádivas alimenticias pertinentes [...], su alma no se encaminará a la gloria, sino que irá al infierno, lugar donde solo tendrá comida podrida, agusanada. Efectivamente, la imagen del mísero en el otro mundo, con sus recipientes llenos de gusanos, es una de las que más impactan y repugnan a quienes mueren tres días».

Hay que prestar atención a la imagen más repetida en los relatos de ECM por parte de los mayas ch’orti: el recipiente lleno de gusanos que sujetan los que están en el infierno por no haberse ganado la gloria dando comida en vida. Esta imagen, tan repetida entre «los que mueren tres días», no aparece en los relatos de ECM de personas ajenas a la cultura maya ch’orti o que no han sido socializadas en ese sistema de creencias ni lo conocen. Pero ¿cómo sabemos que «los que mueren tres días» son, efectivamente, personas que han tenido una ECM? La siguiente aclaración de Julián López sobre lo que es «morir tres días» nos sacará de dudas, especialmente por la concomitancia de elementos compartidos con lo que los expertos consideramos una ECM: «Algunos ch’orti se refieren así a una experiencia que los ha llevado a conocer qué hay tras la muerte. Afirman que estuvieron muertos unas horas o alguna jornada (lo general son tres días), y en ese tiempo conocieron a quienes cohabitan en la gloria y en el infierno, y las razones de su

estancia allí. En esa visita son guiados por algún personaje sagrado que les aclara dudas y les hace recomendaciones. Al cabo de la visita, se los conmina a regresar a la tierra porque su momento no ha llegado todavía, con el encargo de pregonar en el mundo lo que vieron».

Tanto me fascinó el asunto de «los que mueren tres días» que me puse en contacto con mi profesor para decirle que su investigación me había incentivado a realizar un pequeño trabajo sobre las ECM desde el punto de vista antropológico (todavía estoy en ello). Él se alegró mucho y me envió todos los ensayos que había publicado sobre los ch'orti. También me dijo que debía ponerme en contacto con una mujer llamada Perla Petrich, quien se había dedicado a estudiar de forma más específica la muerte a través de la tradición oral maya actual. Le hice caso y me puse en contacto con ella. A los pocos días tenía en el buzón de mi casa un sobre procedente de Francia, con el sello de la Universidad París VI. Perla había sido tan amable como para enviarme aquel sobre, junto a una nota de color violeta que decía: «Espero que te sea útil. Muchos saludos. Perla». Y vaya si me sirvió. Me ayudó a comprender el complejo entramado de creencias que los mayas ch'orti tenían respecto a la muerte, los espíritus, el mundo de los muertos, sus relaciones con los vivos y quiénes eran los vivos-muertos. Por ejemplo, los mayas ch'orti creen que los vivos pueden entrar en el mundo de los muertos, y que hay muchas formas de hacerlo, no solo mediante una ECM, sino también a través de los sueños o entrando en una cueva. En ocasiones, el motivo por el que uno accede a este mundo radica en una razón tan romántica como la de querer ver a un ser amado: «[...] Existen otras formas de entrar al mundo de los muertos: a través de estados catalépticos; de los sueños, de un pedido que se hace para ver a un ser amado; o simplemente entrando en una cueva. Otra forma es colocarse en los ojos las lagañas (“cheles”) de los perros. [...] Los relatos de los vivos que pasan al mundo de los muertos tienen un carácter informativo. Es la forma de saber qué pasa en el otro mundo. Lo mismo ocurre en el caso contrario, cuando cierto tipo de muertos se presentan para describir el Más Allá».

Los mayas ch'orti también piensan que hay gente que muere «a deshoras», y que estos nunca logran entrar en el mundo de los muertos, viéndose condenados a vagar por una especie de limbo, un lugar que se encuentra en la frontera entre el mundo de los vivos y el de los muertos, bajo las aguas, y desde donde a veces arrastran consigo a los pescadores: «Los que mueren a deshoras nunca logran acceder al mundo de los muertos y vagan como en espacios

intermedios, límites entre el mundo de los vivos y el de los muertos: se encuentran en ciertas playas (lago Atitlán), en recodos de caminos alejados, en los barrancos. Los mayas de Atitlán piensan que los ahogados vuelven y se instalan en una zona intermedia entre el fondo del lago (verdadero mundo de los muertos) y la superficie (mundo de los vivos), de ahí que, de noche, intenten desde abajo “jalar” la canoa de los pescadores: “A todas las personas que van a pescar al lago, a eso de las once o cerca de la una o dos de la mañana, les sucede que sienten que alguien les detiene la canoa por abajo. Entonces el pescador queda paralizado. No puede moverse, no puede gritar ni hablar. Todo eso viene del fondo del lago. Los hombres enmudecen y, como se les ha ido el habla, no pueden gritar para pedir ayuda. Dicen que son los espíritus de los muertos que los agarran porque en ese lago se han ahogado cientos de personas y hay muchos que no han salido. Casi la mayoría no ha salido y entonces les da por agarrar a los vivos de arriba”».

Hay otro tipo de fallecidos más peligrosos porque están atormentados. Se trata de «los que murieron antes de tiempo», y su alma es funesta porque lo único que desea es provocar la muerte de los demás. Y luego están los vivos-muertos, que vendrían a ser muertos que en su condición de aparecidos o fantasmas, por así decirlo, pueden tomar la forma de los vivos. Estos muertos-vivos, no obstante, existen en el mundo de los vivos y se dejan percibir con formas y palabras tangibles y constatables, según Petrich, como mariposas, espectros, sombras, murmullos, crujidos, vientos... «Muertos y vivos se comunican de diversas maneras: los aparecidos conversan personalmente con sus obligados auditores; los pacientes dialogan con los deudores en el sueño o a través del movimiento de las llamas y otros códigos tan variados como grupos mayas existentes. Los muertos informan sobre la otra existencia y, al mismo tiempo, sobre esta. Anuncian que la hija se regalará a un hombre hundiéndose a la familia en la vergüenza, que un pariente morirá en pocos días, que no es conveniente vender los animales, que habrá buena cosecha; que en el mundo de los muertos se trabaja duro, que aquella vecina que hacía infidelidades a su marido allá está convertida en una mula... Muertos protectores, pero también muertos peligrosos».

La prueba...

A veces los sujetos que experimentan una ECM viven un episodio en el que se encuentran gratamente abrumados por una religión que no es la suya, aunque tampoco les es desconocida. El impacto es tan brutal que acaban cambiando de religión. Por ejemplo, podemos encontrar casos de musulmanes que han sufrido una ECM en la que han tenido un encuentro místico con Jesucristo, y han acabado convirtiéndose al cristianismo a raíz de esta experiencia. Sin embargo, es necesario hacer constar que hay mucha gente que cambia de religión sin necesidad de tener una ECM, sino porque se sienten más atraídos y realizados en otra fe que no es la suya.

Y en cuanto a «los que mueren tres días», Petrich los llama «los no muertos resucitados»: «Son frecuentes los relatos de gente que asegura haber estado muerta durante un cierto tiempo (posiblemente en estado cataléptico o comatoso) y que durante ese periodo conoció el mundo de los muertos y luego recuperó la vida para contar su experiencia. La función de los relatos es la de crear o afirmar una representación sobre el mundo de los muertos».

Se habrán dado cuenta, a partir de las descripciones tanto de Julián López como de Perla Petrich, que «los que mueren tres días» son personas que tienen una ECM en toda regla, pero experimentada dentro de unos patrones culturales específicos. Esto no tiene por qué restar veracidad a la experiencia en sí, que sigue guardando unos patrones comunes a lo largo y ancho del planeta. Simplemente, confirma que los relatos sí varían de acuerdo con su propio sistema de creencias, y que cada persona vive esa experiencia de acuerdo con este, independientemente de que crea en él o no. Solo es necesario que la persona haya sido socializada en él o, por lo menos, tenga noticia y conocimiento del mismo. Qué cosas experimentamos y cómo lo hacemos depende en gran medida, por tanto, de lo que creemos que vamos a experimentar.

Una ECM mapuche

¿Se han preguntado alguna vez cómo es la ECM de un mapuche? Probablemente no, pero estoy segura de que ahora que acabo de hacerles la pregunta están pensando en ello. Los mapuches, un pueblo amerindio establecido en Chile y famoso tanto por su heroica resistencia ante los incas como por su valerosa oposición a la conquista española, lograron mantener sus costumbres intactas durante mucho tiempo. Hoy en día, y a pesar de los envites de la evangelización jesuita, todavía podemos reconocer algunos de sus rasgos principales.

Sabemos que el pueblo mapuche cree en los espíritus y en la inmortalidad del alma, entendida esta como una propiedad capaz

de animar los objetos y de resucitarlos cuando deviene la muerte física, que siempre es causada por una fatalidad fruto de un maleficio. Cuando el alma abandona el cuerpo, se queda todavía por un tiempo en el lugar donde solía habitar. Es decir, no se va directa a la tierra de los muertos, y de una manera u otra, siempre sigue rondando a sus deudos, quienes no dejan de llevar a cabo pequeños actos rituales, algunos muy cotidianos, en honor a ella. El alma puede salir del cuerpo también a través de los sueños. Ni que decir tiene que el mundo onírico posee suma importancia en la cultura mapuche.

La arqueóloga, investigadora y escritora Mayo Calvo de Guzmán, fallecida en 2004, recogió en su libro *Secretos y tradiciones mapuches* (1980) un interesante testimonio que sin duda alguna corresponde a una ECM. Le ocurrió a un hombre mapuche llamado Fermín que estuvo muerto durante dos días: «Dicen que fue al volcán y volvió. Dijo que todos sus conocidos muertos, así como unos niños que él ni conocía, se encontraban allí. También estaban unos caballeros alemanes leyendo y escribiendo en unos libros muy grandes. Cuando los alemanes le vieron, le preguntaron qué quería. “Estoy buscando a mi hijo”, contestó el anciano. “¿Cómo se llama?”, le preguntaron los alemanes. “Francisco Leufuhue”. Avisó al guardia y le ordenó que llamara a Francisco. El guardia subió por una escalera y gritó: “¡Están buscando a Francisco!”. Se oyó una voz respondiendo desde algún lugar en la distancia, pero no se podía entender qué decía. Luego pasó a través de una puerta de madera, una puerta muy ruidosa. Cruzó otra puerta, también ruidosa. Luego otra, y, tras la cuarta, Francisco llegó hasta la mesa de los caballeros alemanes, quienes le dijeron: “Tu padre te está buscando”. El viejo Fermín se acercó a su hijo y le saludó diciéndole: “Me vas a dejar ir contigo porque ya no deseo seguir viviendo. Me voy contigo. Ya no quiero volver a la tierra”. “No, papá —contestó Francisco—, todavía no ha llegado el momento de venir aquí por tu propia voluntad. Cuando llegue el momento, yo mismo iré a buscarte a casa. Entonces podrás venir conmigo. Ahora vete”. En aquel preciso instante, Fermín despertó y abrió los ojos. Vio a su mujer llorando y le preguntó por qué. “Porque estabas muerto —le dijo—. Has estado dos días muerto”. “Estoy vivo —le replicó Fermín— y he estado en el volcán. He visto a todos los muertos que permanecen allí. Estaba con mi hijo y con mis abuelos. Estaban todos juntos allí y son muy felices. Me están esperando, pero todavía no ha llegado mi hora”».

Bueno, antes de nada, valdría la pena aclarar que dentro del sistema de creencias mapuches, el Pillán, un tipo de espíritu muy

poderoso, generalmente el alma de un cacique, fundador de algún linaje importante, tenía su principal morada en uno o varios volcanes. En este relato, Fermín dijo que había ido al volcán, y no al cielo, como estamos acostumbrados a oír en muchas de las narrativas de ECM occidentales. Los componentes culturales de este relato fueron sagazmente observados por el fisicoquímico molecular e investigador chileno Juan Sebastián Gómez-Jeria. ¿Por qué se había encontrado Fermín con unos caballeros alemanes? ¿Por qué no españoles, franceses o británicos? «La respuesta es que la parte de Chile en la que Fermín vivió tuvo una fuerte colonización alemana desde 1850», explicaba Gómez-Jeria en el artículo en inglés, publicado en 1993 en el *Journal of Near-Death Studies*, que dedicó a esta ECM entre los mapuches. Además, en el relato de Fermín, estos caballeros alemanes estaban escribiendo y leyendo en unos grandes libros. Era un detalle significativo para Fermín. ¿Por qué? De nuevo, Gómez-Jeria daba la respuesta: «Es importante notar que los caballeros alemanes estaban escribiendo, en contraste con el hecho de que la cultura mapuche no tiene escritura. Esto demuestra que los entornos culturales pasados y presentes contribuyen en gran parte a dar forma al contenido de las experiencias mentales».

Sin embargo, a pesar de los contenidos culturales específicos de esta experiencia, como el volcán y los caballeros alemanes que leen y escriben en libros, seguimos hallando elementos comunes con las ECM occidentales: el encuentro con familiares y conocidos fallecidos, querer quedarse en ese lugar y no desear volver a la tierra, recibir un mensaje de conminación a regresar a la vida porque todavía no ha llegado su momento... Ahora bien, dentro del sistema de creencias mapuches, estos contenidos encajan perfectamente, porque ellos creen en el mundo de los espíritus y la resurrección de las almas.

Experiencias cercanas a la muerte no occidentales

Las ECM se dan en todo el mundo, pero no para todo el mundo son iguales. Algunos de los elementos más comúnmente presentes en los relatos occidentales, como la visión de un túnel al final del cual hay una luz o la revisión panorámica de los hechos de una vida, entre otros, brillan por su ausencia total o parcial en otras culturas. Se han llevado a cabo diferentes investigaciones culturales que dan buena muestra de esto. Sin restar veracidad a las mismas, el estudio de estos factores culturales puede ser de gran ayuda a la hora de seguir ahondando en el conocimiento exhaustivo del fenómeno. En este sentido, el trabajo de los antropólogos sería de gran ayuda.

¿POR QUÉ LOS CIEGOS VEN DURANTE UNA ECM?

Más de la mitad de los invidentes ven durante una ECM. Para algunos, la sensación de ver por primera vez fue confusa y aterradora, mientras que para otros fue algo maravilloso; en todos los casos, sus testimonios constituyen una de las evidencias más poderosas y sugerentes de que la consciencia sobrevive a la muerte.

Los relatos sobre ECM pueden ser abrumadoramente impactantes, aunque los casos que más me impresionaron la primera vez que me acerqué al fenómeno fueron, sin duda, los vividos por personas ciegas. ¿Cómo era posible que un invidente pudiera describir físicamente las labores de rescate del accidente de tráfico en el que se vio envuelto, cómo era el personal médico que los atendía, qué ropas llevaban y de qué formas y colores eran? Y lo que es más inquietante de todo, ¿qué explicación puede darse cuando los protagonistas de aquellas vivencias eran ciegos de nacimiento que jamás antes habían visto? Fue así como empecé a interesarme en ahondar en la casuística, solo para descubrir que ya había constancia de relatos relacionados con ECM en invidentes a principios del siglo xx. Y aquí es donde empezó mi viaje a las profundidades de uno de los misterios más irrefutables de este fenómeno.

El capitán Gilbert Nobbs, un testimonio de la Primera Guerra Mundial

Gilbert Nobbs (1888-1970) pertenecía al Batallón de la Brigada del Rifle de Londres. Se había enrolado en agosto de 1916 y, como comandante de la Compañía B, participó en el ataque de los batallones en el bosque de Leuze, en Francia, el fatídico 9 de septiembre de ese mismo año —durante la batalla del Somme, una de las más largas y sangrientas de la Primera Guerra Mundial—, en el que fue herido y hecho prisionero. Fue un infierno al que muchos no lograron sobrevivir. Nobbs relató el episodio en un libro titulado *On the right of the british line* (1917).

En el fragor de la contienda, le dispararon en la cabeza. Así lo describía: «¡Pum! ¡Oh, Dios! ¡Me dieron en la cabeza! ¡Estaba ciego! [...] ¡Herido! ¡Ciego! Recuerdo perfectamente lo que vino después. [...] Estaba plenamente consciente y pensaba con claridad: sabía lo que había pasado y lo que iba a pasar; recordaba cada detalle. En ese momento mi cabeza estaba inclinada hacia la derecha, porque era la dirección a la que me había girado para gritar instrucciones a mis hombres. Como un relámpago, me vino a la mente el recuerdo de que a unos cincuenta metros hacia mi izquierda había un fuerte enemigo, que todavía estaba ocupado por los alemanes. Una bala había entrado en mi sien izquierda; debió ser algún francotirador de

aquel fuerte. Pensé que la bala me había atravesado y había salido por la sien derecha. Estaba equivocado, porque unos días más tarde descubrí que salió por mi ojo derecho. Recuerdo que trataba de agarrarme la cabeza, hundiéndome en la tierra, y que solo pensaba: “Así que esto es el final, después de todo. Me han atravesado la cabeza de un disparo. Estoy mortalmente herido”. Arnold se acercó hasta mí de un salto, me agarró en sus brazos y me llevó de vuelta a la trinchera. Tengo dudas sobre si debo contaros lo que vino a continuación, pero como se supone que estoy intentando dejar constancia de todas las sensaciones que experimenté al recibir la herida en la cabeza, creo que debo describir la siguiente experiencia, simplemente, y dejar al lector que saque sus propias conclusiones. En aquel momento estaba tan ciego como lo estoy ahora [...]. Oí una voz, procedente de algún lugar, que decía: “Esto es la muerte. ¿Vas a venir?”. Entonces, aquella oscuridad se fue volviendo más intensa. Parecía como si estuviera cayendo una cortina lentamente; había paz; había oscuridad, una oscuridad más negra que mi ceguera; todo era pasado. Había paz; la más absoluta nada, pero sentía una felicidad indescriptible. Por un momento, parecía como si aquel vacío estuviera mirando mi cuerpo, tendido ahí abajo, en la trinchera, sangrando por la sien. ¡Estaba muerto! Y aquel era mi cuerpo, pero era feliz. Sin embargo, la voz que había oído aguardaba respuesta. Me esforcé terriblemente, como quien lucha por despertar de un sueño. Dije: “No, todavía no. No voy a morir”. Entonces, la cortina se levantó; mi cuerpo se movió; yo me movía. ¡Estaba vivo! Y hasta aquí, lectores míos, la historia que tanto dudaba en contaros. Es más, diría que no estaba inconsciente. De hecho, perdí la consciencia varios minutos después, y el sentimiento era bastante diferente. Os he contado lo despejada que tenía la mente en el momento de recibir el disparo, y lo único que puedo decir es que, cuando me sucedió lo que os acabo de contar, tenía la mente igual de despejada. Podéis decir que fue una alucinación, un truco del cerebro, o lo que queráis. No voy a intentar convenceros de nada; simplemente, os he dado cuenta del incidente. Lo que yo creo que fue me lo guardo para mí. Sea lo que fuere, ya no siento que exista ningún tipo de misterio alrededor de la muerte. Tampoco la temo».

Aquellas palabras finales con las que Nobbs había descrito su desventurada herida de guerra eran bastante sugerentes. La muerte había perdido todo su misterio. Recobró y perdió el conocimiento en varias ocasiones más, y aquel no fue, ni mucho menos, el fin de su calvario, puesto que fue hecho prisionero. Sus aventuras y

desventuras bélicas quedaron para la posteridad a través de sus escritos, así como también quedaron para la posteridad sus textos inspiracionales y de superación personal sobre los logros que una persona invidente podía llegar a cumplir en su vida, pues aquella herida de guerra dejó al capitán Gilbert Nobbs ciego para siempre. Es necesario remarcar que este hombre perdió la visión en el mismo momento en el que recibió el impacto de bala, y que en sus memorias llegó a declarar en repetidas ocasiones que estaba absolutamente ciego. Sin embargo, en el momento de experimentar aquel extraño episodio en el que se sintió inmensamente feliz, se vio tendido fuera de su cuerpo, tirado en la trinchera, sangrando por la sien. Es decir, «vio», a pesar de estar ciego, aunque posiblemente no con los mismos ojos que había perdido; y lo más inquietante de todo: se vio como si fuera otro el que estuviera observándole, fuera de su cuerpo, viéndose muerto, o por lo menos interpretándolo así («¡Estaba muerto! Y aquel era mi cuerpo, pero era feliz»). Por otro lado, en un momento dado, es evidente que a Nobbs se le dio la oportunidad de elegir, mediante aquella voz que le preguntaba: «Esto es la muerte. ¿Vas a venir?». De haber contestado afirmativamente, en lugar de manifestar su negativa a morir y su voluntad de seguir viviendo, ¿le habría tragado aquella inmensa negrura que parecía abrirse ante él? Es difícil saberlo.

Recuerdos de un veterano de Vietnam

La historia militar recoge testimonios de otros soldados con experiencias similares, como el que el cardiólogo Michael Sabom recopiló en su libro *Recollections of death* (1982), en torno a las vivencias de un veterano estadounidense de la guerra de Vietnam que, en una explosión, perdió las dos piernas, un brazo y la vista. El relato destila una crudeza estremecedora. Su ECM empezó en el mismísimo campo de batalla, cerca de Cu Chi, en Vietnam. Sucedió el 29 de mayo de 1969. El joven soldado apenas tenía veintidós años de edad. Había caído en una trampa explosiva. Así recordaba su ECM: «Estoy ahí tirado en el campo de batalla y salgo de mi cuerpo y me doy cuenta de que estoy tumbado en el suelo sin tres de mis miembros. Sabía que era yo. Me reconocí a mí mismo».

Estaba inconsciente y en un profundo estado de *shock* cuando lo trasladaron en helicóptero al hospital de evacuación, donde le sometieron de inmediato a una operación a vida o muerte. Allí, siguió observando la escena desde un punto de vista privilegiado. Se encontraba todavía fuera de su cuerpo: «Veía mi cuerpo todo el

rato, siempre desde arriba y desde la izquierda. Parecía haberme quedado anclado en esa posición. Estaba incluso por encima de la cabeza del tipo más alto que había allí... Me cogieron y me llevaron a la sala de operaciones. Recuerdo el tubo bajo mi boca, el tubo de aire o anestesia o lo que fuera. Recuerdo que no me sentía como normalmente te sientes cuando te van a operar. ¡Qué va! Al principio de la operación les vi cortar mi uniforme y empezar lo que fuera que tenían que empezar... En ese mismo momento me cortaron la pierna izquierda. Colgaba solamente de un trozo de piel... Les vi cortar el resto [...]. Me cortaron justo por encima de la rodilla derecha... Recuerdo esta cicatriz de aquí [en la frente], vi cómo la cosieron. Tenía una herida abierta ahí donde me cosieron, aparte de la de mi brazo izquierdo. Los recuerdo cosiendo eso también... Recuerdo que les oía hablar en la sala de operaciones, pero ahora no me acuerdo de qué estaban diciendo. La mayor parte de la percepción fue a plena vista, no sé si me entiende... Yo no entendía lo que estaban haciendo... Realmente creía que estaba muerto. De hecho recuerdo que intenté agarrar al médico... Nada. Absolutamente nada. Era como si no estuviera ahí. Le agarraba y era como si no estuviera o le atravesara».

Durante la operación, mientras estaba fuera de su cuerpo, el soldado pudo ver y oír al personal sanitario perfectamente, a pesar de que estaba privado de la vista. Sin embargo, al recuperar la consciencia, solo pudo reconocerlos por la voz: «Después, al recobrar la consciencia, noté por las voces que se trataba de la enfermera y el médico que me habían operado... Creo que ellos ni sospechaban que yo sabía quiénes eran». Este hombre pudo recuperar la vista tres semanas después, pero ante la pregunta de si pudo existir la posibilidad de que percibiera de forma física lo que vio, la respuesta fue rotunda: «No tuve visión durante tres semanas. No podía abrir los ojos, literalmente. Para empezar, los tenía vendados. Se me habían quemado en la explosión». El informe médico nos revela, además, otro dato importante. El soldado había asegurado durante su relato que podía oír perfectamente al personal sanitario. No solo eso, sino que, además, al recobrar la consciencia y estando privado de la vista, reconoció por sus voces a las personas que le habían estado practicando la operación. Sin embargo, el informe médico certifica que este soldado presentaba lesiones en los tímpanos que le impedían oír. Su lectura nos sirve para corroborar, además, que los detalles que el soldado dio al recordar su EFC coinciden exactamente con los registrados por los médicos.

Informe médico militar

Varón blanco de 22 años, capitán, pisó una trampa explosiva a las 08:58 horas, el 29 de mayo de 1969 cerca de Cu Chi en la República de Vietnam. Presentaba amputación traumática del brazo derecho en el hombro [...]. También presentaba amputación traumática en ambas piernas. Perforación bilateral de ambos tímpanos con la consecuente pérdida del sentido del oído a causa de la explosión, así como laceraciones abiertas por todo el tronco, cara y extremidad superior izquierda sin implicación de nervio o arteria. Se le trasladó al Hospital de Evacuación 12 y llegó allí a las 09:40 horas en *shock* y sin presión sanguínea. Se le practica incisión para localizar una vena para la administración intravenosa de las medicinas y se le empieza a aplicar inmediatamente una transfusión de sangre. El paciente fue trasladado inmediatamente a la sala de operaciones, donde fue intubado. Se le administró pentotal sódico, óxido nítrico y oxígeno para anestesia general a las 10:00 horas. La presión sanguínea, al iniciar el procedimiento, estaba en 65/38. La cirugía consistió en amputar por el hombro derecho, amputar por debajo de la rodilla izquierda y amputar por encima de la rodilla derecha. A pesar de que le administramos 12 litros de sangre y fluidos, el paciente seguía hipotenso durante la cirugía, con la tensión bajando hasta los 62/28. En el momento de acabar la operación, a las 13:15, la presión sanguínea alcanzó los 80/40. Después de la cirugía, el paciente presentaba signos de fatiga y agitación extremas, pero fue recobrando gradualmente la consciencia y convaleció [...].

”

Después de acercarnos a la historia de este hombre, que tan solo era un muchacho cuando vivió su experiencia, es difícil saber qué nos causa más impresión, si su ECM o los horrores de la guerra, como las trampas explosivas y las minas antipersona. Hay que recordar que, hoy en día, se calcula que en el mundo hay más de ciento diez millones de minas terrestres repartidas en más de sesenta y cuatro países, y que cada año son más de veintiséis mil las personas que sufren las crueldades de estos pequeños aparatos diseñados para colapsar los servicios médicos enemigos y desmoralizar a las tropas, porque lo que se busca con ellas es precisamente mutilar gravemente al enemigo, no matarlo, pues en las contiendas bélicas un herido da más problemas que un muerto. El veterano de Vietnam cuya historia narró el doctor Sabom en su libro fue tan solo una más de las miles de personas que corrieron la misma suerte en aquella época, y que viene a sumarse a la interminable lista de personas que siguen saltando en mil pedazos cada día. Como veremos, la aproximación al estudio de las ECM ha progresado gracias, entre otras cosas, a las modernas técnicas de resucitación, pero seguimos teniendo testimonios de guerra tan desgarradores como este, y es que lamentablemente, en lo que a convivir pacíficamente se refiere, no hemos avanzado mucho.

La prueba...

Uno de los datos más impactantes que los investigadores Kenneth Ring y Sharon Cooper sacaron de su estudio fue que más de la mitad de los ciegos veían durante una ECM, llegando la estadística a situarse en torno al ochenta por ciento.

Investigaciones sobre las ECM en personas ciegas

Entre los innumerables testimonios que consiguió recopilar la doctora Elisabeth Kübler-Ross, encontramos algunos apuntes de ECM narradas por personas invidentes, aunque estos testimonios no le llamaron la atención más de lo que lo hicieron los relatos de personas privadas de algún otro sentido, facultad o parte del cuerpo, que durante ese trance a las puertas de la muerte se encontraban totalmente sanas a pesar de la contradicción que esto pueda causar en nuestro intelecto. Según Kübler-Ross, en una de las etapas de la muerte, «los ciegos pueden ver, los sordos o los mudos oyen y hablan otra vez». Así lo explicaba en su libro *La muerte: un amanecer*, un pequeño tesoro que llegó a mis manos cuando yo apenas tendría unos quince años y que devoré de cabo a rabo, consciente de que lo que estaba contándome aquella señora de apellido impronunciable era revolucionario, o por lo menos a mí nunca antes nadie me había explicado nada semejante. Recuerdo vivamente que algunos de los pasajes que más me impresionaron fueron, en concreto, aquellos en los que se refería a las ECM de personas ciegas. Esto fue lo que leí: «Hemos realizado un proyecto de investigación imponiéndonos como condición el no tomar en cuenta más que a los ciegos que no habían tenido ni siquiera percepción luminosa desde diez años antes, por lo menos. Y estos ciegos, que tuvieron una experiencia corporal y volvieron, pueden decirnos con detalle los colores y las joyas que llevaban los que los rodeaban en aquel momento, así como detalles del dibujo de sus jerséis o corbatas. Es obvio que ahí no podía tratarse de visiones».

La doctora Kübler-Ross trabajaba en un hospital en el que se produjo una explosión en uno de los laboratorios, a causa de la cual una de las pacientes quedó ciega. Esta mujer tuvo una EFC en aquel mismísimo instante, y mientras estuvo fuera de su cuerpo pudo ver de nuevo. Kübler-Ross lo explicaba así: «Una de nuestras enfermas se quedó ciega a causa de una explosión en un laboratorio. Inmediatamente después, se encontró en el exterior de su cuerpo pudiendo ver de nuevo. Miraba las consecuencias de este accidente y describió más tarde lo que ocurría cuando la gente llegaba al

lugar. Cuando los médicos consiguieron hacerla volver a la vida, se había quedado completamente ciega. Esta es la explicación de por qué muchos de los moribundos luchan contra nuestras tentativas de volverlos a la vida, cuando ellos se encuentran en un lugar mucho más maravilloso, más bello y más perfecto».

Para Kübler-Ross, el testimonio de las personas privadas de visión es uno de los más importantes a la hora de descartar cualquier posibilidad de alucinación, falta de oxígeno y otras causas aportadas por colegas médicos, escépticos a la hora de considerar el fenómeno de las ECM como una evidencia de vida después de la muerte: «Interrogamos a una serie de personas con ceguera total y fueron capaces de decirnos no solamente quién entró primero en la habitación para reanimarlas, sino que también describieron con precisión el aspecto y la ropa que llevaban los que estaban presentes, y en ningún caso los ciegos disponen de esa capacidad». Además, en una entrevista, la doctora aseguró que «las personas ciegas pueden decirme el color de las corbatas de sus médicos». Lamentablemente, ese estudio jamás llegó a ver la luz, y el hecho de que la base de datos que la doctora Kübler-Ross había logrado acumular, con más de veinte mil registros, ardiera cuando incendiaron su casa —por querer convertirla en un hogar para niños enfermos de sida— tampoco ayuda mucho.

Pero tal y como Kübler-Ross comentaba, los ciegos no tienen capacidad para ver, y aunque esto parezca una afirmación obvia, conviene recordar de qué forma funciona nuestro cerebro. A mí, la persona que más me ayudó a comprender cómo lo hacía fue la neurocientífica británica Shanida Nataraja. Había publicado un reportaje bastante interesante en nuestra revista *Spectrum Magazine* y, poco después, me ofrecí a facilitar la publicación de su libro *The Blissful Brain* (2008) en España, e incluso me encargué personalmente de la traducción. Lo que aprendí es que hay muchos tipos de ceguera y muchos tipos de daños, algunos propiamente oculares y otros en las áreas cerebrales asociadas a la visión. Por ejemplo, el lóbulo occipital alberga las células y redes cerebrales asociadas al procesamiento de la información visual, y los pacientes con daños en uno o ambos lóbulos occipitales no pueden ver, a pesar de que sus ojos funcionen perfectamente. Por otro lado, el tálamo es la puerta de entrada de las percepciones sensoriales que viajan a los hemisferios cerebrales. Es decir, el cerebro tiene un papel imprescindible a la hora de «ver» físicamente, pero si no hay una entrada sensorial procedente de nuestros órganos de la visión (los ojos), tampoco podremos ver nada. Si hay otra forma en la que

el cuerpo humano tenga posibilidad de ver, como de hecho parece suceder en las EFC, la ciencia todavía no la conoce: o sabemos poco del cerebro y tal vez tengamos que empezar a abordar enfoques neurocientíficos más revolucionarios, o este fenómeno nada tiene que ver con el cerebro.

Lo que sí podemos ver si somos ciegos, o incluso si cerramos los ojos, son «imágenes mentales», es decir, aquellas que podemos imaginar o soñar, por así decirlo. Algunos podrían decir que los ciegos que tienen EFC o ECM están imaginando o soñando, puesto que en algún momento de su vida pudieron ver físicamente. Esto sería válido para los invidentes que perdieron esa facultad a causa de algún accidente o enfermedad en una edad adulta, pero seguiría dejándonos a las puertas de dos grandes incógnitas. La primera: ¿cómo es posible que los ciegos puedan describir en sus supuestas ensoñaciones una realidad que coincide, de hecho, con la realidad, valga la redundancia?, ¿cómo es posible que una persona que no tiene capacidad física para ver pueda describir las formas y colores de lugares, ropas y personas con todo lujo de detalles? Y la segunda: ¿qué ocurre con los ciegos de nacimiento o que perdieron la vista en su más tierna infancia y no guardan recuerdos de visión?, ¿cómo pueden describir algo que jamás han visto ni saben cómo es? Pues bien, esta misma pregunta se la hizo en 1987 el investigador Harvey J. Irwin, profesor en la Escuela de Psicología de la Universidad de Nueva Inglaterra, Australia, donde enseña Psicopatología. Ha realizado muchísimos estudios relacionados con experiencias extrasensoriales, ECM y EFC. Aunque con relación a estas últimas publicó el libro *Flight of mind* (1985), en este punto me interesa resaltar un pequeño artículo para la revista *Journal of Near-Death Studies* centrado en ciegos que habían sufrido una EFC. Irwin logró reunir veintiún casos no de personas que habían tenido una ECM propiamente dicha, sino de invidentes que habían sufrido un episodio extracorpóreo de forma espontánea, sin estar al borde de la muerte ni nada parecido, algo que es posible, como veremos más adelante en el capítulo dedicado a las EFC. Irwin partía de una premisa clara: mientras que las personas afectadas por una ceguera parcial podían visualizar imágenes a modo de sueños, ensoñaciones, imaginación, etcétera, los adultos totalmente ciegos de nacimiento o desde edades tempranas (cinco años o menos) no tenían esta capacidad. Por tanto, si encontramos casos de experiencias extracorpóreas en personas totalmente ciegas y sin posibilidad alguna de visualizar imágenes mentalmente, debido a que son ciegos de nacimiento o se encuentran privadas del sentido de la

vista desde edades muy tempranas, nos resultaría muy difícil atribuir la experiencia a la imaginación.

Irwin dirigió su investigación junto con la Real Sociedad de Ciegos de Nueva Gales del Sur, en Australia. Al principio, se pusieron en contacto con veinticuatro ciegos, aunque finalmente fueron veintiuno los que accedieron a participar en el estudio. Entre ellos, tres declararon haber sufrido una EFC. Lo curioso es que los tres presentaban, asimismo, un historial médico de migrañas, un dato que no debemos despreciar, puesto que las migrañas también están asociadas al sueño lúcido, o al menos así lo constataron Elisa Filevich y otros científicos del Instituto Max Planck de Desarrollo Humano (Berlín) y del Instituto Max Planck de Psiquiatría (Múnich). Las personas que tienen sueños lúcidos son conscientes de que los tienen mientras duermen e incluso pueden dirigirlos de algún modo, aunque estos episodios no son muy frecuentes. Filevich también se dio cuenta de que estas personas tenían la corteza prefrontal anterior, el área cerebral implicada en los procesos de autorreflexión, más grande.

Sin embargo, y a pesar de que Irwin puso mucho empeño en esta investigación, lo cierto es que no logró encontrar a ningún ciego de nacimiento o privado del sentido de la vista desde edades muy tempranas, y habría que añadir que tampoco es fácil encontrar voluntarios invidentes para llevar a cabo una investigación de este tipo, o contar con la colaboración institucional de entes y organismos de ciegos, sobre todo en aquella época, a principios de la década de 1980. Tuvieron que pasar unos cuantos años, pero, al final, Kenneth Ring —profesor emérito de Psicología de la Universidad de Connecticut (Estados Unidos)— y su colega Sharon Cooper lograron la hazaña y se llevaron el mérito. Se habían propuesto realizar un amplio estudio sobre las EFC y ECM en personas ciegas, y en 1997 publicaron los resultados de su investigación en el libro *Mindsight*. Habían encontrado a personas totalmente invidentes, de nacimiento o desde la más tierna infancia, que habían experimentado la sensación de «ver» por primera vez durante uno de estos episodios. En su libro se detallaron los casos de treinta y un invidentes: dieciséis habían tenido una ECM; cinco, una EFC combinada con una ECM; y diez, una EFC en al menos una ocasión. Sin duda alguna, los casos más revolucionarios e impactantes fueron los de Vicki Umipeg y Brad Barrows, totalmente ciegos desde su nacimiento.

Vicki Umipeg rozaba los cuarenta años cuando Ring y Cooper estudiaron su caso. Se trataba de una mujer completamente ciega. Había perdido la vista nada más nacer, en la incubadora. No solo eso, sino que además, como ella misma reconoció, jamás había sido capaz de llegar a entender siquiera un concepto como el de la luz. Tuvo dos ECM a lo largo de su vida durante las cuales experimentó la sensación de «ver» por primera vez, no sin sentir una mezcla de espanto, sorpresa y bienestar. Su historia despertó tanto interés en los medios que no tardó en aparecer en la BBC y en otros prestigiosos canales de televisión a lo largo y ancho del planeta. Sin embargo, y aunque parezca mentira, a pesar de la enorme repercusión internacional de las investigaciones llevadas a cabo por Ring y Cooper en materia de ECM en personas ciegas, y de la conmoción que relatos como el de Vicki generaron en el público, en España pasó prácticamente desapercibida. A los veintidós años de edad, Vicki sufrió un accidente de autobús. Ya en el hospital, salió de su cuerpo y se encontró a sí misma flotando en el techo, mirando a un médico y a una mujer que actuaban sobre el cuerpo que yacía en la camilla: «Sabía que era yo... Estaba muy delgada entonces. Era bastante alta y delgada... Y reconocía que eso era un cuerpo, pero al principio del todo no sabía que era yo». Estas eran las palabras de aquella mujer que, sin saberlo, estaba haciendo historia.

Aun así, Umipeg disfrutó muchísimo de la sensación de libertad y movimiento de la que en aquellos momentos era dueña. También empezó a oír una música sublime como carillones al viento. Fue aspirada, por así decirlo, cabeza arriba, a través de un túnel que ella definió en su momento como un «tubo», y sintió cómo tiraban de ella hacia su interior. La carcasa era oscura, aunque se daba cuenta de que se movía hacia la luz. Al alcanzar la entrada del túnel, la música pareció transformarse en himnos. Le costó encontrar palabras para lo que vino después, porque la sensación fue la de estirarse, como si le pasaran un rodillo, hasta encontrarse tirada sobre la hierba. Estaba rodeada de árboles y flores, y había otras personas allí, muchísimas, y brillaban. Lo que más le llamó la atención, quizá, fue la fabulosa luz, un concepto que Vicki no solo pudo ver, sino también sentir. Así lo contaba: «Todo estaba hecho de luz. Y yo estaba hecha de luz. Lo que esta luz transmitía era amor. Había amor por todas partes. Era como si el amor viniera de la hierba, el amor viniera de los pájaros, el amor viniera de los árboles...». Si me han acompañado ustedes durante este relato, probablemente necesiten un tiempo para digerir lo que acabo de contarles, pero la historia no acaba aquí. Aquel lugar al que la

señora Umipeg llegó le tenía reservadas todavía otras sorpresas, porque no estaba sola. Allí vio a otras personas, a las que había conocido en vida y que ya habían fallecido, como sus dos compañeras de colegio, también ciegas, Debby y Diane, muertas años atrás, cuando tan solo tenían once y dieciséis años, respectivamente. Estas niñas que murieron a edad tan prematura padecieron en vida no solamente ceguera, sino también un profundo retraso mental, pero Vicki las veía ahora brillantes y preciosas, rebosantes de salud. Ya no eran ciegas, ni padecían ningún tipo de discapacidad. También vio a dos de sus cuidadores de la infancia y a su abuela. Todos habían pasado a mejor vida, y nunca mejor dicho, de acuerdo con sus declaraciones.

Bajo circunstancias normales, cualquier persona se habría sentido extraña, cuanto más al experimentar la sensación de ver por primera vez y estar hablando con seres fallecidos, pero ¿acaso nos preguntamos nosotros cuando estamos soñando todas y cada una de las cosas absurdas del mundo onírico? Tal vez morir sea lo más parecido a soñar. En cualquier caso, la señora Umipeg «tenía la sensación de que lo sabía todo y que todo tenía sentido», según sus propias palabras. En un momento dado, un ser al que ella calificó de supremo le preguntó si acaso no era maravilloso todo lo que estaba viendo. Probablemente lo era, y mucho. Seguramente era un lugar en el que se estaba muy bien, pero, tal y como atestiguan otros miles de testimonios que han pasado por una experiencia similar, ese algo o alguien le hizo saber que todavía no era su momento. No, no había llegado su hora. Debía regresar. Ella se resistió un poco, le contestó a aquel ser que quería quedarse allí... Todo fue inútil. Aquel enigmático y maravilloso ser, siempre según su percepción, le dijo que de momento era preciso que volviera, pues todavía tenía que aprender y enseñar mucho sobre el amor y el perdón. Sin embargo, antes de mandarla de regreso, le dijeron que primero tenían algo que mostrarle, y lo que vio fue una panorámica de toda su vida. Mientras ella contemplaba todo esto, le hicieron comentarios para ayudarle a comprender el significado de sus acciones y sus repercusiones. Tras aquello, le repitieron que debía volver. Fue en aquel mismo instante cuando se encontró de nuevo en su cuerpo, experimentando un pesado y profundo dolor.

La ECM de Vicki Umipeg es bastante arquetípica y cumple varios de los elementos que muchos de aquellos que regresan de las garras de la muerte también han apuntado. Seguramente, a estas alturas, ustedes todavía se sigan preguntando cómo es posible que una persona ciega de nacimiento se quede tan tranquila ante la

sensación de ver por primera vez algo que jamás ha visto. O tal vez piensen: ¿cómo sabía esta persona lo que estaba viendo si nunca lo había visto? Pues bien, tengo que confesarles algo: no era la primera vez que Vicki Umipeg veía. Sucedió diez años antes, cuando apenas contaba con doce años de edad y tuvo otra ECM, en aquella ocasión motivada por una peritonitis. Durante aquel episodio en el umbral de la muerte, Vicki supo lo que era ver por primera vez en su vida y, como podrán imaginar, la sensación estuvo marcada por ciertas dosis de trauma. ¿Cómo era ver por primera vez? Según dijo a Ring y Cooper, era «difícil explicarlo, pero es como oír palabras y no entender lo que dicen, pero saber que son palabras». Según mis propias investigaciones en este campo, muchos ciegos, cuando experimentan la sensación de ver por primera vez, ya sea a causa de una ECM o de una operación de recuperación de la vista, se sienten desorientados y confusos, incluso aterrorizados. Vicki también vivió algo de esto: «Era muy desagradable, a decir verdad. No era placentero al principio. Estaba bastante asustada. Estaba aterrorizada porque no podía entender qué estaba pasando». Más adelante, seguía explicando: «Fue duro ajustarse. Al principio estaba asustada. Luego todo fue bien. Tenía dificultades para asociar una cosa con la otra, lo que estaba viendo y percibiendo contra lo que yo había tocado y conocido en la forma en la que había conocido todas las cosas en mi vida».

Y así acaba la historia de Vicki Umipeg, la mujer que solo vio dos veces en su vida... y en las dos estaba «muerta». Ustedes ya me entienden.

Un ciego abrumado por la belleza del paisaje

El caso de Vicki no era una isla en mitad del océano. Ring y Cooper recogieron otros casos que, particularmente, consiguieron asombrarme, como el de Brad Barrows, otro ciego de nacimiento. Sin ánimo de participarles todas las historias de estos investigadores, no puedo quedarme sin contarles lo que vivió este hombre, puesto que su peripecia tampoco es un secreto para nadie, ya que él mismo accedió a pasear su relato por las televisiones. Burrows tuvo una ECM cuando era pequeño a raíz de una neumonía. Tan solo tenía ocho años de edad cuando le sucedió. Se encontraba en el Centro para Ciegos de Boston. «Me quedé sin respiración, y entonces me di cuenta de que estaba elevándome lentamente desde la cama, como si mi ser estuviera flotando a través de la habitación», contaba.

Pudo atravesar incluso el techo, cruzarlo, llegar hasta el tejado, salir y ver la calle, que se encontraba totalmente nevada; ver asimismo los coches que circulaban y el tranvía que pasaba en esos momentos... También reconoció una colina en la que solía jugar. Después, sintió como si tirasen de él y lo arrastrasen a través de un túnel. Tuvo miedo, pero al final del túnel se encontró en un inmenso campo de grandes palmeras. Andaba por un camino totalmente abrumado por la belleza del paisaje: «Cuando me di cuenta de que estaba caminando por este campo, me sentí muy emocionado, y tan increíblemente renovado que no quería marcharme. Quería estar allí para siempre. La única manera en la que lo puedo describir adecuadamente sería que era un sentimiento como de estar en casa, y no quería irme... Era tan pacífico y tranquilo y en calma... Otra de las cosas de las que me di cuenta era que sabía que había algo más allá de los sentidos... Una luz que parecía venir de todas direcciones... Lo envolvía todo... Lo recuerdo vívidamente». A pesar de que Brad contaba esta historia haciendo hincapié en lo maravillosa que era, la sensación de ver por primera vez le había contrariado sobremanera, aunque lo superó de inmediato: «Al principio estaba desconcertado por ello. No entendía la sensación que estaba experimentando. Mientras me movía a través de este singular campo, parecía aceptarlo. No entendía nada, pero ahí estaba, capaz de aceptarlo todo casi inmediatamente».

Como muchos otros sujetos protagonistas de una ECM, también él oyó música y las voces de otros: «Recuerdo que oí voces que parecían estar cantando en un lenguaje que nunca había oído o tal vez en muchos lenguajes diferentes. La música no tenía nada que ver con lo que había experimentado en la tierra. Los ritmos eran extremadamente emocionantes y muy agradables». En un momento dado, sintió que estaba a punto de tener un encuentro con un ser inefable. ¿Dios? «Todo lo que quería era ver a este ser. Quería estar junto a él para siempre». Pero lo que sucedió a continuación fue que se encontró de nuevo en su cama, resollando con un termómetro rectal en el trasero. Después, Brad supo que su corazón había estado parado durante cuatro minutos y que habían tenido que resucitarlo por reanimación cardiopulmonar. Este es el motivo por el que cree que volvió súbitamente a su cuerpo en mitad de aquel instante «divino». Prácticamente, los médicos le arrancaron violentamente de uno de los mejores momentos de su vida: el momento en el que vio por primera vez antes de que lo resucitaran.

Ver por primera vez no es fácil

Ver por primera vez supone enfrentarse a un mundo desconocido. La idea que un invidente tiene de las cosas no se parece en nada a la representación visual que algunos de ellos han podido alcanzar gracias a una operación quirúrgica, una EFC y/o una ECM. Las primeras impresiones de una persona que recobra la vista tras someterse a una operación quirúrgica suelen ser desagradables y, en muchos casos, estos individuos precisan ayuda psicológica y un proceso de enseñanza que les permita aprender a ver con los ojos.

ENCUENTROS EN LA PRIMERA FASE: ¿ESE CUERPO ES MÍO?

Los expertos en ECM coinciden en que la primera fase por la que atraviesan los protagonistas es la experiencia fuera del cuerpo. El sujeto siente que sale de su cuerpo físico, flota sobre él, observa la escena desde un punto de vista privilegiado y elevado, e incluso oye cómo le declaran muerto.

A las experiencias extracorpóreas o fuera del cuerpo (EFC) se las llama de muchas formas —viaje astral, desdoblamiento, experiencia exomática, proyección de conciencia, viaje al mundo de los espíritus...—, pero no es necesario morir para tener una. De hecho, este tipo de vivencia es tan antigua como la mismísima humanidad y son varios los métodos que se han practicado para inducir las o autoinducirlas —meditación, drogas, estados de trance, ritos de iniciación, rituales chamánicos...—, aunque algunas personas las han podido tener de forma involuntaria y totalmente espontánea. El primero que introdujo el término «EFC» para definir estas experiencias extracorpóreas fue el matemático, físico e ingeniero George N. Tyrrell (1879-1952), profundamente interesado en los fenómenos parapsicológicos, pues, no en vano, se unió a la Sociedad para la Investigación Psíquica en 1908.

Tyrrell, el hombre que puso nombre a las EFC

En su libro *Apparitions*, publicado en 1943 y convertido hoy en una rareza bibliográfica prácticamente imposible de conseguir, Tyrrell hizo alusión a las EFC (aunque él las llamó «out of body experiences», de ahí las siglas inglesas OBE). Sus archivos estaban repletos de casos que llamaron su atención. Asomémonos al Caso 60, protagonizado por un soldado que combatía en Francia, durante la Primera Guerra Mundial, y desfalleció de hambre, frío, cansancio y sufrimiento extremos.

“

Caso 60. Los archivos de George N. Tyrrell

El siguiente caso ocurrió durante la guerra de 1914-1918 [...]. «Dejamos Monchiet de madrugada, marchando sobre un camino resbaladizo, en el que el barro se mezclaba con la nieve. Llegamos a Beaumetz por la noche. Descansamos brevemente y nos pusimos en marcha de nuevo, camino a Wailly, tras la línea, a unos trece kilómetros al sur de Arras. Desde allí fuimos vagando a través de una trinchera serpenteante de no más de un kilómetro y medio de largo, pero que parecía interminable. El barro nos llegaba a las rodillas y el aguanieve nos cortaba la piel, entumeciéndonos todos los huesos. Al final alcanzamos la línea del frente y tomamos el control del Batallón de Reserva del Ejército Territorial Francés. Tenían las peores trincheras del mundo. No las habían reparado en meses. Se habían colapsado hacia el interior y no proporcionaban ningún tipo de refugio y protección. No eran más que un montón de barro y moho. [...] Estábamos cansados, exhaustos, en los huesos, hambrientos y sin raciones, ni nada para encender un fuego y

calentar un poco de agua; sin un solo trozo seco de tierra sobre el que sentáramos a descansar; abandonados a nuestra suerte [...]. Las horas pasaban y nosotros continuábamos en aquel estado de miseria y sufrimiento, y de repente sucedió algo maravilloso. Me di cuenta de que estaba fuera de mi cuerpo; que mi “yo” real, el ego, el espíritu o comoquiera que se llame, se había separado de mi cuerpo carnal. Y ahí estaba yo, observándolo todo de forma despegada e impersonal, sin los sufrimientos del cuerpo, un cuerpo que, a pesar de que me daba cuenta de que era mío, no significaba nada para mí, y podría haber pertenecido a cualquier otro, porque no me sentía conectado al mismo. Sabía que mi cuerpo estaba pasando frío y penurias, pero yo, en mi forma espiritual, no sentía nada. En aquel momento me pareció algo sumamente natural, y solo después me di cuenta de que había tenido una de las experiencias más maravillosas de mi vida. [...] Jamás le dije una sola palabra sobre mi aventura espiritual a H. o ninguno de los otros. No me habría entendido, se habría reído. Pero yo sabía que aquella noche mi alma y mi cuerpo se habían separado».

”

De la extremaunción a la resurrección: la increíble historia de un catedrático de Anatomía

¿Qué ocurre cuando se tiene una de esas experiencias que te transforman completamente y te convencen de que la vida no se acaba con la muerte física, anatómicamente hablando? ¿Y qué pasa si el que tiene esa experiencia, además, es precisamente un catedrático de Anatomía? Esta es la historia de un hombre de ciencia que estuvo en el otro lado y regresó con una idea muy clara: la muerte no existe.

Francisco Martínez Soriano, doctor en Medicina y Cirugía y catedrático de Anatomía Humana en la Universidad de Valencia, está acostumbrado a lidiar con el cuerpo humano en su sentido más físico y material. Sin embargo, sabe que la muerte no existe, que en ningún caso somos nuestro cuerpo, y que todos vamos a reencontrarnos en lo que muchos conocemos como el Más Allá. Y lo sabe porque, cuando tenía doce años de edad, estuvo al borde del desahucio más absoluto: la muerte. El cura le había dado ya la extremaunción, y mientras tanto él había salido de su cuerpo y observaba toda la escena desde un punto de vista privilegiado, aquel de los que llegan a saber lo que realmente somos los seres humanos. ¿Qué es estar muerto y por qué este médico sabe que con la muerte clínica no morimos y que, en realidad, no somos ese cuerpo con el que nos identificamos? Estas eran las preguntas que vagaban por mi mente cuando decidí ponerme en contacto con este catedrático. Me encontré con un hombre valiente, dispuesto a hablar sin tapujos, a pesar de que en su profesión no siempre es fácil referirse a estas cosas sin toparse con el rechazo de los colegas.

Para entender el relato de Francisco tenemos que empezar desde

el principio. Corrían vísperas de la Purísima, festividad que se celebra el 8 de diciembre, y sus primos festejaban un cumpleaños al que él no pudo asistir porque se puso enfermo. Diagnóstico: peritonitis. Esta mala suerte fue la que acompañó a Francisco, quien se vio postrado en una cama, agonizando, a punto de morir o tal vez, incluso, medio muerto. Así lo debieron considerar los médicos y su madre: «Yo tenía doce años. Tuve una peritonitis por una obstrucción intestinal. Mi estado llegó a ser tan grave que mis padres, católicos practicantes, llamaron al sacerdote para que me diera la extremaunción», me contaba.

Francisco, por aquel entonces tan solo un niño, se encontraba en una situación terrible, azotado por unos dolores insoportables. Sin embargo, en un momento dado, el sufrimiento desapareció, y se encontró a sí mismo fuera de su cuerpo: «Yo no era muy consciente de lo que estaba pasando, solo sentía muchísimo dolor, pero en un momento dado y sin saber cómo me encontré fuera del cuerpo. Mi mente estaba libre de toda sensación física», explicaba el hoy catedrático. Lo que Francisco me estaba contando encajaba perfectamente con lo que se considera una EFC. No pasó de ahí. Es decir, no hubo túnel, ni llegada a un lugar de luz inmensa, ni encuentro con otros seres fallecidos familiares o amigos, ni con seres ¿divinos?, ni tampoco puertas que cruzar, ni revisiones panorámicas de la película de su vida... Lo que hubo fue un desdoblamiento, que los expertos identifican como la primera fase de las ECM.

Pero ¿es una EFC tan impactante como para convencer a una persona de que hay vida después de la muerte? Pues al parecer sí; de hecho, esta suele ser la impresión y reacción de las personas que, como Francisco, han tenido una EFC y han vivido para contarla. ¿Cómo se ven las cosas desde el punto de vista de ese doble que sale de nosotros mismos y observa nuestro cuerpo tirado en una cama de hospital? Esto es lo que me contestó Francisco: «Mi mente estaba libre de toda sensación física. Ya no sentía dolor. Observaba la escena como un espectador que no estuviese implicado en ella. Veía a mis padres llorando, al sacerdote y al médico que me asistía, y mi cuerpo, y a mí mismo, pero no era yo, porque yo sentía y veía desde fuera y me sentía como un ente presente. No sentía tristeza, ni apego, solo tenía una sensación de felicidad, de bienestar y de saber lo que soy que predominaba por encima de todo lo demás».

Lo que Francisco sintió fue, según sus confesiones, un deseo profundo de querer permanecer en ese estado, quedarse allí, avanzar, cruzar definitivamente al otro lado. ¿Por qué? Porque el

sentimiento de felicidad, plenitud y bienestar debía ser, sencillamente, embriagador: «No se puede describir con palabras. Nunca he vuelto a experimentar esa sensación. Quería seguir así y “caminar” hacia alguna parte, pero no fue posible». Casi se lamentaba al decirlo. De hecho, este hombre pasó muchas noches, después de aquello, siendo tan solo un muchacho de doce años, intentando volver a sentir lo mismo, rogando incluso por ello: «Lo cierto es que volví de nuevo a mi cuerpo y empecé a mejorar progresivamente hasta que me restablecí por completo. Pero en mí quedó la impronta de esa sensación de felicidad que había vivido y que yo, con mi mente infantil, quería volver a experimentar a toda costa, pero no sabía cómo hacerlo y ese deseo me acompañó durante un montón de años».

Francisco aseveraba una y mil veces que la muerte no era nada. Entonces, ¿qué era? Me contestó que la muerte era «solo la puerta de entrada a un mundo de sensaciones de felicidad y bienestar, y a partir de ese momento de consciencia de lo que es, dejé de ver la muerte como algo sórdido y enigmático, sino como una vuelta a casa, al hogar, al lugar al que realmente pertenecemos».

La experiencia no solo fue lo suficientemente impactante y real como para que Francisco se convenciera de que había vida después de la muerte, sino que, además, como me explicó, le transformó profundamente, marcando el acento que tomarían sus estudios y el rumbo al que el timón de su espíritu se dirigiría: «Esta experiencia me sirvió para interesarme más por estas cuestiones y especialmente por la filosofía oriental y la física cuántica, que me ha hecho comprender muchas cosas, conceptos expresados por físicos cuánticos en libros como *La física del alma*, de Amit Goswami, o el de Roger Penrose, el colaborador de Stephen Hawking, sobre los agujeros negros y que refiere una interesantísima teoría respecto a lo que sería la conciencia cerebral y la conciencia cuántica, que estaría fuera del cerebro, en el universo».

Como afirmaba Francisco, estamos ante un «maravilloso puzle que va encajando poco a poco», y no uno cualquiera, puesto que tiene la capacidad de erradicar uno de los mayores temores de las sociedades occidentales modernas, donde prima el valor cultural de la eterna juventud: el miedo a morir. Este catedrático de Anatomía me hizo la gran revelación de su vida: la muerte no existía y, por tanto, la idea de dejar este cuerpo no le provocaba ningún temor. Al contrario. Curiosa sensación esta, tan común a los que han sufrido una ECM (al menos una positiva) y se saben tranquilos ante la idea de montar en la barca de Caronte.

Y aunque, tal como él mismo reconocía, resultaba difícil encontrar las palabras o explicar lo inexplicable, era importante difundir el mensaje. Precisamente por tener una ocupación profesional como la suya, sentía la imperiosa necesidad de transmitir a los futuros médicos este nuevo concepto tanatológico. ¿Cómo se interactúa con los demás después de una cosa así? ¿Cómo se les explica a los alumnos lo que es la muerte delante de un cadáver, en mitad de una clase de anatomía, o en los pasillos de la morgue? «Intento transmitirlo a los que me rodean, amigos, estudiantes, familiares... Aunque no siempre es fácil que lo entiendan, y lo comprendo, porque en mi caso he sido afortunado al tener la experiencia que tuve, aunque hay muchas personas que han experimentado lo que yo y lo transmiten de forma parecida, a pesar de que cada uno tiene sus matices según hayan sido las circunstancias... Yo no vi ningún túnel, ni ninguna luz, pero sentí algo que era pura felicidad, serenidad y sabiduría...», me comentó.

A pesar de la calidad del testimonio de un científico como Francisco, siempre hay otros colegas que se muestran escépticos. ¿Habría sido un incrédulo él mismo de no haber sufrido esta experiencia límite? Su respuesta es reveladora: «Los más pragmáticos podrán aducir mecanismos bioquímicos cerebrales para explicarlo, que quizá yo mismo en similares circunstancias y con la mente del científico y académico serio podría manifestar también, pero, cuando lo has vivido, sabes perfectamente que eso es real y que es lo que somos porque en esos momentos lo ves todo diáfano, te das cuenta y lo sabes; el cuerpo es una carcasa a la que estamos apegados, pero en realidad solo es materia, la energía que se mueve en ese cuerpo es lo que verdaderamente somos».

El vuelo del chamán

El chamanismo es la religión más antigua del mundo. Así lo aprendí en las clases de Antropología de la Religión durante mis estudios universitarios. Y así lo reconocía Brian Morris, que coincidía con varios autores al considerar el chamanismo, la comunicación con el mundo de los espíritus a través de estados de trance o experiencias de abandono del cuerpo, como la primera forma religiosa de la humanidad. Por su parte, Mircea Eliade (1907-1986) llevó a cabo un estudio pionero de las religiones comparadas, *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis* (1951), en el que vinculaba las técnicas del éxtasis y el «vuelo mágico» del chamán. Indudablemente, el chamanismo guarda un estrecho vínculo con los

estados alterados de consciencia, que Eliade circunscribía a Siberia y Asia Central, principalmente. Hoy sabemos que el chamanismo es un fenómeno mundial. Eliade distinguía entre el chamanismo propiamente dicho, que implica estados de éxtasis, trance, vuelo del alma y dominio de los espíritus, y la posesión. Es decir, el auténtico chamanismo era el del «vuelo del alma», mientras que la posesión de los espíritus o incorporación no formaría parte del chamanismo en sentido estricto. Este vuelo del alma puede interpretarse como la capacidad del chamán de abandonar su cuerpo físico y elevarse sobre este.

La prueba...

Muchas personas identifican las EFC con los desdoblamientos y, por tanto, los consideran un fenómeno que, si se llega a dominar a voluntad, brinda la oportunidad de realizar viajes astrales.

Miles de años atrás, el hombre-chamán adquiría y/o heredaba una serie de conocimientos prácticos de corte animista mediante los cuales favorecía el buen curso de la vida en el grupo, tener una buena cosecha, una caza próspera, un clima oportuno, o conseguir ayuda para curar las enfermedades, siempre a través de su experta mediación con el mundo de los espíritus. El chamán, en definitiva, era un médium especializado en dominar a los espíritus. Desde entonces, multitud de tradiciones y sistemas de creencias han anclado su concepto del ser humano en las corrientes animistas y dualistas que separaban claramente el cuerpo del alma, el mundo de los vivos del de los muertos, siempre en estrecha relación, y en la idea de que era posible abandonar el cuerpo a voluntad mediante diferentes técnicas. Pensemos en las tradiciones orientales. Eliade afirmaba: «La ascensión y el vuelo mágico ocupan un lugar de primer orden en las creencias populares y las técnicas místicas de la India. En efecto, elevarse por el aire, volar como un pájaro, franquear inmensas distancias en lo que dura un relámpago, desaparecer, etcétera, son algunos de los poderes mágicos que el budismo y el hinduismo confieren a los arhats, a los reyes y a los magos [...]. Ya hemos visto que la facultad de volar puede obtenerse de muchas maneras, trance chamánico, éxtasis místico, técnicas mágicas, y también por medio de una severa disciplina psicamental, como el yoga de Patanjali, de un ascetismo vigoroso, como en el budismo, o con prácticas de alquimia». Son varias las

técnicas de meditación, entre otras, que han pervivido hasta nuestros días y que posibilitan a algunas personas salir de su cuerpo, tal y como aseguran los testimonios más actuales.

Los viajes de Robert Monroe

Afortunado en los negocios, el ejecutivo publicitario Robert Monroe (1915-1995) lo tenía todo en la vida. Había amasado un gran capital y construido un auténtico imperio empresarial. Estando en la cumbre, saboreando ya los placeres de su afamada carrera radiofónica, empezó a interesarse por el desarrollo de técnicas sonoras. Estuvo experimentando con unas cintas de casete, que él mismo se grababa, para mejorar su memoria auditiva y, al poco tiempo, empezó a sentir unas extrañas vibraciones por todo su cuerpo. Tanto se asustó que decidió acudir al médico, pero el galeno no halló nada raro en él. Un buen día, estas vibraciones desembocaron en una experiencia extracorpórea, tras la cual estuvo a punto de creer que se había vuelto loco. Poco a poco, fue acostumbrándose y dándose cuenta de que estaba totalmente cuerdo, y de que había desarrollado la increíble capacidad de abandonar su cuerpo. Publicó diversos libros en los que contaba sus apasionantes vuelos mágicos, popularizando el término «EFC» acotado por George N. Tyrrell.

Lo más llamativo de los viajes de Monroe es que no se limitaba a desdoblarse sin más, sino que viajaba a los lugares que él quería, se metía en la casa de otras personas y observaba toda suerte de escenas cotidianas para después comprobar que realmente había estado allí. Su primer libro, *Journeys out of the body* (1971), puede considerarse como un auténtico diario de prácticas y experimentos. Lo que Monroe contaba era absolutamente fascinante, y no solo eso, sino que lograba contrastarlo y contar con la total confirmación y verificación de otras personas. Por mi parte, he querido seleccionar al azar para ustedes una de las entradas de ese diario. Les prevengo que lo que van a leer excede los límites de lo conocido.

“

Diario de Robert Monroe

15 de agosto de 1963. Tarde

¡Un experimento productivo tras un largo paréntesis! R. W., empresaria a quien conozco bastante bien por haber trabajado mucho tiempo con ella, y un amigo íntimo al tanto de mis «actividades» (con cierto escepticismo, pese a haber participado también un poco a regañadientes) se han ido esta semana de vacaciones a la costa de Nueva Jersey. No sé exactamente adónde. Tampoco la he informado de que

planeara ningún experimento, sencillamente porque no se me había ocurrido hasta hoy (sábado).

Esta tarde, me he acostado para reanudar los experimentos y he decidido esforzarme seriamente en «visitar» a R. W., dondequiera que esté. (En mi caso, la regla básica ha sido siempre que tengo más éxito yendo hacia alguien que conozco bien, oportunidad que no se presenta tan a menudo). Me acuesto hacia las tres de la tarde, me relajo, noto el calor (vibraciones potentes) y pienso seriamente en el deseo de «ir» adonde está R. W.

Luego, vino la consabida sensación de movimiento por una zona borrosa de color azul claro, y a continuación me encontraba en lo que parecía ser una cocina. R. W. estaba sentada en una silla a la derecha. Tenía un vaso en la mano. Estaba mirando a la izquierda, donde había dos chicas (una morena y otra rubia, ambas de diecisiete o dieciocho años) también sentadas, con sendos vasos en la mano y bebiendo algo. Las tres estaban charlando, pero no pude oír lo que decían.

Primero, me acerqué a las dos chicas y me puse delante de ellas, aunque no conseguí llamarles la atención. Entonces me volví a R. W. y le pregunté si sabía que estaba allí.

«Oh, sí, sé que estás aquí», contestó (mentalmente o mediante comunicación supramental, porque seguía charlando con las dos chicas).

Le pregunté si estaba segura de que iba a acordarse de que yo había estado allí.

«Oh, seguro que me acordaré», fue su respuesta.

Le dije que esta vez iba a procurar que se acordara.

«Me acordaré, seguro que sí», dijo R. W., simultáneamente a su conversación oral.

Insistí en que no estaba seguro de que se acordara y en que iba a pellizcarla.

«Oh, no va a hacer falta, me acordaré», se apresuró a decir R. W.

Le dije que tenía que estar seguro, de manera que me acerqué e intenté pellizcarla, suavemente, creo. La pellizqué en el costado, justo encima de las caderas y debajo de la caja torácica. Ella dejó escapar un fuerte «¡ay!» y yo retrocedí algo sorprendido. La verdad es que no esperaba poder pellizcarla de verdad. Satisfecho por haber causado al menos cierta impresión, di media vuelta y me marché; pensé en lo físico y regresé prácticamente al instante. Me levanté y me dirigí a la máquina de escribir donde estoy ahora. R. W. no volverá hasta el lunes, y entonces podré determinar si establecí contacto o si fue otro fallo inidentificable. Hora de regreso, las cuatro menos veinticinco.

Secuela reseñable: hoy es martes, ya han pasado tres días del experimento. R. W. se reincorporó al trabajo ayer y le pregunté qué había estado haciendo el sábado por la tarde entre las tres y las cuatro. Sabedora de por qué se lo preguntaba, dijo que tendría que pensarlo y que me lo diría el martes (hoy). Esto es lo que me ha contado hoy: el sábado, entre las tres y las cuatro, fue el único momento en que no hubo mucha gente en la casa de la playa. Estuvo a solas por primera vez con su sobrina (morena, unos dieciocho años) y una amiga de esta (rubia, de la misma edad). Estuvieron en la cocina-comedor de la casa desde las tres y cuarto hasta las cuatro; ella se había tomado un trago, las chicas bebieron Coca-Cola. No habían hecho más que estar sentadas charlando.

Pregunté a R. W. si se acordaba de algo más y me dijo que no. Concreté más la pregunta, pero no fue capaz de recordar nada. Hasta que me impacienté y le pregunté si recordaba el pellizco. Puso los ojos como dos platos.

«¿Fuiste tú?». Se quedó mirándome un momento, después entró en mi despacho, se volvió y levantó un poco el borde del chaleco por encima de la falda, a la altura de la cadera izquierda. Había dos manchas pardoazuladas en el mismo sitio donde yo la había pellizcado.

«Estaba allí, sentada hablando con las chicas —dijo R. W.—, cuando de repente sentí un pellizco terrible. Debí pegar un salto. Creí que había vuelto mi cuñado y se había acercado por detrás sin que le viera. Me volví, pero no había nadie. ¡No tenía ni idea de que hubieras sido tú! ¡Qué daño!».

Le pedí perdón por haberla pellizcado tan fuerte y tuve que prometerle que, si volvía a intentar una cosa semejante, haría otra cosa que no fuera pellizcarla.

En este episodio la hora coincide con los hechos reales. Alucinación por sugestión, indeterminado, porque se sugirió un deseo y había preconocimiento general del sitio donde estaba R. W. en ese momento.

”

Coincidencia entre mis notas y los hechos registrados

- › Situación (dentro, no fuera de la casa).
- › Número de personas presentes.
- › Descripción de las chicas.
- › Acciones de las personas presentes.
- › Reconocimiento del pellizco.
- › Huellas físicas del pellizco.

Posibilidad de preconocimiento inconsciente mediante observación previa de lo anterior

- › Negativo, el preconocimiento apuntaba más a actividades al aire libre en la playa que dentro de la casa.
- › Negativo, el preconocimiento apuntaba a un grupo de adultos, ya que R. W. había ido a visitar a su hermana y su cuñado.
- › Negativo indeterminado, posibilidad de preconocimiento de la sobrina y su color de pelo a través de R. W.; negativo en cuanto a la amiga de la sobrina, su color de pelo y edad.
- › Negativo, no hay preconocimiento de hábitos inexistentes en ese momento del día.
- › Negativo, R. W. no tenía preconocimiento de que yo iba a intentar un experimento, puesto que este en concreto no lo había hecho nunca ni jamás había pellizcado a R. W. No lo había hecho antes.
- › Negativo, imposible que R. W. pudiera haber sabido dónde estaban las marcas del pellizco si no hubiera sucedido lo que he contado más arriba.

”

Podríamos seguir rescatando entradas del diario de Robert Monroe, pero todas serían igualmente desconcertantes. Un año antes de que yo naciera, él ya había creado el Instituto Monroe, entidad que le sobrevivió y sigue funcionando hoy en día. Si alguien se está preguntando quién creó esas músicas de frecuencias binaurales para la inducción a estados de meditación, entre otros, conocidas como Hemi-Sync, acertará si apunta con el dedo a Monroe. En el Instituto Monroe se especializaron de tal manera a la hora de inducir EFC que la mismísima doctora Kübler-Ross, la gran eminencia en ECM, se plantó un buen día frente a Monroe dispuesta a investigar con él... y algo más: «Nuestras investigaciones en este campo han sido confirmadas por experiencias científicas realizadas en colaboración con Robert Monroe [...]. Yo misma no solo he vivido una experiencia extracorpórea espontánea, sino también otras que fueron inducidas en laboratorio bajo la vigilancia de Monroe, observadas y corroboradas por varios sabios de la Fundación

Menninger, en Topeka [...]. Esta experiencia [una de las primeras] fue inducida por el doctor Monroe por medios iatrógenos en un laboratorio de Virginia y vigilada por algunos sabios escépticos. En el transcurso de una de ellas, fui devuelta a mi cuerpo físico por el jefe del laboratorio, que estimó que había partido demasiado pronto y demasiado deprisa. Ante mi gran consternación, él interfirió así en mis propias necesidades y en mi propia personalidad. En el siguiente intento, decidí soslayar el problema de una intervención ajena programando yo misma mi salida para ir más rápido que la velocidad de la luz y más lejos, donde ningún ser humano hubiera estado durante una experiencia extracorpórea. En el mismo momento en que esta fue inducida, abandoné mi cuerpo a una velocidad increíble. Lo único que recuerdo de la vuelta a mi cuerpo físico fueron las palabras “Shanti Nilaya”. No tenía ni idea del significado o de la interpretación de esas palabras. Tampoco tenía noción de dónde había estado».

Debo confesar que en el momento de leer las palabras de la psiquiatra suiza yo tampoco sabía lo que significaba «Shanti Nilaya», así que tuve que buscarlo. Era una expresión sánscrita que significaba «puerto final de la paz» o «último puerto de la paz». Qué curioso.

Si de algo dio muestras la doctora Kübler-Ross a lo largo de su vida fue de un gran arrojo y valentía, pero era humana, como todo el mundo, y tenía sus achaques. En el momento de inducirse aquella experiencia extracorpórea en la que ella misma programó las variables, tenía problemas intestinales y un pinzamiento dorsal. Sin embargo, volvió completamente curada de sus afecciones físicas: «Lo único que sabía antes de volver es que estaba curada de un estreñimiento casi total, así como de un pinzamiento dorsal muy doloroso que me había impedido incluso recoger un libro. Ahora bien, después de esta experiencia pude comprobar que mi intestino funcionaba de nuevo y que podía levantar un saco de cincuenta kilos sin cansancio ni dolor. Las personas que estaban presentes me decían que había rejuvenecido veinte años». Otro punto curioso, especialmente porque me he encontrado con varios casos de personas que, a consecuencia de una ECM, regresaron a la vida totalmente curadas de una enfermedad o trastorno previo de forma inexplicable y casi «milagrosa».

Tal vez a esta pertinaz mujercita se le fue la mano con eso de querer programar sus propias coordenadas a la hora de inducirse la EFC, porque aquella noche, al volver a su pensión, pasaría una de las peores jornadas de su vida: «Poco a poco y no sin miedo, me di

cuenta de que había ido demasiado lejos en mi experiencia extracorporal y debía sufrir las consecuencias de mi propia decisión [...]. En el propio sentido del término, viví en mí misma las miles de muertes por las que habían pasado mis enfermos. Agonizaba en el sentido físico, emocional, intelectual, espiritual. Fui incapaz de respirar, invadida por el dolor». Salvando los detalles más oscuros y terroríficos de aquella demoledora experiencia, que no dejaba de ser al mismo tiempo una prueba iniciática que una vez superada desveló su significado místico, diremos que a la pobre doctora Kübler-Ross le costó varios días volver a poner los pies en la tierra y entregarse a cosas cotidianas y triviales como preparar la comida o tender la ropa. Resultado: «La experiencia que acabo de relataros cambió mi vida de una manera que no os sabría explicar».

Ese de ahí soy yo: la muerte, principal causa de una EFC

Uno de los detonantes más frecuentes de las EFC son las ECM. Este contexto es, sin duda alguna, el más popularizado, tanto que las primeras suelen confundirse en muchas ocasiones con las segundas. En Perú, Óscar Villafuerte, el padre de una de mis mejores amigas, estuvo a punto de morir ahogado a los diecisiete años de edad. Cuando le llamé para preguntarle por aquel episodio de su vida, lo trajo a la memoria de forma instantánea, y es que la sensación de verse desde arriba, tirado en la arena de la playa, mientras trataban de salvarte la vida, no debe ser algo fácil de olvidar: «Estuve a punto de ahogarme en una playa de Lima que se llama La Herradura. Me sacaron del agua moribundo. Estaban tratando de reanimarme. Yo lo veía todo desde arriba. Al principio, cuando me estaba ahogando, fue muy duro y brutal: ¡me estaba ahogando! Pero llegó un momento en que toda esa desesperación y toda esa angustia dio paso a una especie de calma y paz. Comencé a girar y luego ya me vi tirado en la playa y que estaban tratando de reanimarme». Después de aquello, según me confesó, volvió a tener más episodios de «desdoblamiento», como él los llamaba, siempre precedidos por una sensación de vibración por todo su cuerpo. «Yo estaba en mi cama y mi cuerpo empezó a vibrar. Vibraba, vibraba y vibraba intensamente mi cuerpo, y luego me desprendí y aparecí al costado de mi cama. Entonces me vi en cama dormido. Me di unas vueltas por ahí. Veía tirado en el suelo como un hilo brillante. Después regresé a mi cuerpo. Me pasó varias veces. Salía disparado de mi cuerpo».

En ocasiones la EFC sobreviene en estados de cansancio extremo o agotamiento físico. Esta es otra de las circunstancias más frecuentemente mencionadas como estado previo a ella. Por ejemplo, mi amigo Jorge Codes Alarcón regresó del trabajo un día y se acostó en la cama. Estaba realmente cansado: «Era como que estaba despierto, pero yo me notaba volando porque era consciente de que me veía en el cuarto. Fue echarme, cerrar los ojos y, al abrirlos, verme así. No estaba durmiendo. Estaba flotando de verdad. Estaba despierto, pero relajado. No me dio miedo, aunque la verdad es que te quedas pensando: “Joder, no puede ser verdad”». El caso de Jorge sería uno de los más básicos. Tan sencillo como eso.

En Málaga, una mujer a la cual llamaremos Sara me contaba que, hacía ya varios años, había tenido una EFC de lo más extraña. Había pasado todo el día trabajando, viajando y manteniendo reuniones. Por la noche, al regresar a la habitación del hotel en el que se alojaba, no pudo conciliar el sueño y siguió trabajando durante toda la madrugada. El amanecer la sorprendió trabajando todavía, y en torno a las nueve de la mañana, totalmente exhausta, se echó en la cama. Necesitaba dormir, pero no podía, y se empezó a sentir mal. Le dieron unos dolores en el estómago y en el pecho que la hicieron retorcerse en el lecho: «Fue de estas veces que estás tan cansado que no puedes dormirte. Empecé a dar vueltas en la cama y a encontrarme fatal. Empecé a tener unos dolores horribles, sobre todo en el estómago y el pecho. Era un dolor muy agudo. Me encontraba tan mal que pensaba que me estaba muriendo, pero estaba tan hecha polvo que me dije: “Bueno, y qué, estoy muy cansada y tengo mucho sueño, porque me muera un ratillo no va a pasar nada”. Entonces, vi una luz en el techo, pero en realidad no era una luz, era como una entidad con forma ovoide que emitía mucha luz, azulada. Era como una esfera, pero no completamente definida, como si fuera una esfera de energía. En el centro era azul más oscuro y en los extremos más clara, hasta hacerse blanca. La luz se iba moviendo como un ser, como una entidad, o sea, se alejaba, se acercaba, tenía un movimiento como de una mente que piensa. Y yo estaba flipando con aquella luz, mirándola, absolutamente embobada. Entonces, noté como si me pegaran un tirón por la cintura, justo en el lugar donde me dolía el estómago, y me levantó de la cama de cintura para arriba. Y al segundo, otro tirón en el pecho, donde tanto me dolía, tras lo cual dejé de ver esa luz, y yo era la luz, estaba dentro de la luz. Estaba en el techo,

donde yo la había visto, en la esquina superior izquierda. Yo sé que era la luz porque de repente yo estaba en esa esquina en el techo, no tenía cuerpo, yo era la luz, y empecé a mirar lo que había alrededor. Las dimensiones de la habitación habían cambiado por completo: ya no era tan pequeña, lo veía todo a través de otra lente. La habitación era más grande y estaba conectada a más habitaciones y salas. Me sentía supertranquila; no sentía emociones, pero me sentía tranquila. O sea, me sorprendía todo lo que veía, lo razonaba todo, lo observaba todo, pero no sentía emociones. En ese momento me empecé a dar cuenta de que mi cuerpo, el “yo” que estaba en la cama, sí que estaba sintiendo todas las emociones que yo no estaba sintiendo. Me vi a mí misma acostada en la cama, pero no estaba dormida. El “yo” que seguía arriba estaba tan tranquilo. No te puedo explicar la sensación de tranquilidad y de paz que tenía, era increíble. Pero el “yo” que seguía abajo, en la cama, estaba padeciendo un ataque de histeria brutal. O sea, yo me miraba ahí en la cama y decía: “Joder, me estoy poniendo histérica y estoy empezando a gritar”, pero hasta eso lo decía con una tranquilidad brutal. Yo vi a mi cuerpo sufrir un ataque de pánico desde fuera». La historia de Sara, llena de matices que he decidido ahorrarles para no ser prolija, terminó cuando regresó a su cuerpo de forma bastante violenta, según me contó. Ahora bien, lo curioso es que unas horas más tarde, cuando bajó a recepción, el recepcionista le preguntó si había oído gritos en su planta, porque al parecer varias personas se habían quejado de que en una de las habitaciones había alguien gritando. Sara estaba convencida de dos cosas: la primera, que ella fue quien gritó, pues así se vio cuando salió fuera de su cuerpo, gritando y sufriendo un ataque de pánico; la segunda, que aquello había ocurrido de verdad: estuvo fuera de su cuerpo.

Otras veces, las personas que experimentan una EFC reportan hallarse en un estado de relajación profunda. Marga Riera, una joven catalana, me contaba que la primera vez que había salido de su cuerpo le sucedió de forma espontánea, no por encontrarse cansada ni agotada en el aspecto físico, sino por sentirse profundamente relajada: «Recuerdo una noche en que me fui a dormir y me relajé mucho. Y decía: “Ay, qué bien”. Sientes que te relajas, te relajas, y tenía el cuerpo dormido, pero yo no lo estaba. Y, de repente, noté como si mi consciencia se expandiera. Entonces empecé a notar como lucecitas, como si fueran estrellas. Y luego vi como una luz blanca que se iba acercando, y pensé que era bonita. Pero al cabo de un rato, cuando la tenía mucho más cerca, tanto

que podía traspasarla, me entró miedo y pensé: “¡Uy, no, no quiero morirme!”. Justo en ese momento volví a mi cuerpo. Me asusté bastante». ¿Qué le hizo pensar que si traspasaba aquella luz moriría? ¿De dónde surgió aquel miedo irracional? No podemos saberlo. La cuestión es que Marga se quedó tan intrigada por lo que le había pasado, y le agradó tanto la sensación de paz y bienestar que había tenido al principio, que decidió experimentar y volver a emprender el viaje, esta vez por voluntad propia: «Al cabo de unas semanas, quise volver a intentarlo. Traté de relajarme, y lo conseguí, pero a la inversa, porque como tenía miedo... Y empecé a escuchar aullidos, ruidos, gritos... Y entonces regresé. No lo he vuelto a intentar, claro, aunque sí que me gustaría, porque la sensación de la primera vez fue de libertad, de flotar, de no notar el peso de un cuerpo, y tampoco había preocupaciones». Lo interesante aquí es cómo el estado emocional influyó a la hora de tener dos EFC completamente distintas: una totalmente positiva, llena de paz, libertad y bienestar, y otra absolutamente negativa, marcada por el terror y los elementos de pesadilla, aullidos, ruidos, gritos. Sin embargo, esta diferencia puede arrojar alguna pista sobre por qué unas personas tienen ECM paradisiacas mientras para otras son infernales.

Una EFC de lo más insólita: alguien quiere darme un consejo

Siguiendo con los estados de relajación, encontramos a personas que, entrenadas en la práctica de la meditación, viven estas experiencias de forma espontánea. En Londres, me encontré con el caso de una persona que llevaba un año meditando. Un día, tuvo una EFC de lo más insólita, porque parecía estar íntimamente relacionada con el hecho de que «alguien» quería darle un consejo. Apple Summer, seudónimo con el que accedió a que yo contase su historia, lo explicaba así: «Lo que recuerdo, pues esto pasó hace bastante tiempo, más o menos quince años, es que yo estaba en mi habitación, y de repente me encontré en el techo mirándome a mí misma, y aquello estaba relacionado con una decisión que yo debía tomar [...]. Y mientras yo me estaba viendo a mí misma desde el techo, también estaba escuchando una voz que me decía que no era buena idea mudarme a vivir a Francia. Y además también me dieron las razones por las cuales no debía ir, aunque ahora soy incapaz de recordarlas. Y al final no fui a Francia, a pesar de las ganas que tenía de ir. Y lo que recuerdo vívidamente es eso, estar viendo mi cuerpo desde el cielo, recibiendo el consejo de no ir a

Francia, a pesar de que yo quería ir».

Una EFC mientras se mantienen relaciones sexuales

A partir de aquí, el rango de matices y circunstancias en las que las EFC se presentan es tan variado como insólito. Atiendan si no a lo que le sucedió a una de mis mejores amigas búlgaras, Krasimira Popova: «Me pasó mientras tenía relaciones sexuales. [...] Podía verme desde arriba y, al mismo tiempo, también veía con mis ojos físicos. Vi esa energía atravesando nuestros cuerpos en forma de rayos de luz [...] que emergían desde el área del ombligo, el corazón, la garganta y los hombros, y todos ellos me conectaban con mi pareja, como si estuviéramos compartiendo esas luces. Y hubo un rayo más, que nacía en mi coronilla y se elevaba hacia arriba. Entonces vi un círculo de personas a nuestro alrededor. Tenían el rostro pintado o tatuado. Parecía como si estuvieran hablando o cantando porque movían los labios, pero yo no oía nada. Tuve la sensación de que esto ya me había pasado antes, como si estuviera recordando algo que había olvidado, pero lo cierto es que a mí jamás me había pasado esto en la vida, o por lo menos no en esta vida. Me sentí como si estuviera participando en un antiguo ritual sagrado. Sentí que el sexo no era solo sexo, sino una forma de conectar con Dios, con el universo, con un poder superior o lo que sea que creas, conectar con algo que nos trasciende».

Verdaderamente, era la primera vez que conocía a una persona que había tenido una EFC mientras mantenía relaciones sexuales, así que me quedé pensando: ¿le habrá ocurrido a alguien más? Fue así como empecé a indagar, y cuál no fue mi sorpresa al descubrir que le había pasado a mucha gente. Hace poco más de un año, una chica anglosajona, que prefiere guardar el anonimato, se vio envuelta en una escena similar: «Básicamente, estoy segura de que tuve una EFC mientras mantenía relaciones sexuales. Había tenido otras (siempre espontáneas o a consecuencia de la meditación), pero siempre cuando estaba a punto de quedarme durmiendo, jamás mientras realizaba algún tipo de actividad. Estuve realizando mis ejercicios rutinarios de yoga más o menos durante una hora antes de irme a la cama. Estaba cansada, pero todavía tenía ánimos para tener sexo. Empezamos a hacerlo y recuerdo que pensé que acabaríamos pronto porque los dos estábamos bastante cansados, pero no fue así, fue algo profundo, más de lo que habría imaginado. Estaba tumbada disfrutando, a pesar del cansancio. Empecé a notar

unas vibraciones en mi cuerpo, una presión en el tercer chakra, y de repente, estaba delante del ventilador del techo. Me asusté. Miré abajo y nos vi juntos en la cama. Traté de gritar y entonces “desperté” inmediatamente. Estaba flipando. Le pregunté a mi pareja: “Oye, ¿has visto si me he quedado dormida o algo de eso?”. La pregunta lo dejó un poco confuso. Dijo que, si me hubiera quedado dormida, él lo habría notado. Le conté lo que me había pasado y me dijo que se parecía a una EFC; lo que le parecía raro era que hubiera sucedido mientras teníamos relaciones sexuales».

¿Pueden las drogas producir una EFC?

Se ha comprobado que ciertas drogas y sustancias químicas también pueden producir en aquellos que las ingieren experiencias similares, cuando no auténticas, a una ECM o una EFC. Supongo que todavía nos queda mucho por discutir sobre esta materia. Para empezar, sabemos muy poco sobre nuestro cerebro. Por otro lado, no tenemos ni idea de lo que es la consciencia, y cualquier afirmación que podamos hacer al respecto sobre su posible pervivencia tras el momento de la muerte física sería dar palos de ciego.

Un profesor de Antropología de la Religión del que fui alumna ingirió, en el marco de un trabajo de investigación, una planta psicotrópica llamada «iboga» (*Tabernanthe iboga*) para iniciarse en el culto Bwiti, un fenómeno difundido en Gabón, entre los pueblos mitsogo y gapinzi, así como en Guinea Ecuatorial y Camerún. Mi profesor se vio fuera de su cuerpo, aparte de observar otras cosas. Lo interesante es el uso que los bandji, los iniciados, dan al iboga, pues su función no es otra que la de provocar la muerte, llevar a la persona al país de los muertos. Si todo sale bien, el tránsito por el mundo de los muertos culmina con el encuentro con los antepasados y los espíritus, así como con la contemplación del mismísimo rostro de dios: Bwiti. Básicamente, si sobrevives a este rito de iniciación (intoxicación) que te deja en estado cadavérico durante tres días es porque has conseguido la aprobación de los muertos y estos te han permitido regresar, eso sí, totalmente renacido, convertido en otra persona, con otros padres. Sin embargo, puede que el iniciado jamás regrese. Son muchos los que mueren, y no pocos los que se quedan trastornados, en el sentido psiquiátrico del término. De hecho, mi profesor necesitó tres años de tratamiento psiquiátrico para sobreponerse a aquella experiencia. Creo que yo, por mucho afán de conocimiento y mucho deseo de ver el rostro de Bwiti que tuviera, no lo intentaría, claro

que tampoco me habrían dejado, porque soy mujer y entre los bandji ese ritual está restringido a los hombres.

Tipos de EFC

Espontáneas

- › Durante estados profundos de relajación.
- › En estado de sueño o próximos al sueño.
- › A consecuencia de una experiencia cercana a la muerte.
- › A causa de un gran esfuerzo físico o agotamiento extremo.
- › En el transcurso de una relación sexual.
- › A causa de un periodo emocional tenso (estrés, llanto...). › Otros.

Inducidas

Inducción mental

- › Trance.
- › Meditación.
- › Visualización. › Otros.

Inducción mecánica

- › Sincronización cerebral audiovisual (por ejemplo, las ondas binaurales).
- › Estimulación magnética del cerebro (mediante dispositivos como, por ejemplo, el casco de Dios ideado por Michael Persinger).
- › Estimulación eléctrica del cerebro.
- › Privación sensorial.
- › Sobrecarga sensorial.

Inducción química

- › Drogas disociativas alucinógenas (ketamina, dextrometorfano, fenciclidina).
- › Drogas psicodélicas (dimetiltriptamina, *Salvia divinorum*).
- › Psicoestimulante (desoxiefedrina).
- › Alcaloide nootrópico (galantamina).

APARECIDOS

Algunas personas jamás despiertan del sueño eterno, pero logran dejarse ver por sus seres más queridos para hacerles saber que están bien, augurar su propia muerte, resolver algún asunto pendiente o participar en las situaciones más insospechadas. Son los regresados, los que vuelven de la muerte sin un cuerpo, pero con un espíritu que adopta una imagen corpórea o se deja sentir mediante fenómenos poltergeist.

Existen muchas clases de relatos sobre apariciones. Entre ellos destacan, en primer lugar, los que acontecen tras la pérdida de un familiar o ser querido que vuelve y se aparece para hacer saber que se encuentra bien, comunicar algo importante antes de partir definitivamente, resolver alguna deuda pendiente, transmitir algún consejo, hacer una petición o mediar en alguna situación. Generalmente, estas apariciones de despedida o despedida o despedida suelen darse durante los tres primeros días posteriores al óbito, y la cantidad de personas que aseguran haberlas visto, o sufrido sus (en no pocas ocasiones) siniestros encantamientos, es sorprendentemente abrumadora. Les pondré un par de ejemplos que yo misma pude recoger en mi comarca natal, el Vinalopó Mitjà, en la provincia de Alicante.

Adiós con el alma, que con el cuerpo no puedo

Eleuterio Codes, un policía municipal jubilado de Monforte del Cid —el pueblo en que yo nací—, recibió la visita de su difunta madre al poco de fallecer esta. No solo fue capaz de verla, sino también de sentirla, pues la aparición espectral tuvo el tierno gesto de acariciarle el rostro con sus manos. En el mismo pueblo, un hombre a quien llamaremos Blanco vio claramente a su difunta abuela a los pies de su cama. En ocasiones, la persona que ve la aparición no sabe que se encuentra ante un fantasma. Recuerdo que hace años conocí a una chica de Aspe llamada Pilar, la cual, siendo pequeña, recibió en casa la visita de su vecina, a quien tenía mucho aprecio. La mujer estuvo hablando con ella durante un rato, se despidió y después se marchó. Cuando la madre de Pilar volvió a casa, esta le dijo que la vecina había ido a verla. Su madre torció el gesto y la miró con aire sombrío, diciéndole que aquello no podía ser cierto: la vecina había muerto el día anterior.

Estos ejemplos que les acabo de mencionar proceden de mi entorno inmediato y local, el pueblo y la comarca en la que crecí. Podría haberles ofrecido una muestra global, pero mi intención era mostrarles lo fácil que es encontrar este tipo de testimonios sin necesidad de alejarse demasiado. Hagan la prueba: pregunten a sus amigos, a su familia, a sus compañeros de trabajo. La media de casos que obtendrán será absolutamente aplastante.

En algunos casos, los que acaban de partir iniciando su camino hacia la eternidad eligen el sueño como canal de representación, con el mero objeto de despedirse o hacer saber a sus familiares que se encuentran bien, entre otros motivos. Muchos de ustedes estarán pensando: un sueño es un sueño, pura invención, nada más. ¿Y si yo les dijera que los aparecidos tienen la capacidad de presentarse en sueños en más de una mente, al mismo tiempo, replicando hasta el más mínimo detalle? Bueno, lo entenderán mejor cuando les transmita lo que les pasó a dos hermanas de Monforte del Cid, Vanesa y Pilar Martínez: «Mi hermana Vanesa y yo tuvimos un sueño idéntico la misma noche. Mi padre había fallecido recientemente. Aquella noche, soñé con un escenario de playa, mi padre caminaba junto a la orilla, vestido todo de blanco, y tras él venía una corte de animales. Me dijo que no me preocupara, que ya no le iba a ver más y que estaba muy bien, y a continuación me dio unos consejos que debía aplicar a mi vida. Fue un sueño precioso, me llenó de calma y me transmitió mucha paz. A la mañana siguiente, sentí la necesidad de transmitirle a mi hermana lo que había soñado y cuál no fue mi sorpresa cuando ella, muy asombrada por lo que le estaba contando, me confesó que ella había tenido el mismo sueño con mi padre. Él también estaba en la playa, junto a las olas, caminando hacia ella seguido por una corte de animales, totalmente vestido de blanco. Le había dicho lo mismo, que ya no le iba a ver más, pero que él estaba muy bien, y a continuación le dio unos consejos para su vida. En ambos casos, los consejos fueron únicos y distintos para cada una de las dos».

El testimonio de Pilar podría haberme sorprendido, y mucho, pero no lo hizo. ¿Saben por qué? Porque mi hermana y yo también tuvimos un sueño doble con mi difunto tío Juan. Había fallecido hacía uno o dos días. Siempre habíamos estado muy unidas a él, y creo que mi tío nos quiso muchísimo. Yo me sentía un poco culpable, y no dejaba de reprocharme interiormente por no haberlo visitado más a menudo durante los últimos años. En mi sueño, lo vi rejuvenecido como nunca antes lo había conocido. Estaba guapísimo, con el pelo más negro que un tizón, sin una sola cana. Y lo más curioso de todo: tenía sus dos piernas. Este detalle es importante, porque a mi tío le conocimos cojo, y a los pocos años perdió la pierna que le quedaba. Es decir, no tenía extremidades inferiores. Pero en el sueño sí las tenía, tenía dos piernas largas y hermosas. Estaba desnudo, en una especie de cielo, como rodeado de nubes, y aunque no los veía directamente, sabía que había otros

con él en ese lugar. Podía sentirlos, «oír» sus murmullos. Sin necesidad de despegar los labios, me dijo que no me preocupara por él porque allí era muy feliz. Me desperté con una sensación de paz y tranquilidad inmensas. Unas semanas más tarde, salí a cenar con mi hermana. Sacamos el tema de nuestro tío Juan, de cuánto le echábamos de menos, etcétera. Entonces yo le conté mi sueño y a ella se le pusieron los pelos de punta de la emoción. Había tenido exactamente el mismo sueño, hasta el más mínimo detalle: el tío Juan estaba jovencísimo, radiante, desnudo, con sus dos piernas, el pelo abundante y negrísimo, en un cielo azul moteado con algunas nubes, y había otros con él, aunque tampoco podía verlos. Llámenlo casualidad, llámenlo telepatía entre hermanas, llámenlo como quieran. Yo estoy convencida de que mi tío, de alguna manera, logró encontrar la forma de despedirse de nosotras en sueños y hacernos saber que se encontraba bien. Todavía me emociono al recordarlo mientras escribo estas líneas.

Fantasmas que visitan el hospital y siembran el desconcierto

En no pocas ocasiones, los aparecidos se presentan en los momentos más insospechados, pero bastante significativos, sembrando auténtico desconcierto. Raúl Hernández, un médico radiólogo colombiano, me participó un caso interesante: «Una médica estuvo hablando con una familiar de una paciente para firmar unos papeles. Cuál no sería su sorpresa cuando posteriormente descubrió que la persona con la que había estado hablando resultó ser, efectivamente, hermana de la paciente, solo que hacía años que había muerto». Un caso casi idéntico tuvo lugar en el Hospital Materno Infantil de Granada en el año 1985, protagonizado por la enfermera Elena de Teresa y documentado por el periodista andaluz José Manuel Frías, quien lo dio a conocer al gran público. Elena de Teresa se encontraba trabajando aquellos días en el puesto de información, dado que su condición de embarazada no le permitía estar cerca de su departamento habitual, el de Rayos X. Un buen día, apareció por allí una joven interesándose por el estado de una paciente. Ofrecía un aspecto pálido, voz trémula y mirada esquiva. Elena de Teresa le indicó que su madre se encontraba en la unidad de reanimación e incluso le dio un pase. Al cabo de un rato, la joven volvió a entrar por la puerta principal, como si hubiera salido del edificio por otro lado, preguntándole lo mismo. Elena llamó a su compañera Alicia, de la unidad de Reanimación, para decirle que la muchacha volvía a estar allí y quería ver a su madre. Pero Alicia le

dijo que no se preocupase, que la muchacha ya estaba allí: la tenía delante. Elena la contradijo diciéndole que aquello no podía ser, porque estaba en el mostrador de información, y la que la tenía delante era ella. La descripción que se dieron la una a la otra de aquella misteriosa chica era idéntica: pelo rizado rubio, pantalones vaqueros y una camisa azul a cuadros. Inquietante bilocación. Acordaron resolver el enigma de la siguiente manera: Alicia dejaría a su chica en la sala de reanimación encerrada bajo llave; mientras tanto, Elena le enviaría a la otra. Jamás volvieron a verlas. La que había permanecido encerrada en la sala de espera de Reanimación había desaparecido, y la que Elena había enviado escaleras arriba, sencillamente, se había esfumado. De poco sirvieron los esfuerzos que gastaron en encontrarlas. Pero la historia no acabó ahí. Unos días más tarde, la paciente por la que había preguntado la joven mejoró y la trasladaron a planta. Alicia entró en su habitación para hacerle unas pruebas. Estaba acompañada por su marido y su hijo. Fue entonces cuando observó que en la mesilla tenía una fotografía de aquella chica. Preguntó de quién se trataba, y la señora le contestó que era su hija, ante lo cual Alicia le espetó: «Pues menuda broma nos gastó el otro día». El marido y el hijo se pusieron a la defensiva y, prácticamente, la echaron de la habitación, no sin antes advertirle: «No vuelva a bromear con eso delante de mi madre. Mi hermana murió hace dos años en un accidente de tráfico». Según aseguraba el periodista José Manuel Frías, quien se entrevistó personalmente con Elena de Teresa, una de las protagonistas de esta historia, la experiencia fue tan dura que Alicia estuvo de baja por depresión a consecuencia de aquello.

La doctora Buitre y el fantasma que le escribió una carta

Si hay un nombre que destaca en el estudio de las ECM es el de la psiquiatra suiza Elisabeth Kübler-Ross (1926-2004), con nada más y nada menos que ¡veintitrés doctorados *honoris causa*! El primer libro que leí en mi vida sobre aquellas experiencias era suyo. Se titulaba *La muerte: un amanecer*. Me lo regaló mi profesor de EGB Adolfo Blanco Lafuente cuando yo apenas era una adolescente. Creo que fue en aquel preciso instante cuando empecé a obsesionarme con las ECM. No pude tener mejor madrina de iniciación en los estudios relacionados con las experiencias en el umbral de la muerte, pues Kübler-Ross fue una de las mayores expertas mundiales en los estudios de tanatología, la muerte, los moribundos y los cuidados paliativos, y una auténtica pionera en el estudio de las ECM. Todo

empezó cuando se dedicó a trabajar acompañando a enfermos terminales de todas las edades, una labor que le permitió describir el famoso esquema de fases por las que pasan las personas que enfrentan la muerte o la pérdida de un ser querido (dolor, rechazo a la situación, enfado, negociación, aceptación, reconciliación con el proceso), esquema que todavía sigue vigente. Este trabajo le valió el reconocimiento internacional de los estudios tanatológicos relacionados con el proceso de morir. La fama mundial le llegaría con sus aportaciones en el estudio de las ECM, pues, acompañando a miles de moribundos en el lecho de muerte y, sobre todo, a base de escucharlos, logró documentar una inmensa cantidad de EFC, ECM y visitas en el lecho de muerte. Movida por el interés hacia aquellas vivencias de las que sus pacientes la hacían cómplice, y siendo plenamente consciente de que podían ser la prueba de que existía otra vida después de la muerte, empezó a dar conferencias, escribir libros al respecto y entrar en contacto con miembros de la recién inaugurada psicología transpersonal, con quienes, además, se sometió a una serie de experimentos de inducción de EFC que le sirvieron para sentir y confirmar aquello que sus pacientes le habían contado tantas veces. A pesar de los reconocimientos y méritos que logró cosechar a lo largo de su carrera, al principio fueron muchos los que miraron con reticencia aquel interés suyo por la muerte, pues no dejaba de ser tabú en Occidente, motivo por el que, en algunos círculos, se referían a ella como «la doctora Buitre».

Otro de los factores por los que se granjeó grandes enemigos fue su trabajo con los enfermos de sida. Uno de sus mayores anhelos era abrir un hospital para niños enfermos terminales de sida, un lugar donde encontrasen un hogar en el que poder vivir sus últimos días en un ambiente de amor y cuidados. En 1985 trató de hacer realidad su sueño en Virginia, pero el sida era una enfermedad casi desconocida entonces cuyo nombre despertaba el pánico, y sus vecinos, temiendo contagiarse, lograron bloquear los permisos de construcción. Sin embargo, no se dio por vencida y siguió intentándolo. Por desgracia, en 1994 perdió su casa y todas sus posesiones a causa de un gran incendio que, al parecer, pudo ser provocado por los enemigos de su labor con los enfermos de sida. En aquel incendio, Kübler-Ross perdió, además, los veinte mil registros con testimonios de ECM que había recopilado. Fue un golpe muy duro para ella, aunque no era el primer palo que le daba la vida, poniendo a prueba su fortaleza para seguir adelante con su trabajo con la muerte y los moribundos. Durante uno de aquellos episodios de su vida en los que estuvo a punto de tirar la toalla, la

psiquiatra suiza recibió una inesperada visita del Más Allá. Pocos conocen esta anécdota de la vida de Kübler-Ross que estoy a punto de relatarles. Personalmente, creo que es uno de los casos más bestiales en la historia de las apariciones, pues sin ser médium, ni tener ninguna capacidad psíquica (que sepamos), recibió la visita de una antigua paciente fallecida hacía diez meses. La señora Schwartz, así se llamaba la difunta, no solo mantuvo una larga conversación con Kübler-Ross, sino que le dio la mano, e incluso le escribió una nota frente a sus propios ojos, a petición de la doctora, como prueba de que realmente había estado allí. Es decir, nuestra célebre «doctora Buitre» consiguió una prueba física de que realmente había estado con un fantasma. Aquella aparición no fue casual, ni una visita de cortesía. La figura espectral tenía que decirle algo de vital importancia. De hecho, aquel día no fue uno cualquiera. Era el día en el que Elisabeth Kübler-Ross tomó la decisión de renunciar a su trabajo y abandonar la universidad. Sencillamente, no podía más. Pero antes de que pudiera abrir la boca para comunicar su dimisión, vio a una mujer. Le sonaba de algo, pero no sabía de qué. Así fue como la describió: «La mujer era muy transparente, pero no tanto como para poder ver a través de ella».

La extraña mujer subió al ascensor junto a la doctora. Se acercó a ella y le dijo: «Doctora Ross, tenía que volver. ¿Me permite que la acompañe a su despacho? No abusaré de su tiempo». Nuestra protagonista sintió cierto alivio al escucharla hablar, y al ver que conocía su nombre y dónde quedaba su despacho. Sin embargo, no las tenía todas consigo: «Fue el camino más largo de mi vida. Yo soy psiquiatra y trabajo desde hace mucho tiempo con enfermos esquizofrénicos a los que quiero mucho. Cuando me cuentan alucinaciones visuales, les contesto siempre: “Sí, ya lo sé, ves una Virgen en la pared, pero yo no puedo verla”. Y ahora yo me decía a mí misma: “Elisabeth, tú sabes que ves a esta mujer, y, sin embargo, esto no puede ser verdad”. ¿Podéis ponerlos en mi lugar?». La mente racional de Kübler-Ross no dejaba de darle vueltas al asunto: «Mientras caminaba desde los ascensores hasta mi despacho, me seguía preguntando si era posible lo que estaba viendo, me decía a mí misma: “Estoy demasiado cansada y necesito unas vacaciones. Tengo que tocar a esta mujer para saber si está caliente o fría”. Fue el camino más increíble que yo haya hecho nunca. Durante todo este tiempo ni siquiera sabía por qué hacía todo esto ni quién era ella. De hecho, incluso rechacé el pensamiento de que esta aparición pudiera ser la de la señora Schwartz, que había sido

enterrada hacía algunos meses».

Fue la propia aparición la que abrió la puerta de su despacho. Una vez dentro, le confesó los motivos de su visita: «Doctora Ross, yo debía venir por dos razones. La primera, para darles las gracias a usted y al pastor G. [se trataba del maravilloso pastor negro con el que me entendía tan bien] por todo lo que hicieron por mí, pero la verdadera razón por la que debía volver es para decirle que no debe abandonar este trabajo sobre el morir y la muerte, por lo menos no por ahora». La doctora la miraba incrédula. Para empezar, ella no creía que aquello fuera posible. «Toqué los objetos que conocía como reales —proseguía—. Toqué mi escritorio, pasé la mano por la mesa, palpé la silla. Todo estaba concretamente presente. Podéis imaginaros que, durante todo ese tiempo, yo esperaba que por fin aquella mujer desapareciese». Pero la aparecida seguía allí y en sus trece, llamándole la atención con las siguientes palabras: «Doctora Ross, ¿me escucha? Su trabajo no ha terminado todavía. Nosotros la ayudaremos, sabrá cuándo podrá dejarlo, pero se lo ruego, no lo interrumpa ahora. ¿Me lo promete? Su trabajo no ha hecho más que comenzar». Y claro, la pobre doctora seguía sin poder reaccionar, pensando todo el rato: «Dios mío, nadie me creerá si cuento lo que estoy viviendo ahora, ni siquiera mis más íntimos amigos». En un momento dado, la científica que había dentro de ella hizo de tripas corazón e ideó un subterfugio para obtener una prueba que pudiera certificar que aquello estaba pasando realmente. Así que le propuso que le escribiera una nota, pasándole lápiz y papel, puesto que, en palabras de la doctora, «estaba claro que una persona enterrada no puede escribir una carta». Como se podrán ustedes imaginar, se quedó perpleja cuando vio que la mujer cogió el papel y escribió varias líneas, «naturalmente, las enmarcamos [las líneas escritas] y las guardamos como un tesoro. Después dijo, sin abrir la boca: “¿Está usted contenta?”. Yo la miraba fijamente y pensaba: “No podré compartir con nadie esta experiencia, pero conservaré esta hoja de papel”. Después, preparándose para partir, me repitió: “Doctora Ross, me lo promete, ¿verdad?”. Yo sabía que me hablaba de la continuación de mi trabajo, y le respondí: “Sí, se lo prometo”. Desapareció».

Esto fue lo que Elisabeth Kübler-Ross contó en *La muerte: un amanecer*. Recuerdo que, en aquellos años de mi adolescencia, me impresionó mucho, tanto que le hablaba de aquel libro a todo el mundo. Hoy, cuando rememoro esta historia para ustedes, todavía siento la misma impresión. Sigo pensando que este es uno de los casos de apariciones más brutales de la historia, y que la «doctora

Buitre» demostró gran inteligencia, sagacidad y reflejos al pedirle que le escribiera aquellas líneas. Por algo fue y sigue siendo la mujer más admirada entre los investigadores del campo de las ECM, así como por el personal sanitario que la tomó como guía y ejemplo en cuanto a los cuidados paliativos para sus pacientes.

La prueba...

Según las corrientes de corte espiritualista, entre las que se incluyen la doctrina espírita sistematizada por Allan Kardec y la teosofía popularizada por madame Blavatsky, algunos fantasmas han quedado atrapados entre dos mundos sin haber podido completar su ascenso al nivel superior de existencia. Esto puede obedecer a diversas razones. Las más comunes son que el difunto se encuentre perdido y ni tan siquiera sepa que ha muerto, o que se niegue a reconocer que se ha desencarnado; que se sienta culpable por algún asunto que dejó pendiente o que no pudo o supo resolver de forma satisfactoria antes de morir; o bien que, por diversos motivos, esté apegado a alguna persona o lugar.

La única espinita que tengo clavada en el corazón es que no pude entrevistarla en vida, aunque, quién sabe, tal vez algún día responda a todas mis dudas y preguntas en la muerte, ese amanecer del que ella tanto hablaba.

Me quito el sombrero, doctora Buitre.

Tribulaciones de un médium que abandonó sus estudios por el acoso de un espíritu vengativo

Wellington Bossi estudiaba Derecho en Brasil. Le esperaba un futuro brillante en el mundo de la abogacía. Jamás habría imaginado que el espíritu de un fantasma en busca de justicia le haría la vida imposible hasta el punto de obligarle a abandonar su sueño de convertirse en letrado. Este joven brasileño, hoy afincado en España, no era ajeno al mundo de los espíritus. De hecho, Wellington había tenido algún que otro contacto mediúmnico durante su infancia, aunque estas percepciones psíquicas nunca le habían impedido llevar una vida normal. Así pues, se adentró en el campo jurídico y empezó a lidiar con casos reales, ya que la disciplina universitaria requería que asistiese a juicios y ayudase a su profesora en las labores de defensa. Un buen día, la abogada criminalista Christiane Saito y él acudieron a juicio para defender a un hombre acusado de asesinato. Llevaron el procedimiento con rigor y profesionalidad, y ganaron el caso. Pero a Wellington no le dio tiempo a saborear la victoria, porque, nada más dictarse

sentencia, recibió la visita del espíritu del asesinado. El aprendiz de abogado lo reconoció inmediatamente por las fotografías del expediente. «Yo me asusté muchísimo —contaba Wellington—, y me eché hacia atrás. Justo en ese momento, él se dio cuenta de que yo le veía. Me habló brevemente para explicarme que las otras abogadas no le veían, pero yo sí, y que no se iba a separar de mí hasta que aquel hombre pagase por su crimen». Así fue como Wellington se dio cuenta de que el hombre al que él había ayudado a salir absuelto era culpable del asesinato. Ya era tarde para remediar el error.

El espíritu del asesinado cumplió su amenaza y, a partir de aquel día, no se separó de Wellington. Lo acechaba cuando menos se lo esperaba, dejándose ver por él en los lugares más insospechados, acosándolo con toda su ansia de venganza. El aspirante a letrado confesaba que fue una de las experiencias más pavorosas de su vida. Esta espeluznante tortura no duró un día, ni dos, ni tres, sino dos larguísimos años en los que el joven vivió al borde de la desesperación. ¿Qué podía hacer él? Nada, salvo sufrir el asedio del Más Allá. Wellington trataba de hacerme entender la angustia a la que llegó a verse sometido: «Imagínate que tienes a un ser pegado a ti las veinticuatro horas del día. Los espíritus son como personas, solo que no tienen un cuerpo físico, pero yo puedo verlos. Imagínate tener a una persona a tu lado constantemente: cuando iba al lavabo, cuando me iba a dormir, cuando me levantaba de la cama, asustándome... Simplemente, me molestaba, aunque con el tiempo logré acostumbrarme un poco». Tras dos años de angustia, el siniestro acompañante desapareció. Llevaba una semana sin aparecerse, cuando solía estar presente a diario durante las veinticuatro horas del día. Wellington se inquietó un poco, temiendo encontrárselo en cualquier momento y llevarse de nuevo el susto de su vida, pero también pensó que aquella repentina desaparición podría estar relacionada con un cambio de circunstancias. Decidió llamar al despacho de la abogada con la que trabajó en aquel fatídico juicio cuya sentencia acabó condenando su vida. ¿Había vuelto a saberse algo del homicida que había salido absuelto? La abogada Christiane Saito no sabía nada, pero Wellington no estaba tranquilo, así que decidieron llamar juntos a la esposa del asesino. Descubrieron que ya no era su esposa, sino su viuda: «Nos contó que su marido había fallecido hacía unos pocos días durante un atraco que había intentado perpetrar, con tan mala suerte que la víctima era un policía jubilado que portaba armas y le descargó un disparo en la cabeza. El asesino murió. Desencarnó. Y

yo creo que el espíritu de la persona que me estuvo acosando durante aquellos dos años, al ver que habían matado a su asesino, descansó por fin y me dejó en paz», contaba Wellington.

Si bien las ansias de venganza y de justicia pueden llegar a tener bordes difusos, lo cierto es que el espíritu que acosó a Wellington durante aquellos dos años, a pesar de clamar por lo que bien podemos entender como justicia, la tomó con un muchacho que no podía hacer nada por ayudarle a saciar aquellos anhelos. Es decir, aquel espíritu la pagó con él, con un estudiante de Derecho que no había cometido ningún crimen, y al que esta experiencia traumática cambió para siempre, truncando incluso su futuro, porque el protagonista de esta historia empezó a albergar serias dudas sobre la viabilidad de su carrera jurídica. ¿Y si volvía a encontrarse en el desempeño de su actividad legal con otro de estos espíritus enfadados, decidido a hacerle la vida imposible? «Ahí fue cuando empecé a darme cuenta de que el medio jurídico quizá no era el más adecuado para una persona tan sensitiva como yo, así que abandoné los estudios. Desde entonces intento llevar una vida lo más normal posible». En ocasiones, los espíritus pueden impedirte llevar una vida corriente, que era justo lo que quería nuestro amigo, tener una vida normal, sin ánimo de encontrarse con las almas errantes y dolientes que arrastraban las cadenas de la venganza.

Wellington, además, tiene capacidades mediúnicas extraordinarias, por lo que era capaz de ver a estos espíritus totalmente definidos, como si fueran una persona, y no solo los veía, sino que podía oírlos y hablar con ellos. Sin embargo, intentaba evadir el contacto al máximo. ¿Por qué? «Normalmente evito hablar con ellos porque las contestaciones que me dan no suelen ser de las que agradan. De pequeño, no sabía que eran espíritus. Pensaba que eran personas que estaban ahí, como otras. Luego, a medida que fui creciendo, intenté aprender y comprender lo que me pasaba, y así fue como descubrí los textos de Allan Kardec. Hoy en día, a través de mi centro espírita, lo que hago es participar en sesiones de apoyo fraterno a espíritus que están perdidos. ¿Por qué están aquí? No lo sé. ¿Por qué estamos todos aquí? A lo mejor, nosotros también estamos perdidos. ¿Cómo se les ayuda? Hablando con ellos, de la misma manera que se ayuda a un encarnado. ¿Puede un espíritu desencarnado hacer daño a una persona viva, encarnada? Sí. ¿Cómo? Influyéndole malos pensamientos, por ejemplo, incluso incitando al suicidio».

Y hablando de suicidio, Wellington se encontró años después, ya viviendo en Barcelona, a un compatriota brasileño que a punto

estuvo de acabar con su propia vida porque el espíritu de un joven que había asesinado años atrás en una favela no dejaba de acosarlo, infundiéndole sentimientos de culpa, induciéndolo al suicidio, aunque eso él no lo descubrió hasta el último momento. Este hombre, al que llamaremos João, acudió un día, acompañado por una amiga, al centro espírita de Barcelona que frecuentaba Wellington. Al parecer, quería pedirles a los médiums que le demostrasen si era verdad que existía el Más Allá, porque tenía una angustia existencial que lo estaba consumiendo por dentro, amén de una creciente obsesión por suicidarse. Wellington fue con él y con su amiga a tomar un café. Entonces, gracias a las capacidades mediúmnicas de nuestro abogado frustrado, empezó a hablarle a aquel hombre de cosas que de ninguna manera podría haber sabido: «Tú eras policía en Brasil, pero un día entraste en una favela y mataste a un muchacho joven con la pistola porque estabas asustado y se te fue el gatillo. No pudiste con la culpa y te viniste a España tratando de huir de aquella historia, pero ni aquí has podido librarte de esa culpabilidad que te persigue». João no dejaba de llorar. ¿Cómo podía saber aquello? No se lo había dicho a nadie: era su secreto más sucio. Wellington prosiguió, diciéndole en su trance: «Esa caja que guardas en el armario será mejor que la tires». João estaba perplejo, seguía sin dejar de llorar: en aquella caja guardaba la pistola con la que pensaba suicidarse. Wellington no solo fue capaz de canalizar en aquellos momentos la historia de João, sino que pudo establecer contacto con el fantasma del joven asesinado, y así se lo hizo saber al expolicía, para que entendiera lo que le estaba pasando: «Este chico está muy enfadado, porque le quitaste la vida siendo tan joven. Y desde entonces empezó a acosarte y a infundirte ideas suicidas, por venganza».

Wellington animó a João a recibir lo que los seguidores de la doctrina espírita llaman «atención fraterna», y también prestaron apoyo al espíritu desencarnado del joven que había asesinado, para que lo dejara en paz y dejara de aferrarse a aquel sentimiento de odio, venganza y deseos de hacerle daño. Fue una labor dura, pero satisfactoria.

Los médiums de la doctrina espírita, como Wellington, definen a las almas vengativas como «espíritus obsesores». Se adueñan de la voluntad de sus víctimas, influyéndolas con pensamientos negativos, conductas desordenadas, induciéndolas a cometer todo tipo de maldades, o complaciéndose simple y llanamente con el hecho de verlas sufrir. En algunos casos, pueden llegar a provocar graves enfermedades y accidentes en sus víctimas, o inducir las a

una muerte segura e incluso al suicidio.

Casos verídicos de fantasmas que ayudaron a resolver su propio crimen

La joven Zona Heaster Shue fue asesinada en 1897 en Greenbrier County, Virginia Occidental (Estados Unidos). Su muerte se produjo en circunstancias un tanto sospechosas, pero el doctor Knapp, el médico forense, se sintió tan presionado ante los ataques de violencia del viudo, el señor Shue, que no se tomó muchas molestias en examinar el cadáver, así que finalmente certificó que había muerto por complicaciones en el embarazo, cosa que a la madre de la joven, Mary Jane Heaster, extrañó muchísimo, porque no tenía noticia alguna de que su hija estuviera encinta. La joven fue enterrada el 24 de enero de 1897. Cuatro semanas después, Zona se apareció en sueños a su madre. Le dijo que su marido era un hombre terrible, que la había maltratado sin piedad, y que en un ataque de ira, pensando que no le había preparado la comida, la había golpeado rompiéndole el cuello. La madre de Zona estuvo recibiendo la visita de su hija durante cuatro noches. Al principio, aparecía como una luz brillante que poco a poco iba impregnando la habitación de helor. La señora Heaster acudió al fiscal John Alfred Preston para contarle que el fantasma de su hija se le había aparecido para denunciar su propio asesinato a manos del infame esposo, y ya fuese porque el fiscal creyera aquella historia de espectros, o porque albergara dentro de sí sospechas, mandó interrogar a varias personas, entre ellas al doctor Knapp. El forense declaró que en su día no tuvo tiempo suficiente para realizar un examen completo. Se procedió a exhumar el cadáver. La autopsia duró tres horas. El informe, publicado el 9 de marzo de 1897, decía: «Se ha descubierto que tiene el cuello roto y la tráquea aplastada. El cuello presenta marcas dactilares de estrangulamiento. El cuello estaba dislocado entre la primera y la segunda vértebras. Los ligamentos estaban desgarrados y rotos [...]». Fue evidencia suficiente para detener a Shue y celebrar un juicio contra él. Estando en prisión, se descubrió que ya había estado casado dos veces: el primer matrimonio acabó en divorcio y la exesposa lo describió como un hombre sumamente cruel; su segunda esposa murió en extrañas circunstancias, como la tercera. Sin embargo, nada de esto parecía alterar a Shue, que se encontraba bastante tranquilo en su celda, e incluso se jactaba de sus deseos de llegar a desposar a siete mujeres. Llegó a decirles a los periodistas que seguramente lo soltarían pronto porque no tenían nada contra él. Su

abogado defensor trató de ridiculizar a la señora Heaster haciéndole todo tipo de preguntas sobre las visitas fantasmales de su hija, y aunque el juez trató de advertir al jurado para que no tuvieran en cuenta los sueños de la madre de la víctima como prueba, poco pudo hacer para que lo ignorase, puesto que la propia defensa había sacado el tema. Los miembros del jurado creyeron la historia del fantasma y, el 11 de julio de 1897, Shue fue condenado a cadena perpetua. Intentaron lincharlo y ahorcarlo a la salida, pero, finalmente, el *sheriff* logró impedirlo y Shue cumplió su condena en la Penitenciaría Estatal de Virginia Occidental, donde murió tres años después a causa de una enfermedad desconocida.

En 1977, la Policía de Chicago tuvo que lidiar con uno de los casos más inexplicables de su historia. Teresita Basa, especialista en enfermedades respiratorias del hospital Edgewater, apareció calcinada en su domicilio el 21 de febrero de aquel mismo año. Los bomberos habían acudido a sofocar un incendio que se había producido en el apartamento 15B de la 2740N de la avenida Pine Grove. Allí se encontraron con una escena terrorífica: el cuerpo desnudo y calcinado de Teresita Basa, con un cuchillo de cocina clavado en el pecho. Poco pudo hacer la policía, puesto que las llamas habían acabado con la escena del crimen y no había ninguna pista. Unos meses más tarde, una compañera de trabajo de la difunta Teresita, llamada Remibias, vio al fantasma de su amiga. La figura era etérea y desapareció rápidamente, pero estaba convencida de que realmente había estado allí, frente a sus ojos, y no era fruto de su imaginación. Un par de semanas más tarde, el marido de Remibias, el doctor Chua, oyó a su esposa hablar con una voz que no era la suya. Estaba gritando y suplicando: «¡Ayúdame!». El doctor Chua le preguntó: «¿Quién eres?». La voz respondió: «Soy Teresita Basa. Avisad a la policía. Mi asesino se llama Alan Showery». Estos repentinos e inéditos trances de posesión se repitieron varias veces, y en ellos la siniestra voz siempre daba detalles de su asesinato. El doctor Chua había grabado todas las confidencias, entre ellas una que decía que su asesino era un técnico que había ido a su casa a instalar una televisión, y que le había robado varias joyas. Fue precisamente al sorprenderlo robando aquellas joyas cuando la mató. No solo eso, sino que el espíritu de Teresita, que hablaba por boca de Remibias, informó de que su asesino le había regalado su collar de perlas a su amante. El matrimonio decidió acudir a hablar con el inspector Stachula, quien, a pesar de lo insólito de aquellas revelaciones, se mostró muy interesado en ellas y se dispuso a seguir la pista. Comprobaron que,

efectivamente, en la lista de llamadas hechas por Teresita desde el hospital en el que trabajaba había una a Alan Showery el mismo día del homicidio. Las autoridades decidieron hacer una visita al sospechoso. Allí encontraron las joyas de Teresita. Showery se declaró culpable inmediatamente. La policía también logró recuperar el collar de perlas, que, tal y como había dicho el fantasma de Teresita, se encontraba en posesión de la novia de su asesino.

Fantasmas y aparecidos en la tradición medieval europea

- › **Fantasmas:** Difuntos cuyas almas quedaban atrapadas entre el cielo y el infierno. Normalmente ofrecían un aspecto corpóreo.
- › **Espectros:** Espíritus de difuntos invisibles o que se forman débilmente y se dejan percibir fundamentalmente por fenómenos poltergeist. Su intención es comunicarse.
- › **Almas en pena:** Espíritus de difuntos dolientes que vagan eternamente sin descanso a causa de su sufrimiento y desconsuelo. No suelen dejarse ver, pero pueden establecer un diálogo para vaticinar la muerte de otros o buscar a alguien que les ayude a salir de su sufrimiento.
- › **Aparecidos:** Espíritus de fallecidos que regresan de entre los muertos para cumplir alguna misión. Presentan un aspecto corpóreo, suelen comunicarse y solo desean cumplir su cometido o pedir a alguien que lo cumpla.
- › **Bilocalaciones:** Presencia simultánea de una persona en dos lugares diferentes (esté muerta o no).

Clasificación moderna de los aparecidos (según G. N. Tyrrell)

- › **Los que vagan por un lugar determinado:** Aparecen en sitios a los que se sienten apegados por algún motivo.
- › **Los que se aparecen al poco de morir:** Lo hacen por poco tiempo y frecuentemente con el fin de despedirse.
- › **Los que se aparecen en casos críticos:** Durante una ECM, la enfermedad de un familiar o en cualquier otro momento extremo, el «aparecido» parece regresar para interesarse por la situación de su ser querido vivo o para prestarle apoyo espiritual.
- › **Los que se aparecen porque se les convoca o porque tienen algo que comunicar:** Se presentan cuando alguien desea comunicarse con ellos o bien si tienen un mensaje para los vivos.

COMUNICACIÓN CERCANA A LA MUERTE

Cada vez son más los expertos que revolucionan el campo de investigación de las ECM ampliando el horizonte al fijar su atención en temas tan interesantes como el contacto entre los vivos y los muertos. La comunicación cercana a la muerte (CCM) o post mortem está llena de casos sorprendentes, estadísticas abrumadoras y evidencias que sugieren que ese contacto es real.

¿Qué es una comunicación cercana a la muerte (CCM)? Básicamente este fenómeno, también conocido como ADC (siglas, en inglés, de *after death communication*), es un subtipo de aparición, pero con matices: consiste en la comunicación entre un interlocutor vivo y totalmente sano —no es un moribundo y, por tanto, queda excluido del grupo de las visiones en el lecho de muerte— y otro supuestamente muerto (desencarnado). Por otro lado, la comunicación se produce de forma totalmente espontánea: no intervienen médiums, ni es fruto de una invocación espiritista, ni nada similar. Las CCM suelen darse mayormente en el periodo transcurrido durante las veinticuatro horas siguientes a la muerte del fallecido, pero también, de forma muy frecuente, durante los primeros tres días, o incluso en los diez años posteriores al deceso, y puede llegar a repetirse o tornarse algo habitual.

¿Qué es una CCM? Investigaciones sobre este fenómeno

Una de sus características más distintivas radica en el hecho de que los aparecidos son familiares o amigos de la persona a la que se les aparecen. La comunicación puede adoptar múltiples facetas, como fragancias, sonidos, visiones, toques e incluso mensajes telefónicos en un contestador. El rango es amplio. La forma en la que este tipo de apariciones se interpreta por parte de los investigadores varía enormemente, dependiendo de la perspectiva desde la cual se aborde: para unos, son meras ensoñaciones, sueños, alucinaciones y delirios; para otros, un fenómeno de comunicación real con seres del Más Allá, por ejemplo. El efecto secundario de la CCM más habitual en la persona que la experimenta es el de verse envuelto en una sensación reconfortante. Sin embargo, un pequeño porcentaje de quienes las reciben, alrededor del uno por ciento, se siente aterrorizado, y puede llegar a desarrollar episodios de ansiedad. Tal y como ocurre en las ECM y en las apariciones de todo tipo, incluidas las visiones en el lecho de muerte, la CCM también puede ser compartida, pues la pueden vivir dos o más personas al mismo tiempo.

El primero que trató de investigar este fenómeno fue el británico Henry Sidgwick (1838-1900), un filósofo y economista inglés que también fue el primer presidente de la prestigiosa Sociedad de

Estudios Psíquicos (Society for Psychical Research), miembro de la Sociedad Metafísica y un encomiable promotor de la educación superior de las mujeres. No pasó a la historia por ser un cazador de fantasmas, precisamente, sino por su trayectoria académica y sus aportaciones y trabajos filosóficos, éticos y políticos. Sin embargo, realizó grandes trabajos en materia de investigaciones psíquicas. Por ejemplo, en 1889, Sidgwick puso en marcha un proyecto de cinco años con el fin de ahondar en lo que él dio en llamar, por aquel entonces, alucinaciones telepáticas acaecidas durante periodos de vigilia. Contó con diecisiete mil voluntarios, entre los cuales un diez por ciento aseguró haber sentido, visto, oído, olido o haber sido tocado por un agente externo de forma inexplicable.

El célebre astrónomo y editor francés Camille Flammarion (1842-1925) ya recogía en su obra *L'inconnu et les problèmes psychiques*, publicada en 1900, toda suerte de ocurrencias insólitas de corte sobrenatural y misterioso, entre las cuales podemos fácilmente identificar algunas que podríamos considerar CCM indudablemente. Por ejemplo, Flammarion relata un caso, ocurrido en el año 1884, en el que una mujer recibió la visita fantasmal de su cuñado con el fin de anunciarle que había muerto, y que, por favor, se lo hiciera saber a su hermano.

“

Dile a mi hermano que he muerto

En el año 1884, año del cólera en Marsella, partí hacia Bagnères-de-Bigorre y Barèges con mi marido y mis dos hijos. Llegué al hotel L'Europe y, una noche, me desperté de forma brusca y sin motivo aparente; me encontraba sola en la habitación, completamente a oscuras; entonces vi que a los pies de mi cama había una persona envuelta en una aureola; la observé con cierta inquietud, como es de imaginar, y entonces reconocí al hermanastro de mi marido, que era médico, y me dijo: «Avisa a Adolphe, dile que he muerto». Llamé a mi marido, que estaba en la habitación de al lado, y le dije: «Acabo de ver a tu hermano, dice que ha muerto». Al día siguiente, recibimos un telegrama confirmándonos la noticia de que el cólera se lo había llevado en cuestión de horas.

”

En el año 1977, el doctor W. Dewi Rees realizó en Gales una investigación bastante interesante sobre lo que dio en llamar «alucinaciones sufridas por viudos», cuyos resultados publicó en la revista científica *British Medical Journal*. Entrevistó a más de trescientos viudos y viudas. En torno al cincuenta por ciento de ellos describió haber tenido algún tipo de contacto con sus parejas fallecidas: «Alrededor de la mitad de las personas entrevistadas

tuvieron una alucinación con el cónyuge fallecido. La proporción entre hombres y mujeres que manifestaron haberla tenido era similar. Las alucinaciones se produjeron comúnmente en el intervalo de los diez primeros años de viudedad. El aislamiento social no afectaba a la incidencia de la alucinación, así como tampoco lo hacían la depresión o la enfermedad. No había variación cultural en los grupos, ni en el lugar de residencia, ya fuera en la misma ciudad, país, pueblo, en Inglaterra o Gales. La gente joven parecía menos propensa a alucinar, mientras que los viudos de más de cuarenta años mostraban una mayor tendencia. La incidencia de la alucinación aumentaba de acuerdo con la duración del matrimonio, y estaba particularmente asociada a enlaces y paternidades felices. [...] Estas alucinaciones eran consideradas normales, y hacían compañía».

En 1998 Agneta Grimby publicó un estudio, en este caso en el *Journal of Clinical Geropsychology*, relacionado con las alucinaciones que seguían a la pérdida de un cónyuge por fallecimiento. En él, básicamente, hacía mención al hecho de que este tipo de alucinaciones eran normales y comunes entre los ancianos. El estudio fue llevado a cabo entre ciudadanos suecos, y las estadísticas mostraron un alto grado de alucinaciones y delirios en el periodo de duelo que seguía a la pérdida del cónyuge, concretamente entre los ancianos: «El sentimiento de que el cónyuge fallecido se encontraba presente era de lo más común (delirio). También fueron muchísimos los que aseguraron haber conversado con el cónyuge, haber hablado con él o haberle oído (alucinaciones). Muy pocos fueron los que tuvieron alucinaciones táctiles. Los matrimonios duraderos, la soledad y el llanto aumentaban la incidencia. Los sujetos tenían una actitud ambivalente hacia el fenómeno, porque por un lado consideraban aquellas sensaciones como ridículas, mientras que por otro lado las consideraban encuentros reconfortantes con el ser querido perdido».

Erlendur Haraldson, del Departamento de Psicología de la Universidad de Islandia, también abordó el fenómeno de los encuentros con los muertos. A finales de la década de 1980, Haraldson entrevistó a cien individuos: cincuenta y nueve de ellos le dijeron que habían tenido contacto visual con los fallecidos; veinticuatro expresaron haber tenido un contacto sonoro; siete, un contacto táctil; cinco, un contacto olfativo; uno sintió frío, y dieciséis aseguraron haber sentido la presencia del fallecido. Haraldson no solo ofreció metodología, datos y estadísticas, sino que además tuvo el acierto de reproducir el testimonio de varios de

los sujetos que fueron objeto de estudio, como el de una madre anónima que recordaba haber visto a su hijo fallecido en dos ocasiones.

“

La historia del pequeño Beggi relatada por su madre. Archivo de investigación de Erlendur Haraldson

Estaba fregando el parqué en el salón. Alcé la vista y le vi de pie, a cierta distancia, mirándome. Le miré durante un rato, sin pensar en que estaba muerto. Corrí hacia él diciendo: «Mi Beggi», pero entonces desapareció. Iba vestido con la misma ropa que cuando se ahogó. Le vi dos veces, siempre en el mismo lugar. Su abuela también lo vio en una ocasión en su casa.

”

Tenemos investigaciones más ambiciosas, como la que llevaron a cabo Bill y Judy Guggenheim, quienes en 1995 ya se refirieron a este fenómeno como CCM o comunicaciones *post mortem* en su libro *Hello from heaven* (1996) —traducido al español como *Saludos desde el cielo*—, para el cual entrevistaron a más de dos mil personas. Fueron ellos, también, quienes estimaron que solo en los Estados Unidos alrededor de cincuenta millones de personas habían recibido una CCM, y de diez a quince millones habían vivido una ECM. Además, afirmaron que, aunque las CCM se dan por igual en prácticamente todas las culturas mayoritarias, algunos están más abiertos que otros a la hora de compartir o contar este tipo de experiencias.

En el año 2005, Dianne Arcangel —que trabajó cuidando a enfermos terminales durante mucho tiempo— y Gary Schwartz —profesor de Psicología, Medicina, Neurología, Psiquiatría y Cirugía en la Universidad de Arizona— aportaron una perspectiva original al estudio de las CCM, fijándose en los efectos secundarios que estas experiencias provocaban en las personas que las habían tenido. Llevaron a cabo un estudio que reveló que, en el noventa y ocho por ciento de los casos, los sujetos se sintieron enormemente reconfortados.

Para finalizar, y de forma más reciente, en 2011 Jenny Streit-Horn sorprendía al mundo académico presentando una tesis doctoral sobre CCM en el Departamento de Filosofía de la Universidad del Norte de Texas. Lo que hizo fue examinar treinta y cinco estudios sobre la materia, y llegó a la conclusión de que alrededor del ochenta u ochenta y cinco por ciento de las personas que se encuentran en las primeras fases del duelo ha tenido una

experiencia de este tipo.

Mensajes del Más Allá: los casos más impactantes

¿Adónde van los fallecidos? Esta fue una de las preguntas que más marcaron mi vida, y si hoy en día tengo un archivo de casos repleto de historias de apariciones, comunicaciones cercanas a la muerte, apariciones fantasmales, espectros, casas encantadas, etcétera, fue por intentar dar respuesta a algo que quizá no la tenga. Lo que sí tengo son los testimonios reales de los que un día me confiaron sus insólitas escenas de encuentro con los muertos, tesoros orales de nuestra memoria extraña, algunos de los cuales no puedo dejar de compartir con ustedes. Pertenecen todos ellos a mi archivo personal.

“

Un mensaje en el espejo

(España; identidad y población ocultas a petición de la testigo)

M. R. era una chica que murió siendo adolescente debido a un accidente de tráfico. Las amigas del instituto nos quedamos muy afectadas. Una de ellas, mi amiga C., hizo la promesa de acudir cada año a la C. S. [un santuario religioso] a llevar unas flores en señal de ofrenda y recuerdo. Pasaron los años y, cada vez que llegaba el aniversario de su muerte, mi amiga C. le llevaba el ramo de flores. Sin embargo, un año se le olvidó. No se dio cuenta hasta que un día, al salir de la ducha, vio escritas unas letras en el vaho del espejo que decían RRRR., el apellido de M. R., la chica que había fallecido años atrás y a la que había olvidado llevarle las flores prometidas. Enseguida se dio cuenta de que se trataba de M. R. recordándole que había faltado a su promesa.

”

“

Recibí una llamada telefónica de mi madre muerta

(Bogotá, Colombia; identidad oculta a petición del testigo)

Mi madre y yo teníamos una relación muy especial. Murió en el mes de septiembre. Ella tenía la costumbre de llamarme por teléfono el día de mi cumpleaños a las seis de la mañana, porque decía que quería ser la primera en felicitarme. Llegó el mes de enero, y el día de mi cumpleaños recibí una llamada a las seis de la mañana desde el celular de mi madre. Descolgué, pero nadie respondió al otro lado. Me quedé extrañado. Llamé a mi hermana, que era quien tenía las cosas de nuestra madre. Me respondió diciendo: «Hombre, estaba a punto de llamarte». Yo le dije: «Entonces, ¿no me acabas de llamar tú con el celular de mamá». Y ella me contestó que no, que el celular de mamá estaba guardado bajo llave, junto a otros efectos personales y recuerdos de nuestra madre.

”

“

Despedidas en el tren

(Testimonio de Carla; Palma de Mallorca, España)

Mi abuela estaba muy enferma, a punto de emprender el viaje definitivo. Mi madre se fue al pueblo para estar con ella durante sus últimos momentos. Viajó en tren y, en cierto momento, vio por la ventanilla a su madre sonriendo y diciéndole adiós con la mano, a modo de despedida. Entonces miró su reloj, y comprobó que eran las cuatro de la madrugada; justo el momento en el que mi abuela murió.

”

“

Adiós, hijo mío

(Testimonio de Lucía; L'Hospitalet de Llobregat, España)

Tenía un amigo que murió hace ya muchos años en una madrugada de Navidad. Su exmujer estaba trabajando cuando le dieron la noticia, e inmediatamente salió hacia su casa para contárselo al hijo que ambos tenían. Al entrar, el niño, que estaba despierto, le dijo: «Acaba de venir papá, hemos hablado un rato, y se ha despedido de mí porque se tenía que ir».

”

“

Los zapatos de mi abuelo se pusieron a bailar solos

(Testimonio de Edwin Robles; Bogotá, Colombia) Los días siguientes a la muerte de mi abuelo fueron muy duros. Una tarde, escuché un ruido en la azotea. Decidí revisar la casa y comprobar si había alguien más allí. Pasarían veinte minutos hasta que escuché un ruido extraño, apagado, quedé anonadado al ver como unos zapatos viejos del abuelo, que estaban en la azotea, comenzaron literalmente a bailar. Espantado, alcancé a darme cuenta de que el movimiento de dichos zapatos era el mismo de un baile que mi abuelo solía hacer cuando estaba muy feliz...

”

“

El difunto que veía el tenis con su hija

(Testimonio de Ana Isabel Moya Gimeno; Valencia, España)

Entre mi padre y yo siempre hubo una gran conexión. Falleció después de una larga enfermedad. En el momento exacto de su deceso, sentí que se había ido. Al rato, llegó mi madre para darme la noticia, pero yo ya lo sabía porque estaba viendo a mi padre sonriéndome y hablándome. Cuando les dije a mi madre y a mis hermanas que mi padre estaba con nosotras, me tomaron por loca. Desde ese momento mi padre está conmigo. Cuando vivía, siempre veíamos juntos el tenis. Pues aún hoy en día, después de dieciséis años de su fallecimiento, se enciende la tele sola en el canal donde están poniendo el tenis. Mi pareja ya se ha acostumbrado, pero todavía nos resulta sorprendente.

“

Los de arriba me han dicho que me vuelva a casa

(Testimonio de Esme Baltasar; Madrid, España)

Le ocurrió a mi madre. Cuando murió su padre, ella estaba arreglando el salón de la casa y, de pronto, vio a mi abuelo entrando en él. Vestía como lo hacía habitualmente. Mi madre le dijo: «Papá, ¿qué haces aquí?». Él le respondió: «Pues nada, hija, que allí arriba me han dicho que me vuelva otra vez a casa». Esto ocurrió justo a la hora en que normalmente iba a visitar a mi madre cada día, después de su paseo.

”

Desde hace unos años, los investigadores apasionados por los enigmas del Más Allá, y, en particular, los relacionados con las CCM, tenemos otra gran fuente de casos en la Fundación de Estudios de Experiencias Cercanas a la Muerte (ADCRF, por sus siglas en inglés), que por iniciativa de la Fundación de Estudios de Experiencias Cercanas a la Muerte (NDERF, por sus siglas en inglés) se lanzó al público como un proyecto virtual abierto a que personas de todo el mundo compartiesen su experiencia de CCM.

La metodología de trabajo consiste en ofrecer a los usuarios la opción de compartir su experiencia a través de un formulario web en el que, además, han de responderse unos cuestionarios. Tras ellos, los miembros de la fundación investigan los casos. Los resultados de estas investigaciones se publican periódicamente en el portal de la fundación.

Uno de sus principales intereses es el de comparar las CCM con otras experiencias espirituales recopiladas en las fundaciones asociadas, con la NDERF y la Fundación para el Estudio de las EFC (OBERF, por sus siglas en inglés). Su meta es contribuir al conocimiento y el estudio de las CCM, así como a su visibilidad. El volumen de historias recopiladas hasta la fecha por la ADCRF es considerable, y algunos casos son sumamente interesantes.

“

Mi hermana vino a decirme que había muerto

(Testimonio de Bob J.; Estados Unidos)

[...] Oí la voz de Mary [mi hermana] tan clara como si estuviera a mi lado. La oí en mi mente, pero no eran pensamientos míos. Me llamó por mi nombre y me dijo: «No te preocupes. Estoy bien. Estoy con Dios». Me quedé de piedra. Mi mente racional no podía asimilarlo. Me llevó un momento contestarle, como si fuera lo más normal. Mi reacción inicial fue decirle: «No, no, no, Mary, ¡no digas eso! ¡Me estás asustando!». Ella me replicó riéndose, como solía hacer: «Sabes que soy yo. ¿Qué voy a hacer contigo?». Solía burlarse de mí así, por mi falta de fe. Ella era muy creyente, y le

gustaba desafiar mi mente científica. Me encantó. Supe que era ella. No podría negarlo... Nadie podría discutiéndolo argumentando que se trataba de una alucinación por el dolor que me había causado su pérdida, porque yo ni siquiera sabía aún que había muerto [...].

”

“

Te he visto las tetas

(Testimonio de Marie O.; Canadá)

[...] Me resulta un poco embarazoso hablar de esto. Volví del funeral de Derek [un amigo] y fui a la cocina porque tenía hambre. Abrí la nevera, intentando decidir qué comería, cuando oí aquella voz en mi cabeza diciéndome: «Te he visto las tetas». Bajé la vista de forma automática para comprobar si se me veían las tetas, pero no estaba enseñando nada, así que le respondí dentro de mi mente: «No estoy enseñando nada, Derek, así que vete a la mierda». Jamás le dije nada a mi marido ni a la mujer de Derek, por eso se lo estoy contando a ustedes [ADCRF] en su lugar. Jamás había oído una voz en mi cabeza, ni antes ni después de aquello.

”

“

Mi padre me estaba observando a los pies de la cama

(Testimonio de Merz A.; Australia)

Me desperté con la sensación de que estaba siendo observada. Vi a mi padre a los pies de la cama. Me cagué de miedo, así que me tapé la cabeza con las mantas... Mi padre siempre dijo que, cuando muriese, volvería para cuidar de nosotros.

”

“

Vimos a mi padre muerto en la carretera

(CCM compartida; Estados Unidos)

[...] Mi pareja, Ian, y yo salimos del coche porque se habían caído unos árboles que estaban obstruyendo la carretera. Los conductores que nos seguían también salieron de los coches, intentando averiguar cuál era el alcance del atasco. Consciente de que nos iba a tocar estar allí un buen rato hasta que llegara la ayuda, fui a hablar con los otros conductores para explicarles cuál era la situación. Entonces se me acercó un hombre vestido de marrón y me dijo: «Gracias por ayudarnos». Me asombró su calma. Tenía la cara de mi padre, que había muerto a las 18:30 de la tarde anterior [...] de un ataque al corazón. Y al tiempo que me hablaba, oí también que Ian me estaba llamando. Él también lo había visto y se había dado cuenta de que era mi padre, y estaba en *shock* y alarmado. Lo extraño es que yo no me puse nerviosa. En vida, mi padre siempre había sido un hombre muy ansioso e inquieto, pero aquella mañana, cuando se acercó a hablarme, creo que lo hizo para que yo supiera que había encontrado la paz y que ahora era feliz. Aquella aura de inmensa paz siempre ha permanecido en mi memoria y me consoló de la temprana pérdida de mi padre.

El fantasma que visitó a su hermana y estrechó la mano a los invitados

La joven keniana Roselyn vivió una CCM muy singular. Fue la propia Roselyn quien, desde Kenia, en África, remitió su historia a la ADCRF poniéndola a disposición de los investigadores. Al hermano de Roselyn lo apuñalaron y murió. Una noche, la joven se fue a dormir más pronto de lo habitual. Había tenido un día verdaderamente largo y ocupado y estaba cansada. Necesitaba dormir. Tenía por costumbre coger una de las fotografías que guardaba de su hermano, su favorita, y quedarse mirándola un rato, mientras rezaba, antes de acostarse. Aquella noche no fue una excepción. Cuando se metió en la cama y cerró los ojos, dispuesta a dejarse vencer por el sueño, oyó unas pisadas que se dirigían a su cuarto, y luego las oyó dentro de la habitación. Pero ¿cómo era posible que alguien hubiera entrado si la puerta estaba cerrada? Trató de no pensar en aquello y de forzarse a sí misma a dormir, pues la mañana siguiente se presentaba igualmente larga y ocupada. Sin embargo, entonces, Roselyn oyó una voz: «Tata, ¿estás durmiendo?». Al principio, la joven pensó que estaba recordando cómo eran las cosas antes de que su hermano muriese, pero aquellas palabras seguían resonando en su mente, así que decidió abrir los ojos: «¡Dios mío! No hay palabras para explicar lo que vi al abrir los ojos... Todavía me estremezco al recordarlo. Mi pobre hermano estaba allí, vestido con unas ropas sucias y harapientas. Nada más verle, empecé a llorar. Las marcas de las heridas de su cuerpo parecían haber empezado a curarse, ya no estaba como cuando se las había visto en el ataúd antes de cerrarlo y llevarlo a enterrar».

La visión la tenía absolutamente compungida. Roselyn no podía parar de llorar. Su hermano se acercó, se sentó en el borde de su cama y trató de consolarla con las siguientes palabras: «No llores, hermana mía, el mundo es así, y además, ellos creen que me mataron, pero ya ves que he sobrevivido». Tras hacer todo lo que pudo para que dejase de llorar, empezaron a hablar de otras cosas. Él le preguntó cómo estaban llevando su muerte papá y mamá, y le pidió también que les dijera hola de su parte y les hiciera saber que se encontraba bien. «Entonces, entró la criada en la habitación para decirme que la cena ya estaba lista, y yo le pedí a mi hermano que me acompañase a cenar; al principio se mostró reticente ante la idea, pero, al rato, accedió».

Roselyn podía percibir el gesto de dolor y disgusto en el rostro de su hermano. Le preguntó cuál era el problema, pero él le respondió de mala gana diciéndole: «Tienes suerte. Tú por lo menos todavía tienes un padre y una madre que pueden comprarte ropa, mientras yo voy por ahí en andrajos». Aquella respuesta hirió especialmente a Roselyn. Se sintió tan mal que le preguntó a su hermano si podía darle algunas ropas suyas, pero él rehusó diciendo: «De todos modos, en el sitio en el que vivo no usamos esa clase de ropa».

Cuando se encaminaron hacia el comedor, él la detuvo un instante para preguntarle si quería que le hiciera un regalo. Roselyn respondió afirmativamente. Entonces, su hermano se arrodilló y sacó algunas cosas que había escondidas en el sofá del salón, una cadena de oro y algunos brazaletes. Pertenecían a Roselyn, pero las había perdido. En realidad, eran un regalo que su hermano le había hecho tiempo atrás. Tras mostrarle dónde estaban le dijo: «No te los voy a dar ahora. Mañana vienes y los recoges tú misma aquí donde están, en el sofá».

Una escena de lo más insólita estaba a punto de tener lugar: «Nos sentamos a la mesa para cenar y justo entonces vinieron a verme unos amigos míos. Le pedí a mi hermano que los saludase y así lo hizo, pero desafortunadamente uno de ellos tenía la mano húmeda. Se puso de mal humor y me dijo que quería marcharse». El fantasma del hermano de Joselyn no solo fue capaz de visitar a su hermana y dejarse ver por ella, sino que, además, sus amigos también lo vieron, y no solo eso, sino que le estrecharon la mano. Sin embargo, este fantasma tenía unos ataques de malhumor considerables. Cuando Roselyn le preguntó por qué se había enfadado, por qué quería irse, él respondió: «¿Es que acaso no ves cómo me odian tus amigos? ¿Cómo se atreve tu amigo a saludarme con las manos mojadas...? Aunque, bueno, también puedo entender por qué me odian». Luego, su hermano le pidió que lo acompañase afuera a dar una vuelta. Pasearon por los alrededores de la casa hablando de varios temas. Una de las cosas que le dijo era que veía muy bien que ella se fuera a estudiar a Australia, y que debía trabajar duro y ayudar a papá y mamá porque, ahora que él no estaba, ella era lo único que les quedaba. Por tanto, él le daba su bendición para que se fuese a estudiar al extranjero, pero ella se mostró dudosa, no sabía si le concederían el visado, y él, muy seguro de sí mismo, le contestó: «No te preocupes, te va a salir todo bien».

La prueba...

Una gran parte de las comunicaciones cercanas a la muerte se producen en sueños, en ocasiones con mensajes, consejos y advertencias proféticos. Otra de las grandes curiosidades en torno al fenómeno de las CCM es que hay personas que han visto a sus mascotas muertas.

Otra de las cosas que su hermano fallecido le dijo, y que hasta hoy todavía no ha conseguido explicarse Roselyn, fue la siguiente: «Sé que has conocido a alguien, pero no es buena gente. Tú sabrás lo que haces». Era cierto que acababa de conocer a alguien y que incluso se había planteado tener una relación con esa persona. Se encaminaron por unas escaleras. Iban bajándolas. Ella iba delante y él la seguía. En un momento dado, le oyó gritar: «¡Para!». Roselyn se quedó paralizada. Inmediatamente, su hermano se acercó y le susurró al oído: «La próxima vez que salgas a pasear, lleva mucho cuidado, ¿vale? ¿No ves que tu hermano mayor ha estado a punto de apuñalarte con un cuchillo?». No sabemos con qué intención le gastó su hermano aquella broma macabra, pero, al parecer, su intención era pedirle que tuviera cuidado, pues cualquiera podía atacarla y hacerle daño, tal vez incluso aquel mismo hombre que ella acababa de conocer. Lo que quería era darle un susto para que ella tomase las precauciones necesarias y se protegiera. Entonces, le dijo que volviera a casa, y que en otro momento regresaría a visitarla.

A la mañana siguiente, Roselyn se levantó sin poder creer todavía lo que había vivido la noche anterior. Se fue a la embajada y, para su sorpresa, una señora le dijo que el proceso de solicitud de su visado se había completado y se lo habían concedido. Al regresar a casa, la criada le dijo que había encontrado su cadena y sus brazaletes en el sofá. Aquello era demasiado. Se fue a buscar a su madre. Tenía que contarle todo lo que le había pasado. Al escuchar la historia, su madre le dijo: «Ha venido a verte porque no has parado de lamentarte por su pérdida. Además, vosotros dos siempre habéis estado muy unidos, y es normal que te haya estado echando de menos».

Roselyn rezó cada día por volver a verle, por poder volver a hablar con él. Se pasó así todo un mes hasta que, un día, su hermano vino a verla. Parecía muy enfadado: «Estaba tan enfadado... Me dijo que tenía que dejar de llorar o de lo contrario volvería y me llevaría consigo». De nuevo, Roselyn le contó la escena a su madre, y esta le explicó: «Los muertos quieren descansar en paz, así que, si no dejas de llorar o mencionar sus nombres, se

enfadan porque les enturbias la paz. Debes dejar de pensar en los muertos. Reza y trata de olvidarle».

Los investigadores de la ADCRF someten a los usuarios que les remiten sus historias a un cuestionario con el fin de aclarar la máxima cantidad de detalles. Así, por ejemplo, podemos saber que la apariencia del muerto era deplorable: cubierto de cicatrices, vestido con harapos, semblante triste y malhumorado, más delgado de lo habitual, etcétera. Sin embargo, su figura no era totalmente nítida, sino algo translúcida. Otro rasgo destacable en su apariencia es que se comunicaba con un tono de voz más suave del habitual. Roselyn calculaba que el encuentro de CCM había durado en torno a las dos horas, como mínimo, porque habían hablado de varios temas y ella y su hermano fallecido habían hecho varias cosas juntos. Al principio, la experiencia le produjo pena y tristeza, especialmente por el aspecto miserable y el semblante con los que se había presentado su hermano, pero luego, al ponerse a hablar con él, se sintió feliz porque se dio cuenta de que, al menos, podía seguir comunicándose con él a pesar de que pertenecieran a mundos distintos. Una historia, sin duda alguna, llena de matices y detalles propios de una novela al más puro estilo del realismo mágico de Gabriel García Márquez.

Comunicación cercana a la muerte (CCM)

- › **Definición:** Experiencia espontánea de comunicación con un amigo o miembro de la familia fallecido.
- › **Características:** Es espontánea, sin planificación ni mediación de médiums, psíquicos, hipnosis, canalización u otra mediación.
- › **Relación:** Los que la experimentan conocen al fallecido y tuvieron una relación de amistad o familiar. De no ser así, se trataría de una aparición fantasmal (en la que la CCM se incluiría como un subtipo), con una caracterización mucho más amplia.
- › **Salud:** El estado de salud de la persona viva que experimenta una CCM debe ser bueno o, por lo menos, no debe estar gravemente enferma, moribunda o en su lecho de muerte. De lo contrario, se trataría de visiones en el lecho de muerte, un tipo de aparición con una fenomenología y un contexto asociado específicos.
- › **Tiempo:** La incidencia es variable, pero se da de forma mucho más intensa durante las primeras horas posteriores al fallecimiento, aunque se puede seguir experimentando de forma muy frecuente en los tres días sucesivos al deceso, o incluso ocurrir varios años después, o en repetidas ocasiones.
- › **Efectos secundarios:** Casi todos los que viven una CCM coinciden en que la experiencia les brindó una sensación reconfortante. Un pequeño grupo de personas siente terror y ansiedad.
- › **Grupo poblacional:** Algunos estudios sugieren que las CCM se dan más entre personas mayores de cuarenta años de edad. Algunos investigadores han aislado, para sus estudios, a grupos de viudos ancianos en fase de duelo, por considerarlos tal vez más propensos a experimentarla.
- › **Factores que aumentan la incidencia:** La CCM podría ser más frecuente entre personas que en vida tuvieron una gran afinidad y conexión, como los matrimonios

duraderos y felices.

- › **Tipología:** Los expertos coinciden en que la CCM puede darse de forma visual, sonora, táctil, olfativa e incluso onírica, pues la ADCRF considera que los testimonios de personas que les aseguran haber tenido un encuentro en sueños con sus seres queridos entran dentro de esa categoría.
- › **CCM compartida:** Pueden ser experimentadas por más de una persona al mismo tiempo.

EXPERIENCIA DE MEDIUMNIDAD ESPONTÁNEA CON ENCARGO DE RECADO: LA SECUELA MÁS OLVIDADA DE LAS ECM

Son varios los efectos secundarios asociados a una ECM. Uno de los más desconocidos es la experiencia de mediumnidad espontánea (EME), en la que la persona que acaba de sufrir una ECM recibe de forma inesperada, una vez que ha regresado a la vida, la visita de un ser fallecido que le transmite un mensaje destinado a otra persona viva.

La mayor parte de los regresados se sienten profundamente transformados por la ECM. A menudo, experimentan un cambio radical en su sistema de valores. Pero en otras ocasiones, los supervivientes sufren toda suerte de fenómenos extraños: experiencias psíquicas, tales como la clarividencia, entre otros, y la denominada experiencia de mediumnidad espontánea con encargo de recado (EMECER), un claro subtipo de la comunicación cercana a la muerte (CCM) al que los investigadores no suelen prestar mucha atención, pero que sin duda alguna tiene ingredientes suficientes como para considerarlo uno de los efectos secundarios más llamativos de una ECM. En la EMECER, la persona que ha sufrido una experiencia próxima a la muerte recibe la visita inesperada de un fallecido que le pide que entregue un mensaje, de su parte, a otra persona que está viva.

Mi cuñado muerto me pidió que transmitiera un mensaje a mi hermana

La estadounidense Romona B. escribió a la NDERF para contarles su ECM a través del formulario que la fundación tiene habilitado para tal fin. Sin entrar en muchos detalles sobre cómo pasó, les diré que la mujer se encontraba navegando y tuvo un accidente, a causa del cual cayó al agua y quedó atrapada bajo su lancha sin poder salir. En aquel momento, supo que iba a morir. Pensó en su hijo y en que no podría verlo crecer. Trató de salir por todos los medios, llevada por la idea de seguir luchando por su hijo, pero, en un momento dado, pasó de la angustia a la calma y la felicidad más completas. En la primera fase, como es habitual, tuvo una EFC, en la que vio a gente desesperada por ayudarla y salvarla, mientras ella se encontraba tan feliz, más de lo que jamás lo había sido. La envolvía un sentimiento de paz, amor y aceptación. Seguidamente, vivió momentos epifánicos: «En ese instante, me di cuenta de que sabía cosas. Supe que las cosas eran más simples, que éramos las personas quienes las complicábamos, y que no tenía por qué ser así. Lo que realmente me llamó la atención es por qué no podíamos usar todo nuestro potencial cerebral. ¡Qué revelación! Tenemos este conocimiento del otro lado con nosotros, pero debíamos vivir y aprender en la tierra entendiendo el dolor emocional, físico, la

soledad más absoluta, la felicidad más absoluta. Esa parte del cerebro está presente pero dormida, y lo está hasta que nuestro corazón deja de latir, porque es entonces cuando ese conocimiento despierta. Todo aquel que muere, ve y escucha aquello que necesita para su tránsito, para poder aceptarlo con toda la calma posible. Lo único que recuerdo es que quería permanecer más tiempo allí. Y de repente, ¡oh, qué frío! Estaba de vuelta, me habían reanimado. Esta es la escuela más dura del mundo, pero todavía tengo cosas que hacer y que aprender, y ahora que sé lo que sé, sabiendo dónde podría estar en lugar de aquí, es todavía más duro».

Esta era la ECM de Romona. Probablemente, podría haber pasado como una experiencia más. Sin embargo, tenemos la suerte de que esta mujer decidió enviarla a la NDERF, y en el cuestionario habilitado en la página web del proyecto se pide al usuario que responda a una serie de preguntas, entre ellas la siguiente: «¿Tuvo tras la ECM alguna experiencia paranormal, psíquica o poder sobrenatural que jamás había tenido con anterioridad?». Aquí es donde viene lo interesante, porque Romona no solo contestó afirmativamente, sino que además describió la siguiente EME: «Mi cuñado murió en el año 2000. No creía en el Más Allá. Yo estaba hablando por teléfono con mi hermana que vivía en Walnut Creek, California. De repente, solo podía ver el color amarillo, como si alguien me hubiera puesto una hoja de papel amarillo frente a los ojos. Después el amarillo se desvaneció, pero el salón se llenó de burbujas, miles de burbujas amarillas. El color y las burbujas aparecían y desaparecían. Entonces, oí una voz en mi cabeza diciéndome: ‘Díselo, díselo’”. Y el sonido de esta voz se volvió tan alto que ya no podía oír ni a mi hermana al teléfono. Entonces le dije: “Marsha, tengo que decirte algo, es un sinsentido y no quiero que pienses que estoy loca, pero tengo que decirte algo: ‘Burbujas amarillas’”. Mi hermana no podía creerlo. La invadió la felicidad. Me explicó que, una noche, su marido y ella estaban viendo una película sobre Houdini. Bob comentó, al hilo del filme, que él no creía en el Más Allá. Marsha le propuso pensar en unas palabras secretas que solo ellos conocieran, de forma que, si uno de los dos moría primero y existía el Más Allá, pudiese hacerle llegar al otro el mensaje con aquellas palabras. Y voy y me entero de que aquellas palabras eran, precisamente, esas: “Burbujas amarillas”. Las escogieron precisamente porque eran absurdas, extrañas y sin sentido, para que nadie pudiera pronunciarlas a menos que uno de ellos dos lo pidiera».

El caso de Romona es interesante, pero no podía ser el único.

Decidí rastrear un poco más los archivos de la NDERF en busca de experiencias similares, y el esfuerzo tuvo su recompensa. Me encontré, por ejemplo, con la historia de Bill W., quien tras sufrir una ECM no solo se encontró dotado con unos poderes extraordinarios, tales como ver a través del cuerpo de las personas y detectar enfermedades, sino que además empezó a ver fantasmas, tal y como él mismo los describió, y a experimentar alguna que otra EMECER. Un día, caminando por la ciudad, pasó por delante de una antigua casona. Le llamó tanto la atención que el propietario, con el que se cruzó por allí, le invitó a pasar para enseñársela. Fue entonces cuando vio el fantasma de una mujer que había vivido allí con anterioridad, una mujer que tenía un mensaje que transmitirle al propietario de la casa: «Había vuelto porque quería sus blondas y un retrato de su marido. Se lo dije al propietario. La mujer me explicó que solía hacer blondas que posteriormente vendía a un penique la decena. Me indicó que el retrato que andaba buscando estaba abajo, en la bodega. Y efectivamente, cuando bajamos, allí estaba la litografía, de unos 10 x 20 cm, de un soldado con una pistola en la mano. También me dijo que su habitación siempre estaba caliente porque se hallaba justo al lado de una chimenea. El propietario lo negó, pues no había ninguna chimenea en la casa. Sin embargo, tiempo después, me llamó para decirme que durante unas obras de restauración habían encontrado la chimenea y la habitación». Estamos, de nuevo, ante uno de esos casos que llamamos «verificables», porque ¿cómo podía saber este hombre dónde estaba aquel retrato? Es la pregunta que yo me hago y que, probablemente, se estén haciendo ustedes también. ¿Mintió el usuario que, de forma voluntaria, envió su experiencia a la fundación? Es una posibilidad. No siempre podemos ahondar en los casos para contrastar que la información que nos proporcionan sus protagonistas es verídica, bien porque no trabajamos en el ámbito hospitalario, bien porque no podemos acceder directamente al sujeto para realizar un seguimiento que incluya a otros testigos que puedan corroborar su historia (en este último caso, el de Bill W., sería necesario, por ejemplo, hablar con el propietario de la casa).

Encargos del Más Allá que estresan a los del Más Acá: la historia de Janie

Los investigadores estadounidenses Janice Holden, Ryan D. Foster y Lee Kinsey llevaron a cabo un estudio específico sobre las EMECER como efecto secundario de las ECM, y en 2014 publicaron los

resultados en un artículo para el *Journal of Near-Death Studies*. Holden y sus colegas contaron con la participación de ochenta y nueve personas. El quince por ciento dijo que ya había tenido alguna vez una EME anterior a la ECM; el cincuenta y seis por ciento, que había tenido al menos una EMECER posterior a la ECM. La estadística, ya de por sí, me parece sugerente. Además, los autores del artículo apuntaban a las EME como un fenómeno muy olvidado por los investigadores de las ECM, bastante ausente, por no decir totalmente ausente, de los estudios. Según ellos, había que prestarles más atención, pues constituían una fuente única de información verídica y verificable que podía aportar mucho a la cuestión de la supervivencia de la consciencia después de la muerte. La cuestión es que estamos acostumbrados a escuchar relatos de ECM, pero muy poco habituados a preguntar por la etapa posterior, o a realizar el seguimiento de los posibles efectos secundarios. Por tanto, es fácil que los relatos de EME como efectos secundarios de una ECM pasen desapercibidos o cueste encontrarlos.

El caso de Janie fue utilizado por los autores para introducir y ejemplificar el fenómeno de la EMECER en su artículo titulado «Spontaneous mediumship experiences: a neglected aftereffect of near-death experiences», y he de decir que no podían haber escogido otro mejor, porque la historia de esta mujer es fascinante. ¿Quién era Janie? Esta mujer había tenido una ECM en 2008 y, pocos días después, empezó a tener unos extrañísimos episodios de EMECER. La primera visita espectral que recibió fue la de un ser que ella percibió como femenino y que la estuvo rondando durante cuatro años. Desde entonces, ha venido recibiendo las visitas de otros seres desencarnados, especialmente entre las dos y la cuatro de la madrugada, y todos con encargos y requerimientos: «Recibir el mensaje me agobia más que la aparición en sí misma, porque no sé qué se supone que debo hacer con él», confesaba Janie a los investigadores, quienes, muy acertadamente, seleccionaron dos de sus episodios de EMECER más recientes. El primero tenía que ver con Rob, un amigo suyo que había fallecido un año antes: «Había salido con un grupo de amigos y sentí que Rob estaba con nosotros. A mi lado estaba sentado uno de los mejores amigos que Rob había tenido y con el que había trabajado (alguien a quien yo solo había visto una vez). Rob quería que le diera un mensaje. Sin dudarlo, me volví hacia él y le dije que Rob estaba allí y quería que le diera un mensaje de su parte. Le encantó. Se quedó de piedra, pero le encantó. Sabía que venía de Rob, no de mí. En este caso, sentí que era algo que debía hacer». Como ella misma había confesado, aquel

requerimiento, lejos de importunarla, la hizo sentir bien: sentía que era algo que debía hacer. Sin embargo, la mayor parte de EMECER de Janie no eran tan fluidas ni tan agradables. Así describió el segundo de los episodios resaltados por los investigadores: «El que me está causando más de un problema ahora mismo es uno [un hombre] que murió hace cuatro años. Jamás lo conocí, pero tenemos amigos en común. Quiere que ayude a su esposa, y además es músico y quiere canalizar música a través de mí. Puede llegar a ser muy avasallador y agotador».

**EXPERIENCIAS AGRADABLES FRENTE A EXPERIENCIAS
DESAGRADABLES: ¿DOS CARAS DE LA MISMA
MONEDA?**

Diversas disciplinas psicológicas y sociológicas ven en las ECM una herramienta con potenciales aplicaciones terapéuticas. ¿Cómo pueden las ECM de otras personas ayudarnos? ¿Qué enseñanzas se extraen de los modelos de «sociedad» del Más Allá? Por otro lado, durante las ECM desagradables los sujetos viven episodios de pesadilla y quedan afectados a largo plazo. ¿Corremos peligro en el Más Allá?

Hace tiempo que sabemos que los relatos de ECM agradables y positivas suponen, fundamentalmente, un gran consuelo existencial para una gran parte de la población occidental, mayormente urbana, que es la que más duda sobre la existencia de una vida después de la muerte, debido a que hemos sido socializados en una cultura materialista, racional, cartesiana y fuertemente influida por el mito del objetivismo científico, los conceptos mecánicos y las lógicas del pensamiento computacional. En esta sociedad del «si no lo veo, no lo creo; e incluso viéndolo, seguro que tiene una explicación racional», no es de extrañar que uno dude seriamente ante la posibilidad de una vida después de la vida, llegando a creer que con el momento del deceso clínico se acaba todo, reduciendo al ser humano a un producto meramente biológico. Esta idea produce gran desasosiego e incertidumbre existencial en muchas personas, que no logran encontrar un sentido a sus vidas más allá de la mera satisfacción consumista a la que estamos acostumbrados.

Las ECM agradables como terapia psicológica

Vivimos en un mundo en el que nos identificamos con las cosas que tenemos, no con lo que somos, y en el que es fácil perder el norte cuando nos sacan de ciertos contextos, porque nos sentimos desconectados, solos, deprimidos, alienados e incluso tan desesperados como para llegar a suicidarnos. La tasa de suicidios es una tasa social, principalmente; no tiene nada que ver con las condiciones climáticas de un país, ni con la religión, ni con problemas mentales, sino con la forma en cómo vivimos en las sociedades, cosa que ya demostró Émile Durkheim en su libro *El suicidio* (1897). Es la diferencia entre una sociedad y otra lo que aporta las variaciones en las tasas de suicidio. Sabemos que las personas que han intentado suicidarse y que, a consecuencia de ello, han vivido una ECM tienen muchas menos recaídas y no presentan tantos síntomas de estrés postraumático como el resto de las personas que han intentado quitarse la vida. Conocemos el caso de un niño de nueve años que intentó acabar con su vida porque se encontraba terriblemente deprimido, pues su padre se había suicidado. Al psicoterapeuta alemán Engelbert Winkler se le ocurrió enseñarle un cuento ilustrado para niños sobre las ECM. Funcionó, y

su obsesión suicida se esfumó.

Se han hecho experimentos interesantes con el fin de medir el impacto positivo que las ECM pueden tener no solo en las vidas de las personas que las experimentan, sino también en las de quienes las estudian, aprenden sobre ellas o escuchan los relatos de los supervivientes. Por ejemplo, Kenneth Ring impartió un par de cursos universitarios sobre ECM en los que participaron ciento once estudiantes que no solo acabaron convencidos de la autenticidad de las ECM como un fenómeno trascendental, sino que además sintieron que sus niveles de miedo y estrés ante la muerte se reducían notablemente, y su actitud ante la vida se volvió más positiva.

Más recientemente, en el año 2005, el doctor Robert Sheeler realizó un experimento con estudiantes en varias facultades de medicina. Lo que hizo fue ponerles un vídeo en el que se entrevistaba a una persona que había tenido una ECM y narraba el episodio. Tras el visionado, Sheeler impartía una clase sobre las ECM, qué eran, qué elementos comunes tenían, cuáles eran sus efectos en los supervivientes, etcétera. Al finalizar la clase, les proponía a los estudiantes que iniciaran un debate en clase sobre el tema, que proseguía posteriormente en internet a través de un foro. El experimento duró dos años. Al finalizar, Sheeler concluyó que había sido todo un éxito porque los estudiantes, al conocer y profundizar en el estudio de las ECM, habían adquirido mayores destrezas y sensibilidad en su formación como terapeutas y en el trato con el paciente.

Sorprendentemente, todavía se echan a faltar estudios relacionados con los efectos positivos de las ECM en aquellos que escuchan los relatos de los supervivientes o que leen libros sobre el tema, o bien se acercan al estudio y conocimiento de aquellas. A mí me sería de gran ayuda que ustedes, por ejemplo, al terminar de leer este libro, me escribieran contándome sus impresiones. ¿En qué medida les ha afectado la lectura de este libro? Espero sus comentarios. ¿Y a mí? ¿Cómo me ha afectado? Es lo que tal vez estén pensando. Buena pregunta. A menudo pienso en cómo el estudio y la investigación de las ECM ha afectado a mi vida. Todos estos años de trabajo, de escuchar y recopilar casos e historias, de tratar de ahondar en la naturaleza de un fenómeno que cuanto más trato de conocer, más vasto e insondable me parece, ¿han determinado mi sistema de valores y actitud ante la vida? Probablemente. Aparte de si decido creer o no en la posibilidad de una consciencia que pervive a la muerte, un Más Allá o como

queramos llamarlo, esta búsqueda personal de respuestas ha marcado mi existencia. No sé si existe vida después de la muerte. Es un misterio que no tengo modo de resolver de forma científica. Podría tratar de resolverlo de otras formas, inclinarme por el sí o por el no, pero si hoy en día ustedes están leyendo este libro es precisamente porque todavía ando buscando ese conocimiento que se me resiste, tal vez porque intento alcanzarlo de manera racional. De haber estado segura de que existía la vida después de la muerte, o de todo lo contrario, jamás me habría molestado en investigar estos temas y este libro, por tanto, no existiría. Tal vez yo tenía que ser así, como soy: una indecisa. Sin embargo, sé que muchos de ustedes sí llegarán a formarse una conclusión sobre si existen evidencias suficientes o no de la existencia del Más Allá, a la vista de todos los casos, investigaciones y documentaciones que les he presentado.

Más allá de si damos crédito a la posibilidad de una vida después de la vida, creo que el estudio de las ECM puede aportarnos muchísimas ventajas, tanto a nivel personal como a nivel social. Escuchar las historias que los supervivientes nos cuentan requiere apertura mental; también es necesaria cierta amplitud de miras a la hora de examinar los argumentos que los investigadores lanzan en sentidos opuestos a la hora de dirimir qué son exactamente las ECM, si una mera fantasía de nuestro cerebro o algo más. En ese sentido, creo que los años de labor que he dedicado a conocer este tipo de fenómenos transfronterizos, no solo las ECM, sino todos aquellos relacionados con la muerte, el Más Allá, la mediumnidad, la mente, la ciencia, las capacidades psíquicas, los enigmas del ser humano y el universo, en definitiva, me han convertido en una persona con una mente abierta y flexible, capaz de asomarse al pozo de los misterios, pero sin caer en el abismo de los fanatismos: porque, en ocasiones, tan fanáticos son los crédulos como los escépticos, ambos apoyándose en los mitos del subjetivismo y el objetivismo más radical. Yo prefiero seguir observando el mundo, tratar de saber un poquito más de lo que sabía ayer, aunque solo sea para descubrir que todavía me queda mucho por aprender, indagar, preguntar, investigar y descubrir; y en ese camino me siento transitando feliz, porque sé que no soy la única y que ustedes me acompañan.

El Más Allá de las ECM: un mundo modelo para nuestro Más Acá

Las ECM pueden ser fuente de cohesión social y consolidación de

modelos ideales de sociedad. El mejor ejemplo al que puedo acudir, por ser uno de los que más he estudiado y más me han llamado la atención, es aquel que nos brindan las comunidades maya ch'orti respecto a los que llaman «los que mueren tres días» (véase el capítulo 9). En sus relatos, los ch'orti que sobreviven a una ECM cuentan a sus congéneres cómo son la gloria y el infierno, consolidando así los patrones de conducta social y cultural que ellos tienen en su ideal. Efectivamente, como sucede en otros contextos culturales, las ECM no siempre muestran escenarios llenos de paz, felicidad y amor, sino también auténticos escenarios de horror y pesadilla.

Obviamente, no soy la primera persona que se ha dado cuenta de esta función social que las ECM pueden llegar a desempeñar en el seno de una sociedad, aunque sí me encuentro entre las pocas que lo han hecho, pues, al margen de los estudios del británico Allan Kellehear, no me he encontrado con otros investigadores que hayan ahondado en la materia. Kellehear, médico y sociólogo especializado en salud pública, realizó un breve estudio en el que examinaba las características de ese aparente reino del Más Allá, por llamarlo de alguna manera, que los supervivientes de una ECM describían para compararlas con ideas previas de una sociedad ideal. Lo más interesante de su estudio, bajo mi humilde opinión, fue la conclusión a la que llegó: «Las historias de los supervivientes de ECM sirven como narrativas inspiracionales que nos ayudan a reevaluar el mundo social y nuestro lugar en él. En ocasiones, también nos ayudan a integrar a veces paradigmas contradictorios procedentes de la religión, la política y la ciencia. De este modo, las historias de ECM pueden ser vistas como el último capítulo de esa larga búsqueda de mejores ideas sociales sobre convivencia armoniosa».

Independientemente del contexto cultural en el que cada persona vive e interpreta su ECM de acuerdo al sistema de creencias en el que haya sido socializada (crea en él o no), no podemos ignorar las noticias que los regresados nos traen de esa dimensión desconocida, ese hipotético Más Allá, ese estado de consciencia (ni siquiera sé cómo llamarlo, realmente no sabemos lo que es ni si realmente existe). Y las noticias que nos traen nos describen un «mundo», «una sociedad» y «una forma de ser y vivir» que inevitablemente comparamos con la que debería ser la nuestra (salvando las diferencias culturales), o por lo menos sentimos que debería ser la nuestra, en algún lugar de nuestro fuero interno.

Un buen día, Darío F. decidió sentarse frente al ordenador, entrar en la página de la NDERF, relatar su historia y someterse al cuestionario protocolario. Este soldado argentino tenía mucho que perder, y poco que ganar, contando lo que le había sucedido, pero algo en su interior le permitió encontrar las agallas necesarias para hacerlo público.

Darío participaba en una misión de escolta de un convoy de cinco camiones que iban cargados con residuos nucleares. Venían de la central nuclear Atucha 1, un complejo atómico argentino ubicado sobre la ribera derecha del río Paraná de las Palmas. Unos criminales los atacaron durante el trayecto. Darío salió del camión y disparó a dos de ellos. Murieron en el acto. Pero había más e iban bien armados, porque no tardó en sentir los impactos de proyectiles atravesándole el chaleco antibalas e impactando en diferentes lugares de su cuerpo, junto al corazón, la espalda, el bajo vientre y ambas piernas. Seguramente todos los soldados y miembros de las fuerzas de seguridad saben de antemano a qué se enfrentan y que, tarde o temprano, puede llegar el día en que te acribillen a balazos y no vivas para contarlo. Pero Darío F. sobrevivió a aquello, no sin antes tener dos ECM: una agradable y otra bastante desagradable que le sirvió de aviso. La primera ocurrió en la sala de operaciones. Darío salió de su cuerpo y se vio en la mesa de operaciones: «Empecé a flotar sobre mi cuerpo y vi como el cirujano trataba de operarme. Quise tocarle, pero solo conseguí atravesarle. Entonces me asusté, y justo en ese momento todo se volvió oscuro, y lo único que podía ver era una luz al final, así que me dirigí hacia ella. Al llegar vi un campo verde, con mucha vegetación, y un río con un puente hecho de oro y joyas, con escrituras de oraciones a Dios en todas las lenguas. Crucé el puente y vi a mi abuela y al veterano de la guerra de las Malvinas Ramón Barrios. También me encontré allí con familiares a los que no recordaba. Me dije a mí mismo: “Aquí me quedo”. Llegados a este punto, debo aclarar que soy un hombre casado y tengo una hija que en esos momentos tenía cuatro años. Entonces, oí una voz que me decía: “Todavía no ha llegado tu hora”. Me giré y vi a Cristo. No pude ver su cara, ya que brillaba muchísimo, pero reconocí sus manos gracias a los estigmas. Me agarró con gesto firme y me dijo con tono amable: “Debes volver”. Pude sentir dos manos sobre mis hombros y volví a mi cuerpo». Hasta aquí, todo bien. Lo malo vino con su segunda ECM. Tuvo lugar unas setenta y dos horas más tarde, cuando su corazón dejó de latir. De nuevo, pudo verse fuera del cuerpo y, seguidamente,

sintió que había alguien más con él en la habitación: «De repente apareció un ángel ataviado con ropas de combate, como un soldado, pero de color blanco, y medía unos cinco metros de alto. Le pregunté: “¿Quién eres?”. Y él me contestó: “¿Te importa? Soy Miguel, y debo llevarte a otro lugar”. Entonces, sentí como si me succionaran hacia abajo... Llegué a un lago de sangre y carne quemada. El olor a putrefacción era insoportable. A cada paso que dabas, se abría un agujero en el suelo del que emergían gusanos. Alcé la vista y vi a un hombre que estaba siendo violado por un demonio... y el demonio tenía cabeza de burro... A la derecha vi el ano de un gigante que estaba defecando demonios... A la izquierda vi que había gente bailando... Querían parar, pero los demonios no les dejaban descansar. Se dieron cuenta de mi presencia e intentaron atacarme, pero Miguel hizo el signo de la cruz y los demonios retrocedieron blasfemando contra Dios, el ángel y contra mí. Miguel me abrazó y me sacó de allí. Luego me dijo: “Tú eliges, esta es tu última oportunidad. Has visto el paraíso y el infierno. A partir de ahora, depende de ti”». Posteriormente, Darío volvió a su cuerpo y, afortunadamente, se recuperó de las heridas.

Darío volvía a estar en el mundo de los vivos, a salvo de la muerte, a salvo del infierno. Con el tiempo, se recuperó de todas sus heridas, es cierto, pero jamás logró olvidar aquellas visiones, aquella música angelical que había escuchado estando en lo que él denominó el cielo, y aquellos otros gritos y lamentos que poblaban lo que, según sus propias palabras, era el Hades o el infierno. Miguel, el ser que Darío identificó con un ángel, le había dado una especie de ultimátum, le había dicho que aquella era su última oportunidad. Nuestro soldado argentino jamás volvió a ser el mismo. Para empezar, durante su ECM tuvo la típica revisión panorámica de su vida, en la cual se dio cuenta de que no debía juzgar a la gente por sus apariencias o sus ideas, sino, al contrario, intentar ayudarles. Además, se transformó en un hombre distinto, alguien totalmente seguro de que el destino está escrito. Por otro lado, Darío no regresó a la vida exento de traumas, pues desde su viaje a los infiernos no puede soportar entrar a un lugar en el que se está cocinando carne. La gente de su alrededor fue la que más notó el cambio operado en él. Había pasado de ser una persona a la que no le importaba nada ni nadie a convertirse en alguien terriblemente preocupado por el bienestar de los demás. Otro punto resaltable es que, a partir de su ECM, ganó una habilidad extrasensorial, tal y como les ocurre a muchos otros supervivientes. En su caso, liberar a la gente de sus ligaduras terrenales

poniéndoles la mano en la frente. Y respecto al cielo y al infierno, solo había una cosa que tenía clara: «El cielo es la mejor parte. Pero el infierno... No se lo deseo ni a mi peor enemigo, ni siquiera al diablo».

La prueba...

No todas las ECM son positivas. Tanto las agradables como las desagradables transforman profundamente a los sujetos, pero aquellos que viven un episodio positivo suelen experimentar también cambios positivos en su vida, mientras que aquellos otros que viven un episodio desagradable o terrorífico suelen necesitar tratamiento psiquiátrico y pueden sufrir traumas psicológicos y emocionales a largo plazo.

La brutal ECM de Howard Storm

Hay pocos casos que me hayan llamado tanto la atención como el de Howard Storm, profesor de la Universidad de Kentucky, porque su ECM no solo fue negativa y terrorífica, sino terriblemente brutal y agresiva. Howard era un hombre desagradable, violento, malhumorado... No era lo que se dice buena persona, y la convivencia con él en familia era una auténtica pesadilla. Pero todo cambió el día en el que, durante un viaje a París, sufrió una peritonitis aguda que a punto estuvo de costarle la vida y a raíz de la cual tuvo una de las ECM más violentas de la historia.

¿Qué le pasó? Pues que nada más salir de su cuerpo y verse a sí mismo en la habitación, salió al pasillo y se encontró con unos tipos que lo llamaron por su nombre, aunque él no los conocía de nada. Le decían: «Howard, Howard, ven aquí». Él les preguntó quiénes eran. La respuesta tuvo un tono de amenaza: «Estamos aquí para encargarnos de ti. Vamos a curarte. Ven con nosotros». El profesor insistió en preguntarles quiénes eran. ¿Médicos? ¿Enfermeros? Pero aquella gente solo lo increpaba para que fuese con ellos, y por mucho que él les hacía más y más preguntas, aquellos tipos le respondían con evasivas y lo único que le decían era que se diera prisa. Finalmente, Howard los siguió. Recorrieron una distancia kilométrica, pero, aun así, podía mirar hacia atrás en cualquier momento y verse en la habitación del hospital, donde se encontraba su cuerpo inmóvil, su compañero de habitación y su esposa. Pensó que ya que no habían sido capaces de salvarle la vida, no perdía nada por irse con aquellas personas a las que estaba siguiendo.

Iban atravesando una niebla y, a medida que avanzaban, esta se

volvía más oscura y espesa. Los tipos a los que seguía también empezaron a cambiar: «Al principio parecían divertidos y felices, pero, al cabo de un rato de andar viajando, empezaron a volverse agresivos. Cuanto más preguntón y suspicaz me ponía yo, más antagonistas, rudos y agresivos se ponían ellos». Empezaron a hacer chistes y a burlarse de él. Las cosas se fueron poniendo cada vez más feas. Howard no quería seguir, pero le estaban forzando. Empezó a sospechar que, si conseguían salirse con la suya, le aguardaría un destino desagradable. Empezaron a gritarle y a insultarle. Al final, les dijo que no pensaba seguirlos más. Unos cuantos de aquellos tipos empezaron a empujarle. Howard se defendió apartándolos de sí. En un momento, con una oscuridad cada vez más envolvente, se dio cuenta de que habían crecido en número. Ya no era una bandada de treinta o cuarenta personas, sino una horda incontable. Sus esfuerzos por defenderse parecían divertirlos. No tardaron en tenerlo a su merced. Lo hincharon a patadas, puñetazos y mordiscos. Se lo estaban comiendo vivo, arrancándole trozos de carne, destripándolo y haciéndole pedazos. Fue horrible. Lo pasó fatal.

En un momento dado, sintió como si una voz dentro de él le incitara a rezar a Dios. Al principio se resistió ante la idea: era ateo y no sabía ninguna oración. La sensación fue de total desesperanza. Parecía encontrarse en una situación en la que, creyera o no, nadie podría ayudarle. «La voz volvió a decirme que le rezase a Dios. Era un dilema porque no sabía cómo hacerlo. La voz me lo dijo por tercera vez. Empecé a decir cosas como “Dios es mi pastor, nada temo”, “Dios bendiga América” y cualquier cosa que sonara religiosa. Aquella gente se puso histérica, como si les hubieran tirado aceite hirviendo encima. Empezaron a gritarme que parase, que Dios no existía, que nadie podía oírme. Y al mismo tiempo que me gritaban, iban retrocediendo y apartándose de mí, como si yo fuera veneno. A medida que retrocedían, se iban poniendo más rabiosos, maldiciéndome y diciéndome que yo no valía la pena y que era un cobarde. Entonces grité: “Oh, Padre, que estás en los cielos” y cosas así. Seguimos un rato así, hasta que me di cuenta de que se habían marchado. Estaba rodeado de oscuridad, y en la más absoluta soledad, soltando cosas de beato por mi boca, pero fue agradable ver como estas palabras pías tuvieron su efecto ante aquellos seres».

Allí se encontraba Howard, tirado, exhausto, hecho trizas, hundiéndose en la negrura. Entonces, pasó algo raro. Una voz dentro de él, su propia voz, empezó a recitar algo que le habían

enseñado en la guardería y que decía así: «Jesús me ama, sí, lo sé...». Se quedó repitiendo aquellas palabras porque, de repente, las creyó realmente. Invocó a Jesucristo; «Jesús, sálvame, por favor». Y poco a poco, fue viendo la luz, primero en forma de una pequeña estrella que se transformaba en una entidad luminosa. Lloró. Y de repente, entró en un nivel de conocimiento desconocido hasta entonces: «Sabía cosas, sabía un montón de cosas. Sabía qué era esa luz, sabía quién era yo. No sé cómo explicarlo, pero lo sabía. Me conocía mejor que nadie, más que mi madre y mi padre. La entidad luminosa que me abrazó también me conoció instantáneamente de forma íntima, y empezó a transmitirme un tremendo sentido de sabiduría. Sabía que ese ser conocía todo de mí y que iba a ser aceptado incondicionalmente. La luz me transmitió un amor que soy incapaz de expresar. Me amaba de una forma que yo jamás habría podido imaginar que existiera». El relato de Howard seguía explorando las bondades inimaginables de aquella luz hecha de amor, la cual no tuvo ningún problema en identificar con Jesucristo. Este ser de luz lo guio consigo y le hizo repasar los actos de su vida de una forma muy minuciosa. Después, tuvo la oportunidad de hablar con otros seres que saciaron su curiosidad sobre mil y un aspectos, entre otros, el futuro de los Estados Unidos, qué sucede después de la muerte: básicamente, aquellos cuya naturaleza es amorosa van al paraíso, mientras que quienes carecen de ella van a un mundo de oscuridad. Y tras ello, le dijeron que todavía estaba subdesarrollado y que, por tanto, debía volver a la tierra, a pesar de que Howard les pidió insistentemente quedarse allí con ellos. Ya estaba advertido. No le pedían mucho, ni siquiera le pedían que fuera perfecto. Sabían que había estado tratando a todo el mundo como si fuera basura, y aun así era un ser amado. Pero Howard tenía miedo de volver a la tierra, equivocarse y hacer las cosas mal, especialmente porque ya había probado los frutos del cielo... Y los del infierno. En definitiva, no quería correr ese riesgo. Prefería quedarse allí con aquellos seres. No se lo permitieron. Lo increparon una vez más para que volviese: debía cometer errores, aprender de ellos y pedir perdón. Al final, sin más argumentos, Howard tuvo que ceder.

Digamos que la vuelta del profesor al mundo fue como un renacimiento para él. Podía sentir las emociones de los demás con más intensidad que las suyas propias. Sentía deseos de abrazar a todo el mundo y, prácticamente, se fue directo a la iglesia. Hoy, Howard Storm no solo es un hombre que pasó de ser ateo a convertirse en un piadoso cristiano y a cambiar totalmente de

actitud respecto a sí mismo y a los demás, sino que incluso se hizo reverendo. Parece que la brutal paliza que recibió en el inframundo fue un reflejo fiel del estado de ánimo en el que había vivido durante los últimos años, lleno de ira, con accesos coléricos, maltratando a todo el mundo. Probar el caldo de su propia medicina no le sentó tan mal, después de todo, especialmente tras ver, en aquel mundo de seres de luz, que otra forma de sentir y vivir era posible.

Podemos pensar que el relato del reverendo Storm no es más que un puñado de basura como la que muchos telepredicadores venden en sus espectáculos de milagros. Su ECM no está exenta de la imaginería religiosa y cultural tan propia de este tipo de episodios, que a veces casi nos parecen auténticos delirios de la fantasía, pero lo cierto es que el fenómeno marcó un antes y un después en su vida, y no deja de ser uno de los ejemplos más ilustrativos de ECM negativas, a pesar de que también hubo una fase final positiva y agradable.

El horror de la nada: Nancy Evans Bush

Algunos relatos desagradables de ECM pueden dar la impresión de que este tipo de experiencias negativas son vividas únicamente por personas que han hecho «algo mal», o que no son buena gente. Nada más lejos de la realidad. Nancy Evans Bush era una joven madre, cristiana y voluntariosa, que estaba dando a luz cuando tuvo la ECM que marcaría un antes y un después en su vida, porque la sensación durante aquella fue tan desoladora como deprimente. Nancy no había sido una persona problemática, ni con mal carácter, ni le había hecho mal a nadie en la vida para merecer aquello. No vio una de esas luces tan brillantes y amorosas, ni se sintió inundada por un sentimiento inconmensurable de felicidad. Todo lo contrario. Su sensación fue de enorme vacío. Vio un grupo de círculos que le parecieron maliciosos. Sabían algo que Nancy no sabía. Ella era la extraña allí. En ningún momento pensó que se encontraba en el infierno ni nada parecido, ni siquiera se le ocurrió pensar que estaba muerta, pero sí pensó que aquel era el lugar al que iría cuando muriese.

Lo más duro de aquella experiencia fue, sin duda alguna, el mensaje que recibió ella: «Me dijeron que no existía. Que jamás había existido. Que era un chiste. Que toda mi vida era un chiste; que la vida de mi bebé era un chiste. Tenía otra hija de diecisiete meses; ella tampoco existía. Mi madre no existía. Las colinas, los

árboles, los petirrojos, la tierra... no existían. Y yo sentía que estaba totalmente claro, que aquello era cierto. Es difícil de explicar... ¿Habría servido de algo discutir? Lo que me estaban diciendo era absolutamente cierto». Imagínense que les dicen a ustedes que no existen y su vida no es más que un burdo chiste. Y, lo peor de todo, imagínense que ustedes «saben» y «sienten» que es absolutamente cierto al oírlo. De ahí la desolación de Nancy, una joven que provenía de un entorno cristiano, convencida del amor de Dios y de Jesucristo. Estamos hablando de una mujer amable, creyente y con un buen concepto de sí misma, que definitivamente se encontró en el «otro lado» con todo lo contrario a lo que ella esperaba que se habría merecido en esas circunstancias: «Muchas personas que tienen ECM poco placenteras son pecadores, tienen sentimientos de culpa, eran hostiles, negaban a Dios, negaban el amor, suicidas, todo eso... Yo no encajaba en ninguno de esos patrones. No es que fuera perfecta, pero, por todos los cielos [...], no había nada en mi pasado que pudiera explicar esta experiencia».

Nancy tardó en poder hablar de aquello. De hecho, no sabía de nadie a quien le hubiera ocurrido algo similar, hasta que, un día, un amigo le trajo un libro en el que reconoció los círculos que había visto durante su ECM. Se trataba del símbolo del yin y el yang. Al parecer, jamás hasta entonces lo había visto en otro lugar ni sabía lo que era. Y empezó a preguntarse por qué, si nunca había tenido noticia de él, lo había visto durante su ECM. ¿Qué hacía un símbolo chino en la ECM de una cristiana congregacionalista que nunca había tenido relación con el taoísmo, la Nueva Era ni nada similar? Aquella pregunta volvió su vida del revés, dándole, a su vez, un propósito: estudiar las ECM, especialmente las negativas, y tratar de averiguar más sobre el fenómeno. Lo que Nancy intentaba encontrar era una explicación a aquel misterio. Como ella misma dijo en uno de los boletines de la IANDS, durante una entrevista, tal vez la gente debería hacerse otras preguntas con relación a las ECM: «El horizonte es mucho más amplio, más del que vemos. Nos detenemos demasiado en el nivel literal, la parte sensacionalista, pensando que la experiencia en sí es todo lo que hay, o que es bastante. Desearía que la gente se preguntara más sobre adónde nos conducen estas experiencias, tanto las bellas como las difíciles, en lugar de quedarse únicamente con que todo es maravilloso y existe una vida después de la muerte. ¿Qué significan estas visiones de dicha y abismo? ¿Por qué se producen este tipo de imágenes a lo largo de los siglos? ¿Qué están tratando de decirnos todas estas impresionantes experiencias espirituales sobre ser, sobre nosotros,

sobre la naturaleza del universo y la forma en la que funciona? ¿Qué se supone que debemos hacer con la información?»).

¿Corremos peligro en el Más Allá al morir?

Recuerdo una ocasión en la que una buena amiga mía me confesó que uno de sus compañeros de trabajo había tenido una ECM tan horrible, infernal y desagradable que a duras penas había podido hablar de ella. De hecho, a mi amiga solo se lo había comentado por encima, sin querer entrar en muchos detalles. Las circunstancias que la propiciaron tampoco debieron ser agradables. Llegué a conocer a ese chico, pero no conseguí que me contara su experiencia. Lo dejé estar. ¿Por qué no me la habría querido contar? ¿Tan duro era para él hablar de ello? Sabía que había personas que tenían esta clase de ECM, pero nunca habían llamado mucho mi atención, y poco a poco fui descubriendo por qué este tipo de episodios negativos, a pesar de ser aparentemente tan frecuentes como los positivos, suelen pasar desapercibidos. En primer lugar, la falta de visibilidad se debe, principalmente, a que los propios sujetos en sí rehúsan hablar del tema, y lo último que les apetece es divulgarlo. En segundo lugar, a nadie le apetece oír que la muerte puede ser un lugar horrible, seamos sinceros.

Hoy en día no tenemos ni idea de por qué algunas personas tienen ECM positivas mientras que las de otras son negativas. Dentro de estas últimas, las hay que solo son desagradables y otras que resultan absolutamente aterradoras.

En 1978, el cardiólogo estadounidense Maurice Rawlings (1922-2010) logró recoger muchísimos testimonios de ECM realmente infernales. Con el tiempo, llegó a escribir media docena de libros sobre el tema y, como se podrán ustedes imaginar, consiguió reunir una gran colección de casos. Uno de los que más me llamó la atención fue el de un paciente llamado Charles McKaig. Rawlings le estaba practicando una reanimación cardiopulmonar (RCP), y McKaig recobró la consciencia por unos momentos. Su mueca de pánico era tan profunda que el médico le preguntó qué le pasaba. El paciente, que había tenido una ECM, le respondió que había estado en el infierno y le suplicó ayuda. McKaig le replicó: «Guárdate el infierno para ti, yo soy médico y estoy intentando salvarte la vida; lo que tú buscas es un cura». McKaig volvió a desvanecerse, y Rawlings tuvo que concentrarse a fondo en la RCP para traerlo de vuelta. McKaig perdía la consciencia por momentos, y cada vez que la recuperaba, le suplicaba lo mismo a su médico:

«Por favor, ayúdeme; ayúdeme, por favor; no quiero volver al infierno». Lo estaba pasando realmente mal, y Pam, una enfermera que en esos momentos se encontraba presente, increpó a Rawlings: «Necesita ayuda, ¡haga algo!». Entonces, Rawlings le dijo a McKaig que repitiera una oración que decía así: «Creo que Jesús es el Hijo de Dios. Jesús, salva mi alma, mantenme vivo. Si muero, por favor, no me dejes ir al infierno». McKaig lo hizo, y a partir de ese momento, cuando volvió a dejarse ir y perder la consciencia, su ECM negativa se transformó en una ECM positiva, agradable y placentera. Vio a algunos familiares fallecidos y se sintió envuelto en todo momento por el Espíritu Santo. Lo que sucedió cuando este paciente, del que sabemos que era un ateo recalcitrante, regresó a la vida fue que se convirtió al cristianismo. Rawlings, quien por aquellos años también era un escéptico sin remedio, se sintió asimismo transformado y abrazó la fe cristiana con ardor. Tuvo claro que la sensibilidad a la hora de tratar a los pacientes, sobre todo a los moribundos, era clave para posibilitarles un tránsito fácil hacia el Más Allá.

En 1979 el investigador Charles A. Garfield, profesor en la Escuela de Medicina de California en San Francisco, estudió a un grupo de doscientos quince pacientes enfermos de cáncer terminal y se encontró con que un veintidós por ciento tuvo una ECM. Los dividió en cuatro grupos: uno compuesto por aquellos que habían tenido experiencias agradables; un segundo, por personas que las habían tenido horribles, con figuras infernales y de pesadilla; un tercero en el que las ECM eran mixtas; y un cuarto en el que la sensación percibida fue la de sentirse en un vacío o túnel, o en ambas cosas a la vez, bastante helado. La cuestión es que, en comparación, el porcentaje de los que se habían sentido bendecidos por la luz era prácticamente el mismo que el de los que se habían sentido horrorizados o, simplemente, solos y/o asustados. No es una tasa muy esperanzadora.

Cualquiera de nosotros podría tener una ECM negativa. Tenemos tantas posibilidades de sufrir una experiencia negativa como de disfrutar de una positiva. Sucede prácticamente lo mismo cuando consumimos sustancias alucinógenas. La ingesta nos puede llevar a tener un «mal viaje» o bien sumergirnos en un universo maravilloso, o en una mezcla de ambos. En ocasiones, con la dirección apropiada, podemos controlar qué tipo de experiencia vamos a tener. ¿Significa esto que las ECM no son más que alucinaciones? Es una pregunta que no he dejado de hacerme durante todos estos años, pero, si alucinar te da la posibilidad de hablar con tus seres

fallecidos, recuperarte asombrosamente de enfermedades, adquirir conocimientos privilegiados, saber qué va a pasar en el futuro, desarrollar poderes psíquicos, conocer secretos que hasta entonces desconocías y hacer viajes fuera del cuerpo..., ¡droguémonos entonces! Aprendamos a entrenar nuestra mente para inducir experiencias positivas y viajes a lugares maravillosos, tengamos experiencias inolvidables, hablemos con las personas que ya no están entre nosotros y que más echamos de menos, hablemos con los alienígenas, vivamos experiencias místicas... Sin embargo, no conozco a nadie que haya recibido ningún tipo de don ni regalo extrasensorial relacionado con la ingesta de alucinógenos, o, por lo menos, no es un aspecto que haya llamado la atención de los científicos, pues no existe ningún estudio en el que podamos observar los efectos secundarios que las ECM dejan en muchos de los supervivientes. Por ejemplo, algunas personas que han vivido una ECM, tal y como me decía la investigadora Penny Sartori, tienen que dejar de usar reloj porque, cuando se lo ponen, este deja de funcionar. ¿Le pasa eso a una persona que se ha drogado, una vez se recupera de la alucinación? Tenemos casos de personas que durante una ECM se han enterado de acontecimientos precisos y con todo lujo de detalles del futuro, que es imposible que supieran y que no pueden achacarse al azar. ¿Tenemos relatos similares a raíz del uso de alucinógenos? ¿Y de viajes fuera del cuerpo verificables? ¿Y de encuentros con familiares o seres fallecidos que ni el sujeto sabía que existían y posteriormente descubre quiénes fueron y que realmente existieron? ¿Y de mediumnidad espontánea con efecto de recado? Podría seguir alargando la lista de preguntas, con todas las singularidades inexplicables que envuelven el fenómeno de las ECM y que no están presentes en los casos de uso e ingesta de alucinógenos.

Ahora bien, que yo desconozca estos supuestos no quiere decir que no existan. Un estudio orientado a hacer un seguimiento controlado de los efectos secundarios que la ingesta de alucinógenos puede tener en los sujetos quizá podría ayudarnos a aportar un poco más de luz a la materia y a perfilar de forma más profunda las semejanzas y diferencias entre ambos casos, si es que las hay. En cualquier caso, de existir un Más Allá, la ECM podría no ser más que una primera fase, una especie de antesala, y en ningún caso el Más Allá en sí. Me da la impresión, sin embargo, de que uno vive la muerte de la misma manera que vive la vida, y que el cielo y el infierno, por expresarlo de alguna manera, están dentro de nuestro más profundo ser interior, ese al que no solemos prestar mucha

atención.

Interés sociológico de las ECM de gays y lesbianas

Las ECM entre el colectivo de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales también han pasado por la lupa de los investigadores interesados en los estudios de estas experiencias desde el punto de vista demográfico y sociológico. Resulta relevante observar como los relatos de personas homosexuales se reafirman en la idea de que, en el supuesto Más Allá, todos somos amados de forma incondicional, seamos homosexuales o heterosexuales, y que la orientación sexual es un factor que no importa ni se tiene en cuenta a la hora de repasar los actos y consecuencias de tu vida, al contrario de lo que ocurre con otros comportamientos, como la mentira o la falta de altruismo, por ejemplo. La doctora Liz Dale, de California, es una de las personas que más atención ha prestado a las historias de ECM narradas por la comunidad LGBT. En la actualidad, Dale está enfrascada en la tarea de reunir testimonios con el fin de examinar las posibles semejanzas y diferencias existentes entre los efectos secundarios experimentados tras una ECM por los regresados pertenecientes a esa comunidad y el resto.

BUSCAR EVIDENCIAS DE LA VIDA DESPUÉS DE LA VIDA

Los estudios clínicos de las ECM se han limitado, básicamente, al análisis de las EFC, una de sus primeras fases y la más frecuente. La naturaleza de las EFC, tal y como sucede con las ECM, es polémica y genera muchísima discusión. Los científicos tratan de atrapar estos fenómenos en el laboratorio. El reto es deslumbrante y no apto para todos los públicos. ¿Hasta dónde hemos avanzado?

Gracias al desarrollo de la tecnología, los neurocientíficos pueden observar hoy en día qué áreas del cerebro se encuentran implicadas en según qué cosas. Se han llevado a cabo estudios con el fin de descubrir, por ejemplo, qué mecanismos se activan en nuestro cerebro cuando meditamos o qué efectos tiene la meditación en nuestro organismo y nuestro bienestar físico y mental. Recientemente, los científicos canadienses Andra Smith y Claude Messier, del Departamento de Psicología de la Universidad de Ottawa, sometieron a una serie de pruebas a una persona que era capaz de vivir experiencias extracorpóreas a voluntad. Durante estos episodios, la imagen de resonancia magnética mostraba una «fuerte desactivación de la corteza visual» y la «activación de la parte izquierda de varias áreas relacionadas con la imaginación cinestésica». Estos científicos estaban convencidos de que este tipo de experiencias corporales eran alucinaciones provocadas por algún tipo de mecanismo neurológico.

Investigaciones clínicas

Charles Tart, profesor emérito de Psicología de la Universidad de California, pasó gran parte de su vida tratando de averiguar qué era la consciencia (una misión, hasta hoy, prácticamente imposible) y en qué consistían, básicamente, los estados alterados de consciencia. De hecho, fue uno de los padres del movimiento de la psicología transpersonal. En 1968 dirigió un experimento relativo a las EFC. El sujeto al que sometió a estudio fue una señora, conocida con el nombre en clave de Miss Z. Al parecer, esta mujer era capaz de salir de su cuerpo fácilmente. La tuvieron cuatro noches en una unidad del sueño. Cada noche, la conectaban a una máquina de encefalograma (en aquellos años, estos medios tecnológicos para medir la actividad cerebral eran los más avanzados que existían). Los investigadores habían dejado una tarjeta con código impreso de cinco dígitos sobre una estantería que había encima de la cabecera de su cama. Durante las primeras tres noches no pudo dar el código, pero, en la cuarta, dijo el código correcto. Sin embargo, este experimento, a pesar de ser pionero, no logró muchos aplausos, porque Tart confesó que había dormitado en algún momento durante la observación, y obviamente fueron muchos los que

pensaron que Miss Z aprovechó aquellos instantes para levantarse y mirar el código, no precisamente con el alma, sino con su propio cuerpo físico. Podría ser, aunque ¿qué interés podría tener una mujer por aparentar algo que no es, especialmente cuando sabemos que no buscó repercusión pública y guardó su anonimato en todo momento? De hecho, incluso hoy, no sabemos cuál era su verdadera identidad. La bibliografía a favor o en contra de aquel experimento fue extensa. Seguramente Tart cometió errores, y quizá tendría que haber repetido el experimento para garantizar mayores medidas de control, pero jamás llegó a hacerlo, entre otras cosas, según dijo en su día, porque Miss Z se había mudado a vivir a otro sitio y, por lo visto, no era sencillo encontrar a una persona con tanta facilidad para experimentar una EFC a voluntad.

A pesar de lo rudimentario y básico que pueda parecernos el experimento llevado a cabo por Tart en la década de 1960, su estudio abrió la puerta a un gran campo de investigación. En la actualidad, son varios los científicos que siguen recurriendo a la argucia de poner unas imágenes, letreros o mensajes en el techo de las habitaciones de los hospitales, concretamente en las unidades de reanimación cardíaca, para tratar de averiguar si es cierto que cuando una persona tiene una ECM (si se da el caso) y experimenta una EFC (de tenerla) es capaz de salir de su cuerpo y verse a sí mismo en una primera fase, así como de observar su entorno con todo lujo de detalles.

Los estadounidenses Janice Holden y Leroy Joesten llevaron a cabo otra investigación, muy en la línea de Tart, en el Hospital General Luterano de Park Ridge, Illinois, pero, a diferencia del anterior, estos médicos sí llevaron a cabo el experimento bajo condiciones controladas. Lo que hicieron fue colocar unas tarjetitas con imágenes en diferentes lugares del centro hospitalario, concretamente en las salas de emergencias, reanimación, cuidados intensivos y similares. La lógica era tan aplastante y sencilla como la de Tart: si una persona tiene una ECM asociada a una EFC, será capaz de identificar correctamente el contenido visual de dichas tarjetas. Desafortunadamente, durante los doce meses que duró este proyecto de investigación, solo un paciente tuvo paro cardíaco, y era un inmigrante armenio que apenas sabía comunicarse en inglés con los experimentadores. A pesar de que Holden y Joesten creían firmemente en la explicación «espiritual» de las ECM, no pudieron demostrarla con aquel experimento, pero aprendieron mucho de las dificultades y limitaciones con las que futuros investigadores habrían de lidiar si querían seguir su ejemplo.

En 1994 la siguiente en intentarlo fue Madelaine Lawrence, directora de Enfermería del Hospital Hartford de Connecticut. Lawrence puso un panel de leds encima de un armario situado en el laboratorio de electrofisiología. Nadie podía verlo, a no ser que se subiera a una escalera. Este panel emitía unas frases sin sentido que iban cambiando al azar. La idea era que, si algún paciente se quedaba inconsciente durante los estudios de electrofisiología, podrían preguntarle si tuvo una EFC y pedirle que la describiera. Cuando el estudio acabó, solo tres personas habían tenido una EFC, pero ninguna de ellas se desplazó tan alto como para ver el panel.

Tres años después, en 1997, se trató de hacer algo parecido en las unidades de Urgencias y Coronaria del Hospital General de Southampton, en Inglaterra. El estudio se prolongó durante doce meses. El método era prácticamente idéntico: colocar unos tableros con figuras a la altura del techo en lugares que no eran visibles desde el suelo o la cama de hospital. De los sesenta y tres pacientes que sobrevivieron al paro cardíaco, solo siete afirmaron estar conscientes cuando perdieron la consciencia (salvando la paradoja); cuatro de ellos dijeron haber experimentado una ECM, pero ninguno refirió haber sufrido una EFC. Insisto en que no todos los que padecen una ECM pasan por todos los estadios comúnmente asociados a ella, como la visión del túnel o una experiencia extracorpórea.

En 1998, Penny Sartori se propuso llevar a cabo el mismo experimento, esta vez en el Hospital Morrison de Swansea, Gales. Colocó algunas tarjetas sobre los equipos médicos de la sala de reanimación del centro hospitalario. Es obvio que, como en anteriores casos, estas tarjetas no eran visibles a no ser que uno se subiera a una escalera, pero si una persona era capaz de salir fuera del cuerpo durante una ECM, tendría que poder verlas. El estudio duró cinco años, durante los cuales únicamente ocho individuos tuvieron una ECM asociada con EFC, pero ninguno de ellos vio las tarjetas, o, al menos, parece que no se fijaron en ellas. Tal vez estaban más interesados en saber qué les estaba sucediendo que en dar cuenta de todos y cada uno de los detalles de la habitación. No es tan raro. Si yo les pidiera que recordasen cómo era la última habitación de hotel en la que se alojaron, ¿recordarían cada detalle? Lo que quiero decir es muy sencillo: mi madre se dio cuenta de que había puesto unas plantas en la entrada de mi casa después de venir a verme una docena de veces.

Vayamos ahora con Pim van Lommel. Me puse en contacto con él en 2011 (por aquel entonces, su libro *Consciousness beyond life*,

publicado cuatro años antes, ni siquiera se había traducido al español, aunque lo sería poco después con el título *Consciencia más allá de la vida*). Van Lommel es un hombre bastante poco dado a contestar preguntas porque, básicamente, todas las respuestas que yo buscaba, según me contó, ya estaban escritas en su libro. Tuvo la amabilidad, asimismo, de indicarme dónde podía leer los artículos que había escrito sobre el tema y me dijo que, si después de leer todo aquello todavía quería hacerle algunas preguntas, no dudara en escribirle de nuevo. Me pareció justo, y la verdad es que, cuando acabé de leer su libro y sus artículos, ya no me quedó nada que preguntarle. Estaba todo bastante claro. Lommel es cardiólogo, pero su principal área de investigación siempre han sido las ECM. Lleva más de veinte años investigando este fenómeno. La primera vez que sacudió a la comunidad científica donde más le dolía fue en el año 2001, cuando consiguió publicar un artículo sobre las ECM en la revista médica más prestigiosa del mundo: *The Lancet*. Tras exponer los detalles de su investigación, no sin mencionar que las ECM inducidas o provocadas por ingestión de sustancias químicas difieren notablemente de las experimentadas en el umbral de la muerte, concluía con la siguiente reflexión: «A falta de evidencias para otras teorías de ECM, el concepto hasta ahora supuesto, pero nunca probado, de que la consciencia y los recuerdos se localizan en el cerebro debe ser discutido. ¿Cómo podría experimentar alguien fuera de su cuerpo una consciencia lúcida en algún momento de una situación crítica, tal como la muerte clínica con encefalograma plano, en la que el cerebro ya no funciona? Y es que en un paro cardíaco, el encefalograma normalmente se vuelve plano, en la mayoría de los casos aproximadamente dentro de los diez segundos posteriores al comienzo del síncope. Además, ha habido una mayoría que ha descrito percepciones verídicas durante la EFC en el momento de esta experiencia. Las ECM se sitúan en los límites de las nociones médicas sobre el alcance de la consciencia humana y la relación mente-cerebro. Otra teoría sostiene que las ECM pudieran ser un estado cambiante de la consciencia (trascendencia) en el que la identidad, la cognición y la emoción funcionan independientemente del cuerpo inconsciente y mantienen la capacidad de percepción no sensorial».

Creo que no hace falta que les diga que estas declaraciones fueron explosivas, y no es porque no se hubiera sugerido antes que las ECM pudieran apuntar al hecho de que la consciencia estaba más allá del cerebro, de la vida y de la muerte, poniendo en duda seriamente que se tratara de un producto del cerebro, sino porque

lo había dicho un cardiólogo muy osado en *The Lancet*, la revista médica más importante y prestigiosa del mundo. Han pasado ya unos cuantos años desde aquello, pero Lommel sigue empeñado en encontrar evidencias que demuestren que el fenómeno ECM y EFC es real y no una alucinación.

El último en intentar averiguar si las ECM son reales a base de intentar «cazar» EFC verificables ha sido Sam Parnia. Como ven, algunos científicos no se dan por vencidos, pero es que el camino de los avances científicos está preñado de fracasos y, solo tras transitar muchas veces por ese sendero, se puede llegar a algún lugar. Parnia es profesor de Medicina de Cuidados Intensivos en la Universidad Estatal de Nueva York. Allí dirige, desde el año 2007, el proyecto de investigación AWARE («resurrección», aunque, en realidad, corresponde a las siglas de su nombre en inglés, *AWAreness during REsuscitation*, es decir, «consciencia durante la resurrección»). Se trata de uno de los más ambiciosos hasta la fecha, porque se desarrolla simultáneamente en veinticinco hospitales repartidos a lo largo y ancho del Reino Unido, Estados Unidos y Europa, aunque el método no es muy innovador: sigue recurriendo al procedimiento de colocar fotografías que únicamente son visibles desde el techo. Es cierto que Parnia ha logrado cosechar una gran expectación mediática alrededor de esta investigación y de su persona, pues no deja de aparecer en medios de comunicación, participar en programas de televisión, publicar éxitos editoriales, etcétera. Ha sabido hacer de las ECM un buen negocio, contribuyendo con ello a la divulgación, y sin duda alguna incentivando el interés tanto del mundo académico como del público en general, pero sigue ofuscado en buscar la evidencia usando el mismo método que sus antecesores, y tal vez sea hora de apostar por otros recursos más innovadores. Debo decir que, aunque sigo los avances del proyecto en su página web y leo los informes que publican periódicamente, hasta el momento, si bien han conseguido identificar a varias personas que han sufrido una ECM o EFC, ninguna de ellas mencionó jamás las dichas tarjetitas, así que tal vez sea hora de probar de otro modo que esas experiencias no obedecen a alucinaciones ni invenciones oníricas. En este sentido, los estudios llevados a cabo con personas ciegas de nacimiento han sido los más reveladores, y a pesar de que nunca han sido abundantes (podríamos contarlos con los dedos de una mano), sí parecen prometedores.

Independientemente de que los experimentos con EFC no hayan arrojado mucha luz en torno a la discusión de si son verídicas o no,

a causa de las limitaciones de los procedimientos que se han usado, es importante decir que existen casos verificables de EFC asociadas con ECM, y de ECM en sí mismos, aunque siempre son aislados y espontáneos. Los investigadores se encuentran con ellos por azar, cuando lo que quisieran es cazarlos en el laboratorio o en el transcurso de un experimento, pero eso, de momento, no ha sido posible debido a la propia naturaleza de las ECM. Por mi parte, a lo largo de este libro les he hecho cómplices de muchos de esos casos verificables.

“

El zapato rojo sobre el tejado

Kenneth Ring y Madelaine Lawrence describieron un caso en el que un paciente que estaba en paro cardíaco tuvo una presunta EFC y, al recobrar la consciencia, dijo que había visto un zapato rojo en una esquina del tejado del hospital. La enfermera, a medio camino entre la sorpresa y la curiosidad, informó a un médico residente. Este subió al tejado para comprobar si aquello podía ser cierto. Al cabo de un rato, volvió con un zapato rojo.

”

“

El caso perfecto de Pam Reynolds

Pam Reynolds sufrió en 1995 lo que los expertos llamaron «la ECM perfecta», pues prácticamente todas sus funciones estaban monitorizadas en el momento de producirse. Tenía treinta y cinco años de edad y padecía un gigantesco aneurisma en la base del cerebro que debía ser operado. Durante la intervención, en el Instituto Neurológico Barrow, los médicos le provocaron un paro cardíaco, la conectaron a un sistema de circulación extracorpórea y le bajaron la temperatura del cuerpo a 15 °C. Es decir, su cerebro no presentaba ninguna actividad (encefalograma plano). Tenía los ojos cerrados y le pusieron unos auriculares-tapones en los oídos que emitían unos sonidos mediante los cuales el equipo médico detectaría cualquier actividad cerebral, precisamente para asegurarse de que estaban trabajando sobre un encefalograma plano antes de proceder con la operación. La operación fue larga pero exitosa. Al recobrar la consciencia, Reynolds relató su ECM y todo lo que había visto y oído durante la primera fase, la EFC. Fue capaz de describir con precisión todo lo que había pasado durante la operación, identificar instrumental quirúrgico, reproducir las conversaciones que habían tenido los médicos. ¿Cómo podía haber visto y oído todo aquello con un encefalograma plano, los ojos cerrados y sin capacidad de oír debido a que los auriculares eran también tapones que la privaban del sonido externo?

”

Las nueve líneas de evidencias de Jeffrey Long

Hace unos años que me escribo regularmente con el oncólogo

estadounidense Jeffrey Long, de Luisiana. Long se encuentra, junto a su esposa, al frente de la NDERF, que actualmente alberga una de las bases de datos de testimonios más vastas del planeta. Long lleva varios años investigando el fenómeno de las ECM. Lo he entrevistado en alguna que otra ocasión. Recuerdo que la primera vez que lo hice fue para preguntarle directamente cuáles eran las evidencias que probaban la existencia de las ECM, si es que había tales pruebas. Aquellas evidencias no solo existían, sino que, además, Long las tenía muy estudiadas y clasificadas. Me dijo que, personalmente, estaba convencido de que las ECM eran experiencias que tenían que ver con la vida después de la vida, y resumió las nueve líneas de evidencia que él había logrado sintetizar durante sus años de investigación apoyando la teoría de la supervivencia de la consciencia después de la muerte.

“

Las nueve líneas de evidencia que afirman la autenticidad de las ECM y su mensaje del Más Allá (según J. Long)

- 1) **Elevado nivel de consciencia.** El nivel de consciencia y alerta durante una ECM es mayor que el que experimentamos en nuestro día a día, y eso teniendo en cuenta que la ECM sucede cuando una persona está inconsciente o clínicamente muerta. Este elevado nivel de consciencia mientras uno está físicamente muerto es médicamente inexplicable. Adicionalmente, los elementos de las ECM siguen un consistente orden lógico en todos los grupos de edad y en todos los lugares del mundo, lo cual vendría a decir que las ECM no tienen ninguna relación con los sueños o las alucinaciones.
- 2) **Experiencias reales fuera del cuerpo.** La EFC es uno de los elementos más comunes de una ECM. Lo que se ve en ese momento puede ser confirmado posteriormente y con total precisión. Esto elimina la posibilidad de que sean producidas por alguna función cerebral desconocida. También refuta la posibilidad de que las ECM sean fragmentos irreales de memoria del cerebro.
- 3) **Sentidos potenciados.** Los sujetos describen una gran capacidad de sus sentidos de percepción, tales como la visión normal o la supervisión en sujetos físicamente incapacitados para ver, o que son totalmente ciegos. Sabemos que hay personas ciegas de nacimiento que han tenido ECM de gran contenido visual. Esto es médicamente inexplicable.
- 4) **Consciencia durante la anestesia.** Muchas ECM ocurren bajo anestesia general, en un momento en el que cualquier experiencia consciente debería ser imposible. Por otro lado, el contenido de una ECM ocurrida bajo anestesia general es esencialmente idéntico al de una ECM ocurrida en otros contextos diferentes al de la anestesia general. Esto es una buena prueba de que las ECM no tienen nada que ver con el funcionamiento del sistema cerebral físico.
- 5) **Recuerdos vívidos.** Las revisiones de vida en las ECM incluyen sucesos reales que tuvieron lugar en el pasado de las vidas de los sujetos, incluso cuando esos hechos se habían olvidado completamente o sucedieron antes de que aquellos tuvieran edad suficiente como para grabar esos recuerdos en su memoria.
- 6) **Reuniones familiares.** Durante las ECM se producen encuentros con gente que siempre está virtualmente muerta, y que suelen ser familiares de la persona, algunos de los cuales murieron antes de que naciera. Si las ECM fueran producto de

nuestros fragmentos de memoria, lo lógico sería que los sujetos se encontrasen con personas vivas, incluidas aquellas con las que más han interactuado recientemente.

- 7) **Experiencias en niños.** Las ECM de los niños, incluidas las de los más pequeños, es decir, aquellos tan jóvenes que no han tenido tiempo de desarrollar conceptos sobre la muerte, la religión o las ECM, son esencialmente idénticas a las de los adultos. Esto refuta la posibilidad de que las ECM sean producto de un condicionamiento cultural.
- 8) **Consistencia planetaria.** Las ECM se dan en todo el mundo, en todas las culturas y en todas las religiones. Los relatos de sujetos de países occidentales guardan increíbles semejanzas con los de personas de países no occidentales.
- 9) **Efectos secundarios.** Es común que los protagonistas de las ECM sufran cambios de gran calibre en sus vidas después de la experiencia. Estos efectos suelen ser intensos y duraderos, mejoran la vida de las personas, presentan el mismo patrón y vienen dados por la seguridad del sujeto de que su ECM ha sido real.

”

Durante la muerte clínica sí hay actividad cerebral... ¡y mucha!

Jimo Borjigin, experta en fisiología y neurología de la Universidad de Michigan, buscó otros cauces para estudiar las ECM. Realizó algunos experimentos con animales, unos pobres ratoncitos, y en 2013 contó al mundo qué les había hecho con el fin de averiguar lo que ocurría en un cerebro en estado neurofisiológico agonizante. Aunque parezca mentira, se trataba del primer estudio que indagaba en estas cuestiones. Lo que Borjigin observó es que, después de la muerte clínica, cuando el corazón deja de latir y la sangre deja de fluir al cerebro, los ratones exhibían patrones de actividad cerebral característicos de la percepción consciente. Borjigin declaró que su investigación podía ser la base para futuros estudios similares en humanos que investiguen las experiencias mentales que ocurren en el cerebro cuando está muriendo, incluida la visión de la luz que relatan los pacientes con ECM. Tengo que confesar que su estudio me llamó la atención, aunque me hubiera parecido más interesante de haberse llevado a cabo en humanos, y concretamente en el momento de experimentar una ECM. Aun así, me pareció un punto de partida interesante. Me puse en contacto con ella, dispuesta a hacer de abogado del diablo. La principal tesis de Borjigin descansaba en la teoría de la hiperactividad cerebral. Según ella, lejos de lo que muchos pensaban, el cerebro acusaba un índice de hiperactividad en las ratas que sufrían un infarto de miocardio, generando conexiones entre diferentes áreas y una gran excitación neuronal. Esto le hizo pensar que el cerebro de los mamíferos tenía un potencial para procesar elevados niveles de información interna durante la muerte clínica incluso mayores que los que se dan en un estado de vigilia, cosa que, según Borjigin,

evidenciaba la fuerza del procesamiento cognitivo en un estado cercano a la muerte. Estaba convencida de que sus descubrimientos eran una hoja de ruta para comenzar a explicar las ECM y por qué algunas personas veían una luz.

Con todo esto sobre la mesa, le envié un correo electrónico a Borjigin, y me presenté debidamente, diciéndole que su estudio me había parecido muy interesante. Como yo había entrevistado e investigado muy a fondo a personas que durante el momento de su ECM no acusaban actividad cerebral, ni mucho menos hiperactividad, le pregunté qué explicación podía darle. Recuerdo que, en concreto, le puse el ejemplo del doctor Eben Alexander, un neurocirujano que sufrió una ECM durante la cual se habían interrumpido sus sinapsis cerebrales. Y lo sabía, porque los médicos lo tuvieron monitorizado todo ese tiempo. Alexander había llegado a la conclusión de que su caso constituía una evidencia inédita e innegable de que la consciencia existía más allá del cuerpo. Borjigin me respondió con sabias palabras: «No puedo ayudarte en este caso, ya que comparar el estudio con animales que nosotros hemos publicado con las experiencias personales de Eben Alexander sería mezclar peras con manzanas, y no sería justo para ninguno de los dos. Lo que sí encuentro problemático es que alguien afirme que su experiencia constituye una evidencia nueva y definitiva de que la consciencia existe más allá del cuerpo basándose únicamente en un caso. Ningún científico cometería ese error». Quedaba claro que Alexander y Borjigin estaban en desacuerdo. Ambos sostenían una parte de la verdad, cada uno a su manera —Eben, desde el punto de vista de su propia experiencia personal; Borjigin, desde el de un experimento aislado y muy concreto—, y, al mismo tiempo, los dos estaban equivocados.

Las posturas de quienes afirman que la consciencia reside en el cerebro y las ECM son producto de este, y por tanto meras alucinaciones, entran radicalmente en contradicción con las de aquellos otros científicos que defienden que la consciencia está fuera del cerebro y pervive a la muerte. Tal vez ninguna de las posturas sea la correcta y ambas sean ciertas al mismo tiempo, y es que el dualismo cuerpo-mente cartesiano y el posterior racionalismo al que nos hemos visto sometidos en el mundo occidental desde el siglo XVI nos han impedido ver la stampa en su conjunto: o estabas de un lado o del otro. Ojalá los nuevos enfoques biopsicosocioculturales y holistas que parecen estar floreciendo en los últimos tiempos en el ámbito académico nos permitan ver las cosas con una lente menos sesgada y más nítida.

Marinus Anthony van der Sluijs —lingüista e historiador, especialista en mitología comparada, astronomía cultural, arqueoastronomía e historia de la astronomía, las religiones y el arte— lleva un tiempo explorando las explicaciones electromagnéticas de las ECM, así como la relación entre la cosmología y las ECM en la Antigüedad. Este investigador de origen holandés sospecha que la consciencia tiene mucho que ver con el espectro electromagnético. Tenía noticias de que Van der Sluijs estaba trabajando en un proyecto sobre cosmología y ECM, así que decidí ponerme en contacto con él y preguntarle si había publicado algo al respecto. Él me respondió con suma amabilidad desde el Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania en el que trabaja. Me explicó que llevaba cuatro años sin poder progresar en la materia porque había estado sumamente ocupado con otros proyectos de investigación, pero accedió a avanzarme algunas de sus teorías e ideas más básicas sobre el tema: «Opino que algunos de los fenómenos que ciertas personas perciben durante una ECM están inspirados en nociones cosmológicas persistentes en varias culturas, así como en algunas ideas matrices de los sistemas filosóficos de la Antigüedad griega. En general, esta idea ya fue propuesta por otros investigadores, pero los ejemplos específicos que yo di eran totalmente nuevos. Pienso que la consciencia está íntimamente relacionada con la fuerza electromagnética de una forma u otra, y que, teniendo eso en cuenta, las principales características de las ECM podrían explicarse en términos de la interacción de los campos electromagnéticos de un organismo biológico con aquellos de su entorno físico directo. Tengo la esperanza de que los científicos, e incluyo los médicos, se interesen por esta idea y desarrollen hipótesis y modelos matemáticos para ponerla a prueba y, si es factible, que sigan investigando esta línea».

Particularmente, debo confesar que me atrae mucho la idea de Van der Sluijs, y echo de menos más investigación desde el punto de vista de la física, y cualquier aportación en este sentido me parecería, por su actual escasez, sumamente valiosa. Adicionalmente, los años de investigación en el seno académico universitario me han enseñado que las aproximaciones más fructíferas son aquellas en las que se forman grupos interdisciplinarios, abiertos al intercambio de saberes, abiertos a enriquecerse del conocimiento que aportan las distintas disciplinas. De otra forma, si seguimos empeñados en especializarnos sin abrir

la posibilidad de aprender de otras materias, corremos el riesgo, como ya dijo el filósofo español José Ortega y Gasset en su día, de saber cada vez más de menos. Me interesan todos los estudios que se han llevado a cabo en materia de ECM por parte de psiquiatras, historiadores, médicos, antropólogos, neurocientíficos, psicólogos, físicos e incluso abogados; pero me interesarían mucho más las posibilidades de crear grupos de trabajo interdisciplinarios en los que todos ellos trabajasen juntos intercambiando ideas, puntos de vista y descubrimientos, con una actitud abierta a conceptos de análisis, metodología, marco teórico, discusión, retroalimentación y cooperación.

La glándula pineal: ¿una fábrica de ECM?

Nuestra glándula pineal, presente en el cerebro de los vertebrados, no es solo la factoría de producción de la melatonina, el neurotransmisor encargado de regular los ritmos circadianos —el «reloj interno» que rige los ritmos biológicos de nuestro organismo—, sino también el lugar donde se genera la dimetiltriptamina (DMT), una de las sustancias alucinógenas más potentes del mundo (presente en la ayahuasca, por ejemplo). Hace algunos años, diversos científicos —como el psiquiatra y psicofarmacólogo estadounidense Rick Strassman— descubrieron que, cuando una persona muere o atraviesa una situación de estrés extremo, su glándula pineal libera enormes cantidades de DMT. Strassman y otros colegas suyos afirman que ahí se encuentra el origen de las ECM, las famosas visiones de luz al final de un túnel, y las EFC. De hecho, Strassman llevó a cabo experimentos innovadores y tiene teorías sumamente interesantes al respecto. Podemos considerarlo el creador de un modelo de experiencia religioso-profética, la teoneurología. Es decir, ha encontrado una forma de integrar la ciencia con los espíritus.

Ahora bien, si es cierto que durante el momento de la muerte o en momentos de estrés extremo nuestra glándula pineal libera grandes dosis de DMT, podemos caer en la trampa fácil de pensar que las ECM son una experiencia alucinógena y nada más. Sin embargo, asumiendo que fuera así, seguiríamos sin tener respuesta a muchas de nuestras preguntas. ¿Por qué los ciegos ven durante una ECM? ¿Cómo es posible que ciertas personas que han tenido una EFC hayan podido describir con precisión lugares y objetos remotos y alejados de su campo de visión? ¿De qué forma explicamos el encuentro con familiares fallecidos de los que el

sujeto no tenía constancia o no llegó a conocer jamás en vida y posteriormente se verificó que sí existieron? ¿Qué hay detrás del conocimiento adquirido durante una ECM sobre acontecimientos venideros que acaban cumpliéndose? ¿Qué explicación damos a las ECM compartidas? ¿Y a la CCM? ¿Y a los casos en los que una persona ha sabido que otra ha muerto porque se le ha aparecido para avisarla de su propio deceso? ¿Y a los espíritus que regresan del Más Allá con información precisa y pistas sobre un crimen cometido que ayudan a la policía y que forman parte de los archivos policiales? Es posible que la dimetiltriptamina explique las ECM, pero eso no le quita extrañeza a un fenómeno que entraña algo más y que no podemos equiparar a un simple delirio alucinógeno, y a la vista están todos los casos absolutamente inexplicables que les he mostrado en este libro. Por otro lado, es obvio que, a pesar de que las ECM se dan en todo el mundo y en personas de todas las edades, países, religiones y culturas, estas experiencias tampoco están exentas de pequeños matices socioculturales en cuanto a cómo las experimentan y las interpretan los individuos; al fin y al cabo, somos seres bioelectromagnéticos y psicosocioculturales. Sin embargo, los encuentros, informaciones, sucesos y efectos secundarios de una ECM escapan a toda lógica y siguen sin encontrar respuesta, tal vez porque planteamos preguntas equivocadas o bien las hacemos desde una parcela de investigación muy aislada.

La prueba...

El abogado e investigador australiano Víctor Zammit ha estudiado las ECM desde el punto de vista jurídico. Este hombre piensa que las evidencias de vida tras la muerte son lo suficientemente fuertes como para ser aceptadas en cualquier tribunal. En su libro *A lawyer presents the case for the afterlife* (2002), Zammit ofrece resultados de investigaciones en veintitrés áreas diferentes que, según él, demuestran la existencia de la vida después de la muerte. No solo eso, sino que además lanzó un reto a los científicos que pudieran aportar pruebas justo de lo contrario, es decir, de que no hay vida después de la muerte. A cambio, Zammit prometió pagarles, si conseguían encontrar esas pruebas, la suma de un millón de dólares. ¿Se atreven a intentarlo?

Consciencia cuántica y posibles multiuniversos

Los investigadores estadounidenses Stuart Hameroff, anestesista y profesor de la Universidad de Arizona, y Roger Penrose, físico matemático y una de las mentes más prodigiosas de nuestro siglo

(ha publicado trabajos junto a Stephen Hawking), son los garantes más prestigiosos y destacados de la teoría de la consciencia cuántica y la mente cuántica, y no han dejado de enriquecerse y retroalimentarse mutuamente con sus trabajos. Hameroff se adentró en estas teorías al concentrar su interés en el papel que juegan los microtúbulos en la división celular. Los microtúbulos son unas estructuras sumamente complejas que se encuentran en las células del cerebro, y que podrían ser la clave para entender la mente. Roger Penrose, por su parte, creía que había algo no computable en las leyes físicas que describen la actividad mental. Al final, ambos acabaron concluyendo que la mente y el cerebro eran dos entidades separadas; Hameroff llegó a esta idea a partir de sus estudios con los microtúbulos y el citoesqueleto, mientras que Penrose lo hizo a través del teorema de la incompletitud de Gödel, que habla de la imposibilidad de la demostración formal de una cierta proposición matemática aunque para el entendimiento humano sea verdadera. Siguiendo las teorías de estos pensadores e investigadores, podría creerse que existe una actividad cuántica que genera la consciencia. La información permanecería en un nivel subatómico aunque dejara de haber actividad cerebral, al menos temporalmente, cosa que podría explicar las ECM. De este modo, el funcionamiento de la consciencia sería similar al de un ordenador cuántico, ese mundo en el que es posible estar en dos sitios a la vez y todo depende del observador.

Por su parte, el también estadounidense Robert Lanza, considerado uno de los científicos más prominentes del mundo, encara el fenómeno de las ECM desde su revolucionaria teoría del biocentrismo, enfocada en la consideración de un universo biocéntrico en el que la biología está por encima del resto de las ciencias. Lanza postula que la muerte no existe, que no es más que una ilusión creada por nuestra consciencia, que cuando morimos nuestra vida no se acaba, y que existe el Más Allá: «Creemos que la vida es solo la actividad del carbono y una mezcla de moléculas; vivimos un tiempo y después nos pudrimos bajo tierra. [...] Esencialmente, la idea de morir es algo que siempre se nos ha enseñado a aceptar, pero en realidad solo existe en nuestras mentes». De esta forma, de acuerdo con Lanza, creemos en la muerte porque nos asociamos con nuestro cuerpo y sabemos que los cuerpos físicos mueren. El biocentrismo está íntimamente relacionado con la idea de los universos paralelos y las hipótesis de un número infinito de universos en los que todo lo que podría ocurrir ocurre. De hecho, en uno de ellos, cuando morimos, nuestra

vida se convierte en «una flor perenne que vuelve a florecer en el multiverso», siendo «la vida una aventura que trasciende nuestra forma lineal ordinaria de pensar; cuando morimos, no lo hacemos según una matriz aleatoria, sino según la matriz ineludible de la vida». Unas ideas nada despreciables. Para dar un ejemplo, Lanza se centra en cómo percibimos el mundo que nos rodea. Vemos el cielo azul y nos dicen que ese color es el azul, «pero se pueden cambiar las células del cerebro para que se vea el cielo de color verde o rojo». Tampoco el espacio y el tiempo se comportarían en realidad de modo tan rígido como lo percibimos, sino que son herramientas de nuestra mente, de modo que la muerte y la idea de la inmortalidad existirían sin límites espaciales ni lineales.

La teoría del biocentrismo de Lanza implica, básicamente, que la muerte no existe, y que no es más que una mera ilusión que nos hacemos las personas al identificarnos con nuestro cuerpo físico. La consciencia existe más allá del espacio y el tiempo, y es capaz de estar en cualquier lugar dentro y fuera del cuerpo. Es aquí donde el postulado de Lanza encaja con la teoría de la física cuántica, de acuerdo a la cual una determinada partícula puede estar presente en cualquier lugar y los hechos pueden ocurrir de varias formas, incluso infinitas. Así pues, y siguiendo con estas propuestas teóricas de la física cuántica que nos abren la puerta a múltiples universos que podrían existir paralela y simultáneamente, los escenarios imaginables son múltiples y, por tanto, en uno de esos universos podríamos estar vivos mientras que, en otro, estaríamos muertos.

Dejemos de lado ahora las teorías de los multiversos para echar un vistazo a las teorías de las dimensiones ocultas, la materia oscura y otros elementos relacionados. Hace años, me hice una pregunta singular: si siempre podemos encontrar un opuesto oscuro, materia oscura, energía oscura, un fotón oscuro, un quark oscuro..., ¿podríamos pensar en un universo poblado de «seres oscuros»? ¿Un «yo» oscuro, un «usted» oscuro? Para saciar mi enorme curiosidad, decidí hacerle esta inquietante pregunta a Lisa Randall, una de las pensadoras más renombradas de la física teórica, experta en física de partículas, teoría de cuerdas y cosmología en la Universidad de Harvard, ya que sus trabajos sobre dimensiones ocultas y materia oscura la han encumbrado como una de las personas más influyentes en el paradigma científico del siglo XXI.

“

Mi entrevista con Lisa Randall: «Es muy posible que estemos atrapados en una cárcel tridimensional»

- YO.** Una de tus teorías más famosas es la que hace referencia a la materia oscura ¿En qué consiste?
- L. R.** Sabemos que la materia oscura existe por su influencia gravitacional en la galaxia y el universo. En nuestra galaxia, sabemos que aunque la materia ordinaria se asienta sobre un disco, la oscura la rodea en un halo esférico. En principio, la materia oscura podría tener interacciones no gravitacionales. Sin embargo, no había ninguna evidencia de tales interacciones.
- YO.** Y ahí es donde entras tú...
- L. R.** Recientemente, junto con otros colaboradores (JiJi Fan, Andrey Katz y Matthew Reece), he estado explorando un escenario en el cual únicamente una fracción de materia oscura tiene interacciones más fuertes. Se supone que como materia oscura debe actuar con interacciones débiles. Sin embargo, la porción interactuante puede ser muy interesante. Puede colapsar en un disco y tener diferentes señales para la detección de materia oscura y consecuencias muy diferentes de la formación de estructura. Este es un escenario muy novedoso que todavía no ha sido explorado y que nos lleva a preguntarnos muchas cuestiones.
- YO.** Tengo entendido que el proyecto del AMS [siglas en inglés de Espectrómetro Magnético Alfa] está llevando a cabo una investigación que sugiere que tus teorías son acertadas.
- L. R.** El AMS puede buscar antimateria en el universo, como antielectrones (positrones). Parece que ahí fuera hay más positrones a energías altas de los que los astrofísicos habían predicho basándose en fuentes astrofísicas conocidas. Lo que se conjetura es que esta señal proviene de la materia oscura, aunque en principio podría proceder de fuentes más convencionales que desconocemos. El problema es que la señal del AMS, y de PAMELA [siglas en inglés de Equipo para la Exploración de Antimateria y Estudios de Astrofísica], es mayor de la esperada de la aniquilación de la materia oscura. Nuestra materia sería más densa, ya que se colapsa en un disco, y podría por tanto producir una señal más fuerte.
- YO.** Si siempre podemos encontrar un opuesto oscuro, materia oscura, energía oscura, un fotón oscuro, un quark oscuro..., ¿podríamos pensar en un universo poblado de «seres oscuros»? ¿Un «yo» oscuro, un «tú» oscuro?
- L. R.** Esa es una pregunta muy interesante. Pienso que la materia, si tiene interacciones, puede, en principio, formar otras estructuras, tal vez incluso átomos oscuros y vida oscura. Serían diferentes a nosotros —las fuerzas son, después de todo, diferentes—, pero podrían tener una estructura y unas consecuencias interesantes.
- YO.** ¿Qué hay de la energía oscura?
- L. R.** La energía oscura es verdaderamente misteriosa, más misteriosa que la materia oscura, en mi opinión. Es energía que se expande a través del universo, pero no está cargada por materia. No se aglomera bajo la influencia gravitacional. En lugar de eso, conduce a una aceleración de la expansión del universo. No es sorprendente que exista. Sin embargo, no sabemos cuál es el total de energía. La mecánica cuántica habría indicado que era bastante grande. Así que comprender la cantidad de energía es un problema significativo para la física.
- YO.** Pero si la energía oscura está relacionada con el volumen del universo y el volumen del universo está en expansión a causa de la energía oscura, ¿no implicaría esto que «algo» está siendo creado de «la nada»?
- L. R.** Parece así en cierta manera, pero el campo gravitacional carga energía negativa, así que la energía se conserva al final.
- YO.** Los filósofos griegos trataron de resolver el origen de las cosas. Parménides dijo que nada emerge de la nada. La idea de la nada parece tener cierta relación con la idea de vacío... ¿Tú piensas a menudo en el origen de las cosas?
- L. R.** Trato de no pensar en ello porque creo que es una pregunta con cuya respuesta no vamos a hacer grandes progresos, probablemente. Es interesante, sin embargo, que los griegos pensaban en el orden emergiendo del caos, que es seguramente más parecido a lo que los físicos imaginamos.
- YO.** Llevas muchos años desarrollando y dando consistencia a tu teoría sobre los universos ocultos y las dimensiones adicionales, que consisten en...

- L. R.** Raman Sundrum [físico de partículas] y yo propusimos una dimensión extra del universo (más allá de las tres que vemos) que estaría adherida por objetos llamados «branas», estructuras tridimensionales que terminan en una cuarta dimensión. Las partículas que conocemos estarían atrapadas en esa membrana tridimensional. Lo explico en detalle en mi libro *Warped passages* [2005, publicado en español como *Universos ocultos* en 2011].
- YO.** ¿Estamos atrapados en una cárcel tridimensional?
- L. R.** Es muy posible y la evidencia me hace pensar que estamos en ese caso. Por eso es por lo que necesitamos investigar más, para encontrar respuesta a esta y otras preguntas.
- YO.** ¿No ver tres dimensiones es una cuestión de carencia anatómica de percepción o una cuestión del mundo físico en el que vivimos?
- L. R.** Es una excelente pregunta a la que todavía no podemos contestar. Pero es ciertamente posible que otra dimensión exista y que todavía no la hayamos visto. En mi libro hablo de las formas que deben determinar si otra dimensión existe en realidad y cómo puede estar oculta.
- YO.** Si no podemos ver estos universos ocultos, ¿cómo podemos probar que existen?
- L. R.** Si existen, las partículas pueden viajar a una dimensión extra. Eso nos permitiría encontrarnos ante partículas con interacciones como aquellas a las que llamamos «partículas pesadas». La razón de esto es que traen un momento de otra dimensión. No podemos ver esa dimensión, así que ese momento aparece ante nosotros como masa.
- YO.** O sea, que una partícula que viaja a otra dimensión puede volver a la nuestra llevando consigo la huella de aquella. Sé que tus colegas y tú habéis apuntado al LHC [siglas en inglés de Gran Colisionador de Hadrones] con la esperanza de detectar partículas con estas huellas interdimensionales. ¿Habéis encontrado ya alguna evidencia o estáis esperando al aumento de potencia del LHC?
- L. R.** Estamos esperando a que el LHC aumente su potencia.
- YO.** ¿Será suficiente energía?
- L. R.** Si tenemos suerte, lo será. Es una posibilidad. Pero me temo que la energía podría ser demasiado baja. El Superconductor Supercolisionador que se propuso en Estados Unidos y que incluso se había empezado a construir habría tenido tres veces más energía y habría sido una herramienta mejor para este propósito.
- YO.** En cuanto a la energía del LHC, ¿hay un máximo de potencia que no deberíamos superar o todo está permitido? ¿Existe algún riesgo para la humanidad ante el hecho de jugar a ser Dios, como sugirió Otto Röessler [bioquímico y teórico del caos], o los peligros son cero?
- L. R.** Estamos atascados en un límite. Por eso es difícil avanzar y ver nuevos fenómenos.
- YO.** ¿Cómo podemos imaginar estos universos ocultos o dimensiones ocultas?
- L. R.** Podemos imaginarlos de formas muy distintas. En mi libro hablo de algunas de ellas. En la novela *Planilandia* [publicada por Edwin A. Abbott en 1884] se describe de forma muy bonita, y también se responde a la cuestión de qué harían criaturas bidimensionales en un mundo tridimensional que nunca hubieran visto. Por ejemplo, si una esfera pasara a través de Planilandia, verían una serie de discos que crecen y disminuyen en tamaño hasta reducirse a cero. No verían directamente la esfera, pero verían una serie de discos. De la misma manera, no podríamos ver directamente una esfera cuatridimensional al imaginar esa serie de discos. También podemos imaginar proyecciones u hologramas para ayudar a visualizarlo.
- YO.** Suena muy complicado para mí... Aunque entiendo mejor cuando explicas en tus libros de qué manera podemos imaginarnos nuestra existencia en la cárcel tridimensional, comparándola con una cortina de ducha... Y nosotros somos gotitas de agua deslizándose por esa cortina.
- L. R.** Viajan por el plano de la cortina, pero para las gotitas solo existen esas dos dimensiones.
- YO.** ¿Dónde están esas dimensiones ocultas?
- L. R.** En todas partes. Son parte de nuestra percepción del espacio.
- YO.** ¿Ha conseguido la física arrojar luz sobre lo que puede ser la consciencia? ¿Tú

intuyes algo?

L. R. No. Claramente es un nivel superior de interacción que es difícil de entender...

YO. En tus libros das claves para alumbrar a la humanidad sobre esta realidad en la que vivimos en el universo, y leerlos es como leer sobre magia y fantasía, pero no es fantasía, ¡es verdad! ¡Es ciencia!

L. R. Me alegra que coincidas conmigo.

”

Lo que Lisa me contestó cuando, durante aquella entrevista, le pregunté si podía existir un «yo oscuro» fue lo siguiente: «Esa es una pregunta muy interesante, Mado. Pienso que la materia, si tiene interacciones, puede, en principio, formar otras estructuras, tal vez incluso átomos oscuros y vida oscura. Serían diferentes a nosotros —las fuerzas son, después de todo, diferentes—, pero podrían tener una estructura y unas consecuencias interesantes». Randall es una de esas personas que uno consideraría radicalmente escéptica en materia de cuestiones relacionadas con la posible supervivencia de la consciencia después de la muerte, esencialmente porque, como buena mujer inteligente, no podría afirmar que la consciencia existe más allá de la muerte sin tener claro lo que es la consciencia y, sinceramente, por mucho que alguien intente convencerlos de lo contrario, hoy en día no tenemos ninguna definición satisfactoria de qué es. Sin embargo, las teorías de Randall resultan muy interesantes desde el punto de vista de la física, y puede aportar mucha luz sobre aspectos clave a la hora de seguir profundizando en los misterios de los fenómenos fronterizos.

Ciencia y Más Allá

La ciencia siempre ha sentido curiosidad por los poderes psíquicos, los fenómenos fronterizos y las posibles evidencias de la existencia del Más Allá. Al margen de las investigaciones en torno a las ECM, también han sido muchos los científicos, entre ellos destacables premios Nobel, los que se han visto seducidos por el fenómeno de la mediumnidad, el espiritismo, la reencarnación o el recuerdo espontáneo de vidas pasadas, por ejemplo. En materia de espiritismo y mediumnidad, las investigaciones más recientes llevadas a cabo por los científicos Gary Schwartz y Julie Beischel sugieren que el fenómeno de la mediumnidad es real. Concretamente, en una entrevista que me concedió hace algún tiempo, Beischel me lo dijo con estas palabras tan valientes y aplastantes: «A través del método del quintuple ciego en las lecturas de la Investigación Certificada del Instituto Windbridge con Médiums podemos demostrar que el fenómeno llamado «recepción anómala de información» [mediumnidad], que implica a médiums que dan noticias concretas y específicas sobre seres queridos fallecidos de personas que están vivas, con total ausencia de cualquier información previa y sin usar términos confusos, existe y es real. El paradigma de investigación utilizado es fácilmente replicable y ocurre a voluntad, por

lo que no tenemos que intentar atrapar sucesos espontáneos o experiencias tal y como ocurren. Muy al contrario, podemos llevar la mediumnidad al laboratorio y estudiarla bajo condiciones controladas». Dejando a un lado la mediumnidad, existen también trabajos muy interesantes con relación a la reencarnación y el recuerdo espontáneo de vidas pasadas, llevados a cabo por el doctor Ian Stevenson [bioquímico y psiquiatra, 1918-2007], su sucesor Jim Tucker y Carol Bowman, que apuntan a la posible existencia de un alma inmortal con capacidad para encarnarse en diferentes vidas.

Anexos

LAS ECM EN LA ANTIGÜEDAD: ¿ORIGEN DE LAS RELIGIONES DEL MUNDO?

El comportamiento religioso es un universal cultural. Algunos, como el psicólogo Steven Pinker, consideran que esta tendencia es un auténtico enigma científico. Los neandertales exhibían ciertas pautas de comportamiento religioso, aunque este ya venía de serie en la especie *Homo sapiens*. Los elementos más comunes de la religión incluyen una noción trascendente, sobrenatural, muchas veces relacionada con fantasmas, demonios, deidades u otros. También incluyen prácticas relativas a las artes adivinatorias y mágicas. Otro de los aspectos presentes en la religión es el ritual, normalmente acompañado por música y danza. De hecho, lejos de lo que mucha gente piensa, los estados alterados de consciencia que se experimentan en ciertos rituales no son producidos tanto por la ingesta de sustancias psicotrópicas como por los cantos y bailes rituales. Las religiones exhiben, asimismo, un conjunto de mitos, «verdades» o creencias, y unas normas sociales de carácter moral. Dejando a un lado la psicología de la religión, los procesos psicológicos, los estudios cognitivos y todas las teorías antropológicas interesadas en dar una respuesta al misterio del origen de las religiones, resulta curioso asomarse a los textos antiguos que nos hablan del Más Allá. Algunos se han llegado a preguntar si acaso las religiones del mundo tienen su origen en las ECM, pero es un supuesto erróneo, o, por lo menos, no del todo acertado. La pregunta debería ser: ¿son los relatos de las ECM fruto de las religiones del mundo? Aquí entraríamos en el eterno debate de si fue antes el huevo o la gallina. Tal y como sucede en las teorías sobre los posibles orígenes del lenguaje, no podemos ceñirnos a una sola causa, sino a un origen multifactorial, un complejo intrincado de factores que no solamente posibilitaron el origen del lenguaje, sino que a su vez, sin duda alguna, se vieron influidos por el lenguaje en sí.

Es totalmente lícito pensar que las ECM pudieron inspirar una gran parte de los mitos y creencias religiosas relativas a la muerte y el Más Allá; pero también lo es creer que el contenido de las narrativas de las ECM está inspirado por las religiones, ya que, en función del contexto histórico y cultural, la ECM tendrá lugar en el Hades o inframundo griego, el paraíso cristiano o un mundo poblado por extraterrestres. En algunas ECM primará la idea de juicio final y castigo, mientras que en otras no hay nada malo que

podamos hacer en la tierra a ojos del supuesto Creador y somos amados incondicionalmente, hagamos lo que hagamos. Ambos fenómenos, el comportamiento religioso y la ECM, se retroalimentan de esta forma mutuamente. Los que viven una ECM confirman que el Más Allá es como su religión o sistema de creencias dice; las religiones aprovechan las experiencias de esos supervivientes para seguir postulando la creencia en ese mismo Más Allá. Como vemos, es una pescadilla que se muerde la cola. Por otro lado, es habitual caer en la trampa fácil de encontrar enormes similitudes entre diferentes religiones en cuanto a sus creencias en el Más Allá, obviando los orígenes comunes de la gran mayoría de ellas, así como los constantes contactos que han existido entre diferentes culturas a lo largo de los siglos.

Por ejemplo, la influencia egipcia en los sistemas de creencias de la Antigua Grecia, la Antigua Roma, el cristianismo, el judaísmo o el islam. Si pensamos en las influencias de las culturas de Mesopotamia, Egipto, la India y China, nos daremos cuenta de que unas influyeron sobre otras: Mesopotamia sobre Egipto, India sobre Mesopotamia, y así sucesivamente. En el Antiguo Egipto, la creencia común era la de que el fallecido realizaba un viaje de ultratumba que lo conducía a presentarse frente a Osiris, el dios de los muertos. Este último, acompañado por otras divinidades y cuarenta y dos jueces, era quien dirigía la ceremonia de la psicostasia o tránsito del alma, que se celebraba en la Sala de la Verdad. En el centro de la estancia había una balanza. Cada platillo representaba una cosa: de un lado, la justicia, con una pluma; del otro, el corazón del muerto. El difunto procedía a confesar sus actos. Si había pecado, el plato del corazón pesaba más que el de la pluma, y un monstruo con cabeza de cocodrilo lo devoraba. Pero si era puro, podría llegar a los Campos Elíseos. Este tipo de escenas de juicio final en el Más Allá, con sus variantes culturales, se encuentran en multitud de relatos de ECM de personas culturalmente familiarizadas con esta creencia, pero tenemos otros muchos en los que esta idea brilla por su ausencia e incluso se sugiere todo lo contrario, especialmente en los relatos más contemporáneos e influidos por la Nueva Era, un agregado de creencias y prácticas no unificadas y en ocasiones mutuamente contradictorias, relacionadas con la exploración espiritual, la medicina holística y el misticismo, con ideas generales de historia, espiritualidad, medicina, estilos de vida, música y otros ámbitos.

Er, el soldado que resucitó el día en que lo iban a incinerar y dijo que había visto el cielo y el inframundo. Un relato de Sócrates en la *República* de Platón

El mito de Er, recogido por Platón (siglos V-IV a. de C.), pone en boca de Sócrates la historia de un guerrero de Panfilia que murió en batalla. Recogieron sus restos diez días después de su muerte, y su cuerpo permaneció a la espera de que lo incinerasen, aunque, por alguna extraña razón, no se descompuso. La sorpresa vino dos días más tarde, cuando, ya una vez en la pira funeraria, revivió y empezó a relatar su viaje al Más Allá afirmando la existencia de la reencarnación y describiendo las esferas celestes del plano astral. De su relato se desprenden, asimismo, algunas ideas morales, tales como que los que se conducen correctamente son recompensados al «otro lado», mientras que los que no lo hacen son castigados en vidas sucesivas hasta pagar por las injusticias cometidas. El lugar en el que Er estuvo fue descrito como un sitio maravilloso con unas aberturas que daban a los dos abismos de la tierra, uno conducente al cielo y otro conducente al inframundo. Las almas que tenían la suerte de estar en el cielo lucían resplandecientes, felices, con ropajes relucientes; mientras que las almas del inframundo estaban sucias y andrajosas, y parecían estar tristesísimas. Esta visión produjo un gran impacto en Er. Entre las aberturas o túneles de estos abismos había unas estancias destinadas a los jueces que dictaminaban qué camino debía seguir cada uno de los recién llegados. No estaba solo. Había otros guerreros como él, fallecidos en combate. Cuando le tocó el turno, el juez le dijo que todavía no había llegado su hora. Debía volver a la vida y contarle al resto cómo era el reino de los muertos. Y eso hizo.

”

“

Tespesio, el de la vida desordenada, muere, resucita y describe el mundo de los dioses convertido en un hombre nuevo. Un relato de Plutarco en su obra *De la tardanza de la divinidad*

En ese pequeño tratado incluido entre sus obras morales, Plutarco (siglos I-II) recoge la historia de Tespesio de Soles, quien resucitó tres días después de su muerte y pudo revelar lo que había visto en la mansión de los muertos. Se trataba de un hombre de vida regalada e inmoral, un lascivo que se había dedicado hasta el momento a dilapidar su patrimonio. Un día, Tespesio cayó por un precipicio. Tres días después, cuando ya se encontraban preparándole para el ritual funerario, volvió en sí. Había resucitado. Estaba tan cambiado que apenas podían creerlo. Se convirtió en un hombre tan noble y cabal, tan devoto y religioso, tan leal a sus amigos, como jamás lo había sido. Al preguntarle por la causa de aquel repentino cambio de personalidad, les confesó lo que le había pasado. Al caer por el precipicio, abandonó su cuerpo físico en una especie de neblina, flotando y elevándose sobre las aguas del mar, atravesando lugares maravillosos, viendo las estrellas... Entonces llegó a un lugar muy brillante y se sintió empujado hacia él con gran fuerza. Tespesio también les dijo que allí había visto a otras almas que acababan de partir ascendiendo desde abajo. Reconoció a dos o tres de ellas y quiso aproximarse para hablarles, pero, según su testimonio, no estaban muy por la labor debido al estado de agitación y confusión por el que estaban atravesando. Iban subiéndolo y bajando, emitiendo sonidos inarticulados, como gritos de soldados en la batalla, mezclados con lamentos de miedo y desesperación. Pero arriba había otras almas que parecían estar muy contentas y felices, y de vez en cuando se

aproximaban las unas a las otras con gran amor, evitando en todo momento el contacto con las otras, e incluso mostrando descontento por tener que cruzarse con ellas y denotando satisfacción al expandirse y separarse de ellas.

A Tespesio se le acercó el alma de un familiar fallecido que le informó de las vicisitudes del mundo de los dioses. Le dijo que allí se encontraba Adrastrea, la diosa de la venganza, hija de Júpiter y de Necesidad, sentada en lo más alto, castigando toda clase de crímenes, y no había nadie que escapara a su rigor. Había tres clases de castigos y, por tanto, tres Furias o ministras de la justicia. Le describieron la naturaleza de cada uno de estos castigos y en razón de qué se aplicaba uno u otro. Así fue como Tespesio aprendió de qué manera se las gastaban los dioses. Posteriormente, fue conducido a un bello lugar, en el que destacaban los rayos de luz, las alas, la diversidad de colores y flores, con una brisa agradable que iba regando el ambiente de los aromas más exquisitos. Allí había otras almas, disfrutando de aquel banquete de olores. Todos estaban en una actitud cariñosa, se acariciaban, reían, en total armonía. El espíritu de su pariente le dijo que Baco había ascendido a través de aquella abertura hacia el cielo, así como Sémele. Aquel lugar se llamaba «olvido». Después lo llevó a un lugar donde había unos ríos de colores, donde había tres demonios sentados. Su guía le dijo que Orfeo había llegado hasta ese mismo lugar cuando fue a rescatar el alma de su amada Eurídice, pero que, al volver al reino de los vivos, no se acordaba muy bien de lo que había visto y llevó a los demás un informe poco ajustado a la realidad. Siguiendo el recorrido, fue capaz de oír las profecías de Sibila, un oráculo femenino, concernientes al futuro del Vesubio, el incendio de Dicaerchia y algo relacionado con un famoso líder de la época, el emperador Vespasiano. Después, pasearon por el lugar donde eran atormentados sin piedad los que habían sido sentenciados con castigos, algunos de ellos conocidos suyos, que sufrían terriblemente, y le llamaban por su nombre. En un momento dado, Tespesio vio a su padre, quien había envenenado en vida a varios de sus invitados para quedarse con su dinero. Jamás lo habían pillado en el reino de los vivos, pero allí nadie escapaba al crimen. Ya había cumplido parte de su condena, pero todavía le quedaba. Tespesio sintió miedo y consternación. Sintió deseos de marcharse, pero cuando se giró en busca de su guía, este ya no estaba. Todavía tuvo oportunidad de pasearse por aquella galería de los horrores, impactado por tanto tormento. En un momento dado, una mujer de aspecto admirable apareció ante él diciéndole que debía recordar todo lo que había visto. Poco después, una fuerza intensa, como un remolino de viento, le hizo regresar a su cuerpo a través de una especie de cañería. Fue entonces cuando se descubrió con un pie en la tumba. Esta fue la historia que Tespesio contó a sus amigos y por la cual había vuelto a la vida tan cambiado.

”

“

El rey que murió y regresó a la vida prediciendo con absoluta precisión sucesos del futuro. Un relato de Aristóteles en sus *Diálogos*, según un fragmento conservado por Al-Kindi

Aristóteles menciona a un antiguo rey griego cuya alma entró en una especie de éxtasis catatónico durante varios días, de modo que nadie era capaz de acertar si estaba vivo o muerto. Cuando por fin volvió en sí, dijo a sus amigos que había estado en el mundo invisible y les describió todas y cada una de las cosas que había visto allí: almas, formas y ángeles. La mayor prueba de que decía la verdad radicaba en que había regresado con un conocimiento de los acontecimientos futuros totalmente verídico. Fue capaz de predecir con absoluto rigor cuántos años iban a

vivir todos y cada uno de sus amigos. Nadie pasó de la fecha. También dijo que en un año habría un terremoto en Elis que abriría una brecha en la tierra, y que dos años después una inundación devastaría otro lugar. Todo sucedió. Aristóteles estaba convencido de que la razón de estas predicciones se debía a que su alma había adquirido esta sabiduría de los hechos futuros porque había estado al filo de la muerte, llegando incluso a abandonar su cuerpo.

”

Tanto en el *Libro de los muertos* egipcio como en el tibetano encontramos interesantes descripciones sobre qué sucede cuando morimos y cuáles son las fases del tránsito al «otro lado». Precisamente en la versión tibetana, encontramos algunas nociones básicas muy presentes en los relatos de ECM. Comprueben qué le sucede al alma del fallecido cuando parte: «En tales circunstancias es cuando surge el principio causal de la consciencia, el cual no logra reconocer su situación, preguntándose si está muerto o no. Se ve, como antes, entre sus parientes, y los oye sollozar [...]. Él puede verlos, pero ellos no pueden hacerlo; él puede oír cómo le llaman, pero ellos no pueden oír cómo les llama él. Por eso se aleja descorazonado». Posteriormente, hace acto de presencia la llamada luz del conocimiento: «No has de tener miedo en esa circunstancia de la luz amarilla, clara y resplandeciente, ni de su intensidad. ¡Reconócela como la sabiduría ancestral! Permanece tranquilamente en el estado más allá de la acción, dejando que tu conciencia trascendente se pose en aquella luz!». Si el difunto se deja embargar por esta luz, reconociéndola como el resplandor de su conciencia, alcanza el estado búdico, según este texto del siglo VIII escrito por Guru Padmasambhava. En su tránsito hacia su destino final, el difunto se encontraba en un estadio intermedio, muy parecido al mundo onírico de los sueños, a la espera de poder despertar a su nueva existencia. Podía moverse de un lugar a otro llevado por sus pensamientos, aparecer y desaparecer a voluntad y otras maravillas. Precisamente por eso corría el peligro de cogerle el gusto al asunto y quedarse ahí para siempre, en ese lugar intermedio, observando a los vivos. Eso sí, los malvados tampoco se libraban de su correspondiente castigo, en el caso del budismo más entendido como karma. Yama Raja, el rey de la muerte, sostenía en sus manos una espada y un espejo en el que se reflejaba el karma del difunto. Bajo su mandato, otras divinidades iban poniendo piedras negras o blancas en cada uno de los extremos de la balanza, según la naturaleza de sus actos. Shinje, el dios con cabeza de mono encargado de la balanza, decidía junto a un consejo de sabios cuál sería su destino en el Más Allá, un lugar con diferentes niveles que

podían ir desde el más alto y evolucionado, el mundo de los dioses, al más bajo e involucionado, el inframundo.

Como vemos, es fácil seguir el reflejo de las ECM en las antiguas religiones del mundo, y viceversa. Podemos seguir la misma estela con las ECM y religiones actuales, pues, a pesar de las variaciones o incluso contradicciones, no han cambiado mucho y, en esencia, siguen siendo las mismas. No por casualidad llevamos enterrando a nuestros muertos desde los tiempos de los neandertales, junto a algunos objetos necesarios para el viaje al Más Allá y otra suerte de comportamientos rituales orientados a la posibilidad de una existencia que pudiera trascender los límites de esta dimensión en la que actualmente ustedes y yo nos encontramos. Que sepamos, el origen de los humanos modernos, hace ya entre ciento cuarenta mil y doscientos mil años, podría estar en el África subsahariana. Un día, esos humanos decidieron aventurarse a tierras europeas, y de ahí al resto del mundo. Pues bien, no hemos cambiado mucho. Seguimos sepultando a nuestros muertos, básicamente. Y es normal, porque no somos *Australopithecus*, somos *Homo sapiens*, y estos lo hacían, pues ya tenían ese sentido de la trascendencia; y lo seguimos teniendo, porque el comportamiento religioso es universal y característico de nuestra especie (aunque algunas evidencias señalan que los neandertales pudieron enterrar intencionadamente a sus muertos). ¿Tenían ECM los australopitecos? Es difícil decirlo. El pensamiento simbólico es prácticamente exclusivo del *Homo sapiens* y, en cierta medida, de los neandertales. No sabemos si estos últimos pudieron exhibir algunas capacidades lingüísticas o protolenguaje. ¿Quién sabe? Mellen Thomas, quien tuvo una de las ECM más famosas y alucinantes en la década de 1970 y adquirió importantes conocimientos sobre los misterios de la vida, me dijo en una ocasión que los animales y las plantas también tienen ECM. De tenerlas, les aseguro que serían muy distintas a las que tenemos nosotros, los homínidos, y dudo mucho que vayan a encontrarse con un juicio en el «otro lado». A lo mejor, tal y como aseguraba el científico Robert Lanza, la muerte no es más que una ilusión basada en la idea cultural de que morimos cuando nuestro cuerpo muere, porque nos identificamos con eso, un cuerpo y nada más.

Mientras tanto, el fenómeno de las ECM sigue siendo una realidad inexplicada preñada de interrogantes y rodeada de sucesos insólitos, hechos fronterizos, mensajes del Más Allá, visiones del futuro que acaban teniendo lugar como si nuestro destino estuviera escrito. Y al mismo tiempo, se trata de experiencias enormemente influidas por la cultura, hasta el punto de poder llegar a ser

contradictorias entre sí. Sin negar la realidad del fenómeno, entiendo que hay algo en todo esto que trasciende al *Homo sapiens* y que nos es imposible comprender con nuestro pensamiento. En ocasiones, pienso que en la antesala de la muerte, antes de traspasar definitivamente el último escalón que nos separa de forma definitiva de la vida que estamos llevando ahora mismo, en este cuerpo con el que estoy escribiendo este libro, o con el que usted lo está leyendo, nos encontramos en un escenario con demasiados efectos especiales, como un universo holográfico a nuestra medida, en el que me da la impresión de que se nos manipula con cierto propósito. ¿Quién nos manipula? ¿Cuál es el propósito? No lo sé, pero creo que podría haber una realidad más allá de la muerte, más allá de aquella que describen los que han tenido una ECM, de la que no sabemos nada todavía. Una realidad que ninguna religión ha sido capaz de explicar todavía, y ningún regresado, sea en cuerpo o alma, ha podido ver jamás, porque el que llega a ella no puede volver, o, por lo menos, no al cuerpo que antes tenía.

Tal vez algún día conozcamos esa realidad más allá de la muerte.

2

LA MUERTE

En Occidente, la muerte ya no es lo que era. Sin necesidad de remontarnos muy atrás, podemos decir, en líneas generales, que en la Edad Media y hasta bien entrado el siglo XIX la muerte era algo cotidiano, familiar, público, que incluso se exaltaba y representaba. El agonizante se rodeaba de familiares, amigos, vecinos y niños, como muy bien comentaba el historiador francés Philips Ariès (1914-1984). Este gran experto en la evolución de la muerte en Occidente desde el punto de vista cultural supo expresarlo muy bien: «El hombre encajaba la muerte como una de las grandes leyes de la naturaleza y no pensaba en evitarla ni exaltarla». Mientras tanto, en el siglo XIII, se imponía la idea del juicio final, con un Cristo-juez, acompañado de sus apóstoles, que juzgaba a los hombres de acuerdo al equilibrio de los actos de su vida. Las acciones se repartían en una balanza, a un lado las buenas y al otro lado las malas. Esta idea no era exclusiva de la tradición judeocristiana. La influencia egipcia en el mundo occidental está presente en muchos aspectos y se hace evidente en esta idea del juicio final.

La creencia de que el comportamiento en vida acarrea consecuencias en el Más Allá perviviría, a pesar de que durante los siglos XVII y XVIII la Reforma la contradijera y viniese a decir a las gentes que no importaba la virtud en vida, pues la muerte redimía de todas las faltas y, además, Cristo ya había muerto para salvar a la humanidad. Aun así, las gentes estaban todavía plenamente convencidas de que el comportamiento moral en vida estaba relacionado de manera estrecha con lo que uno iba a encontrarse el día del «juicio final», por así decirlo. Y aunque, como muy bien señalaba Ariès, «hubo que esperar a la llegada del siglo XX para que esta arraigada creencia quedara arrinconada, al menos en las sociedades industriales», todavía se pueden sentir sus efectos en pleno siglo XXI. Sigamos explorando la actitud del hombre ante la muerte en el mundo occidental medieval de la mano de Ariès: «El hombre de las sociedades tradicionales, que era el de la primera Edad Media, pero también el de todas las culturas populares y orales, se resignaba sin mucho esfuerzo a la idea de que todos somos mortales».

Entre los siglos XVI al XVIII la actitud cambia un poco. La muerte ya no se asume sin esfuerzo, sino que supone una ruptura, un

suceso que «arranca al hombre de su vida cotidiana, de su sociedad razonable, para arrojarlo entonces a un mundo irracional, violento y cruel. [...] Pero no se había vuelto ni espantosa ni obsesiva. Seguía siendo familiar, amaestrada», proseguía explicando el historiador francés. Estamos todavía en una etapa en la que la muerte sigue siendo algo público, cercano, cotidiano, familiar. El gran cambio llegaría en el siglo XIX, cuando la muerte deja de representarse y se convierte en algo prohibido, en un tabú, una especie de cosa vergonzosa y temible. Si en el pasado el agonizante llamaba a todos sus familiares, amigos y vecinos alrededor de su lecho para despedirse de ellos, ahora al moribundo se le llegará incluso a negar la realidad de la gravedad de su estado. Y a principios del siglo XX, el lugar de la muerte también empieza a cambiar, porque la gente deja de morir en su hogar para morir en los hospitales y a solas. Recordemos que fue la doctora Elisabeth Kübler-Ross, la gran investigadora del fenómeno de las ECM, la que denunció este desahucio de los moribundos en la década de 1970 y reivindicó el cuidado y acompañamiento de los familiares y seres queridos.

La tiranía de la felicidad aparente se impone. No es que a uno no le duela la muerte de un ser querido, o le duela menos. De hecho, ese afán por esconder la tristeza y ese aislamiento social que sufren las personas que pierden a un familiar querido suele agravar el duelo. Seguimos sufriendo, más si cabe, pero parece que ya no tenemos derecho a expresarlo. ¿Un mundo feliz?

La muerte no es igual para todos

A todos nos sobreviene la muerte, pero no para todos es lo mismo. Yo, mujer, española, occidental, socializada en una cultura judeocristiana —independientemente de si soy creyente o no— y educada en los valores de la ciencia, he crecido con la idea de que la muerte es la extinción de la vida en términos biológicos y que, por tanto, morimos cuando perece nuestro cuerpo físico. Cualquier enciclopedia, una fuente de conocimiento muy occidental, me acompañaría en mi creencia de que la muerte es un proceso terminal que consiste en la extinción del proceso homeostático de un ser vivo. Pero ni siquiera en el mundo occidental la muerte significa lo mismo para todos, ni lo que hay tras ella.

Hoy en día, entre los miembros de algunas sociedades se comparte la creencia común de que, en efecto, hay vida después de la muerte, algo que generalmente implica la existencia de un

mundo espiritual, aquel al que uno va cuando muere y donde se encuentran los familiares y ancestros fallecidos. Es algo que se da por sentado, nadie se lo cuestiona, nadie duda. En las sociedades occidentales de tradición judeocristiana, son muchos los que procuran llevar una vida moralmente adecuada para no encontrarse ardiendo en las llamas del infierno en el Más Allá (por si acaso), pero son pocos los que se muestran convencidos de la existencia de ese mismo Más Allá.

Por otro lado, tampoco la muerte es para todos lo mismo. Mientras que para la mayoría de nosotros, occidentales, consiste en la extinción biológica de la vida, en muchas otras sociedades hay otras muertes. Por ejemplo, tal y como recoge el antropólogo inglés Nigel Barley, «en África, las mujeres dicen cosas como: “Viví en esa aldea hasta que me convertí en hombre”. Se refieren a la menopausia. No es extraño, en las culturas tradicionales, pasar por varios cambios de sexo en el transcurso de la vida, y de la muerte». En algunas culturas, incluso, los muertos no están tan muertos como nos parecen a nosotros y hacen cosas de vivos, como casarse, tener hijos y mantener relaciones sexuales. Vuelvo a citar a Barley: «No existe razón alguna por la cual los muertos no puedan casarse, ni siquiera con los vivos. Los nuer de Sudán disponen que un hombre engendre descendientes en nombre de un pariente fallecido sin tener hijos. [...] También tendrá que realizar un “matrimonio fantasma” en representación suya. [...] A veces los chinos de Singapur emparejan a dos fallecidos solteros para que sus hermanos más jóvenes queden libres de casarse sin romper la regla de que los primeros en casarse tienen que ser los hijos mayores. Algo parecido ocurre en Taiwán, donde la muerte no pone fin a las esperanzas femeninas de matrimonio, puesto que es posible un nuevo matrimonio entre los vivos y los muertos. Las desgracias domésticas pueden atribuirse al descontento de una muchacha que ha muerto soltera. Su familia decide buscarle un marido, por lo general un hombre pobre ya casado pero atraído por la dote. La dote se entrega a su esposa viva y en la noche de bodas se consuma el matrimonio con el espíritu. Puesto que el espíritu es puro yin sin diluir, el principio femenino, el hombre entrará en un frenesí sexual, y quedará agotado por orgasmos múltiples con el fantasma y totalmente pervertido. Pero esto dura solo un día. Al día siguiente, el espíritu se incorpora al cuerpo de los antepasados y nunca más vuelve a saborear los placeres de la carne».

Hemos visto, asimismo, que la tradición judeocristiana tiende a la creencia de que uno paga por sus pecados en la muerte, motivo

por el cual debe conducirse con rectitud moral en vida, pero en otras culturas no hace falta llegar al final de los días para rendir cuentas, sino que uno paga en esta vida. Así, en muchas culturas africanas, son los muertos quienes juzgan a los vivos mientras viven, propinándoles toda suerte de castigos. Por otro lado, en diversas culturas orientales relacionadas con la idea de la reencarnación y el karma, uno se ve regido por la ley de la causa y el efecto en sucesivas vidas, de modo que la rendición de cuentas se efectúa en sucesivas reencarnaciones y uno va liquidando o acumulando deuda en esa vida de vidas.

Existen otras muchas muertes dignas de mencionar desde el punto de vista cultural, tales como las muertes derivadas de determinados ritos de paso, o las que se experimentan en determinados estados de trance o en estados alterados de conciencia a partir de la ingesta de sustancias psicotrópicas, por ejemplo. El rito de iniciación conocido como Bwiti es un rito centrado en el consumo de iboga, cuyo objetivo esencial es provocar un tránsito agónico al «país de los muertos».

Algunos no regresan jamás de ese «país de los muertos». Los que lo logran vuelven con una visión de ese lugar, el lugar al que uno va cuando muere. Lo que se pone de manifiesto cuando echamos un vistazo a todas estas cuestiones es que la muerte es un concepto cultural que no significa lo mismo para todos.

Obviamente, si decimos que la muerte es la misma para todos, pero no para todos es lo mismo, así como tampoco lo ha sido a lo largo de la historia, y si además insistimos en que hay distintos tipos de muertes o incluso muchas muertes en la vida, desde el punto de vista cultural, tampoco podemos negar que lo mismo sucede con la vida. Así, aunque la vida es la misma para todos, no para todos la vida es lo mismo. ¿Qué es la vida? Ese podría ser tema para otro libro.

Mediateca

LA CINE-BIBLIO-DISCO-TECA

Capítulo 1

La zona muerta (1983), una de las películas más aclamadas de su década, se basa en una novela de Stephen King. Dirigida por David Cronenberg, está protagonizada por un profesor universitario (Christopher Walken) que, tras sufrir un accidente y pasar cincuenta años en coma, despierta con la capacidad de poder predecir el futuro.

Capítulo 2

El neurólogo de origen holandés Eelco Wijdicks examinó la forma en la que los directores de cine reflejaban el coma en sus películas, y concluyó que una de las pocas que reflejaban fielmente ese estado era *El misterio Von Bülow* (1990), protagonizada por Jeremy Irons y Glenn Close. Basada en hechos reales, cuenta la historia de uno de los casos criminales más enigmáticos de los últimos años, en el que el barón Claus von Bülow fue acusado de provocar un coma a su esposa por sobredosis de insulina. Por otro lado, el genio español Pedro Almodóvar volcó su talento en *Hable con ella* (2002), protagonizada por Javier Cámara, Leonor Watling, Darío Grandinetti y Rosario Flores, un filme en el que supo abordar un gran manojito de sentimientos alrededor de los que esperan junto a la cama de los comatosos.

Capítulo 3

La historia de Colton Burpo, el niño que tuvo una ECM a los cuatro años como consecuencia de una apendicitis y afirmó haber estado en el cielo durante aquel trance, fue llevada a la gran pantalla con el título *El cielo es real* (2014), dirigida por Randall Wallace y protagonizada por Greg Kinnear y Kelly Reilly.

Capítulo 4

Si hay una serie documental que ha conseguido extender las hipótesis del creacionismo alienígena de forma masiva es *Alienígenas* (*Ancient Aliens*, 2010), emitida por el Canal Historia y seguida por millones de espectadores en todo el mundo.

La película *Contact* (1997), protagonizada por Jodie Foster, sabe conjugar los elementos relativos al contacto extraterrestre con una sutil metáfora de las ECM alienígenas, pues cuando la protagonista de esta historia, Eleanor Arroway, logra entrar en contacto con el mundo extraterrestre, la experiencia remite al imaginario de las

ECM: llegada a un lugar luminoso y paradisíaco, tan hermoso que es imposible describirlo, con colores vivos y brillantes, elementos paradisíacos de la naturaleza, visión de familiares fallecidos (en este caso, su padre) y seres que brillan y ofrecen un aspecto casi holográfico.

Capítulo 5

Si hay un libro sobre ECM compartidas lleno de casos, historias y anécdotas absolutamente emocionantes y estremecedoras es *Glimpses of eternity*, de Raymond Moody, traducido al castellano como *Destellos de eternidad* (2010).

Capítulo 6

Las personas interesadas en los fenómenos sobrenaturales que pueden acontecer alrededor de la experiencia de morir, como las visiones de familiares fallecidos, pueden acudir al libro *El arte de morir* (2015, Atalanta), de Peter y Elizabeth Fenwick, un completo estudio capaz de sorprender al lector.

Capítulo 7

Mellen-Thomas Benedict lanzó una película titulada *The spirit of Gaia* en la que da cuenta de todos los conocimientos que adquirió durante su ECM, entre los cuales no solamente habla de los secretos de la vida, la muerte y el universo, sino del devenir profético de la humanidad.

A los interesados en ahondar en el apasionante mundo del placebo les recomiendo mi libro *Neurociencia de la felicidad: guía práctica para una vida plena* (Aljibe, 2014), en el que dedico varios capítulos a hablar de los efectos placebo y nocebo.

Capítulo 8

La ECM de la actriz Jane Seymour cambió su vida hasta el punto de convertirse en una de las figuras de Hollywood más comprometidas con el mundo espiritual. Ha escrito diversos libros de superación personal y espiritualidad con el fin de ayudar a sus lectores a ser más felices. *Among angels* (2010) es una recopilación de historias de personas que han tenido contacto con el mundo espiritual y, además, incluye las ilustraciones de la propia actriz, que también es una reputada artista.

La célebre película *Salvado por la luz* (Lewis Teague, 1995), basada en la historia real de Dannion Brinkley y protagonizada por Eric Roberts y Don McManus, cuenta la historia de un hombre dado a la mala vida, egoísta y malhumorado, que tras sufrir un accidente tiene una ECM y regresa a la vida totalmente transformado, con

poderes psíquicos, lleno de ansias de autoconocimiento y un carácter tan distinto que sus familiares y amigos no le reconocen.

Capítulo 9

En el libro *Face to face with Jesus* (2014), la joven musulmana Samaa Habib relata en inglés la ECM en la que se encontró con Jesús. El episodio la afectó tanto que se operó una transformación radical en ella que le hizo abrazar la fe cristiana.

Capítulo 10

En la película *A primera vista* (Irwin Winkler, 1999) el actor Val Kilmer da vida a Virgil, un ciego que se somete a una operación para recuperar el sentido de la visión. El filme está basado en la historia real de Shirl Jennings, en la que el neurólogo y escritor Oliver Sacks (1933-2015) se inspiró para escribir su ensayo «Ver y no ver», incluido en su libro *Un antropólogo en Marte* (1997). El personaje de Virgil se siente mareado y abrumado por su recién adquirido sentido de la vista: «Es una locura. Te centras en un edificio y cuando caminas hacia él cambia, a cada paso que das se muestra diferente». Frases como esta pueden ayudarnos a comprender lo que significa ver por primera vez para una persona que ha permanecido toda su vida en la oscuridad.

Capítulo 11

Hemi-Sync es la marca registrada de los audios de pulsos binaurales creados por Robert Monroe. El propósito de estos patrones sonoros es promover la sincronización de ondas cerebrales por medio de la creación de una respuesta de frecuencia, con el fin de favorecer determinados efectos. La tecnología Hemi-Sync puede usarse para relajarse, dormirse, potenciar la memoria o provocar estados alterados de conciencia, entre otros. Los audios deben escucharse con auriculares para que el cerebro pueda responder con un tercer sonido, el sonido binaural, induciendo cambios en la actividad cerebral. El Instituto Monroe comercializa cedés y archivos descargables Mp3 que pueden adquirirse desde su propia página web (www.hemi-sync.com), o bien a través de iTunes u otras plataformas digitales.

Capítulo 12

La película *Ghost* (Jerry Zucker, 1990) se ganó, el mismo año de su estreno, uno de los primeros puestos en la lista de las películas más valoradas por el público. Protagonizada por Patrick Swayze y Demi Moore, cuenta la historia de un hombre llamado Sam que es asesinado, pero permanece todavía apegado a este mundo, en

concreto, a su novia Molly. Intenta por todos los medios hacer justicia y proteger a Molly del indeseable que lo mató, pero es consciente de que no puede hacer mucho bajo su forma de fantasma. Todo cambia cuando conoce a una mujer que se hace pasar por médium, Oda Mae Brown (Whoopi Goldberg), que, irónicamente, descubre que sí posee habilidades mediúmnicas cuando Sam se comunica con ella y acepta ayudarle.

La serie *Entre fantasmas*, estrenada en 2005, cuenta las historias de Melinda Gordon, interpretada por Jennifer Love Hewit. Melinda es una médium que, debido a sus habilidades para ver y comunicarse con los fantasmas, se ve envuelta en mil y una aventuras con el fin de mediar entre los asuntos de los vivos y los muertos. En la mayoría de las ocasiones, Melinda se enfrenta a situaciones en las que los vivos se ven acosados por un fantasma que solo pretende hacerles daño, movido por un sentimiento de odio, resentimiento y venganza.

Capítulo 13

La película brasileña *Nuestro hogar* (*Nosso lar*, Wagner de Assis, 2010), basada en las experiencias de Chico Xavier, uno de los médiums más famosos del mundo, narra la historia de André Luiz. Este prestigioso médico y padre de tres hijos, encarnado por el actor Renato Prieto, muere tras una larga batalla contra el cáncer y, en lugar de ir al cielo, se despierta en un valle de devastación. Trata de sobrevivir y escapar al ataque de los espíritus que acechan, hasta que un rayo de luz desciende del cielo y lo rescata, llevándolo a una ciudad espiritual llamada Nuestro Hogar, un lugar próspero y futurista, lleno de vida y actividad, en el que los espíritus recién llegados pasan por fases de recuperación y educación espiritual de la mano de otros espíritus más elevados.

Capítulo 14

La película *Dragonfly* (Tom Shadyac, 2002) está protagonizada por Kevin Coster, quien encarna a un médico, Joe Darrow, que trabaja en el área de pediatría de un hospital y acaba de perder a su esposa Emily, embarazada. De repente, Joe empieza a recibir mensajes de su esposa fallecida que sus pequeños pacientes le transmiten tras sus ECM.

En clave de humor, la película *¡Me ha caído el muerto!* (*Ghost town*, David Koepp, 2008) relata la historia de un dentista que, tras una ECM, regresa a la vida con el poder de ver a los fantasmas y sufre el acoso de uno de ellos, quien le pide que lo ayude a conseguir que su viuda vuelva a casarse.

Capítulo 15

La serie de televisión *Proof* está protagonizada por Jennifer Beals (*Flashdance*, *The L word*), quien encarna a una cirujana escéptica que acepta el reto de investigar las ECM y otros fenómenos asociados, por ejemplo, la comunicación cercana a la muerte, con el fin de dar respuesta a numerosas preguntas: ¿se acaba todo con la muerte?, ¿existe vida después de la vida?

Capítulo 16

La película *Línea mortal* (Joel Schumacher, 1990), protagonizada por un fabuloso elenco compuesto por Kiefer Sutherland, Julia Roberts, Kevin Bacon y William Baldwin, entre otros, sigue las peripecias de cinco estudiantes de Medicina que deciden experimentar en sí mismos con el fin de saber qué hay más allá de la muerte. Con ese fin, se provocan muertes clínicas durante breves periodos de tiempo para posteriormente reanimarse. Fascinados por el éxito del experimento, deciden permanecer cada vez más tiempo en estado de muerte clínica, con consecuencias impredecibles.

Para ahondar más en las investigaciones llevadas a cabo en el contexto científico que se ocupa de tratar de averiguar si hay vida después de la muerte a partir de estudios llevados a cabo en materia de mediumnidad, ECM, regresiones y recuerdo espontáneo de vidas pasadas, les recomiendo mi investigación *Ciencia y Más Allá* (2014), galardonada con el Premio de Investigación Incógnitas Oblicuas y publicada por Ediciones Oblicuas.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMEDER, Robert (1992): *Death and personal survival: the evidence for life after death*, Lanham, Rowman and Littlefield Publishers.
- ARCANGEL, Dianne, y Gary SCHWARTZ (2005): *Afterlife encounters: ordinary people, extraordinary experiences*, Newburyport, Hampton Road Publishing Company.
- ARIÈS, Philippe (1977/1982): *La muerte en Occidente*, Barcelona, Argos Vergara.
- ASPRA, Lucy (2007): *La batalla cósmica*, Madrid, Alfaguara.
- BARLEY, Nigel (1995/2000): *Bailando sobre la tumba. Encuentros con la muerte*, Barcelona, Anagrama.
- BARRET, William (1926): *Death-bed visions*, Londres, Methuen.
- BAZETT, L. Margery (1920): *After-death communications*, Nueva York, Henry Holt and Company.
- BECKER, C. B. (1985): «Views from Tibet: near-death experiences an the Book of the Dead», *Anabiosis*, 5, 1, 3-20.
- BEISCHEL, Julie, y Gary SWCHARTZ (2007): «Anomalous information reception by research mediums demonstrated using a novel triple-blind protocol», *Explore. The Journal of Science and Healing*, 3, 23-27.
- (2008): «Contemporary methods used in laboratory-based mediumship research», *Journal of Parapsychology*, 71, 37-38.
- y Adam ROCK (2008): «Quantitative analysis of mediums' conscious experiences during a discarnate reading versus a control task: A pilot study», *Australian Journal of Parapsychology*, 8, 157-179.
- et al. (2008): «Psi vs. survival: A qualitative investigation of medium's phenomenology comparing psychic readings and ostensible communication with the deceased», *Transpersonal Psychology Review*, 13, 76-89.
- (2009): «Addressing the survival vs. psi debate through process-focused mediumship research», *Journal of Parapsychology*, 73, 71-90.
- y Markus BOCCUZI (2011): «Objective analyses of reported real-time audio instrumental transcommunication an matched control sessions: A pilot study», *Journal of Scientific Exploration*, 25, 215-235.
- BELANTI, John, et al. (2008): «Phenomenology of near-death experiences: a cross-cultural perspective», *Transcultural*

psychiatry, marzo, 45, 1, 121-133.

BENÍTEZ, J. J. (2014): *Estoy bien*, Barcelona, Planeta.

BLAVATSKY, Helena (1877/1977): *Isis sin velo*, Málaga, Sirio.

— (1888/2000): *La doctrina secreta*, Málaga, Sirio.

BORJIGIN, Jimo, *et al.* (2013): «Surge of neurophysiological coherence and connectivity in the dying brain», *PNAS*, 110, 35, 14432-14437.

BOWMAN, Carol (1997): *Children's past lives*, Nueva York, Bantam Books.

— (2001): *Return to heaven*, Nueva York, Harper Collins.

BOZZANO, E. (1923): *Phénomènes psychiques au moment de la mort*, París, Éditions de la BPS.

— (1943/1982): *Musica transcendetale*, Roma, Mediterranee.

BURGESS, O. O. (1908): «Hallucinations experienced in connection with dying persons», *Journal of the Society for Psychical Research*, 13, 308-311.

BYRD, Randolph (1988): «Positive therapeutic effects of intercessory prayer in a coronary care unit population», *Southern Medical Journal*, julio, 81, 7, 826-829.

CALLANAN, M., y P. KELLEY (2012): *Final gifts: understanding the special awareness, needs and communications of the dying*, Nueva York, Simon and Schuster.

CALTAGIRONE, V. (1911): «Manifestations “post mortem” répétées», *Annales des sciences psychiques*, 21, 187-189.

CALVO DE GUZMÁN, Mayo (1992): *Secretos y tradiciones mapuches*, Santiago de Chile, Andrés Bello.

CÁTEDRA, María (1988): *La muerte y otros mundos. Enfermedad, suicidio, muerte y más allá entre los vaqueiros de alzada*, Gijón, Júcar Universidad.

CHOPRA, Deepak, *et al.* (2005): *Consciousness became the universe. Quantum physics, cosmology, neuroscience, parallel universes*, Cambridge, Cosmology Science Publishers.

CHRISTIAN, Sandra Rozan (2005): *Marital satisfaction and stability following a near-death experience of one of the marital partners*, University of North Texas, tesis doctoral.

CLARK SHARP, Kimberly (1984): «Visual perception during the naturalistic death out of body experience», *Journal of Near-Death Studies*, 7, 107-120.

— (1995): *After the light: what I discovered on the other side of life that can change your world*, Nueva York, Morrow.

COLIPP, P. J. (1969): «The efficacy of prayer: a triple-blind study», *Medical Times*, 97, 201-204.

- CROOKALL, Robert (1964): *The possibility of co-operation between the living and the dead*, Londres, Theosophical Publishing House.
- (1965): *Intimations of immortality*, Londres, James Clark.
- (1966): *The next world – and the next, ghostly garments*, Londres, Theosophical Publishing House.
- (1968): *What happens when you die?*, Londres, Gerrards Croos.
- (1969): *Out-of-the-body experiences and survival*, Londres, Churches Fellowship for Pshychical and Spiritual Studies.
- (1970): *Out-of-the-body experiences. A fourth analysis of the mystic arts*, Londres, Citadel Press.
- (1970): *The Jung-Jaffe view of out-of-the-body experiences*, Londres, World Fellowship Press.
- (1972): *Casebook for astral projection*, Londres, Citadel Press.
- (1973): *The reléase of the soul from the body*, Morabad, Darshana International.
- DAGGETT, Luann (2005): «Continued encounters: the experience of after-death communication», *Journal of Holistic Nursing*, 23, 2, 191-207.
- DALE, Liz (2001): «Crossingover and coming home: Twenty-one authors discuss the gay near-death experience as a spiritual transformation», Houston, Emerald Ink.
- (2006): «Experiences of light in gay and lesbian near-death experiences», *Journal of Near-Death Studies*, 24, 3.
- (2007): «From fear to love in gay and lesbian near-death experiences and the coming out process», *Journal of Near-Death Studies*, 25, 3, 171-179.
- DAWKINS, M. S. (1998): *Through your eyes only? The search for animal consciousness*, Oxford, Oxford University Press.
- DELANNE, G. (1909): *Les apparitions matérialisées des vivants et des morts: tome 1. Les fantômes des vivants*, París, Librairie Spirite.
- DURKHEIM, Émile (1897/1989): *El suicidio*, Madrid, Akal.
- ELIADE, Mircea (1951/2009): *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*, México, Fondo de Cultura Económica.
- EVANS, Nancy (2009): «Reflections from three decades with IANDS», *Vital Signs*, Durham, International Association for Near-Death Studies, 28, 4.
- (ed.) (2012): *Dancing past the dark: distressing near-death experiences*.
- FENWICK, Peter (2004): «Science and spirituality: a challenge for the 21st century», conferencia para el encuentro anual de la

IANDS, en <<https://iands.org/research/important-researcharticles/42-dr-peter-fenwick-md-science-and-spirituality.html>>.

- y Elizabeth FENWICK (1995/1997): *The truth in the light: an investigation over 300 near-death experiences*, Nueva York, Berkeley.
- FERNÁNDEZ, James W. (1982): *Bwiti: an ethnography of religious imagination in Africa*, Nueva Jersey, Princentone University Press.
- FLAMMARION, Camille (1877): *La pluralité des mondes habités: étude où l'on expose les conditions d'habitabilité des terres célestes*, París, Didier.
- (1900): *L'inconnu et les problèmes psychiques*, París, Ernest Flammarion Éditeur.
- (1907): *Les forces naturelles inconnues*, París, Ernest Flammarion Éditeur.
- FRÍAS, José Manuel: «Hospitales con fantasmas», *Año/Cero*, año XXI, 299, junio, 82-87.
- GALTON, Francis (1872): «Statistical inquiries into the efficacy of prayer», *Fortnightly Review*, 12, 125-135.
- GÓMEZ-JERIA, Juan S. (1993): «A near-death experience among the mapuche people», *Journal of Near-Death Studies*, 1, 4, 219-222.
- GREYSON, Bruce (1981): «Near-death experiences and attempted suicide», *Suicide and life threatening behavior*, 11, 10-16.
- (2003): «Incidence and correlates of near-death experiences in a cardiac care unit», *General Hospital Psychiatry*, 25, 269-276.
- (2009): «Near-death experiences», en E. CARDEÑA, S. J. LYNN y S. KRIPPNER (eds.), *Varieties of anomalous experiences*, Washington, American Psychological Association, 315-352.
- GRIMBY, Agneta (1998): «Hallucinations following the loss of a spouse: common and normal events among the elderly», *Journal Of Clinical Geropsychology*, 4, enero, 65-74.
- GROOTHUIS, Doug (1995/2002): *Deceived by the light*, Eugene, Wipf and Stock Publishers.
- GROTH-MARNAT, Gary (1994): «Cross-cultural perspectives on the near-death experiences», *Australian Parapsychological Review*, 19, 7-11.
- GUGGENHEIM, Bill y Judy (1995): *Hello from heaven: a new field of research. After-death communication confirms that life and love are eternal*, Londres, Bantam.
- GURNEY, E., F. W. H. MYERS, y F. PODMORE (1886): *Phantasms of the living*, 2 vols., Londres, Trübner.

- HAMEROFF, Stuart (1987): *Ultimate computing: biomolecular consciousness and nanotechnology*, Glasgow, Elsevier Science Ltd.
- *et al.* (1996): *Toward a science of consciousness (complex adaptative systems)*, vol. I, Cambridge, Mit Press Ltd.
- (1998): *Toward a science of consciousness. The second Tucson discussions and debates (complex adaptive systems)*, vol. II, Cambridge, Mit Press Ltd.
- (1999): *Toward a science of consciousness. The third Tucson discussions and debates (complex adaptive systems)*, vol. III, Cambridge, Mit Press Ltd.
- HARALDSSON, Erlendur (1988): «Survey of claimed encounters with the dead», *Omega*, 19, 2, 103-113.
- HOLDEN, Janice, y L. JOESTEN (1990): «Near-death veridicality research in the hospital setting», *Journal of Near-Death Studies*, 9, 1, 45-54.
- *et al.* (eds.) (2009): *The handbook of near-death experiences: thirty years of investigations*, Santa Barbara, Praeger Publishers.
- (2014): «Spontaneous mediumship experiences: a neglected aftereffect of near-death experiences», *Journal of Near-Death Studies*, 33, 2, 67-85.
- HOWARTH, Glennys, y Allan KELLEHEAR (2001): «Shared near-death and related illness experiences: steps on an unscheduled journey», *Journal of Near-Death Studies*, 20, 71-85.
- IRWING, Harvey (1985): *Flight of mind: a psychological study of the out-of-body experience*, Metuchen, Nueva Jersey, Scarecrow Press.
- (1987): «Out-of-body experiences in the blind», *Journal of Near-Death Studies*, 6, 1, 53-60.
- JANSEN, L. R. (1997): «The ketamine model of the near-death experience: a central role for the N-Methyl-D-Aspartate Receptor», *Journal of Near-Death Studies*, 16, 1, 5-26.
- JOYCE, C., y R. WELDON (1965): «The objective efficacy of prayer. A double-blind clinical trial», *Journal of Chronic Diseases*, 18, 367-377.
- KELLEHEAR, Allan (1995): «Near-death experiences and the pursuit of the ideal society», *Journal of Near-Death Studies*, 10, 2, 79-95.
- KELLY, Richard E. (2002): «Post mortem contact by fatal injury victims with emergency service workers at the scenes of their death», *Journal of Near-Death Studies*, 21, 1, 25-33.
- KÜBLER-ROSS, Elisabeth (1972/2014): *La muerte y los moribundos*,

Barcelona, Penguin Random House.

— (2002/2010): *La muerte: un amanecer*, Barcelona, Luciérnaga.

— (2006): *La rueda de la vida*, Barcelona, Ediciones B.

LATOUR, Bruno (2013): «Objeto de las ciencias, objetividad del derecho», en Montserrat CAÑEDO (ed.), *Cosmopolíticas. Perspectivas antropológicas*, Madrid, Trotta, 367-408.

LAWRENCE, Madelaine (2014): *The death view revolution*, Hove, White Crow Books.

LERMA, John (2007): *Into the light*, Franklin Lakes, Career Press.

— (2009): *Learning from the light*, Franklin Lakes, Career Press.

LOMMEL, Pim van (2012): *Consciencia más allá de la vida: la ciencia de la ECM*, Girona, Atalanta.

— WEES, R. van, V. MEYERS, y I. ELFFERICH (2001): «Near-death experience in survivors of cardiac arrest: a prospective study in the Netherlands», *The Lancet*, 358, 9298, 2039-2045.

LONG, Jeffrey, y P. PERRY (2011): *Evidence of the afterlife: the science of near-death experiences*, Nueva York, Harper One.

LÓPEZ, Julián (2000): «Dar comida obligando a repartirla. Un modelo de don maya-ch'orti en proceso de transformación», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 56, 2, enero, 75-98.

MARTÍNEZ, Mado (2012): «Scientific evidence for life after death», *Nexus Magazine*, 19, 3, abril-mayo, 35-40.

— (2013): «Dr. Eben Alexander: El cielo es real», Madrid, *Año/Cero*, año XXIV, 277, 82-88.

— (2013): «ECM en personas invidentes. ¿Por qué los ciegos ven durante una ECM?», Madrid, *Año/Cero*, año XXIV, 274, 50-57.

— (2013): «Entrevista con Lisa Randall, investigadora de la Universidad de Harvard», Madrid, *Más Allá*, año XXIV, 296, 44-49.

— (2013): «Ha llegado un ángel. La ECM de Perfecto, un agricultor de La Romana», en monográfico especial de la revista *Más Allá*, 68, 51-55.

— (2013): «Hablando con mi madre muerta». La ECM de Tata Guzmán, el testimonio de una directora de cine, en monográfico especial de la revista *Más Allá*, 68, 37-51.

— (2013): «Interview with Dr. Eben Alexander. The skeptic neurosurgeon who went to heaven and came back», *Spectrum Magazine*, 3, septiembre-octubre, 3-10.

— (2013): «La muerte no existe». La ECM de Francisco Martínez Soriano, catedrático de Medicina, en monográfico especial de la

- revista *Más Allá*, 68, 30-37.
- (2013): «Lisa Randall: The physicist who knocked on heaven's door», en *Spectrum Magazine*, 2, julio-agosto, 3-14.
 - (2014): «Strange facts about placebos that will surprise you. Interview with Dr. Irwing Kirsch», *Spectrum Magazine*, 9, septiembre-octubre, 42-48.
 - (2014): *Ciencia y Más Allá*, Barcelona, Ediciones Oblicuas.
 - (2014): *Neurociencia de la felicidad*, Archidona, Odeón.
 - (2015): «La venganza de los espíritus», *Año/Cero*, año xxvii, 303, 59-65.
 - (2015): «*To heaven and back*: Interview with Mary C. Neal», *Spectrum Magazine*, 11, enero-febrero, 15-20.
 - y Elaine VIEIRA (2011): «Evidencias científicas de la vida después de la vida», *Año/Cero*, año xxii, 257.
- MCDONAGH, John (1979): «Bibliotherapy with suicidal patients», *Anabiosis*, 1, 2, 7-9.
- (1982): *Christian psychology: Toward a new synthesis*, Nueva York, Crossroad.
 - (2004): «Introducing near-death research findings into psychotherapy», *Journal of Near-Death Studies*, 22, 4, 269-273.
- MONK, Dorothy (1922): «The process of dying witnessed by eight persons: Visible evidences of the spirit body», *Light*, 42, 182.
- MONROE, Robert (1971/1991): *Journeys out of the body*, Nueva York, Broadway Books.
- MOODY, Raymond (1975/1979): *Life after life*, Nueva York, Bantam.
- (2010): *Destellos de eternidad*, Madrid, Edaf.
- MORRIS, Brian (2006/2009): *Religión y antropología. Una introducción*, Madrid, Akal.
- NATARAJA, Shanida (2008): *The Blissful Brain: Neuroscience and proof of the power of meditation*, Londres, Gaia Books.
- NEAL, Mary C. (2012): *To heaven and back*, Colorado Springs, Waterbrook Press.
- NOBBS, Gilbert (1917): *On the right of the british line*, Nueva York, Charles Scribner's Son.
- OSIS, Karlis (1961): *Deathbed observations by physicians and nurses*, Nueva York, N. Y. Parapsychology Foundation.
- PARNIA, Sam, y Josh YOUNG (2014): *Resurrecciones*, Barcelona, Palmyra-La Esfera de los Libros.
- PEAKE, Anthony (2011): *The out-of-body experience*, Londres, Watkins Publishing.

- PENROSE, Roger (1991): *La nueva mente del emperador*, Barcelona, Mondadori.
- (1996): *Las sombras de la mente: hacia una comprensión científica de la consciencia*, Barcelona, Crítica.
- (2006): *El camino a la realidad: una guía completa de las leyes del universo*, Barcelona, Debate.
- (2010): *Ciclos del tiempo*, Barcelona, Debate.
- y Stephen HAWKING (1995): *Cuestiones cuánticas y cosmológicas*, Madrid, Alianza Editorial.
- et al. (1999/2006): *Lo grande, lo pequeño y la mente humana*, Madrid, Akal.
- y Thoudam SINGH (2005): *Science, spirituality and the nature of reality*, Berkeley, Bhaktivedant Institute.
- PIES, Ronald (2014): «Hallucinations of loss, visions of grief», *Psycentral.com*, en <<http://psychcentral.com/blog/archives/2014/05/13/hallucinations-of-loss-visions-of-grief>>.
- PIETRICH, Perla (2005): «La muerte a través de la tradición oral maya actual», en Andrés CIUDAD, et al. (eds.): *Antropología de la eternidad: la muerte en la cultura maya*, Madrid-México, Sociedad Española de Estudios Mayas-Universidad Nacional Autónoma de México, 473-500.
- PLATTHY, Jenó (1992): *Near-death experiences in antiquity*, Santa Claus, Federation of International Poetry Associations of Unesco.
- RAFT, David, y Jeffrey ANDRESEN (1986): «Transformations in self-understanding after near-death experiences», *Contemporary Psychoanalysis*, Nueva York, 22, 3, 319-336.
- RANDALL, Lisa (2005): *Warped passages: unraveling the mysteries of the universe's hidden dimensions*, Nueva York, Eco Press.
- (2011): *Knocking on heaven's door: How physics and scientific thinking illuminate the universe and the modern world*, Nueva York, Ecco Press.
- (2013): *The Higgs discovery: the power of empty space*, Nueva York, Ecco Press.
- (2015): *Dark matter and the dinosaurs: the astounding interconnectedness of the universe*, Nueva York, Ecco Press.
- RAWLINGS, Maurice (1993): *To hell and back*, Thomas Nelson, Harper Collins Christian Publishing, USA.
- REES, W. Dewi (1971): «The hallucinations of widowhood», *British Medical Journal*, 1971, 4, 37-41.
- RING, Kenneth (1980): *Life at death*, Nueva York, Coward, McCann & Geoghegan.

- y Madelaine LAWRENCE (1993): «Veridical perceptions during near-death experiences», *Journal of Near-Death Studies*, 7, 107-120.
- y E. VALARINO (1998/ 2006): *Lessons from the light*, Massachussets, Moment Point Press.
- y Sharon COOPER (2008): *Mindsight: Near-death and out-of-body experiences in the blind*, Bloomington, iUniverse, 2008.
- ROSE, Melvin (1996): *Parting visions: uses and meanings of predeath, psychic and spiritual experiences*, Nueva York, Harper Collins.

- SABOM, Michael (1982): *Recollections of death*, Londres, Corgi.
- SARTORI, Penny (2014): *The wisdom of near-death experiences*, Londres, Watkins Publishing.
- *et al.* (2006): «A prospectively studied near-death experience with corroborated out-of-body perceptions and unexplained healing», *Journal of Near-Death Studies*, 25, 2, 69-84.
- SCHWARTZ, Gary, *et al.* (1999): *A fundamental discovery that transforms science and medicine*, Newburyport, Hamptons Road Publishing.
- (2002): *The afterlife experiments*, Nueva York, Atria
- (2005): *The truth about medium: Extraordinary experiments with the real Alisson Dubois of NBC'S medium and other remarkable physics*, Newburyport, Hamptons Road Publishing.
- SHEELER, Robert (2005): «Teaching near-death experiences to medical students», *Journal of Near-Death Studies*, 23, 239-247.
- SIDGWICK, Henry, *et al.* (1894): «Report on the census of hallucinations», *Proceedings of the Society of Psychical Research*, 26, 10, 25-422.
- SLUIJS, Marinus Anthony van der (2015): «I sing the mind electric», *Fortean Times*, 323, febrero, 40-43.
- SMITH, Andra, y Claude MESSIER (2014): «Voluntary out-body experience: an fMRI study», *Frontiers in Human Neuroscience*, 8, 70.
- STEVENSON, Ian (1966): *Twenty cases suggestive of reincarnation*, Nueva York, American Society for Psychical Research.
- (1975): *Cases of the reincarnation type, Vol. I: Ten cases in India*, Charlottesville, University of Virginia Press.
- (1978): *Cases of the reincarnation type, Vol. II: Ten cases in Sri Lanka*, Charlottesville, University of Virginia Press.
- (1980): *Cases of the reincarnation type, Vol. III: Twelve cases in Lebanon and Turkey*, Charlottesville, University of Virginia Press.
- (1980): *Cases of the reincarnation type, Vol. IV: Twelve cases in*

Thailand and Burma, Charlottesville, University of Virginia Press.

- (1997): *Reincarnation an biology: A contribution to the etiology of birthmarks and birth defects* (2 vols.), Westport, Prager Publishers.

STORM, Howard (2000/2005): *My descent into death: and the message of love which brought me back*, Doubleday, Random House Mondadori, USA.

STRASSMAN, Richard (2000): *DTM: The spirit molecule. A doctor's revolutionary research into the biology of near-death and mystical experiencies*, South Paris, Park Street Press.

- (2014): *DMT and the soul of prophecy: a new science of spiritual revelation in the hebrew Bible*, South Paris, Park Street Press.

- y Slawek WOJTOWICZ (2010): *Inner paths to outer space: journeys to alien worlds through pshychedelics and other spiritual technologies*, South Paris, Park Street Press.

STREIT-HORN, Jenny (2011): «A systematic review of research on after-death communication (ADC)», University of North Texas, tesis doctoral.

SUTHERLAND, Cherie Olga (1989): «Psychic phenomena following near-death experiences: an australian study», *Journal of Near-Death Studies*, 8, 2, 93-103.

- (1990): «Changes in religious beliefs, attitudes and practices following near-death experiences: an australian study», *Journal of Near-Death Studies*, 9, 1, 21-31.

- (1996): «A very different way: a sociological investigation of life after a near-death experience», *ProQuest dissertations and theses*, 0626, 0423.

TART, Charles (1969/1990): *Altered states of consciousness*, Londres, Harper.

TAUBE, Karl (1996): *Mitos aztecas y mayas*, Madrid, Akal.

TIEMBLO, Alfredo (2000): *La muerte y el Más Allá en el mundo antiguo*, Madrid, Dilema.

TUCKER, Jim (2005): *Life before life*, Nueva York, St. Martin's Press.

- *Turning Point*, «Life after death: personal experiences», programa de televisión del canal ABC emitido en 1995.

TYRRELL, George N. (1943/1953): *Apparitions* (ed. facsímil), Whitefish, Kesinger Publishing.

VENSELAAR, Maureen (2011): *De (Bijna-)Dood Ontrafeld. In het licht van de Fibonacci-code*, Eeserveen, Alasha.

- WIJDICKS, Eelco (2014): *Neurocinema: when films meet neurology*, Boca Raton, CRC Press.
- WILLIAMS, Kevin (2002): *Nothing better than death*, Bloomington, Xlibris Corporation.
- (2014): «Near-death experiences of gays and lesbians», en <<http://www.near-death.com/experiences/gay-and-lesbian.html>>.
- WINKELMAN, M. (1997): «Altered states of consciousness an religious behavior», en S. D. GLAZIER (ed.), *Anthropology of religion*, Westport, Praeger, 393-428.
- WINKLER, Engelbert (1996): *Das abendländische totenbuch*, Hamburgo, Corona Verlag.
- ZALESKI, Carol (1987): *Otherworld journeys: accounts of near-death experiences in medieval and modern times*, Oxford, Oxford University Press.
- ZHITUI, Yan (s. V/2002): *La venganza de los espíritus*, Madrid, Lengua de Trapo.